WARHAMMER 40,000

MUERTE O GLORIA

UNA HISTORIA DE CIAPHAS CAIN POR SANDY MITCHELL

CIAPHAS CAIN:

MUERTE O GLORIA

De Sandy Mitchell



Traducción y Edición:

Servicio de Publicaciones de los Sagrados Ordos de su Divina Majestad.

Solo para personal autorizado, cualquier persona no autorizada que lea esto debe ponerse inmediatamente en contacto con el Inquisidor o Comisario más próximo.



Estamos en el cuadragésimo primer milenio. El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún

peores. Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



Nota editorial:

A excepción de unos cuantos fragmentos cortos, todos los extractos de los archivos de Cain, que hasta ahora he preparado para difundirlos entre un número cada vez más gratificantemente alto de mis colegas de la Inquisición que han expresado su interés en leerlos, proceden de un período relativamente corto de su larga y agitada carrera: desde su adscripción al 597º Regimiento Valhallano en el 931M41 hasta el incidente que se produjo en el 937M41, aproximadamente un tercio de su tiempo de servicio con ese regimiento. De los extractos más cortos, tres tratan del tiempo pasado en su primer destino, el 12º de Artillería de Campaña de Valhalla, y otro más sobre su periodo de servicio como comisario independiente unido al mando de la brigada en el año 928. De las actividades posteriores de Cain como oficial de enlace del Comisariado en la oficina de personal del Lord General y como tutor de cadetes-comisarios en la Schola Progenium, eso ya después de su retiro oficial, por no mencionar su intermitente participación en asuntos inquisitoriales por petición personal mía en los siguientes años a nuestra primer encuentro en Gravalax, no se ha dicho prácticamente nada más allá de unas cuantas alusiones ocasiones en algunos extractos al azar y diseminados por sus memorias.

Con esta consideración en mente decidí que en el presente volumen volvería, por así decirlo, a retomar la historia desde el principio. Las circunstancias de la llegada de Cain al 12º de Artillería de Campaña a principios de 919M41 y su bautismo de fuego contra una horda de tyranidos que amenazaba la colonia minera en Desolatia ya ha sido narrada en uno de los extractos más cortos, al igual que su participación en la siguiente campaña del regimiento, la limpieza de una infestación de genestealers en Keffia, que precedía a un grupo disperso de la flota tyranida; a cualquiera que quiera leer un relato más completo, y algo menos sincero, de ese periodo le remito a los primeros capítulos de las memorias del comisario, "Al servicio del Emperador: la vida

de un comisario". En cualquiera de los casos, me parece repetitivo volver a tocar ese material en este libro.

Aunque estos incidentes sentaron las bases de su heroica reputación, la cual, fiel a sí mismo, sigue insistiendo en no ser merecedor de ella a lo largo de todas sus memorias, fueron sus actividades durante el primer asedio de Perlia lo que realmente consolidó su fama y, por lo tanto, esa es la campaña que he escogido para el siguiente extracto.

Los lectores astutos, con acceso a los adecuados registros inquisitoriales y con las apropiadas autorizaciones de seguridad, probablemente podrán deducir la otra razón de mi interés por lo que al resto de la galaxia le parecerá poco más que una campaña de limpieza rutinaria de una incursión orka en un lugar perdido del Imperio. Las acciones de Cain esta campaña tuvieron repercusiones imprevistas, tanto para él, como para el Imperio en general, una docena de años más tarde, durante sus primeras y reticentes actividades como agente clandestino de la Inquisición, y casi siete décadas más tarde, cuando la XIII Cruzada Negra lanzó su sombría sombra a través de todo el Segmentum y se vio obligado a defender Perlia por segunda vez. Sin embargo, este último incidente todavía está a un año, o más, en el futuro en el momento en el que se escribieron estas memorias, así que todas las referencias al asedio se refieren solo al primero de ellos y todas las notas realizadas desde la perspectiva de estos últimos tiempos son solo mías.

Como de costumbre, he divido las desestructuradas memorias de Cain en capítulos para facilitar su lectura, y he incluido material de otras fuentes donde creí que era necesario para dar a su narración, típicamente egocéntrica, un contexto más amplio. Aparte de esto, y de algunas notas a pie de página, le he dejado contar su propia historia en su despreocupado estilo habitual.

Amberly Vail, Ordo Xenos



UNO

Si algo he aprendido en el curso de mi larga e indigna carrera, aparte del hecho de cuanto más exagerada sea una mentira, más fácilmente será creída, es que nunca debe subestimarse a un enemigo. Un error que cometí un par de veces durante mis años de juventud, tengo que admitirlo, pero siempre fui un rápido y atento aprendiz en lo que se refiere a mantener mi piel intacta, lo cual explica que, salvo uno o dos augmeticos, la mayor parte de mi cuerpo permanezca todavía en su lugar.

Por supuesto, en los años veinte [*]era mucho más ingenuo que ahora, había logrado salir con tan sólo un par de rasguños y el principio de una reputación de heroísmo que me ha seguido desde entonces como el olor corporal de Jurgen, junto a, de esto pueden estar totalmente seguros, una fina capa de vanidad y seguridad en mí mismo.

[Asumo que aquí Cain se está refiriendo a la década 920-929, debido a que el origen de Cain sigue siendo confuso y sólo tenemos una idea muy general y aproximada de su edad. Eso por no mencionar el hecho de que sus innumerables viajes a través de la disformidad confunden aún más la cuestión. Después de todo, y en el mejor de los casos, el tiempo que haya pasado en esta área en particular solo tiene una relación muy tangencial por su paso por la galaxia en general]

Así que, imagínenme en aquellos días relativamente despreocupados de mi juventud, arrogante y confiado, y todavía disfrutando de la felicidad de haber salvado yo solo Keffia de los insidiosos genestealers que casi habían tenido éxito en frustrar nuestra gloriosa cruzada para erradicarlos de aquel tan agradable mundo agrícola (en realidad, me habían acompañado varios guardias y un par de arbites [*], pero los noticieros no habían dejado que ese molesto hecho obstaculizara una buena historia).

[En realidad, los oficiales involucrados eran agentes locales de la ley, no eran personal del Arbites, pero, como muchos experimentados viajeros, Cain usaba muy a menudo “Arbites” como término genérico para todo tipo de funcionarios de la ley. Dado el alto número de mundos que visitó, y la desconcertante variedad de nombres locales que se encontró por toda la galaxia para estos cuerpos, difícilmente se le puede culpar de esto, aunque suele ser más preciso acerca de la distinción cuando sí tiene contacto con los auténticos miembros de los Arbites]

Como todas las cosas buenas, la guerra había llegado a su fin, o para ser más precisos, había llegado al punto en el que los lugareños podían limpiar solos lo que habían manchado, con la ayuda de un inquisidor que debería haber llegado hacía ya tiempo [*] y un par de escuadras de Astartes de la Guardia de Muerte, mientras que el 12º de Artillería de Campaña fue retirado para ser reasignado, junto con el resto de las unidades.

[Me había demorado más de lo esperado trabajando en el pecio espacial *Noticias Dolorosas* (Dolorous Tidings en el original), que había estado más que de sobra a la altura de su nombre]

-¿Dónde diablos está Perlia?- pregunté, levantando la voz por encima del rugido de los transportes Troyan que arrastraban nuestros cañones Earthshakers hacia la plataforma principal de carga del puesto espacial de Keffia. Con eso quiero decir que tenía un campo de aterrizaje decente de rococemento y algunas

instalaciones rudimentarias de reparación y mantenimiento para los transbordadores que aterrizaban allí.

La mayoría de los otros campos del planeta eran poco más que campos desbrozados en los que los transbordadores de los cargueros de grano que estaban en órbita podían cargar y partir sin ceremonias innecesarias. No era de extrañar que los “ladrones” (Stealers en el original, de genestealers) hubieran conseguido infiltrarse tan fácilmente en el planeta.

El teniente Divas, el ayudante del coronel, y lo más parecido que tenía a un amigo en la batería, se encogió de hombros, su flequillo le cayó sobre el pelo, como de costumbre.

-Creo que en alguna parte de Spin-Ward- dijo

(El frente Spin-Ward es una zona de guerra imperial que abarca a decenas de sistemas imperiales, consumidos por la lucha entre humanos y xenos. Esta situado en un subsector del Sector Calixis, en el Segmuntum Obscuros, denominado *Periferia*. La mayor parte de la zona de guerra está situada fuera del mapa, en regiones inexploradas del Sector Calixis, una zona el camino de grandes invasiones orkas, luchas contra otros xenos, seguidores del Caos y secesionistas traidores, nt)

Pero si iba a añadir algo más se vio obligado a detenerse en ese punto, cuando un transporte pesado aterrizó pesadamente sobre el hormigón, sus propulsores se activaron en el último momento, con un impacto que incluso resonó en mi columna vertebral a través de las suelas de mis botas. Estaba claro que el piloto no estaba al tanto de nuestra victoria y estaba aterrizando como si se tratara de una zona aún potencialmente caliente; aunque no podía culparlo por ello, dado que el número de los cultistas e híbridos era todavía bastante alto [*].

[Pasaría todo un año, más o menos, antes de que la infestación fuera completamente eliminada, pero es ese momento el problema se había reducido a un nivel en el que ya no era necesaria la presencia de unidades de la Guardia a gran escala, sobre todo cuando un Waaarg orko estaba ganando impulso en el resto del sector]

Me encogí de hombros, mientras el aullido de los motores se reducía hasta un nivel en el que mi voz volviera a ser audible.

-Estoy seguro de que el coronel completará nuestros vacíos de conocimiento en cuanto regrese- grité, y me aparté, descartando el asunto de mi mente, contento porque Divas se ocupara de la tediosa tarea de supervisar la estiba de nuestras preciadas piezas de artillería. El teniente asintió con la cabeza, como siempre absurdamente entusiasmado, mirando positivamente hacia la próxima guerra.

-He oído que tenían un problema con los orkos- gritó.

Bueno, eso no sonaba tan mal. Nunca me había encontrado con los Pieles Verdes, pero estaba seguro de no podrían ser tan intimidantes como los genestealers o la horda de tiránidos contra los que ya me había enfrentado y vencido. Después de todo, la imagen popular de ellos eran la de unos barbaros torpes y lentos, lo que significaba que eran tomados un poco en broma, al menos por los afortunados que nunca se habían enfrentado a ellos cara a cara, por lo tanto ensayé una sonrisa de autoconfianza en mi rostro y me aleje de allí.

Wynetha [*] se había tomado un par de días de permiso para venir a verme, y podía pensar en muchas mejores maneras de pasar mi última noche en Keffia que viendo a unos sudorosos artilleros arrastrar objetos pesados.

[La sargento Phu, una de los agentes de la ley presente en el encuentro de Cain con los genestealers. El relato del incidente en cuestión, tratado en otra parte del archivo, deja bien claro que la relación entre ambos iba mucho más allá de la meramente profesional]



Tal como resultó después, la noche fue más que agradable, y al día siguiente me encontré ahogando un bostezo en la conferencia matutina. Las ventanas de la sala de conferencias se habían abierto para admitir una brisa penetrante y fría que avisaba del próximo otoño, y me encontré insualmente agradecido por su ayuda para mantener mis ojos abiertos. Todos los comandantes de batería [*] estaban presentes, tratando de parecer interesados, mientras el coronel Mostrue, nuestro oficial al mando, regurcitaba la información que le había pasado a él, y al resto de los comandantes del regimientos, el Lord General o alguien con un rango igualmente elevado.

[El 12º, al ser un regimiento de artillería, se dividía en baterías, cada una aproximadamente equivalente en términos administrativos a un compañía de una unidad de infantería de línea. Cain es, como de costumbre, muy impreciso en su composición, pero cada una de las baterías incluía media docena de Earthshakers, junto con los vehículos de apoyo y el personal necesario para su correcto funcionamiento. El regimiento también estaba dotado de una serie de Hydras para la defensa aérea, pero si formaban una batería independiente, o se distribuían entre las demás no está claro en su relato y, para ser honesta, no me he molestado en buscarlo en los archivos oficiales. Cain parece que inicialmente fue asignado a la batería de mando, y no a nivel regimental, al menos al principio, pero poco después de su llegada se hizo cargo de todo el regimiento. Posiblemente porque ningún otro comisario adscrito al 12º había sobrevivido al ataque de los tiránidos en Desolatia]

Desde luego, en los siguientes años, yo mismo acudiría reuniones informativas del más alto nivel y las encontraría más sinceras, y

preocupantes, pero por en mi juventud, yo todavía me tomaba la mayor parte de lo me que decían literalmente.

-¿Le estamos aburriendo, comisario?-preguntó ácidamente Mostrue, dirigiendo sus gélidos ojos azules hacia mí.

Nunca se había creído nada de mi apresurada e improvisada explicación de lo que me había llevado a ser el involuntario héroe de Desolatia, cuando mi intento, perfectamente natural por otra parte, de huir antes de que los tiránidos llegaran, había logrado atraer un inesperado ataque de flanqueo de los tiránidos hacia la zona de muerte de nuestros cañones. Mostrue era demasiado astuto como para permitirse mostrar abiertamente sus dudas sobre mi carácter. En cambio, trataba de aguijonearme a cada oportunidad, sin duda con la esperanza de provocarme de alguna forma que confirmara sus sospechas. Yo, como de costumbre, me negué a responder, enfrentándome frontalmente al desafío, como si considerase sus palabras nada más que como una alegre burla.

-Ni mucho menos-aseguré, permitiéndome lanzar un visible bostezo. **-He dormido poco, eso es todo, hay mucho papeleo por hacer antes de que nos retiremos.**

Ambas afirmaciones eran ciertas, y si él escogía vincularlas en su mente y sacar conclusiones erróneas, no era culpa mía. De hecho, yo había delegado la mayor parte de mis asuntos rutinarios a Jurgen, mi desagradable e infatigable asistente personal, y confiaba en que los realizaría con su acostumbrada meticulosidad.

A pesar de su poca atractiva apariencia, de su completa falta de habilidades sociales y de un desagradable olor corporal, capaz de

tumbar a un grox, Jurgen había resultado ser el ayudante ideal, al menos en mi caso. Por una parte, obedecía literal y tenazmente mis órdenes, ya que su falta de imaginación hacía que aceptara cualquier cosa que le dijera sin cuestionarla, lo que significaba que en poco tiempo se había convertido en un amortiguador indispensable entre mi persona y algunos de los aspectos más engorrosos de mi trabajo. Por otra parte, había resultado tener un talento casi sobrenatural para gorronear, lo que hizo que mi vida fuera mucho más cómoda que lo hubiera sido de otra forma(y posiblemente la suya también, pero tuve el suficiente tacto para no preguntar sobre eso). En ese momento, ninguno de los dos era consciente de su mayor activo, ni lo sería hasta nuestro fatídico encuentro con Amberley en Gravalax, una década más tarde [*], pero yo también me iba a beneficiar de eso en varias ocasiones, sin que jamás dijera nada.

[Yo me di cuenta casi inmediatamente que Jurgen era un paria, uno de esos individuos increíblemente raros con la habilidad innata de interrumpir la brujería de un psíquico o de la disformidad. O, para ser más exactos, lo hizo mi psíquica Rakel, convirtiéndolo en algo inmediatamente obvio, al volverse aún más incoherente que de costumbre y marcharse al momento de conocerlo]

-Entonces supongo que deberíamos estarle agradecido de que haya podido disponer de tiempo para unirse a nosotros- respondió Mostrue, sin que sonara para nada agradecido, a pesar de sus palabras.

-Usted ya me conoce - dije, asintiendo como si el coronel me hubiera hecho un cumplido, y sirviéndome a la vez una taza de recafeinado. **- El deber es lo primero.**

Dado el amor de los Valhallanos por las bajas temperaturas me había asegurado de que siempre hubiera una bebida caliente

esperándome cada vez que tenía que sentarme en una reunión con los altos mandos del regimiento.

-Ya es suficiente- dijo secamente Mostrue, volviendo al hololito portátil.

Apareció un mapa estelar, el sistema de Keffia se podía identificar en una esquina de la imagen, allí un grupo de iconos mostraba las posiciones de las naves de la Armada Imperial mientras se reunían en la órbita del planeta. Parecía haber más naves de las que recordaba, y recalqué ese detalle.

Mostrue asintió débilmente con la cabeza, disimulando su disgusto al ser interrumpido. -**Es correcto. Nuestras naves de transporte y sus escoltas se unirán a un grupo de batalla de la flota del sector.**

Tomé un sorbo de mi recafeinado, que se había vuelto de pronto amargo, sentí que un agarrotamiento de aprensión comenzaba a formarse en mi estómago: esas palabras significaban que, tal como sonaban las cosas, pronto estaríamos en camino de una importante zona de guerra. Aún así, traté de acallar la repugnante sensación de aprensión. Incluso si ese era el caso, seguiríamos estando desplegando bien lejos de la primera línea del frente, lejos de la mayor parte de las fuerzas enemigas. Por eso había trabajado tan duro para conseguir en primer lugar un puesto en una unidad de artillería, para poder estar lejos de la lucha y, en general, me había funcionado. Las excepciones habían sido aterradoras, por supuesto, pero conseguí salir de aquellos incidentes aclamado como un héroe, y no tenía ninguna razón que me hiciera sospechar que mi suerte no me seguiría hasta Perlia, donde quiera que eso estuviera. Por eso trate de mantener la calma y sonar indiferente.

-Entonces, parece que esto va a ser una gran operación- dije yo, más por el mero placer de interrumpir de nuevo a Mostrue que por cualquier otra cosa.

-Efectivamente- el coronel asintió con la cabeza, como si mi observación hubiera tenido algún sentido. -**Y está es sólo una flotilla entre otras muchas. Se están solicitando refuerzos de todo el sector.**

Las palmas de las manos comenzaron a picarme en serio. Esto sonaba cada vez más serio por momentos. Mostrue hizo algo al hololito, centrando un sistema no demasiado notable un par de subsectores más lejos, me di cuenta de que era el Spin-Ward, Divas me sonrió, y yo asentí con la cabeza, reconociendo que él tenía razón.

-Y aquí es donde van la mayoría de esas fuerzas. A Perlia- dijo el coronel.

-No parece particularmente digno de mención- dije.

Mostrue sacudió la cabeza. **-Eso es porque no lo es-** respondió secamente. -**Aparte del hecho de que ha sido el blanco de esto.**

La imagen del hololito cambió abruptamente, provocando un par de sobresaltos y sorprendidos cortes de la respiración entre el grupo de oficiales que lo rodeaban. Un par de ellos, los más veteranos y de mayor edad, buscaron inconscientemente sus armas personales antes de tranquilizarse.

-Un orko- dije.

Ya había visto holos de ellos anteriormente, incluso un par de cadáveres conservados en la Schola Progenium, pero éste parecía especialmente impresionante. Asumí (muy erróneamente como se vio posteriormente) que Mostrue estaba proyectando la imagen un poco más grande que su tamaño real vivo, para provocar un mayor efecto dramático. Era tan musculoso como la mayoría de su especie, más aún, si eso era posible, y llevaba una destartalada armadura aparentemente hecha con trozos de chatarra aleatoriamente unidos entre sí. Portaba un burdo bolter en su enorme y deformada mano, lo suficientemente grande para que tuviera ser levantado por un miembro de los Astartes, y en la otra una enorme hacha. Unos pequeños ojillos rojos miraban con odio debajo de la sobresaliente frente de la cosa.

-No es cualquier orko- dijo Mostrue. **-Según el Lord General, este es su líder, Gargash Korbul. Ha unido a los Pieles Verdes de varias tribus, y ha declarado un waaargh [*] contra los mundos imperiales a través del subsector.**

[Cuando entre los pieles verdes surge un líder particularmente capaz o carismático, un Waaargh es el inevitable resultado. Es difícil traducir el termino orko exactamente, ya que conlleva una serie de características y connotaciones, pero esencialmente las principales son una combinación de migración y de rabia destructiva, actividades ambas que parecen ser algo instintivo entre esa especie]

Pronunció la palabra orko con notoria repugnancia y, como pronto descubriría, casi no había el suficiente volumen o la suficiente saliva para describir las autenticas características de esa especie. Después darnos unos momentos más para absorber todo el horror

de la imagen del señor de la guerra, cambió de nuevo la imagen hacia el mapa estelar.

-Los orkos han atacado aquí, aquí y aquí- esos sistemas se volvieron verdes con los iconos de contacto con orkos mientras los señalaba. **-Sin embargo, en su mayor parte, estas incursiones han sido contenidas, al menos por el momento. El sistema crítico es este, Perlia, donde reside la mayor capacidad industrial imperial. Si se hacen con él, tendrán los recursos necesarios para pasearse por todo el subsector.**

-Entonces lo mejor será que nos aseguremos de que no lo consiguen- dije, resumiendo el estado de ánimo de la reunión.

Mostrue asintió con la cabeza.

-Suena bastante simple cuando lo dice así- dijo. Sus gélidos ojos azules se fijaron en los míos durante un momento, yo suprimí un escalofrío que no estaba causado totalmente por la preferencia de los soldados del mundo helado por las ventanas abiertas. **-Esperemos que su confianza no esté fuera de lugar.**

Nota editorial:

Puesto que, como de costumbre, Cain no se molesta en extenderse sobre la situación ni describir nada del amplio contexto, este parece un punto tan bueno como otro cualquiera para interpolar una visión general de la situación hacia la que se había visto tan inesperadamente empujado. El libro del cual tomamos unos pasajes cubre los puntos principales, así como la mayoría de

los relatos populares del primer Asedio. Aquellos lectores que quieran profundizar en más detalles deberán dirigirse a los treinta y siete tomos del trabajo de Broedenour, "¡Waaargh! Y Paz: el asedio de Perlia y sus sistemas vecinos" (Sí el autor no hubiera fallecido antes de su finalización, trágicamente aplastado por una pila de documentos, sin duda su obra sería considerada como el trabajo definitivo sobre el tema. Aun así, sigue siendo una obra de referencia sin igual para cualquier persona interesada en las minucias de las nueve primeras semanas de una campaña que duró dos años).

Del libro "*Pieles Verdes y Corazones Negros: la invasión orka de Perlia*",

por Hismyonie Kallis, 927 M41

Aunque los Pieles Verdes habían atacado casi sin previo aviso, sus toscas naves espaciales que habían salido de la disformidad casi simultáneamente en cuatro sistemas, debieron enfrentarse a una resistencia mucho más fuerte de la que esperaban. Las cañoneras de las Fuerzas de Defensa Espacial locales se cobraron un alto precio entre los atacantes, debilitando los ataques a Savia, Metrium y Sodallagain [*], hasta el punto que las Fuerzas de Defensa Planetarias de esos mundos pudieron contener eficazmente en la superficie a los salvajes invasores que habían tomado tierra hasta que llegaron unidades de la Armada y de la Guardia Imperial para cambiar la marea.

[Sodallagain, un remoto sistema aparentemente bautizado así por un explorador muy aburrido en algún tiempo de M23] (Sodallagain se traduce como "otra vez Soldall", nt)

Sin embargo, en Perlia, la historia fue completamente diferente, allí fue donde se desplegaron la mayor parte de las fuerzas orkas. A pesar de la valentía de los héroes que las manejaban, las defensas del sistema fueron abrumadas en poco tiempo, permitiendo que los brutales Pieles Verdes se establecieran en varias cabezas de puente por todo el planeta. Con los refuerzos de la Guardia Imperial a varios meses de distancia, el Alto Mando de las FDP abandonó a regañadientes el continente oriental al completo, retirando todas las fuerzas que se pudo salvar para reforzar la defensa del hemisferio occidental, más densamente poblado e industrializado. A pesar de sus innumerables esfuerzos, alrededor de doce millones de civiles y un número indeterminado de rezagados de las FDP quedaron a merced de los orkos, que por lo general, no solían mostrar ninguna piedad.

Mucho se ha escrito sobre los sufrimientos y privaciones que esos mártires debieron soportar, y los heroicos actos de resistencia que muchos llevaron a cabo durante las largas semanas que siguieron a la invasión. Sin embargo, su estoicismo iba a ser recompensado, ya que la liberación estaba más cerca de los que nadie se hubiera atrevido a pensar en aquellos oscuros y desesperados tiempos. Porque entre los primeros refuerzos de la Guardia iba a llegar Caiphas Cain, el hombre cuyo inspirador liderazgo influyó en cambiar la marea más que cualquier otro factor durante toda la guerra…



DOS

Pues bien, el coronel decía la verdad bastante más de lo que podía llegara imaginarme, por supuesto, pero yo no tenía ni idea de eso en aquellos momento, y lo deseché como otro infructuoso intento suyo por minar mi moral, y lo olvidé todo, decidido a pasar el tiempo lo mejor que pudiera a bordo del *Mano de la Venganza* (*Hand of Vengeance* en el original), una nave de transporte típicamente robusta que ya había sobrevivido sólo Emperador sabe cuántos siglos de viajes por la disformidad, entregando suministros y carne de cañón a innumerables zonas en guerra.

A pesar de que hasta ese momento nunca me había encontrado a un Piel Verde vivo, me habían dado las suficientes conferencias en la Schola como para creer que ya tenía una idea bastante razonable de lo que eran, y el 12º había estado en acción contra ellos con la suficiente frecuencia para que algunos de los perros viejos del alto mando (Older hands en el original, manos viejas, personas muy experimentadas, Perros Viejos, nt) tuvieran sus propias historias y recuerdos personales. Sin embargo, en honor a la verdad, pocos de ellos se sentían con ánimos cómo para socializar con el comisario del regimiento, y las de aquellos que se tomaron el tiempo para compartir sus experiencias conmigo, todas sus historias me parecieron demasiado exageradas, sin duda con la intención de intentar impresionarme. Que no decían nada más que la verdad, algo embellecida, como lo suelen hacer los viejos soldados, lo averiguaría muy pronto.

-No pueden ser tan duros como eso- le dije a Divas, en la que supuestamente era nuestra última noche de transito, sobre una mano de tarot en el camarote que me habían asignado. Como se

podrán imaginar, en esos momentos no tenía muchas ganas de jugar, pero esa tan familiar actividad me ayudaba a apartar de mi mente la idea de a lo que nos estaríamos enfrentando dentro de unas pocas horas. **-Tú les barreras de la faz de la tierra como hiciste en Desolatia antes de que yo apareciera** [*].

[El 12º, junto con otro par de regimientos Valhallanos, había estado ocupado limpiando Desolatia de una partida invasora orka cuando Cain se unió a ellos por primera vez, aunque la campaña ya había terminado]

-Eso es verdad- dijo Divas mientras asentía con la cabeza, debatiendo visiblemente si debía sacar otra carta, al final se plantó. **-Pero, por supuesto, en el 12º nunca los vimos de cerca, pero fueron derrotados bastante pronto.**

-Estoy seguro de que tú hiciste lo tuyo- dije, preparándome de nuevo para probar el viejo adagio sobre un tonto y su dinero.

Permanecer muy lejos del frente de batalla, lanzado la muerte en forma de proyectiles de alto poder explosivo hacia el enemigo desde una distancia segura todavía me parecía la forma ideal de pasar una guerra, y a pesar de la extraña aprensión en la boca de mi estomago, la parte racional de mi mente no tenía ninguna duda de que esta nueva campaña transcurriría sin incidentes, como lo había sido hasta el momento la mayor parte de mi servicio en el 12º de Artillería de Campaña. Divas asintió con la cabeza.

-Por supuesto- dijo, -**pero no puedo evitar envidiar a algunos componentes de los regimientos de línea. Fueron ellos los que acabaron realmente con los Pieles Verdes** (greenies en el original). **Poco después los masacraron los tiránidos poco a poco, eso también es verdad, pero no viene al caso.**

Después de todo, Divas era un Valhallano, lo que significaba que disfrutaba de la posibilidad de matar orkos más que de cualquier otra cosa [*], así que asentí con la cabeza mientras ponía mis cartas sobre la mesa.

[Desde que los orkos invadieron su mundo natal, debo añadir que con una evidente falta de éxito, los Valhallanos detestan a los Pieles Verdes más que a cualquiera de los otros enemigos del Emperador]

-Te gano, supongo- dije, extendiendo la mano para recoger la apuesta, machacando fácilmente a su pareja de eclesiarcas.

-No tan rápido.

El tercer jugador de nuestra discreta y pequeña reunión me sonrió con sus perfectos dientes blancos brillando en un rostro muy bronceado enmarcado por un cabello del color del espacio, ondulado, lanzando brillantes reflejos mientras se movía. **-Tres inquisidores y el Emperador.**

Ella recogió el pequeño montón de monedas sonriendo triunfalmente, revelando un impresionante escote mientras se inclinaba sobre la mesa. A pesar de que había perdido una buena cantidad de dinero, devolví la sonrisa. No pude evitarlo, ella era esa clase de chica.

Había conocido a Karrie Straun el primer día de nuestro viaje, cuando fue enviada para asegurarse de que nuestros vehículos y piezas de artillería estaban adecuadamente estibadas en la bodega de carga, y no pasó demasiado tiempo antes de que nos lleváramos

estupendamente: ella estaba gratamente impresionada por las historias que había oído de mí, y yo, como era de esperar, quedé gratamente sorprendido por la visión de una cara bonita en aquel incongruente ambiente. Una cosa llevó a la otra y, a pesar del riesgo de que nos descubrieran (ambos éramos jóvenes y lo bastante tontos como para encontrarlo vagamente emocionante) habíamos pasado juntos tanto tiempo como pudimos arreglar [*].

[Técnicamente su relación no estaba en contra de las normas, ya que la Armada tiene sus propios comisarios, pero si se hubiera sabido, sin duda ambas carreras habrían recibido un revés. Que Cain estuviera dispuesto a correr ese riesgo es otro indicador de su relativa juventud e inexperiencia. Cuando yo lo conocí, fue notablemente más discreto]

Si ella no hubiera tenido que entrar de servicio en menos de una hora, no tengo la menor duda de que habíamos encontrado formas más interesantes de pasar mi última noche a bordo que desplumando a Divas.

-No te enfades, Cai. Ella sonrió, sabiendo lo mucho que me molestaba el uso de la forma familiar de mi nombre. Divas lo usaba continuamente, por supuesto, pero era un idiota con la misma sensibilidad que un orko, y nunca se había dado cuenta de lo poco que me gustaba.

-Desafortunado en las cartas…- dijo. Antes de que pudiera completar la frase, se interrumpió de repente, una leve expresión de perplejidad cruzó sus rasgos perfectamente formados. **-Es extraño.**

-¿El qué?- pregunté, las palmas de mis manos comenzaron a picarme como a menudo me sucedía cuando algo parecía ir horriblemente mal.

Karrie inclinó la cabeza, como si estuviera escuchando algo. **-No lo sé. Los motores están fluctuando.**

Yo estaba dispuesto a aceptar su palabra. Ella era miembro de la tripulación de tercera generación, había crecido en los pasillos de la nave, y sin duda conocía los sutiles sonidos y vibraciones de este ambiente tan bien como yo había conocido los de las profundidades de los sub-niveles de la colmena [*].

[Esta es solo una de sus muchas alusiones a sus años de niñez que por lo visto pasó en los niveles subterráneos de alguna ciudad-colmena; aunque en cuál de ellas y en qué circunstancias la abandonó para acudir a la Schola Progenium siguen siendo algo desconocido]

Su expresión se volvió preocupada. **-Sera mejor que te agarres a algo.**

Casi antes de que terminara de pronunciar una nueva voz, áspera y mecánica, la interrumpió, resonando por todos altavoces de vox colocados a lo largo de la nave.

-Preparados para la transición al Materium. Toda la tripulación a sus puestos. Transición de emergencia en…

No había manera de escuchar cuando se produciría la transición. De repente, algo enorme y malévolo pareció hundir sus garras en el mismo centro de mi ser, volviendo del revés. Tropecé, me caí y me di un doloroso golpe en mi espinilla contra la pata de la mesa. Volví a ponerme en pie de un salto, tratando de ignorar el persistente dolor que seguía palpitando dentro de mis sienes.

-¿Qué demonios fue eso?- preguntó Divas, no sin razón dadas las circunstancias. Karrie se estremeció, mirándome más desconcertada de lo que jamás la había visto en las pocas semanas que habíamos estado compartiendo el uno la compañía del otro.

-La transición- dijo, luchando con evidente dificultad para mantener su última comida en el estómago. Se puso la chaqueta. **-Tengo que irme.**

-Yo también me voy- dije, colocándome alrededor de mi cintura el cinturón con mi espada y mi pistola mientras buscaba la gorra de mi uniforme. **-Si está pasando algo, debo de estar con el regimiento.** Antes de que Mostrue tuviera la oportunidad de aprovechar mi ausencia para ofrecerme voluntario para alguna tentativa mortalmente peligrosa de arreglar las cosas.

-Yo también voy- dijo Divas, aprovechando mi iniciativa, como siempre hacía.

-Esto no se parece a ninguna transición que haya pasado antes- dije. **-¿Qué la provocó?**

-No tengo ni idea- Karrie estaba comenzando a recuperarse, y salió de mi camarote mirando hacia atrás para hablar con nosotros mientras salía. **-La única vez que sentí algo así…** Ella dejo de hablar, claramente poco dispuesta a decirnos lo que sabía.

-¿Qué pasó?- preguntó Divas. Karrie sacudió la cabeza.

-Murió el navegante. Los motores fallaron, y un demonio se materializó en la cubierta de control. Pero no es eso lo que ha pasado. Las alarmas no se habrían apagado.

-¿Comisario?- no podía confundir al dueño de esa voz, el distintivo olor de Jurgen lo precedía, como siempre. Salió de un camarote

junto al mío, su habitual expresión de desconcierto era oscuramente reconfortante. **-¿Algo va mal, señor?**

-Mucho va mal- contesté.

El corredor comenzó a llenarse de nerviosos oficiales de los otros regimientos de la Guardia que iban en la nave, vislumbre a un comandante Catachan alzándose sobre el resto de nosotros, abriéndose paso entre los demás con la facilidad de un Marine Espacial rodeado de mortales ordinario, un comisario, pálido y preocupado, iba detrás de él.

Voces confusas y enojadas resonaban en el atestado corredor. Pasar entre toda esa multitud iba a ser una pesadilla.

De alguna manera, Karrie nos llevó a través de una escotilla de mantenimiento que antes apenas había notado, accediendo con una breve oración en una parrilla de vox que pareció reconocer su voz [*]. Cuando la escotilla se cerró detrás de nosotros, silenciando el tumulto del pasillo, me encontré en un pasillo débilmente iluminado, considerablemente más estrecho que el que acabábamos de dejar, pintado con líneas de colores codificadas, todo estaba llenó de polvo.

[De esto podemos deducir que la nueva amiga de Cain tenía un rango sorprendentemente alto para su aparente edad, o conocía la nave lo suficientemente bien como para poder eludir sus sistemas de seguridad. Dado que ella, y al parecer sus padres, habían nacido y se habían criado a bordo, esto último parecer ser lo más probable]

-¿Dónde estamos?- preguntó Divas.

-Conducto veintitrés- contestó Karrie, como si esto significara algo para cualquiera de nosotros, y comenzó a recorrer el corredor a un

trote rápido que provocó interesantes balanceos en su uniforme. **-Tardaremos menos por aquí-** dijo, mientras buscaba algo, porque después de un par de minutos se paró de pronto y choqué contra ella, sorprendido, pero no del modo que no disfrutara de la experiencia.

-¿A que esperamos?- preguntó Divas, parecía tan confuso como Jurgen. Como respuesta, Karrie cogió el microteléfono de una línea vox y tecleó su código de seguridad en el aparato.

-Quiero saber que está pasando- dijo Karrie. Mientras hablaba, sentí un débil temblor a través de la cubierta bajo mis pies, y la expresión de preocupación en su cara se intensifico. **-Esto no está bien.**

-¿Comisario?- Jurgen llamó mi atención hacia un pequeño atril de datos en un nicho cercano, debajo de un icono del Omnissiah, sin duda para el uso de cualquier enginseer (Enginseer en el original, una rama del Mechanicus, altamente entrenados, dedicados al mantenimiento de las tecnología imperial, nt) mientras llevaba a cabo el mantenimiento de los sistemas vitales que nos rodeaban. **-¿Tal vez podría averiguar algo de lo que pasa con esto?**

-Quizás…- dije.

No soy ningún tecno-sacerdote, por supuesto, pero en la Schola me habían enseñado, como a todos, los rituales básicos de recuperación de datos, por lo que merecía la pena intentarlo. Mientras Karrie comenzaba una conversación silenciosa y urgente con quienquiera que fuera que estuviese al otro lado de la línea de vox, yo murmuré la letanía de activación y apreté la runa de poder. El hololito cobró vida, proyectando la imagen giratoria de la rueda

dentada del Adeptus Mechanicus y entré con el código de activación de comisario, esperando que resultara tan eficaz en los equipos de la Armada como lo era en sus equivalentes de la Guardia Imperial.

-Parece estar funcionando- observó Divas en un susurro, pero lo suficientemente alto para interrumpir mi concentración. **-¿Qué estás buscando?**

-Que me jodan si lo sé- dije bruscamente, cortándolo y devolviendo de nuevo mi atención al teclado.

Jurgen señaló uno de los iconos dentro de la rueda dentada.

-Eso parece una imagen de la nave- ofreció amablemente, al tiempo que lo subrayaba con una ráfaga de halitosis.

Ninguno de los otros me parecía familiar, así que lo seleccioné, y apareció una imagen tridimensional del *Mano de la Venganza* girando lentamente y parpadeando, como lo hacen todos estos dispositivos. Un par de puntos en el casco estaban en color rojo, manchas carmesíes que penetraban una cubierta o dos dentro del casco, como heridas sangrante. Mientras lo mirábamos, tratando de entender la información que estábamos recibiendo, apareció otro punto rojo, y casi simultáneamente sentí de nuevo una débil vibración en las placas de la cubierta.

-¿Qué significa esto?- preguntó Divas. Las palmas de mis manos comenzaron a picarme de nuevo. Nada bueno, de eso estaba seguro.

-Estamos sufriendo daños- dijo Karrie dejando el vox con expresión preocupada. **-La flota orka nos estaba esperando.**

-¿Cómo han podido saberlo?- preguntó Divas. **-¿Hicimos el tránsito al Materium por accidente, verdad?**

-Parece que no- la voz de Karrie era cortante y decidida. **-El navegante esta fuera de combate, debido a un choque psíquico masivo, y el nuestro no es el único. Casi la mitad de la flotilla ha sido devuelta al Materium muy lejos de la zona de despliegue, y los Pieles Verdes nos están utilizando de objetivos como en una galería de tiro. Afortunadamente, algunas de las naves de guerra salieron con nosotros, o ahora solo seríamos chatarra flotante.**

-¿Cómo pudieron hacer esto?- preguntó Divas, con el rostro pálido. Karrie se encogió de hombros.

-¿A quién le importa?- dije, mi mente ya estaba funcionando a toda velocidad. **-Tenemos que reunirnos el regimiento y coger las lanzaderas.**

Busqué el micrófono de mi comunicador individual, esperando que Mostrue hubiera tenido el suficiente sentido común para comenzar a embarcar a los artilleros.

-Si no podemos llevar los cañones hasta el planeta hubiera sido mejor que nos quedáramos en Keffia.

Por supuesto, los cañones eran la menor de mis preocupaciones, pero verlos seguros era la mejor excusa para salir de la nave lo antes posible. Con un poco de suerte, los Pieles Verdes estarían tan ocupados reventando naves espaciales que no gastarían mucha atención, ni munición, contra unos relativamente pequeños transbordadores. Pero inmediatamente tuve que bajar el brazo, mi comunicador, junto con prácticamente todo lo demás que nos podría haber sido útil en esta crisis inesperada, lo había dejado en mi camarote.

-Tienes razón, por supuesto- dijo Divas, asintiendo con la cabeza, al parecer envalentonado por mis palabras. **-¿Cuál es el camino más rápido hacia la bahía de los hangares?**

Karrie nos indicó la ruta que debíamos seguir en el hololito y apagó el aparato, sin duda con la esperanza de que lo hubiéramos memorizado.

Al haber crecido en una colmena, el laberinto tridimensional se había fijado a mi subconsciente casi tan pronto como lo había mirado, así que estaba seguro que mi innato sentido de la orientación me sería más que suficiente para llegar a salvo hasta mi destino si perdíamos el contacto con nuestra guía. Divas parecía algo más vacilante, pero seguía manteniéndose lo más razonablemente alejado de Jurgen que le era posible.

-Os llevare hasta el corredor de acceso a la zona de hangares, después tendréis que continuar solos- dijo Karrie. **-Yo tengo que llegar a mi puesto.**

-Entendido- dije, comenzando a correr de nuevo detrás de ella mientras nos dirigía a través del vientre de la nave.

La verdad es que solo habíamos estado en movimiento unos cuantos minutos, pero la sacudida de la adrenalina y la incómoda sensación de estar esperando el siguiente temblor en la cubierta, preguntándonos si las armas del enemigo nos alcanzarían la próxima vez lo suficientemente cerca como para matarnos, parecía estar estirado el tiempo de forma interminable. Finalmente, Karrie señaló otra escotilla aparentemente idéntica a por la que habíamos entrado en este extraño y desconocido reino oculto detrás de los corredores con lo que nos habíamos familiarizado durante las últimas semanas.

-Por aquí- dijo Karrie, presionando una runa junto a la escotilla, esta se abrió.

Una vez más, un rugido de voces agitadas y el sonido de las botas contra las placas de la cubierta golpearon mis oídos. Sin embargo, el volumen de las voces era notablemente más bajo, así que deduje que la mayoría de los guardias a bordo había logrado reunirse con sus unidades y que la mayor parte de la tripulación ya estaba en sus puestos.

Cuando salimos al corredor, vacilé durante un segundo, Jurgen, a mi lado, intentó orientarme. Yo tenía bastante buena idea de dónde estábamos, y un momento más tarde reconocí un punto de referencia, el brillante icono escarlata de un salvavidas de emergencia, uno de los cientos colocados en posiciones estratégicas alrededor del casco. El número de identificación me dijo que estábamos en la cubierta setenta y cuatro, sección doce, a sólo

unos cientos de metros de la bodega de carga donde habían sido almacenados nuestros Earthshakers.

-Deberías encontrar tu camino desde aquí con bastante facilidad- dijo Karrie mientras un par de guardias corrían cerca, Catachanes sin duda, sus musculosos torsos traicionaban tan claramente su mundo de origen como sus uniformes.

Yo estaba a punto de responder cuando la cubierta pareció girar bajo mis pies, con el chirrido del metal al desgarrarse, y de pronto el techo pareció estar mucho más cerca. Las luces se apagaron de repente, para ser reemplazadas poco después por las luces rojas de emergencia que parpadeaban al ritmo de un corazón de lleno de pánico. Las sirenas comenzaron a gemir, pero sonaron curiosamente amortiguadas.

-¿Qué demonios ha sido eso?- gritó Divas, cuando se escuchó un sordo y rugiente sonido, que me recordó al sonido de las caída de desechos [*] desde lo alto hacia los niveles más bajos de la sub-colmena.

[Un torrente de líquido que cae desde los niveles superiores de la colmena, a veces a lo largo de varios kilómetros]

Sacudí la cabeza, momentáneamente aturdido, y comencé de nuevo a andar. De alguna manera, hacerlo me pareció más difícil de lo que debiera, como si estuviera luchando contra un fuerte viento. Cuando logre recuperar el control, comencé a darme cuenta de que era eso precisamente lo que estaba sucediendo.

-¡Brecha en el casco!- Karrie corría por el corredor mientras gritaba eso por encima de su hombro, la corriente del aire tiraba de ella mientras lo hacía, haciendo que su chaqueta suelta y su pelo largo y oscuro revoloteara como banderas. **-¡Daros prisa, antes de que sellen la zona!**

Nosotros no necesitamos que nos metiera más prisa, de eso pueden estar bien seguros, y corrimos tropezando detrás de ella tan rápido como pudimos. Para mi horror, a unos pocas decenas de metros comenzaron a deslizarse unas pesadas puertas de acero por el corredor, sellándolo y condenándonos a una muerte agónica. Era como correr en un sueño, cuanto más fuerza pones en tus miembros para que se muevan, más lentos lo hacen, y el lugar que estás tratando de alcanzar retrocede mientras te acercas.

-¡Vamos, señor! ¡Por allí!- Jurgen me extendió una mano llena de mugre, que tomé con gratitud, yo estaba cada vez más rezagado de los demás.

Mi abrigo de comisario atrapaba el aire como una vela, ralentizándome aún más. Comencé a maldecir el impulso de coger mis armas antes de salir del camarote, aunque pronto iba a estar agradecido por llevarlas, ya que el cinto, fuertemente abrochado, impidió que la ropa me estorbase aún más. Me di cuenta de que no íbamos a lograrlo, las gruesas planchas de metal se acercaban más delante de mis ojos.

De pronto, las puertas se detuvieron, y vislumbré a dos soldados de Catachán esforzándose por mantenerlas separadas, con sus hiper-desarrollados músculos tensos y abultados por el tremendo esfuerzo. Ningún hombre normal podría haberlo logrado, pero los nativos de ese mundo selvático infernal estaban hechos de un

material inusualmente duro, y para mi asombro, parecían estar lográndolo. Sus rostros, tensos por el esfuerzo, gritaban frases de ánimo a nuestro maltratado cuarteto mientras nos acercábamos a la salvación.

-¡Cai!- Divas se quedó ante la puerta, volviéndose para extender su mano hacia Jurgen y hacia mí, metiéndonos prisa, e incidentalmente bloqueando el paso mientras lo hacía. Karrie pasó junto a él, su delgada silueta era una clara ventaja en estas circunstancias. **-¡Vamos!**

-¡Entra ya!- grité yo, empujándole para sé quitara de en medio del hueco, desesperado por llegar a la seguridad. Mi frenético intento de cruzar la puerta y mi impulso le hizo perder el control al pasar y tropezó contra uno de los Catachanes.

Pese a que el impacto de ese choque fue muy ligero, fue suficiente. Aunque estuvieran entre los ejemplares más fuertes de la humanidad, incluso sus poderosos músculos no podían tolerar la tensión de mantener las compuertas abiertas durante mucho tiempo. Al perder la total concentración, los Catachanes fueron finalmente vencidos por los servomotores de las puertas que gritaban frenéticamente. Tuve una visión final de la horrorizada cara de Karrie mientras las planchas de metal chocaban entre sí. Jurgen y yo nos quedamos atrapados sin esperanza, a unos segundos de la muerte.

Nota editorial:

La emboscada a la flota de socorro en el exterior del sistema fue la primera indicación que tuvieron las fuerzas imperiales de que Korbul poseía una comprensión táctica mucho más sofisticada que la mayoría de su especie; de hecho, la trampa fue ejecutada con una precisión que habría honrado a una Fuerza de Tareas (Task Force en el original) imperial. En cuanto a la cuestión de cómo se logró, el siguiente documento debería ser lo suficientemente aclarador.

Extracto de la transcripción de los informes y de las evidencias del Inquisidor Ghengis Singleton, del Ordo Xenos, a la Comisión de Investigación del Almirantazgo sobre las pérdidas sufridas en el llamado Asedio de Perlia, registró 449 924 M41.

Almirante Benjamin Bowe (Presidente): *¿Quiere decir con eso que los Pieles Verdes también tienen psíquicos?*

(Consternación general, audibles respiraciones profundas e invocaciones al Santo Nombre.)

Inquisidor Singleton: *Sí, eso es lo que parece en este caso. En cada uno de los tres Ordos de la Inquisición hay casos registrados, aunque una investigación detallada de ese fenómeno recae bajo mi responsabilidad personal. Allí donde se necesita un mayor conocimientos de semejantes asuntos impíos para un análisis más profundo, el Ordo Hereticus ha sido muy útil* [*].

[Tras mis relaciones con algunos cazadores de brujas en un par de ocasiones, creo que esto es una simple simplificación diplomática, pero vamos a dejarlo pasar…]

Almirante Bowe: *¿Cómo son de comunes esas abominaciones entre los orkos?*

Inquisidor Singleton: *Increíblemente raras, mucho más que en la mayoría de razas que conocemos, incluyendo a los humanos.*

(Generales expresiones de alivio)

Almirante Bowe: *Pero parece que son muy poderosos.*

Inquisidor Singleton: *Eso depende del individuo, al igual que en otras razas.*

Almirante Bowe: *Anuló a una docena de navegantes de un solo golpe…*

Inquisidor Singleton: *Eso requiere a un adepto excepcionalmente poderoso o, más probablemente, a varios individuos menos poderosos trabajando al unísono. Sabemos que los orkos tienen una tendencia innata a agruparse en situaciones de tensión, y parece razonable suponer que lo mismo se puede aplicar a sus psíquicos.*

Comisario Andersen Trevellyan (Observador del Comisariado): *Por decirlo de otra manera, usted sólo tiene hipótesis.*

Inquisidor Singleton: *Extraigo conclusiones de observaciones previas de esa especie. Nuestros colegas del Ordo Hereticus, cuya*

comprensión de todos los asuntos relacionados con la disformidad supera con creces la mía, en general coincide con esta hipótesis.

Honorable Gianello Marcheisi (Observador de la Navis Nobilitae): *Hay una tendencia que dice que esas habilidades podrían amplificarse con la exposición directa a la disformidad, ¿no es así?*

Inquisidor Singleton: *Eso es lo que yo creo, sí. Pero esas acciones serían inimaginablemente peligrosas. El uso de habilidades psíquicas en la disformidad, sin protección, llamaría la atención de fuerzas y seres con un poder y una malevolencia casi incalculables*.

Navegador Marcheisi: *Sin embargo* (activa el hololito), *quisiera llamar su atención sobre este contacto de un sensor, registrado por varios de las naves supervivientes, justo antes de su repentina transición al Materium. Es una nave orka acachando en la disformidad, ¿no?*

Almirante Bowe: *Ya hemos considerado ese asunto. La nave es claramente un cascarón, una nave de asalto seriamente dañada de la clase Brutal* (Brute en el original)*, con apenas fuerza en su motor izquierdo para mantener su posición contra las corrientes de la disformidad. El soporte vital es insuficiente para mantener a su tripulación algo más que unas pocas horas.*

Inquisidor Singleton: *Una tripulación completa, tal vez, ¿pero un puñado de Chicoz Raroz (Weirdboyz en el original)?*

Almirante Singleton: *Debe perdonarme, inquisidor, no estoy familiarizado con esa palabra.*

Inquisidor Singleton: *Un termino orko para su equivalente de nuestros psíquicos. ¿Podría esa nave haber sostenido a un pequeño grupo de ellos durante un periodo prolongado?*

Almirante Bowe: *Supongo que sí. ¿Qué esta insinuando?*

Navegador Marcheisi: *¡En el Nombre del Emperador!, ¿es siempre tan espeso? Esta perfectamente claro lo que está sugiriendo.*

Inquisidor Singleton: *Esa nave probablemente estaba estacionada en el punto por donde las corrientes de la disformidad más posiblemente llevaran a los refuerzos, con un grupo embarcado de orkos psíquicos a bordo. Sus poderes, potenciados por contacto directo con la disformidad, fueron capaces de desencadenar un ataque psíquico que anuló a los navegantes de las naves que se aproximaban, obligándoles así a regresar el Materium en el punto donde estaba esperándoles la emboscada.*

Almirante Bowe: *¡Emperador de Terra! ¿Qué posibilidades hay de que nos encontremos de nuevo con esa táctica?*

Inquisidor Singleton: *Dado que los psíquicos en cuestión sin duda fueron consumidos por las entidades de la disformidad que atrajeron por la explosión de energía en cuestión de unos segundos, yo diría que eso depende de cuantos Chicoz Raroz tenga el enemigo y de lo prescindibles que los considere su señor de la guerra.*



TRES

Mis sentimientos en aquellos momentos, cuando me encontré mirando con ojos desorbitados mi reflejo en aquellas condenadas puertas, sólo se puede imaginar. La verdad es que no quiero recordarlos ahora. La cólera por la torpeza bien intencionada que Divas, que nos había dejado esta situación, indudablemente hubiera prevalecido si en algún lugar de mi corazón hubiera sitio para algo más que un terror glacial. Echando un vistazo a mí alrededor, lleno de un pánico ciego, me encontré con la imperturbable mirada fija de Jurgen, y su habitual pragmatismo comenzó a tener un afecto calmante sobre mi ánimo. Como de costumbre, parecía tener la impresión de que yo lo tenía todo bajo control, y por alguna razón, la idea de quedar mal ante mi ayudante me pareció casi tan mala como la perspectiva de una muerte inminente. Pensé, si éstos eran realmente mis momentos finales, al menos los afrontaría con tanta dignidad como pudiera dadas las circunstancias.

-¿Qué hacemos ahora, señor?- preguntó, él aire cada vez menos denso atenuó su voz, así como su olor, lo que, al menos, era un dudoso beneficio de nuestra actual posición.

Cuando mi mirada pasó por encima de su hombro, un gran rectángulo negro en la pared del corredor llamó mi atención, y me quedé perplejo durante un momento, el hambre de oxigeno empezaba a ralentizar mis pensamientos. No podía recordar que podía ser, tal vez la escotilla de mantenimiento abierta, como por la que habíamos entrado en el corredor.

-¡Corre hacia allí!- jadeé, la moneda finalmente había caído sobre mi cabeza y, obligándome a moverme, comencé a correr como si estuviera borracho.

El panel no era de color negro, era de color rojo, el mismo color que las luces de emergencia: la baliza que señalaba la posición del salvavidas que antes había observado por pura casualidad sólo unos momentos antes. El vendaval que nos había azotado desde el impacto de los torpedos [*] se había convertido ahora en una ligera brisa, mientras los últimos restos de aire desaparecían por momentos. Jurgen no necesitó que le metiera más prisa y corrió a mi lado.

[Parece claro que Cain está escribiendo aquí con una visión retrospectiva puesto que no había razón para que supiera en esos momentos como le habían causado los daños a la nave]

Honestamente, no creo que ninguno de los dos hubiera podido recorrer esa corta e interminable distancia sin el apoyo del otro. Si alguna vez han visto a un par de borrachos andando, sujetándose en el uno al otro mientras avanzan erráticamente por el bulevar, tendrán una idea del espectáculo que deberíamos estar dando. Afortunadamente, como ya he dicho antes, el aire, cada vez más enrarecido, se había llevado el olor corporal de Jurgen con él, o su proximidad física tan cercana tal vez hubiera hecho que la perspectiva de la asfixia me pareciera una alternativa mucho más atractiva. Pero las cosas son como son, así que traté de no pensar demasiado en su habitual falta de higiene personal, lo que me fue bastante fácil, dado que la mayor parte de mi cerebro parecía estar bloqueándose, con todos mis pensamientos centrados en poner un pie delante del otro, mientras obligaba a mis pulmones a trabajar a tope para respirar un aire cada vez más tenue.

De pronto nos estrellamos contra el mamparo, yo parpadeé lo mejor que pude el remolino de neblina marrón que bailaba ante mis ojos. El panel rojo estaba junto delante de mí, parpadeando como un reproductor de pictografías mal ajustado, busque a tientas el gran tirador de la escotilla que había en la pared, y tiré de él con todas las fuerzas que pude reunir.

Si hubiera tenido aliento de sobra, bueno, o al menos unos cuantos más, no dudo que hubiera gritado de frustración. En mis débiles condiciones apenas podía moverla, traté de llamar a Jurgen para que me ayudara, pero un silencioso silencio había descendido sobre nosotros y sentí como el último aire de mis pulmones salía de mi cuerpo con un eructo que estremeció mi pecho. En unos cuantos segundos todo habría terminado [*].

[Contrariamente a los ejemplos más lúgubres de los dramas populares, el cuerpo humano puede sobrevivir a la exposición del vacío durante varios minutos antes de la pérdida de consciencia, seguida de daño cerebral y la muerte por falta de oxígeno. Aun mejor, si la sangre ha sido bien oxigenada de antemano por una previa hiperventilación forzada, hay más posibilidades, pero dado en el estado de pánico en el que Cain aparentemente había caído, esto parece lo menos probable. De hecho, muchos veteranos de la Armada afirman haber sobrevivido a la descompresión durante los combates en más de una ocasión, y yo misma he experimentado una situación similar en un par de ocasiones, aunque asistida por mejoras augmeticas]

Afortunadamente, Jurgen se había dado cuenta de lo que yo estaba tratando de hacer, y sus manos llenas de mugre se cerraron sobre las mías, sus mordidas uñas contrastaban extrañamente contra mis guantes negros. Nuestro peso combinado fue finalmente suficiente para mover la palanca, que descendió suavemente hasta caer en posición horizontal. Inmediatamente una escotilla de la pared se deslizó hacia un lado, luego lo dos caíamos por ella, con más prisa que dignidad, rodado por un corto tramo de escalerillas incómodamente duros hasta terminar en un enredado montón. Una bendita luz, parpadeando en el normal blanco amarillento, mostró

que funcionaban correctamente, nos iluminó, mostrándonos un espacio abierto del tamaño de un módulo de carga. No pude distinguir mucho en ese instante, ya que todo parecía estar lleno de correas que oscurecían la visión de las paredes.

Tras luchar por librarme de las extremidades de mi ayudante, me tambaleé hasta ponerme en situación vertical y golpeé la palma de mi mano contra la prominente runa de activación situada en la pared.

Una escotilla de metal descendió suavemente detrás de nosotros, cortando la visión de los escalones por los que habíamos caído tan precipitadamente, y un creciente rugido sordo se hizo más cada vez más audible dentro del refugio que habíamos encontrado.

De repente, mis fatigados pulmones encontraron algo que inhalar y sentí como se hinchaba mi pecho. Después de la desesperada necesidad que habíamos sufrido, la sensación fue embriagadora, y me encontré riendo salvajemente cuando el oxígeno golpeó las sinapsis de mi cerebro.

-¡Lo conseguimos!- gemí, mi voz era poco más que el chirrido de un murciélago, mientras Jurgen se levantaba con una amplia sonrisa en su rostro.

-Lo hicimos- estuvo de acuerdo. Entonces su familiar expresión de perplejidad eclipsó lentamente su sonrisa. **-¿Y ahora que vamos a hacer?**

-Bien, no podemos regresar allí- señalé razonablemente.

Por lo que podía ver, las cosas se estaban poniendo mejor para nosotros. Parecía que habíamos encontrado un refugio seguro, un lugar donde descansar un rato, tratar de averiguar qué estaba pasando y decidir como embellecer todo lo que había sucedido. No haría falta mucho para que Divas creyera que yo había visto las puertas a punto de cerrarse y que heroicamente le empujé para ponerlo a salvo, sin prestar atención a que eso, seguramente, me costase mi propia vida…

-Presurización de emergencia completada- una voz mecánica sonó a través del zumbido de mis oídos. **-Ejecutando la secuencia de lanzamiento. Lanzamiento en diez segundos.**

-¿Qué?- Difícilmente podía creer lo que estaba oyendo. Justo cuando pensaba que estábamos a salvo, parecía que estábamos a punto de ser escupidos en medio de una batalla espacial. **-¡Anule el lanzamiento! ¡Abortar!-** grité.

-Lanzamiento en cinco segundos- persistió la voz, con la obstinación de todos los sistemas cogitadores.

Parecía que el control verbal no había sido instalado, o si había sido, no había tiempo para averiguar cómo activarlo. Me lance hacia el conjunto de correas más próximo.

-¡Jurgen!- grité. **-¡Los arneses de seguridad!**

Tuvimos el tiempo justo para hacerlo, antes de sentir como si una bota enorme me pateara y todo comenzase a girar.



CUATRO

Desde esa ocasión, he estado en bastantes más batallas espaciales de las que me gusta recordar, pero tengo que decir que el Asedio de Perlia destaca más vívidamente en mi memoria que la mayoría de ellas. Esto es en parte, por supuesto, porque en la mayor parte de los casos, estaba observando el progreso de la acción desde algún hololito en alguna parte, lo que induce a cierta indiferencia en lo que está sucediendo, o estaba involucrado en combates cuerpo a cuerpo con un grupo de abordaje enemigo (o, para ser más exacto, tratando de evitarlos) lo que deja poco tiempo, o ninguno, para preocuparse por lo que está sucediendo en el resto de la flota. Creo que la razón principal de ese recuerdo es, simplemente, la total novedad de la situación en la que me encontraba.

Cuando el impuso de la aceleración desapareció, me di cuenta de que esta flotando libremente dentro de mis arneses de seguridad, oscuramente agradecido a que ya hubieran pasado unas cuantas horas desde mi última comida. Evidentemente, los sistemas automáticos de a bordo no iban tan lejos como para activar la gravedad artificial para nosotros [*]. Tras soltarme con cierta dificultad de mis ataduras, hice un balance de lo que nos rodeaba.

[Dado que las cápsulas de rescate, por su propia naturaleza, giran por la violenta aceleración del lanzamiento, la activación de los sistemas de gravedad se deja que sea realizada manualmente por los ocupantes cuando ya se hayan orientado. Dadas sus posteriores observaciones podemos deducir que Cain descubrió cómo activar ese sistema poco después, aun no menciona específicamente el haberlo hecho]

Descubrí que nuestro refugio era sorprendentemente espacioso, algo más tarde descubrí en la placa de instrucciones que había sido diseñado para albergar a veinte evacuados en condiciones óptimas o dos veces y media esa cantidad por cortos periodos de tiempo. El compartimiento en el que nos encontrábamos ocupaba la mayor parte del espacio disponible de la cápsula, con sus paredes llenas de armarios de almacenamiento entre unos contrafuertes metálico de un aspecto reconfortante sólido, y con el suelo cubierto por unas espesas alfombras que duplicaría el espacio para dormir si la cápsula llevara más personas de su capacidad nominal (sin embargo, más tarde descubriría que diez de esos armarios eran literas plegables por lo que nunca tuvimos que confiar en la dudosa comodidad del suelo). En ese momento, la mayor parte del interior estaba repleta de los sueltos arneses de seguridad moviéndose frenéticamente empujados por la corriente de aire procedente de los recicladores de oxigeno, lo que daba lugar a que el compartimiento tuvieran un incongruente aspecto de dejadez, como si estuviera abandonado y en mal estado, y se hubiera convertido en el hogar de innumerables arañas.

Tras patear los enmarañados arneses, y mientras recordaba lentamente las lecciones dolorosamente martilleadas en mi memoria en la cámara de gravedad cero de la Schola, me impulse aproximadamente en la dirección de la escotilla, en el extremo opuesto del compartimiento. Para mi vaga sorpresa, fallé por menos de un metro, y unos cuantos segundos de torpes maniobras me bastaron para acercarme lo suficiente al pestillo que cerraba el portillo de la escotilla.

No estaba muy seguro de lo que esperaba ver más allá, pero, obviamente, no el cosmos. Sin embargo, exactamente eso fue lo que vi. Sin embargo, mi mente se mantuvo lo suficientemente centrada para dame cuenta de que eso era imposible, y mientras miraba más a mi alrededor, rápidamente se hizo evidente que

estaba mirando desde una cabina de cristal blindado, no muy diferente al frontal del puesto del piloto en una lanzadera convencional. La fría luz de innumerables estrellas golpeó en la diminuta cabina de vuelo, que no tenía más que un par de metros de diámetro en cualquier dirección, girando alrededor de nuestro campo de visión a una velocidad vertiginosa.

-¿Qué son esos rayitos?- preguntó Jurgen, revolviéndose por la escotilla detrás de mí como una torpe ballena del cielo[*], su olor le precedía, como siempre, y me encontré pensando, esperanzado, lo mucho que deseaba que los equipos de rescate llegaran lo antes posible.

[Una especie animal que se encuentra en la atmósfera superior del planeta Blease. Metaboliza el hidrógeno para mantenerse flotando en el cielo, donde navega sobre las innumerables esporas de plantas arrojadas por la gruesa alfombra de vegetación de las cordilleras ecuatoriales. Los nativos domestican animales de esa especie desde hace milenios, aprovechándolas para colgar góndolas de estas enormes y placidas criaturas para usarlas como dirigibles vivientes]

-**Las estrellas-** dije brevemente.

Debíamos estar cayendo. Me dirigí al atril de control, sujetándome cuidadosamente con los arneses de seguridad para mantenerme en el asiento, y comencé a tratar de averiguar cómo poner a nuestro refugio bajo algún tipo de control. Supongo que fue ese feliz accidente, más que cualquier otra cosa, lo que nos hizo sobrevivir, ya que ninguno de los artilleros orkos parecía estar dispuesto a dirigir sus armas contra nosotros, sin duda pensando que no éramos más que otro trozo de chatarra flotante provocado por la batalla [*].

[Es más que probable que ninguna de las naves enemigas tuviera armas capaces de acertar a blancos tan pequeños como una cápsula salvavidas, los artilleros orkos no son conocidos precisamente por su interés por la precisión, y sus pilotos de combate de cazas espaciales estarían más interesado en atacar a nuestras naves o a sus homólogos de cualquier escuadrón imperial que hubiera podido desplegarse]

Afortunadamente, la cápsula había sido diseñada con la creencia de quienes quieran que se refugiaran en ella, no estarían en condiciones de enfrentarse a sistemas demasiado complejos, estando la mayoría de sus funciones bajo el control del cogitador que tan precipitadamente nos había lanzado al espacio. Unos instantes de navegación a través de los pictogramas, correctamente proyectados delante de mi rostro tan pronto como me senté, fueron más que suficiente para darme una idea de lo que tenía que hacer, y unos pocos y cautelosos experimentos con diales y palancas bastaron para hacer nuestro vuelo más estable.

A medida que los rayos luminosos desparecían lentamente del cristal blindado, volviendo a convertirse en los puntos de luz con los que me había familiarizado desde las plataformas de observación de la mayoría de las naves en las que he viajado, y he visto muchas desde que mi infancia en la sub-colmena había sido abruptamente interrumpida, comenzamos a hacernos una idea de la magnitud del conflicto que nos rodeaba. Contrariamente a lo que podría ver en un episodio de Attack Run (Corriendo al ataque, nt) [*] las naves de combate raramente se acercan hasta el punto de poder divisar el blanco, intercambiando fuego desde distancias de cientos, si no miles, de kilómetros.

[Un popular holodrama de los años 930, trata sobre un escuadrón de pilotos de caza de la Armada durante la Guerra Gótica]

Hay excepciones, por supuesto; ustedes tendrían que acercarse mucho si quiere eliminar los escudos y enviar partidas de abordaje,

eso por no hablar de una embestida, una de las tácticas favoritas de los orkos [*]. Aun así, podíamos distinguir las posiciones de los diferentes combatientes por las súbditas llamaradas de luz cuando una batería de lanzas o unos torpedo alcanzaban su objetivo, y por una vez sentí una peculiar sensación de mareo y desorientación cuando el propio espacio pareció retorcerse en mi campo de visión cuando alguna desafortunada víctima fue absorbida en el infierno de la disformidad al estallar sus motores [**].

[De hecho, las naves de la clase Brutal antes mencionada se construyen ("diseñado" quizás sea un concepto demasiado extraño para la mentalidad de los orkos) precisamente con esa táctica de ataque en mente]

[**Se trataba del destructor orko *Ardnuff*, según el informe oficial de la comisión que se ha citado anteriormente. El nombre de la nave, es una expresión orko que se traduce aproximadamente como "*Listo para la batalla*"]

-Parece que tenemos un par de opciones- dije después de un tiempo, cuando la pantalla de distantes fuegos artificiales se volvió cada vez más intermitente. Uno de los sistemas que había encontrado era una baliza de localización, que indicaría nuestra posición exacta a cualquiera que pudiera estar escuchándonos o buscando supervivientes. **-Podríamos activar esto y esperar a que nos rescaten.**

Mientras mi dedo se movía hacia la runa de activación, me entró una duda. Había una pantalla de auspex incrustada en el panel de control delante de mí, casi totalmente cubierta por una ventisca de diferentes iconos de contactos. Algunos de ellos no suponían más amenaza de que los trozos de chatarra, por supuesto, pero gran parte de ellos parecía demasiado sólidos para ser eso, por no mencionar que claramente estaban maniobrando bajo control, y muchos de ellos estaban notablemente más cerca de nosotros que

el pequeño grupo de iconos imperiales que se aferraba obstinadamente a un lado de la imagen.

-Pero puede que no sea buena idea- dije, retirando la mano de la runa.

Evidentemente, nos dirigíamos hacia el grueso de la flota orka, y sería mucho más probable que cualquier tipo de señal de socorro que activáramos llamase más su atención que las de cualquier nave amiga en las inmediaciones. Jurgen asintió, como si lo entendiera.

-¿Cuál es la otra?- preguntó.

Me encogí de hombros. **-Dirigirnos hacia el planeta y contactar con nuestras fuerzas-** dije.

Según las instrucciones que había estado leyendo, el cogitador debería ser capaz de ocuparse de eso, y una vez que se estableciera el rumbo, tendríamos una razonable posibilidad de pasar entre la flota enemiga sin atraer demasiado su atención. Eso esperaba. En cualquier caso, me pareció una mejor oportunidad de supervivencia de la que ofrecía subir a bordo de una nave orka.

-¿Cuánto tiempo nos llevaría?- preguntó Jurgen.

Me encogí nuevamente de hombros, conseguí la información correspondiente después de una pequeña búsqueda a través de los limitados bancos de datos de nuestra minúscula nave. **-Cerca de tres semanas -** concluí.

No sonaba tan mal, a las tropas les habría llevado algo menos de la mitad de ese tiempo llevar sus lanzaderas hasta el planeta desde este alejado extremo del sistema, eso sí habían sobrevivido al ataque y las posibles colisiones. Para mi vaga sorpresa, me encontré esperando que lo hicieran. Siempre había sido un extraño en la batería de mando, el único amigo que tenía entre los oficiales era Divas, pero la mayoría de los otros simplemente me trataban cortésmente (mi involuntaria reputación de heroísmo tendía a equilibrar la instintiva aversión y la desconfianza que la mayoría de ellos sentían hacia los miembros del Comisariado, si no la superaba).

En cuanto a los simples soldados, había tenido cuidado en darles la impresión de que me preocupaba mucho por su bienestar, por lo que ellos tendían a vigilar mi espalda cuando las cosas se calentaban, en lugar de comenzar a pensar en uno de esos desafortunados accidentes de fuego amigo en las que suelen acabar las carreras de los comisario excesivamente entusiastas. Por lo general, me encontraba cómodo como estaba, y la idea de tener que establecerme de nuevo en otra sub-división fue inesperadamente inquietante.

Por supuesto, luego resultó que serían los acontecimientos de los próximos meses los que, por primera vez, iban a atraer sobre mí la atención del alto mando del comisariado, marcándome como alguien cuya carrera merecía ser vigilada, y lo que finalmente me llevó a caer en un puesto en el cuartel general de la brigada, a consecuencia de esto último tuve que poner mi vida en peligro con mucha más frecuencia de lo que me gusta recordar; pero estoy adelantando acontecimientos.

-Tres semanas, no suena tan mal- dijo mi ayudante, inclinándose para ver más de cerca la pequeña pantalla, lo que de nuevo me permitió apreciar su tremenda halitosis.

En ese me momento, me sorprendió la ocurrencia de que tal vez intentar aprovechar nuestras oportunidades con los Pieles Verdes puede que, después de todo, no fuera tan mala idea, pero afortunadamente, el sentido común y mi innato instinto de supervivencia se combinaron para anular ese impuso y asentí. Tres semanas encerrado en un espacio pequeño con Jurgen no iba a ser una de las experiencias más agradables de mi vida, pero ciertamente parecía preferible a las alternativas (no sabía aún cuanto más preferible, por supuesto, pero ese feliz estado de ignorancia sería pronto disipado).



Mirando hacia atrás, el largo y lento viaje hasta Perlia fue casi relajante, aunque en aquellos momentos debo de confesar que no pensaba así. Basta decir que estar encerrado con Jurgen en un espacio apenas más grande que un contenedor de carga fue el calvario para mi paciencia y mis sentidos que ya me temía, y el conocimiento de que cada día que pasaba nos acercaba a una desesperada y sangrienta guerra apenas ayudaba a mejorar mi estado de ánimo. Lo mejor de todo era que los suministros que descubrimos en los estantes eran más que suficientes para mantenernos a nosotros dos, así que al menos, el racionamiento no suponía ningún problema. En cualquier caso, cogí algo de peso, pese a la monotonía de la dieta.

Como mi ayudante era muchas cosas menos que un brillante conversador, pasé la mayor parte del viaje practicando con mi espada-sierra, haciendo tablas de ejercicios y probando ataques repetidamente durante horas enteras. Siempre había sido razonablemente diestro con el arma, pero tras esa gran cantidad de práctica continuada, me complació descubrir que aumentó mi habilidad con ella hasta un nivel sin precedentes. Algo que iba a agradecer antes de lo que esperaba [*].

[Cain era, puedo atestiguarlo por experiencia personal, un excepcional espadachín; gran parte de esa habilidad provenía indudablemente de la experiencia en combate, que no puede reemplazada por ningún tipo de práctica, pero a pesar de la impresión que da aquí, siempre fue muy diligente en lo que respecta a esto último]

Como resultado de eso, tuve muy poco tiempo para reflexionar sobre lo que nos esperaba cuando llegáramos a nuestro destino, y dado el nivel de aprensión que sin duda hubiera experimentado de otra forma, aquello no fue nada malo. Otra ventaja de este hábito era que Jurgen, por lo general, se marchaba a la cabina mientras yo hacia los ejercicios, el espacio de los alojamientos era incómodamente estrecho para tener un público que deseara retener la mayor parte de sus extremidades, donde se divertía lo mejor que podía, y en ausencia de la colección de tablas de datos de porno consideré que lo mejor sería no preguntar.

Con todo, a medida que pasaban los días me fui acomodando a esa rutina, al invariable resplandor de los lumen del interior de nuestro frágil refugio y la oscuridad abigarrada de estrellas en el exterior, que, combinándose, ejercían un efecto casi soporífero, así que, cuando el cogitador sonó una mañana y anunció con su habitual y monótona vox que nos acercábamos a la órbita del planeta, me tomó totalmente por sorpresa.

-¿Quiere que active la baliza, señor?- preguntó Jurgen, poniéndose en pie para dejarme pasar al único asiento de la pequeña cabina de mando.

Negué con la cabeza. **-Posiblemente sea algo imprudente en estos momentos.**

Le indiqué los múltiples contactos, como copos de nieve recién caídos, que salpicaban la pantalla del auspex. **-No tenemos ni idea de cuántos de estos son hostiles.**

Sin duda, una red de sensores más sofisticados habría sido capaz de decirnos algo más, y por lo que yo sé, nos hubiera ahorrado una desmesurada cantidad de los posteriores problemas, pero entonces los riesgos parecían demasiado elevados, y en su lugar activé la emisora de vox.

-Primero vamos a ver si conseguimos una idea de la situación antes de comprometernos.

En este caso, mi cautela estaba justificada. Cuando el limbo del planeta se elevó suavemente a través de la nuestra portilla de visión, hice girar el dial, escuchando tanto tráfico de vox como pude captar. La mayor parte de ellas estaban codificadas, por supuesto, y no me sirvieron de ninguna ayuda, pero pude escuchar fragmentos de lo que sonaba como órdenes de oficiales navales y los duros y guturales gruñidos de los orkos, que tampoco tenían demasiado sentido [*]. Sin embargo, tras un tiempo, fui capaz de sintonizar algo que sonaba vagamente como un control de tráfico de un puerto espacial y contacte con mi código de anulación del comisariado.

[Por supuesto, la mayor parte de las transmisiones de la Guardia Imperial en la superficie serían demasiado débiles para que las recogieran los equipos relativamente poco sofisticados de la cápsula de rescate, así que Cain solo podría escuchar las conversaciones entre las naves en órbita y las escasas plataformas de defensa espacial supervivientes]

-Aquí el comisario Ciaphas Cain, a bordo de un salvavidas del *Mano de la Venganza*- transmití. **-Solicito recuperación, o instrucciones para el aterrizaje.**

La verdad es que no tenía ni idea de cómo aterrizar esa cosa, pero el cogitador parecía tan capaz de hacer eso por nosotros tan bien como todo lo demás que había hecho desde que caímos a bordo.

Después de una breve pausa, durante la cual juro que pude escuchar murmullos de voces en el fondo, una voz femenina respondió tartamudeando.

-Contacto no identificado, repita- dijo la voz.

Con una repentina sensación de debilidad hice lo que me decía, mientras contemplaba las vistas del planeta que teníamos debajo de nosotros cuando se elevó completamente a la vista. En su atmósfera superior flotaban finos haces de nubes altas que dispersaban la luz del sol que brillaba desde los océanos turquesa, mientras que los intensos verdes y marrones marcaban los continentes en la superficie. Después de tres semanas rodeado de gruesos muros grises, respirando las flatulencias recicladas de Jurgen, todo eso me pareció casi imposiblemente hermoso. Cuando la voz respondió de nuevo sonaba algo perpleja.

-El *Mano de la Venganza* entró en órbita hace ya tres días- dijo la controladora. Esas palabras auparon mi espíritu más de que habría creído posible. **-Todos los supervivientes de la batalla espacial deberían haber sido ya contabilizados.**

-Hemos estado ocupados- contesté, con lo que me parecía que sería una recomendable alegoría en ese momento. **-¿El 12º de Artillería de Campaña llegó bien?**

-No esperará que le responda a eso. La voz adquirió un tono ligeramente desconfiado. **-¿Puede darme alguna prueba de su identidad?**

-¡Por los dientes del Emperador!- dije con una cierta aspereza. **-¡Estoy usando un código de vox del comisariado! ¡Por el bien de la disformidad! ¿Qué más prueba quiere?**

-Un código asignado a un comisario que se nos informa ha muerto en acción- dijo la voz.

Suspiré, logrando mantener la calma con un considerable esfuerzo.

-¿Está insinuando que yo podría ser un orko?- pregunté, incrédulo.

-Está usted preguntando sobre la disposición de unidades de combate imperiales- replicó la zángana del puerto espacial.

-¡Estoy tratando de averiguar si mis amigos sobrevivieron!- respondí en represalia. Bueno, tal vez fui un poco exagerado, pero por mi experiencia, un poco de chantaje emocional nunca está de más cuando se trataba de obtener una respuesta de una mujer. Sin embargo, para lo que me sirvió en esta ocasión, ella bien podría haber sido un servidor lobotomizado.

-Si realmente es un comisario, debería saber mejor que yo que no se pueden discutir estos asunto por un canal abierto- replicó ella.

-¿Qué quiere decir con ese "si"- respondí, indignado. **-¡Vaya a buscar una lanzadera de recuperación y pronto la mostrare quién soy!**

-Las operaciones en órbitas bajas son demasiado peligrosas en estos momentos- dijo la mujer con un inconfundible tono de satisfacción. **-Bloqué su haz de localización hacia el puerto espacial y active los sistemas de aterrizaje automáticos. Tendremos un comité de recepción esperándole.**

-¿Qué quiere decir con eso de que "es demasiado peligroso"?- pregunté, las palmas de mis manos comenzaron a picarme de nuevo.

El enlace de vox estaba muerto. Después de un momento o dos de originales blasfemias, que no hicieron nada más práctico que ayudarme a aliviar un poco mis sentimientos, comencé a hurgar en los sistemas cogitadores, buscando los rituales apropiados para lo que me habían indicado. Sin embargo, mucho antes de que pudiera completar la tarea, recibí la respuesta a mi última pregunta; una

serie de pesados impactos resonaron contra el casco, las alarmas comenzaron a sonar, y el sonido demasiado familiar del aire escapando comenzó a rugir por toda nuestra frágil nave.

Nota de la Editorial:

Este me parece un punto tan bueno como cualquier otro para insertar unos cuantos detalles más sobre la situación táctica general en aquellos momentos. Al igual que en el anterior apartado, Kallis ofrece una visión recomendable y concisa de la situación imperante, y ubica el incidente que Cain describe en un contexto mucho más amplio lo que aclara bastante la situación, y lo hace aún más su estilo de narración nada adornado.

Del libro "*Pieles Verdes y Corazones Negros: la invasión orka de Perlia*",

por Hismyonie Kallis, 927 M41

Aunque sin duda fue la mayor sorpresa táctica de la guerra en el vacío, y no se repitió [*], la Batalla del Halo [**] consiguió establecer la incuestionable supremacía de los orkos en ese teatro de operaciones; una ventaja a la que se aferraron duramente durante el resto del conflicto. De hecho, hasta hoy en día, se dice que grupos aislados de piratas Pieles verdes se mantienen dentro del sistema de Perlia, asaltando algún carguero de vez en cuando y aguardando su hora para atacar de nuevo.

[* Presumiblemente porque Korbul se había quedado sin Chicoz Raroz]

[**Termino comúnmente usado para describir una nube de deshechos de cometas que marca el límite nominal de un sistema solar]

Aunque sólo consiguieron destruir cinco de las naves de transporte [*], y las pérdidas de los orkos fueron algo mayores, la emboscada logró su objetivo principal. Advertidos por los mensajes astropáticos, los posteriores convoyes se vieron obligados a abandonar la disformidad mucho más lejos de lo que lo hubieran hecho de no temer sufrir un destino similar, navegando entre continuos ataques durante dos semanas o más, en lugar de unos pocos días que es lo que se esperaba normalmente que duraría el trayecto. El consiguiente desgaste en los suministros y el personal necesario, por no hablar de la moral de las tripulaciones de los mercantes expuestas a esas aterradoras condiciones, tendría gravísimos efectos sobre la capacidad de lucha de las unidades de la Guardia que ya habían llegado al planeta, y sobre los supervivientes de las ya gravemente presionadas unidades de las Fuerzas de Defensa Planetaria. Sin embargo, por la gracia del Emperador, los convoyes se mantuvieron y cada gota de ayuda que logró pasar a través del bloqueó de los Pieles Verdes ayudó a dar un paso más hacia la victoria final.

[Tres cargueros y dos fragatas de escolta de clase Espada (Sword en el original)]

En esos momentos, los Pieles Verdes habían logrado obtener una completa superioridad aérea sobre los territorios que habían logrado ocupar, sus pilotos lanzaban ataques continuos contras las naves de suministros en órbita desde las pistas de aterrizaje que sus ejércitos invasores habían sido capaces de capturar. Oponiéndose a ellos, estaban las naves de la Armada Imperial, que habían establecido una inexpugnable defensa sobre el estratégicamente vital puerto espacial del continente occidental, y sus alas de combate de cazas interceptaban a los merodeadores cada vez que aparecían por encima de la atmósfera. Por desgracia, no todos podían ser

interceptados a tiempo de evitar que fueran capaces de causar algún daño, y uno de estos merodeadores oportunistas se acercaría más de lo que podría imaginar a decidir todo el futuro de la guerra…



CINCO

De no haber estado en la cabina, sólo el Emperador sabe lo que nos pudo haber ocurrido. En cuanto a mí, no tenía ningún deseo de renovar nuestro conocimiento sobre los efectos fisiológicos del vacío total, por lo que luché para salir de mi asiento, desesperado por llegar hasta la brecha y taponarla antes de que fuera demasiado tarde. Jurgen se me adelantó, cerrando la escotilla de paso al compartimento principal, cortando el escape de aire con un fuerte golpe cuando el vacío que se formaba en el compartimiento principal prácticamente le arrebató el cierre de la escotilla de sus manos.

-Bien hecho- dije, dejándome caer en el asiento, mi corazón martilleaba locamente dentro de mi pecho, aunque no se decir si era pánico o una respuesta automática a la fuga de aire.

Jurgen asintió flemáticamente. **-Me parecía que era lo mejor. ¿Qué nos golpeó, señor?**

-Posiblemente eso- repliqué, señalando un punto que pasaba rápidamente por la pantalla de auspex mientras mantenía firme mi voz con un considerable esfuerzo. -**Es probable que se esté produciendo una lluvia de deshechos orbitales. La batalla en el espacio debe de haber dejado tonelada de restos de todo tipo.**

Entonces comenzaron a picarme de nuevo las palmas de mis manos. El punto luminoso estaba cambiando claramente de rumbo,

preparándose para otra pasada.

-¿Y cómo está haciendo eso?- pregunto Jurgen, con la ingenuidad de un niño.

-Porque alguien lo está pilotando- dije, cogiendo de nuevo el vox. Esta vez lo único que pude oír fue la estática; evidentemente algo de nuestro equipo de comunicaciones no había sobrevivido al primer encuentro con nuestro atacante. Sólo tenía una opción posible.

-¡Tenemos que tomar tierra, ya!

Por supuesto, era mucho más fácil decirlo que hacerlo. Busqué entre los pictogramas, intentando encontrar las instrucciones correctas, la desesperación hacía que me temblaran las manos mientras las buscaba. A pesar de lo urgente de mi tarea, mi atención seguía volviéndose al auspex, donde el punto luminoso se acercaba rápidamente. Si hubiera cualquier otro enemigo, estoy seguro de que ya estaríamos acabados, pero a lo que nos enfrentábamos eran orkos, y sus armas tienden a ser de corto alcance, e incluso si no lo son, a sus pilotos les gusta acercarse lo suficiente para poder disfrutar de la explosión de su presa. Justo cuando pensaba que no íbamos a conseguirlo, encontré lo que estaba buscando y me volví hacia mi ayudante.

-¡Agárrate a algo!- grité, e introduje el código para una inmediata reentrada de emergencia.

-Este uso de este programa conlleva un grave riesgo- dijo el cogitador. **-Por favor, confirme la orden.**

-Hazlo ya, especie de...- Los adjetivos me fallaron en ese momento, tal vez afortunadamente, y volví a introducir el código.

Por grave que fuera el riesgo, ser despedazado por el fuego del cañón del caza, me parecía mucho peor. El eco del auspex ya estaba casi encima de nosotros, cuando levanté la vista del instrumental, vi una pequeña y veloz sombra moverse más allá del cristal blindado. Unos puntos luminosos comenzaron a parpadear en él mientras lo miraba.

-Instrucción confirmada- cantó la voz mecánica. **-Se aconseja a los pasajeros que se aseguren a sus asientos**.

Unas débiles vibraciones comenzaron a sacudir el casco cuando más ráfagas de cañón impactaron en él, el compartimiento trasero ya debía estar completamente despresurizado, así que casi ningún ruido llegó hasta la cabina. Apenas había tenido tiempo de preocuparme de que los sistemas estuviesen demasiado dañados para funcionar cuando un súbito aumento de la aceleración me empujó hacia atrás en la silla, y comenzamos a caer hacia el planeta.

-¡Agárrate!- grité a Jurgen, más por el posible estímulo que ofrecían esas palabras que porque creyera que fuese físicamente posible.

Escuché un ruido de algo al caer justo detrás de mí, acompañado por una vulgar maldición, dándome la razón. Jurgen tenía una fuerte aversión a los vuelos atmosféricos, y eso en condiciones óptimas, y toda esta situación estaba muy alejada de ser óptima. Quizás,

misericordiosamente, Jurgen tendría demasiadas cosas en la cabeza como para marearse, lo cual, la verdad, ahora era un mal menor para nosotros dos. Después de unos momentos, un ruido sordo más fuerte que el anterior resonó en la cabina sobre el creciente aullido de aire del exterior contra el casco de nuestra dañada cápsula y Jurgen se quedo finalmente en silencio. A pesar de mi preocupación, me quede quieto donde estaba; él estaría bien o mal, pero tratar de llegar hasta él en esos momentos sólo serviría para que yo también me lesionara.

A lo largo de los años he hecho el viaje entre la órbita y el suelo en innumerables ocasiones, con muy diferentes grados de comodidad, pero rara vez he sentido la experiencia tan vívidamente como entonces. En parte, supongo, fue porque creo que estaba gritando en esos momentos, preso de un incontrolable pánico (a decir verdad, el aullido del aire sobrecalentado rozando el casco era tan grande que no puedo estar seguro) y por otra parte, casi nunca he estado en una posición como esa para observar la experiencia de tan de cerca. El aire más allá del cristal blindado era de un vívido color rojizo, como el parpadeante resplandor de los escudos de vacío de un titán, y la tierra estaba oscurecida por estelas de aire hirviendo que se congelaba a nuestro paso. Una presión casi intolerable parecía estar expulsando el aire de mis pulmones, y la cápsula entera temblaba como una ramita en medio de un vendaval.

Pese a que me era completamente imposible ver más allá de la infernal neblina que nos rodeaba, me sorprendí tratando de mirar hacia atrás, en un vano intento de comprobar si el caza orko nos seguía para rematar su trabajo, pero no volví a verlo. Sólo puedo suponer que el piloto, viendo el rastro ardiente de nuestra reentrada, había supuesto que habíamos muertos y se había ido en busca de otra víctima [*].

[Suposición más que probable, dado que los orkos no destacan precisamente por su capacidad de concentración]

Después de lo que me pareció toda una eternidad de chasquidos y golpes, que sonaban como el hundimiento de un nivel de la sub-colmena en medio de una planta de reciclado de chatarra (Hivequake in a scrapyard en el original), finalmente comenzó a disminuir el ruido y pude empezar a distinguir el cielo azul y diversos jirones de blanco más allá del cristal blindado. Poco a poco, cuando cesó el resplandor rojizo y las nubes de debajo de la cápsula comenzaron a despejarse, pude distinguir algo del paisaje que teníamos debajo de nosotros. Comenzamos a ver unos desiertos de arena rojiza, muy lejos de los exuberantes pasto de Keffia con los que me había familiarizado, salpicados aquí y allá por señales de poblaciones: aldeas, pueblos y una ciudad de tamaño medio, todo rodeado de campos de regadíos asociados a unos canales de unas aguas vívidamente azules, cuyas riberas eran franjas verdes de un kilómetro o dos de ancho. Sin embargo, estos pronto se acabaron, y la arena pronto invadió de nuevo el lugar que ocupaba la vegetación y los ríos que la sostenían.

Lo más inquietante de todo era que la mayoría de esos asentamiento parecían haber sufrido de forma muy violente por los combates. Sobre la mayoría de ellos flotaba una gruesa capa de humo y desde tan lejos no podía distinguir si aún quedaba vida en ellos. Probablemente eso fue lo mejor, porque yo estaba demasiado aterrorizado para pensar cualquier cosa que se acercara un pensamiento racional.

-¡Alarma!- el cogitador intervino en el momento justo para desinflar los primeros y débiles sentimientos optimistas que había sentido desde que comenzó nuestro precipitado descenso. **-Los sistemas de inversión de empuje están seriamente comprometidos. Capacidad de elevación se reducido al treinta y siete por ciento**

de las especificaciones del diseño. El impacto será significativamente mayor que los márgenes de seguridad señalados para esta cápsula.

-¡Jodidamente maravilloso!- gruñí, tan fuerte como pude para desahogar verbalmente mi frustración. Demasiado tarde me di cuenta que confiar en el espíritu de la máquina era nuestra mejor oportunidad de supervivencia, y que intervenir manualmente probablemente no sería buena idea.

Revisando el horizonte, acabé por distinguir un trozo de azul y verde en medio del desierto que nos rodeaba, cuyas dunas se deslizaban ya incómodamente cerca de la cápsula mientras seguíamos perdiendo altura; de hecho, una pequeña tormenta de arena nos seguía a medida que la estela de nuestro paso llegaba al suelo. Murmurando oraciones, aunque recordando que el Emperador estaría demasiado ocupado para escucharme, desactivé los sistemas cogitadores y jugueteé con las palancas que tenía delante de mí, con la esperanza de recordar todo lo que sabía de cómo se controlaba manualmente esta trampa mortal que caía en picado.

Afortunadamente, parecía que yo había conservado en mi memoria la suficiente información para dirigir ese trasto y dirigí el morro hacia el oasis que había visto unos momentos antes. Se estaba acercando a toda velocidad, los árboles y el agua emergieron de las arenas del desierto y, con una sacudida que pareció aflojar cada uno de los dientes de mis mandíbulas, rozamos la parte superior de una de las dunas más grandes que lo rodeaban.

-Cortar energía, cortar energía…- recité para mí mismo, mirando sobre el atril de instrumentos el gran interruptor rojo que estaba seguro que había visto allí un momento antes. Casi en el último

minuto, lo encontré y lo golpeé con mi mano. Con una tremenda sacudida, que seguramente hubiera sido demasiado para el blando estomago de Jurgen si todavía estuviese consciente, el sistema de motores se desprendió por completo y la gravedad no modificada nos aferró.

Mi puntería fue bastante buena, aunque sea yo el que lo diga. Caímos como una piedra candente casi en el centro del lago, rebotamos en medio de una explosión de vapor, saltamos de nuevo en el aire, y pasamos como una afilada hoz entre la línea de árboles. A medida que lo hacíamos, creí ver un destello metálico en algún lugar debajo de nosotros, pero la niebla que habíamos creado giraba a nuestro alrededor, seguido de casi inmediatamente por el sonido de la madera al astillarse y un espeso humo negro cuando comenzó a arder, pero no tuve tiempo de volver a mirar, ni siquiera de pensar en el asunto. Todos los músculos y huesos de mi cuerpo parecían estar moviéndose en diferentes direcciones, y las correas de los arneses de seguridad se clavaron en mi pecho como las uñas de una bruja eldar. Mi visión empezó a nublarse y comencé a temer que estaba a punto de perder el conocimiento.

De repente, la sensación de presión comenzó a debilitarse, y la idea que poco a poco se filtró en mi mente es que mi desesperada apuesta había funcionado. Los arboles habían absorbido la mayor parte de la fuerza de nuestra inercia, y ahora parecía que nos movíamos mucho más despacio (aunque decir despacio era algo muy relativo). Una duna más grande que cualquier otra que hubiera visto, o simplemente tal vez la que estaba viendo más de cerca que las demás, pasó rápidamente, sacudiendo nuestra robusta cápsula mientras rozábamos su cresta, luego caímos, dejando una larga trinchera en la arena, y pequeños trozos de vidrio que el calor de nuestro casco vitrificaba en cada rebote [*].

[Probablemente se supone que la cápsula rebotó varias veces y fue excavando un surco en la arena que redujo su velocidad. Como he hecho muy a menudo durante la corrección de estas anécdotas, he decidió mantener la redacción original, en interés de conservar su especial sabor, a pesar de su ambigüedad (y de ser confusas en la descripción de algunas circunstancias)]

Finalmente, cesó el chirrido del metal, y, para mi asombro, me di cuenta de que ya estábamos en el suelo y seguros. Bueno, en cualquier caso, en tierra y vivos. Como pronto iba a descubrir, estar seguro en Perlia era muy difícil.

Durante unos momentos permanecí sentado, forzándome a introducir aire en mis maltratados pulmones, y tratando de no hacer caso a las pequeñas punzadas de dolor que atravesaban mis músculos cada vez que intentaba moverme. Al cabo de un rato, cuando mi cabeza cesó de dar vueltas y el núcleo ardiente de la agonía que tenía detrás de mis ojos retrocedió hasta convertirse en una mareante palpitación, similar a la de la peor resaca imaginable, busqué a tientas como liberarme del arnés. El seguro saltó bruscamente y me medio caí fuera de la silla, por primera vez me di cuenta de que nuestra pequeña nave se había detenido muy escorada hacia un costado.

Ninguna de las runas del atril de control estaba iluminada, y pronto se hizo evidente que los sistemas de energía se habían fundido por el impacto de nuestro aterrizaje. Nuestro pequeño y valiente cogitador se había convertido en uno con el Omnissiah, sin duda muerto por falta de energía de alimentación, por lo que no conseguiría ningún tipo de ayuda desde allí. Salvo por la intercesión de un tecno-sacerdote, no podríamos activar el vox, por lo que pedir ayuda no era una opción.

-¡Jurgen!- me puse en pie con dificultad sobre la inclinada cubierta, tropecé alrededor de la silla para encontrarme a mi ayudante desplomado detrás de ella, un feo moratón desfiguraba su frente (en la medida que fuera posible que su apariencia se volviera apreciablemente peor).

Un rápido vistazo a la atenuada luz solar que se filtraba a través de la arena, que casi cubría todo el cristal blindado, no mostró nada que amenazara su vida, el cráneo de Jurgen aparentemente era demasiado grueso para romperse con algo que no fuera el impacto de un bolter. Mientras yo intentaba determinar sus posibles lesiones, mi ayudante comenzó a moverse.

-¿Estamos muertos?-preguntó, abriendo los ojos y mirándome con menos comprensión que de costumbre. Negué con la cabeza.

-No lo creo- dije. **-De ser así, me imagino que el Emperador ya habría aparecido a estas alturas.** Dejándolo ordenar sus pensamientos, abrí la escotilla de conexión y me tambaleé hacia el compartimiento principal.

Lo primero que me golpeó fue el olor; arena quemada y metal quemado, por supuesto, pero cubierto por él, casi totalmente enmascarado, el bendito perfume del aire fresco, limpio, sin reciclar. Lo succioné con avidez, como un adicto tomando una dosis de obscura, casi intoxicado por la fiebre del oxígeno. Evidentemente, el casco se había roto, pero no estaba seguro de si había sido por los proyectiles del caza o por nuestro precipitado aterrizaje. Varios armarios se habían abierto, esparciendo su contenido, y me moví con los pies hasta los tobillos entre paquetes de raciones y otras cosas que sin duda me serían útiles más tarde. Pero ahora no tenía tiempo para pensar en ello. Tropecé con mucho esfuerzo hasta la

escotilla de salida como si estuviera en trance, subiendo por la inclinada cubierta como si estuviera trepando por un paso de montaña.

Finalmente alcancé mi objetivo, y me puse a abrir la escotilla usando una palanca manual cuidadosamente prevista para esta contingencia. Se deslizó hacia un lado de manera sorprendentemente fácil y bendije la previsión del Adeptus Mechanicus, y del acólito en particular que la había diseñado. Un brillante rectángulo de sol cálido y claro se derramó sobre mí, el intoxicante aroma del aire limpio llegó justo después. Tras levantarme, me tambaleé hacia el casco, que aún sentía caliente incluso a través de las gruesas suelas de mis botas, mis oídos se llenaron de los chasquidos y crujidos del metal al enfriarse, alce una mano sobre mis ojos, ansioso de ver que teníamos a nuestro alrededor.

Una sombra apareció en los límites de mi campo de visión, de pronto, sentí que me ahogaba, cuando el aroma del aire fresco fue sustituido por un nuevo y fétido olor.

-¿Jurgen?- pregunté, volviéndome hacia el origen del olor, pero al hacerlo, la parte racional de mi mente me recordó que no podía ser él.

Por una parte, Jurgen todavía estaba derrumbado sobre la cubierta de vuelo, y por otra, el nuevo hedor hacia que el olor de mi ayudante se pareciera al del rocío en una brillante mañana primaveral. Casi no tuve tiempo de percibir la presencia, que surgió ante mí como una pequeña montaña colérica, justo antes de que el orko dejara escapar un grito de rabia y cargara.



SEIS

Mirando hacia atrás, me imagino que el Piel Verde estaba tan sorprendido de verme como lo yo estaba de verlo a él, de lo contrario, sin duda habría terminado conmigo antes de que mi entumecida y maltratada mente hubiera tenido tiempo de notar adecuadamente su presencia. Pero, afortunadamente, mi instinto saltó, y pese a la debilidad y rigidez de mi maltrecho cuerpo, esquivé su carga por puro reflejo, me giré mientras levantaba un pie y le golpeé en parte posterior de su rodilla mientras pasaba. El orko cayó, gruñendo como un macho grox que ha olfateado a un rival. Tuve un momento de pánico, mientras me preguntaba si ese viejo truco funcionaría contra esa insensible masa de músculos, al menos una cabeza más alto y dos veces más ancho que cualquier otro oponente humano con el que me hubiera enfrentado anteriormente, más incluso que los Catachanes con los que ocasionalmente había peleado. Sin embargo, pese a todo, parecía que las articulaciones de los Pieles Verdes eran lo suficientemente similares a las nuestras. Cayó sobre una rodilla, gritando aún más fuerte, si eso era posible, puede que porque el candente metal del casco había prendido la tosca tela de sus pantalones. Se levantó a medias, para volverse contra mí, y cayó por la escotilla abierta con un grito de asombro casi cómico justo después que le pegara una patada en la cara, con toda la fuerza que fui capaz de reunir, mientras el orko aún estaba desequilibrado. A continuación escuche un gran golpe, seguido por el inconfundible chasquido de un arma láser, dos disparos en rápida sucesión.

Confiando en que Jurgen hubiera sido capaz de lidiar con el problema, protegí mis ojos del sol y miré rápidamente por los

alrededores, tratando de descubrir de dónde había venido esa cosa, y lo más importante, si estaba solo o no.

No hubo suerte, por supuesto. Unas voces crueles y guturales resonaron entre las dunas, desde mi posición elevada en lo alto del casco de la cápsula puede ver a dos manchas verdes más, moviéndose asombrosamente deprisa hacia nuestra posición. La rápida pelea cuerpo a cuerpo con su compañero había terminado tan rápidamente que yo no había tenido tiempo de asumir completamente el horror y lo repugnante de la criatura con la que me había enfrentado, pero estos dos estaban lo bastante lejos para que pudiera ver lo bastante bien a esos seres grotescos.

Mentiría si dijera que no temblé interiormente al verlos. Pese a la confidencia que le había hecho a Divas de que no me parecían tan resistentes, y pese a la relativa facilidad con la que me había librado de mi primer atacante, yo ya era lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de lo que era una gran amenaza en cuanto la veía. Había tenido mucha suerte en mi primer encuentro, sólo obedecí a mis instintos y a unos reflejos entrenados durante años de formación, lo que me permitió aprovechar la impetuosidad de mi atacante, y la posterior intervención de Jurgen no hizo ningún daño (bueno, salvo al orko, lo cual, por si me lo preguntan, estuvo muy bien).

Por un lado, las criaturas que corrían hacía mí eran enormes, y con unos músculos que yo sólo había visto anteriormente en los ogretes. Incluso un Catachan hubiera parecido claramente insignificante al lado de una de esas monstruosidades. Unos pequeños ojos rojizos me miraban desde debajo de unas grandes y pobladas cejas, pero, a diferencia de los holos que había visto anteriormente, estos brillaban con intención maligna y, si no era exactamente inteligencia, era algún tipo de astucia instintiva que a

menudo compensaba la anterior falta. Ahora, que ha pasado ya un siglo, o tal vez más, desde aquel primer y desconcertante encuentro, he tenido la oportunidad de aprender mucho más sobre esas criaturas, y una de las cosas que he observado una y otra vez es que tratarles como unos simples e irracionales brutos es el camino más rápido para acabar en el cementerio (o más probablemente en sus estómagos).

A pesar de su enorme volumen, se movían con rapidez, y con una especie de gracia completamente en desacuerdo con su tosca apariencia, cada uno de sus movimientos era preciso y económico.

Por encima de eso, hubo algo más que heló y llenó de mi corazón. El increíble poder que contenían esos siniestros músculos, completamente bajo control y dirigidos de sus propietarios, estaban centrados en un único objetivo, y ese era mi muerte.

-¡Comisario!

Jurgen apareció por la escotilla, llevaba entre sus brazo un fusil láser que había sacado del pequeño arsenal del salvavidas, y, que el Emperador lo bendiga por ello, la espada-sierra que yo había dejado en el compartimiento principal después de mis prácticas, lo que debería haber sido tan sólo un par de horas antes, además de la heterogénea colección de macutos y bolsas que habitualmente llevaba encima. Cogía la espada con gratitud, pulsé la runa de activación y saqué la pistola láser de la cartuchera de mi cinturón, al instante me noté más cómodo al sentir la sensación de tener nuevamente armas entre mis manos. Mi ayudante giró la cabeza para mirar a nuestros atacantes, una débil sonrisa de satisfacción apareció en su rostro. Más tarde se me ocurrió que tras cargarse al

orko de la cápsula, tenía que estar de buen humor, como lo estaría cualquier otro Valhallano en esas mismas circunstancias.

-Son feos los jodidos, ¿verdad, señor?

-Ya lo creo que lo son- dije diplomáticamente, consciente de que, como de costumbre, no captaría la ironía de mis palabras.

A estas alturas, nuestros atacantes ya estaban lo bastante cerca como para abrir fuego con las pistolas bolter que llevaba, pero, afortunadamente, resultó que no tenían mejor puntería con las armas de fuego que la mayoría de su especie, los proyectiles reactivos detonaron a un par de metros de donde nosotros nos encontrábamos de pie. Aún así, el sonido de los disparos pareció excitarlos, y aumentaron su velocidad, trepando por las dunas tan deprisa qué por un momento comencé a pensar que estarían sobre nosotros antes de que pudiéramos reaccionar. La luz del sol brillaba en las armas de combate cuerpo a cuerpo que también empuñaban, unas grandes pesadas hachas de mango corto, que parecían ridículas aquí, más propias de una cocina que de un campo de batalla.

-Cuando esté listo, señor.

Abrí fuego con mi pistola, Jurgen siguió mi ejemplo. Con alivio, vi nuestros proyectiles impactar sobre los torsos de nuestros monstruosos asaltantes, abriendo cráteres cauterizados entre los toscos ropajes marrones que llevaban (que se camuflaban de una manera desconcertante buena entre las arenas del desierto, de manera que sus siluetas se desdibujaban en el paisaje, sus verdes rostros y extremidades parecían moverse parpadeando entre la

arena) sobre cuerpos. Para mi horror, las heridas, que habrían acabado con un ser humano, apenas los ralentizaron, y cargaron a ciegas: parecía que sólo habíamos tenido éxito enfureciéndolos aún más.

-¡Waaaaagh!- gritaron, provocado por el dolor y la rabia, un grito de guerra que nadie que se haya enfrentado a esas monstruosidades jamás podrá olvidar.

Nunca lo había oído antes, excepto a través de los altavoces de un hololito, aunque eso, como descubría posteriormente, no era nada comparado con el sonido producido por cientos, o incluso miles, de gargantas orkas, lo cual, permítanme que les diga, puede resultar bastante desconcertante. De pronto, oí otro grito similar detrás de mí, tuve el tiempo justo de volverme y me encontré a otros dos orkos, que nos habían flanqueado sigilosamente mientras nuestra atención estaba fijada en sus camaradas.

-¡Jódete!- paré el arco descendente de una de esas grandes e intimidantes hachas con mi espada-sierra, disparando cuatro o cinco proyectiles de mi pistola contra el expuesto vientre de la criatura. Para mi alivio, el orko se tambaleó hacia atrás, bloqueando momentáneamente la carga de su compañero, que reaccionó, como pronto me iba a darme cuenta, era la típica forma de toda su especie. Sin vacilar, rompió el cráneo de su camarada con su hoja, del cual saltó un chorro de un icor nauseabundo, y empujó hacia un lado el cuerpo de su compañero en su ansia por llegar hasta mí. Un horrible hedor rancio, peor que cualquier otra cosa que hubiera experimentado en mi vida (y eso teniendo en cuenta que acababa de pasar tres semanas encerrado en una minúscula cápsula salvavidas con Jurgen) me derribó mientras abría sus asombrosamente anchas mandíbulas y lanzó un grito de guerra que hizo que me temblaran hasta los huesos. Por un instante, todo mi

campo de visión estuvo lleno de dientes afilados, colmillos y un esófago que parecía capaz de tragarme de un solo bocado [*].

[Sin duda, aquí Cain está exagerando. Incluso un señor de la guerra completamente desarrollado (por definición el más grande y agresivo espécimen entre los orkos) sería incapaz de comerse a un ser humano adulto sin reducirlo primero a trozos más pequeños. Eso sí, la verdad, en la mayoría de los casos no tardaría demasiado en hacerlo]

Casi sin pensarlo, levanté la pistola que llevaba en mi mano izquierda y disparé rápidamente varios proyectiles directamente a esa enorme y apestosa boca. La parte posterior de su cabeza estalló, llevándose con ella cualquier tipo de cerebro que tuviera dentro de ella. El orko se tambaleó, mirándome un vago asombro durante un momento antes de caer del casco para impactar contra la arena vitrificada que había abajo con el sonido que me recordó vagamente al de alguien rompiendo el plato más grande de toda la galaxia.

Me giré para hacer frente a nuestros atacantes originales, encontrándome con que Jurgen había puesto su fusil láser en automático, y disparaba hacia abajo con el vengativo entusiasmo que los Valhallanos generalmente mostraban cuando mataban a sus enemigos hereditarios. Atrapados en esa tormenta de låsers, los Pieles Verdes finalmente se tambalearon, cayeron y rodaron por el lateral de una duna para desangrarse hasta morir a sus pies, en lo que yo esperaba que no fueran más que unos segundos entre débiles temblores. Sin embargo, para mi asombro, comenzaron a arrastrarse hacia nosotros, su lujuria por el derramamiento de sangre todavía ardía en sus ojos, hasta que un par de disparos más cuidadosamente colocados por mi imperturbable ayudante reventaron sus cabezas como melones maduros.

-Bien hecho, Jurgen…- comencé a decir, pero de repente, mi ayudante se volvió y empezó a dirigir su arma en mi dirección.

-¡Cuidado, comisario!- gritó, todavía tratando de apuntar a su nuevo objetivo.

Advertido por su grito, logré levantar a tiempo mi espada-sierra. Con un rugido que ensordeció mis ya castigados oídos, el orko cuyo compañero le había golpeado tan cruelmente cargó contra mí, volviendo a empuñar su hacha. Increíblemente, la herida de su cabeza, que habría resultado fatal para cualquier ser humano, apenas le había aturdido, y las heridas en su vientre que yo le había hecho, apenas le ralentizaban. Ignorando la atávica voz en el fondo de mi cabeza, que jadeaba de pánico ante la aparente invulnerabilidad de la criatura, me moví instintivamente para contrarrestar su ataque. El orko no era inmortal, teníamos cuatro grandes evidencias para demostrarlo a nuestro alrededor; sólo necesitaba encontrar su punto débil. Mientras tanto, le lancé un tajo hacia su torso con mi espada-sierra, en la esperanza de frenarlo un poco… Balanceé el arma, me agaché por debajo de su enorme antebrazo, y fui recompensado con otro rugido de ira cuando mi espada lo alcanzó.

La herida en el cráneo del orko siguió expulsando icor mientras yo me apartaba, tratando de dejar la suficiente distancia entre nosotros para que Jurgen tuviera un campo libre para disparar al monstruo, pero la cosa era infernalmente rápida, y se echó sobre mí antes de que Jurgen pudiera disparar. El orko parpadeó, intentando aclarar su vista, aproveché su momentánea distracción para volver a entrar por debajo de su guardia, alcanzándole con mi espada-sierra en su pierna. La hoja zumbó, clavándose profundamente, el hueso gimió, y el Piel Verde se tambaleó, gritado otro desafío. Por primera vez, parecía algo menos seguro de sí mismo, sus movimientos perdieron

algo de precisión, y eludí con una facilidad casi despectiva otro desesperado golpe de su hacha. El impacto había sido salvaje, pero repliqué con facilidad, alcanzando el brazo de la criatura justo por encima del codo. Un chorro de un apestoso líquido roció la arena y el casco que nos rodeaba, no alcanzándome por milímetros.

Esto tendría que haber sido lo suficiente para someter a cualquier enemigo, pero, una vez más, subestimé la capacidad del orko para unir una rabia salvaje con la total falta de instinto de auto-conservación. En lugar de derrumbarse, se puso en pie, rugiendo con tanta fuerza como antes, sólo tambaleándose ligeramente para proteger su pierna herida. Eso fue suficiente, me aparte hacia un lado, golpeándole en la espalda, cortando la columna vertebral de la cosa. Finalmente cayó, rodando hacia abajo para unirse a los cuerpos de sus compañeros, allí se retorció durante un momento antes de quedarse finalmente inmóvil.

-Buen trabajo, señor- dijo Jurgen, bajando el fusil.

Mire a nuestro alrededor, respirando con dificultad, sin atreverme a creer que por fin había acabado todo. **-¿Ese era el último?-** pregunté.

Mi ayudante asintió.

-Debía serlo- dijo, con una seguridad envidiable; pero dado que su gente tenía generaciones de experiencia luchando contra esas criaturas, supongo que tendría buenas razones para su confianza. **-Si hubiera más, ya los tendríamos encima.**

-Bien, eso es un consuelo- dije, con menos sarcasmo de lo que pretendía, entonces la pregunta obvia llamó mi atención. **-Pero lo que realmente quiero saber es cómo nos encontraron tan rápidamente.**



Luego resultó que la respuesta a esa pregunta estaba al alcance de la mano, y fuimos capaces de encontrarla después de una búsqueda relativamente breve. Sin embargo, la tarea fue costosa, ya que los dos todavía sufríamos los efectos de nuestro precipitado descenso, y el calor del desierto debilitó bastante nuestro estado físico, aunque hubiéramos estado al máximo de nuestras fuerzas, que no era el caso. No por primera vez blasfemé a quien fuera que había decidido que el negro sería el color ideal para el uniforme de comisario, me quite el abrigo (que normalmente me venía muy bien, rodeado como estaba de personas nacidas en un mundo helado y que solían regular la temperatura de sus cuartos a unos niveles reservados a la conservación de la comida). Jurgen, sin duda alguna, encontró las altas temperaturas más agobiantes que yo, pero las aceptó con su habitual estoicismo, como todo lo demás.

Insistí en descansar un rato antes de comenzar nuestra expedición de exploración, y tomar algo de comida y agua, y estaba satisfecho de haberlo hecho, pese a la presencia de un nuestro no deseado invitado dentro de la cápsula. La temperatura interior había subido considerablemente [*] y, como se pueden imaginar, el olor del orko horneado no era exactamente un estímulo para el apetito. Después de un tiempo, y con un esfuerzo considerable, conseguimos sacar fuera el cadáver, donde se unió a sus camaradas en una improvisada fosa común.

[Presumiblemente, el sol estaba entrando y calentando el compartimiento a través de la escotilla abierta. Difícilmente hubiera sido capaz de atravesar un casco aislado contra el calor de la reentrada atmosférica]

-Deberíamos quemarlo- dijo Jurgen, algo que yo pensaba que debía ser una especie de superstición entre los Valhallanos, y, la verdad, los Pieles Verdes ya estaban indiscutiblemente muertos, y no podía entender realmente la razón de esa sugerencia [*]. De cualquier forma, el pequeño arsenal de nuestra pequeña nave no tenía ningún lanzallamas en su inventario, así que aplazamos el asunto a favor de la exploración y nos dirigimos hacia la dirección desde la que habían llegado nuestros atacantes.

[A la luz de nuestra actual comprensión de la biología de los orkos, estas palabras de Jurgen son notablemente proféticas, aunque es totalmente razonable asumir que, después de generaciones luchando contra los Pieles Verdes, los Valhallanos se habían dado cuenta que el porcentaje de reinfestación era considerablemente inferior allí donde los cadáveres orkos fueron eliminados con el fuego, y habían adoptado esa práctica sin una total comprensión del por qué]

Afortunadamente, las huellas que habían dejado eran fáciles de seguir, y después de algunos momentos de ir arriba y abajo por las arenas movedizas de los interminables campos de dunas, llegamos a uno de los estrechos y rocosos desfiladeros que los Tallarn llaman wadis (palabra árabe, cauces secos o estacionales de los ríos en lugares desérticos, nt). Allí, los surcos que habían dejado a su paso desaparecieron, aunque alguna huella ocasional de botas seguía siendo visible sobre la fina capa de polvo que cubría el suelo, y pudimos progresar razonablemente. De hecho, ahora que ya habíamos salido de las dunas, en las que nos hundíamos hasta el tobillo a cada paso, me sentí casi revigorizado, pese al omnipresente calor.

En aquel momento, ambos estábamos sudando abundantemente, y me detuve un momento para tomar un trago de agua de la cantimplora que me había colgado al hombro antes de partir.

Mientras lo hacía, vi un brillante resplandor de luz solar reflejándose cerca de la siguiente curva del desfiladero, e indiqué a Jurgen que permaneciera en silencio. Allí adelante, sin duda alguna, había algo metálico, pese a que todavía no tenía ni idea de lo que era.

Tras preparar nuestras armas, seguimos avanzando cautelosamente, yo tenía mi boca más seca que antes de beber, y las palmas de mis manos me picaban de nuevo, aunque esta vez eran simplemente nervios, no una advertencia de mi subconsciente. En varias ocasiones durante nuestro lento y cuidadoso avance, mis ojos volvieron a ver de nuevo el revelador parpadeo, aunque seguía sin saber que presagiaba.

Por fin llegamos a la curva del desfiladero y, tras pegarnos a las paredes rocosas, miramos cautelosamente a nuestro alrededor. Mi aliento silbó involuntariamente a través de mis dientes.

-Vehículos- dije, aunque la verdad es que eso era un inmerecido cumplido.

Si tuviéramos con nosotros a un tecno-sacerdote, no estoy seguro de si él se hubiera echado a reír en el acto, o hubiera tratado de exorcizarlos como una abominación contra el espíritu de la máquina. Probablemente hiciera ambas cosas; sin que importe lo útiles que son en ocasiones, tengo que decir que la mayoría de los cogboys [*] que me he encontrado en mi larga y desacreditada carrera han sido el proverbial Emperador sin cabeza de una baraja de tarot (Short deck en el original, una expresión que viene a decir que una persona es poco simpática y poco inteligente, nt).

[Un apodo ligeramente despectivo muy común entre la Guardia destinado a los tecno-sacerdotes e engineseers]

Jurgen asintió. **-Orkos-** dijo, con toda la seguridad de su herencia, aunque incluso yo hubiera sido capaz de decir eso.

Había tres cosas estacionadas en un cañón más ancho, donde el wadi que seguíamos se abría como un afluente a que se unía a un río [*].

[El rio seguramente lo habría esculpido en las rocas durante las repentinas inundaciones que se producen durante las poco frecuentes y torrenciales habituales lluvias en las regiones desérticas de la mayoría de los mundos, esta comparación no es nada sorprendente]

Yo nunca había visto tal colección de vehículos destartalados en mi vida. Dos de ellos eran un curioso hibrido entre tractor y motocicleta, con anchas orugas donde deberían estar las ruedas trasera. Uno de ellos estaba destinado a un solo jinete, mientras que el otro tenía dos orugas muy separadas entre sí, con una plataforma plana en medio de ambas, en la que habían montado una intimidante y pesada arma, claramente destinada a ser manejada por el pasajero. Eso era el responsable de los destellos que había visto. El tosco aparato de puntería sujeto al cañón se había soltado, y se movía ligeramente con el viento, reflejando intermitentemente el ardiente sol hacia el estrecho desfiladero lateral que habíamos estado siguiendo.

El tercer vehículo del convoy parecía algo más convencional, montado sobre cuatro robustas ruedas. Al igual que su curioso compañero, tenía un arma montada en un pedestal, que reconocí como un bolter pesado modelo imperial, sin duda saqueado e instalado por cualquier vil equivalente de nuestros tecno-sacerdotes que tuvieran estas grotescas criaturas. Tras revisar toda la zona con un amplivisor sacado de los bien surtidos armarios de nuestra

cápsula de supervivencia, no encontré ninguna señal de vida e hice la señal para descender.

De cerca, la colección de chatarra ambulante que nos habíamos encontrado era todavía menos atractiva que de lejos. El espécimen de cuatro ruedas, al que Jurgen seguía refiriéndose como buggy, estaba bien blindado, eso estaba claro, pero se notaba que había tenido un pésimo mantenimiento, si es que alguna vez había tenido alguno. A todo lo largo de su superficie tenía aleatoriamente distribuidas grandes manchas de óxido y brillantes marcas plateadas, estas últimas, sin duda causadas por un combate lo suficientemente reciente como para que todavía no se hubieran oxidado. Por razones que no llegaba a entender, una gruesa línea de pintura roja había sido burdamente embadurnada a lo largo de ambos costados del vehículo [*].

[Es un dogma de fe entre los Pieles Verdes que los vehículos pintados de rojo son inherente más rápidos y más maniobrables que los otros. Cuando no disponen de suficiente pintura para cubrir completamente todo el vehículo, muchos conductores recurren a esta peculiar franja en un intento de replicar el efecto]

-Este debía ser del jefe- dijo mi ayudante, trepando sobre el trasto y metiéndose dentro cautelosamente.

Después de un momento, me uní a él, manteniendo un ojo atento a cualquier cosa que traicionara cualquier movimiento entre los montones de rocas que nos rodeaban, e inspeccioné el bolter, como ya tenía por costumbre. Parecía funcionar correctamente, varias cajas de munición se apilaban sin orden alguno a su alrededor.

-¿Cómo lo sabes?- pregunté, reconociendo implícitamente su mayor conocimiento sobre las criaturas a las que nos

enfrentábamos sin el menor rastro de vergüenza.

Habíamos servido juntos el tiempo suficiente para que confiara más en él que en cualquier otra persona del regimiento, y él me conocía lo suficientemente bien como para no tomar el deseo de escuchar sus consejos como un signo de debilidad en mi liderazgo. (De hecho, una de las cosas que me propongo enseñar e inculcar a los jóvenes cachorros que tengo a mi cargo es precisamente eso, que es mejor un momento de vergüenza que toda una vida de ignorancia, y en el campo de batalla, donde lo que no sabes bien, acabara definitivamente haciéndote daño, es muy probable que ese periodo de vida sea bastante corto. Además no hay nada más prudente para conseguir que los oficiales de la Guardia se relajen un poco y establecer con ellos una tolerable relación de trabajo, que demostrarles que ustedes respetan sus opiniones, o al menos darles la impresión de que lo hacen).

Jurgen se encogió de hombros. **- Tiene el arma más grande-** señaló razonablemente.

Bueno, eso tenía bastante sentido, así que me aparté del inapreciable bolter y comencé a hurgar entre las cajas de almacenamiento del vehículo. Aparte de algunas burdas herramientas, evidentemente usadas para reparar cualquier daño que no pudiera ser completamente ignorado, no parecía haber mucho más, aunque encontré una que contenía un brazo humano desecado por el calor del desierto, masticado a fondo y que olía como el Trono Dorado.

-¿El almuerzo de alguien?- sugería, lanzándolo la cosa por un lateral, y tratando de sofocar la incipiente rebelión de mi estómago.

Jurgen asintió sombríamente. **- Se comen cualquier cosa, incluso los unos a los otros.**

-Qué bien- dije, temblando de asco. Después de este incidente, como era de esperar, abrí las cajas con más cuidado, pero no hubo más sorpresas desagradables. **-¿Supongo que algunos de los otros vehículos llevará el resto de las raciones, no?**

Afortunadamente, no había señales de nada que un orko pudiera considerar un alimento en ninguno de los otros trastos.

-Debía ser una partida en busca de suministros y alimentos- concluyó Jurgen, yo asentí.

-La pregunta es- dije **-donde iban a buscar los suministros, y de donde venían.**

Me estremecí con una repentina ráfaga de viento frío. Había tardado más de lo que esperaba en inspeccionar nuestro hallazgo, y el sol empezaba a acercase al horizonte. Nuestra breve estancia en Desolatia me había familiarizado bastante con las condiciones del desierto así que supe que la temperatura estaba a punto de caer a niveles que Jurgen agradecería, yo ciertamente no.

-Sera mejor que volvamos a la cápsula.

Allí podríamos refugiarnos, al menos durante la noche, y podríamos pensar que hacer. Difícilmente podíamos quedarnos allí indefinidamente, pero, por otro lado, no tenía ganas de correr al

azar a través de este desierto de arena, confiando en la suerte ciega y en el Emperador para encontrar nuestra líneas antes de que otra patrulla orka tropezara con nosotros. Por supuesto, en esos momentos no tenía ni idea de lo lejos que estábamos en realidad de la mayor parte de las fuerzas imperiales en Perlia, o posiblemente hubiera estado luchando contra un ataque de puro pánico.

Mi ayudante asintió. **-¿Esto podría ayudar?-** preguntó, ofreciéndome un trozo de pergamino que había encontrado en una de las cajas de almacenamiento del buggy.

Lo cogí, encontrándolo desagradable grasiento al tacto, y examiné la múltiples líneas malamente dibujadas y los extraños signos orkos salpicados a lo largo del mismo. **-Parece un mapa.**



SIETE

Volvimos a nuestro lejano refugio con nuestros espíritus bastante más animados de lo que yo esperaba. Jurgen arrastraba con él una lata de combustible que había encontrado en el vehículo más pequeño de los que habíamos encontrado. Aunque a mí me parecía que era desperdiciar fuerzas a lo tonto, si incinerar los cadáveres de nuestros antiguos atacantes le hacía feliz, pues buena suerte entonces. Por mi parte, metí el trozo de pergamino dentro de mi camisa para guardarlo, tratando de ignorar el hormigueo que provocaba en mi piel el mapa que antes había estado en contacto con mi ayudante, ahora relativamente alegre en cuanto encendió su pira. En verdad, pareció tremendamente satisfecho cuando las llamas crecieron devorando su alimento, parpadeando suavemente contra la oscuridad purpura poblada de estrellas del cielo. Yo pasé un rato tratando de adivinar cuales de los puntos luminosos por encima de nosotros eran naves orbitando el planeta, hasta que el viento cambió de repente y el hedor de la carne quemada combinado por el frío en aumento hizo que me metiera dentro de la cápsula.

Dentro, por supuesto, era casi imposible ver algo, ya que el sistema de iluminación estaban tan muerto como todo lo demás que requería energía para funcionar, pero de nuevo el bien surtido kit de supervivencia vino en nuestra ayuda, y empecé a volverme loco con el tosco mapa que habíamos recuperado a la luz de una linterna colocada en equilibrio sobre una de las literas.

Por supuesto, el compartimiento estaba demasiado inclinado para dormir, pero estaba lo suficientemente cansado para sentirme perfectamente cómodo sobre una pila de sacos de dormir enrollados en un rincón entre el mamparo y el suelo, durmiéndome casi inmediatamente después de apagar la luz. Para mi alivio, Jurgen había decidido coger un colchón, y sacarlo fuera, donde podía disfrutar al máximo de las frías temperaturas, y su omnipresente olor, incrementado por el calor del día, le había seguido misericordiosamente.

Como la mayoría de los Valhallans, Jurgen tenía un conocimiento superficial de la escritura orkish [*], lo que estuvo muy bien para yo poder familiarizarme con sus fundamentos, o por lo menos con sus equivalentes góticos, así que después de un rato pude resolver algo de su significado.

[O, para ser más exactos, de los pictogramas orkos, la escritura real es un concepto demasiado sofisticado para el entendimiento y comprensión de la media de los Pieles Verdes]

-Si estoy leyendo esto correctamente- dije cautelosamente, mientras disfrutábamos a la mañana siguiente de un tranquilo desayuno a base de soylens veridienses (Soylen es un complejo alimenticio que se supone aporta a una persona de todos los nutrientes necesario, nt) rehidratados dentro del compartimiento de la cápsula, **-estos estaban acampados en el oasis.**

Hice un gesto en la dirección de la larga cicatriz que había dejado la cápsula sobre el suelo el día anterior, mientras rebotaba y se deslizaba hasta detenerse. Jurgen asintió con la cabeza, inclinándose para mirar más de cerca el mapa que yo sostenía, sin dejarme duda alguna que el sol naciente ya estaba haciendo su

excelente y habitual trabajo sobre mi ayudante, sacando de él lo mejor y más exquisito de su característico bouquet.

-Este es el símbolo de un campamento- señaló, de acuerdo conmigo, **-y aproximadamente está en el lugar correcto.**

El mapa no tenía nada tan sofisticado como una escala para medir las distancias, pero el símbolo estaba, más o menos, en su centro, y después de pensar un poco, yo había sido capaz de interpretar una peculiar línea ondulada que corría a lo largo de uno de los extremos del pergamino como parte de la costa del continente oriental [*]. Me encogí de hombros. Habíamos caído sobre el lugar con el equivalente al impacto de un par de kilotones de fycelina, así que no tenía ningún sentido ir a ver si había sobrevivido alguno de los Pieles Verdes. Y lo más importante, tampoco habría dejado mucho que nos pudiera ayudar a Jurgen y a mí.

[De esto podemos deducir que, pese a su habitual renuencia a ahondar en la lectura de los detalles de los informes proporcionados por el Munitorim, al menos había echado un vistazo a una panorámica general de la geografía del planeta]

-Bueno, ya sabemos de dónde venían ellos- dije. Señalé un punto cerca del aplastado oasis, **-y nosotros estamos por aquí.**

Más adelante, en esa dirección, solamente había una tosca runa y la golpeé con mi dedo. **-De modo que debían estar dirigiendo a hacia este lugar, independientemente de lo que signifique este borrón.**

-Parece ser el símbolo de lucha- dijo Jurgen voluntariosamente, **-o de un gran número de enemigos.**

Mi ayudante se encogió de hombros, y rellenó mi taza de recafeinado de la cafetera que silbaba tranquilamente sobre un hornillo portátil que había sacado del kit de supervivencia antes de que yo me despertara. Tome la taza con gratitud pero, sinceramente, hubiera preferido una infusión de tanna [*], pero las raciones de a bordo de la cápsula no habían sido preparadas teniendo a los Valhallanos en mente, y ese pequeño lujo en particular tendría que esperar hasta que regresáramos junto a nuestro regimiento. Suponiendo, por supuesto, que hubieran sobrevivido ilesos al ataque a nuestra nave de transporte.

[Una clase de te hecho con las hojas de una planta nativa de las cavernas de hielo de Valhalla. Cain pasó la mayor parte de su servicio activo unido a regimientos de ese mundo, y adquirió una afición al gusto de esa bebida que le duró el resto de su vida. Él me convenció solamente una vez para que lo probara; la mejor descripción de su sabor es la de “peculiar”]

-Entonces, hacia allí adonde nos dirigiremos- dije con decisión.

Si ustedes han leído ya bastante de mis garabatos, mi aparente buena voluntad de ir en la dirección general de lo que parecía una zona de batalla puede sorprenderles y parecerles algo inusitado, por no decir nada más fuerte, pero dentro de mi mente, cualquier lugar que los orkos consideraran como lleno de enemigos sonaba como el lugar correcto en el que estar. Con algo de suerte, sería capaz de contactar con nuestras propias fuerzas, y sí no, al menos debería encontrar a los torpes trolls de las FDP (PDF trolls en el original. La mayoría de las FDP son consideradas por la Guardia Imperial como un grupo de ineptas, torpes y mal encuadradas unidades, poco validas para el combate, nt) para escondernos mientras regresábamos al regimiento. De estas reflexiones, se puede deducir fácilmente lo todavía felizmente ignorante de la pésima situación en la que nos encontrábamos en realidad.

-Es un viaje bastante largo- señaló Jurgen. **-Tendremos que llevarnos todo lo que podamos en las mochilas.**

Asentí. **-Especialmente agua-** dije.

En estas circunstancias, necesitaríamos tanta como pudiéramos llevar con nosotros. No había tenido tiempo de admirar el paisaje mientras caíamos, pero había visto lo suficiente para darme cuenta de que los focos de civilización eran pocos y bastante alejados entre sí. Era probable que pasara más de una semana antes de que llegáramos a alguna parte, y eso incluso sí teníamos suerte. La ironía es que la cápsula salvavidas contenía más que suficiente para, si era necesario, mantenernos a nosotros dos durante meses, pero quedarnos donde estábamos simplemente significaba que moriríamos de hambre más tarde o más temprano. Era mejor partir cuando todavía estábamos lo suficientemente fuertes como para hacer el arduo viaje. Además, que hubiéramos aniquilado el campamento orko cuando nos estrellamos sobre él, no era garantía suficiente de que no recibiéramos más visitantes inesperados. Si otra patrulla salió antes que la que nos había atacado, fácilmente podrían tropezar con los abandonados vehículos de los de su especie en su camino de regreso y venir a investigar…

-Jurgen, soy un idiota- dije. Mi ayudante me miró con curiosidad, con su boca lo suficientemente abierta como para permitirme dar un buen vistazo a su desayuno a medio masticar. **-Después de todo, puede que no tengamos que abandonar los suministros. ¿Crees que podrías conducir esa cosa que llamas buggy?**



Unos pocos pequeños y cautelosos experimentos fueron más que suficientes para demostrar que sí que podía, casi con tanto brío como manejaba el Salamander que yo habitualmente requisaba, y que conducía de una manera que la mayoría de la gente que se encontraba en las proximidades describía generalmente como una amenaza para sus vidas. Los vehículos orkos eran innegablemente toscos, pero eso significaba que sus controles y mandos eran igualmente simples, y mi ayudante podía manejarlos sin demasiada dificultad. En realidad, había poco más que un acelerador, un volante y el freno. Poco después de comenzar nuestro examen, Jurgen había logrado encender el motor, y después de unos instantes acostumbrándose al pequeño y robusto vehículo, abrió el acelerador y desapareció detrás lo alto de la duna más cercana, en medio de una nube de polvo y varias blasfemias.

Pude seguir su progreso por el sonido del motor, al cabo de unos instantes reapareció, con una amplia sonrisa en su cara, y se detuvo junto a mí, levantando una pequeña tormenta de arena a su alrededor.

-Puedo hacerlo- reconoció, con lo que era, probablemente, lo más cercano que llegara a expresar su entusiasmo por algo de procedencia orka, yo asentí con la cabeza.

Independientemente de aquello a lo que tuviéramos que enfrentarnos, después de todo, no tendríamos que caminar hasta el lugar a donde nos dirigíamos. Hice un gesto hacia los otros dos vehículos.

-Tenemos que coger todas las latas de combustible- dije, empezando a soltar la más cercana. **-Sólo el Emperador sabe dónde podríamos encontrar algo más por aquí.**

Jurgen asintió. **-Sí, lo mejor es asegurarse-** reconoció.

En los otros dos vehículos no había nada más que valiese la pena, así que una vez que las petacas de combustible estuvieron firmemente aseguradas, salté a bordo, y Jurgen arrancó para llevarnos de nuevo al salvavidas.

-Una cosa más- dije, mientras mi ayudante aceleraba para conseguir más velocidad, moví el montaje del bolter pesado donde yo había estado agarrado para mantener el equilibrio. Por un instante, me encontré preguntándome si al arma funcionaría para mí, su espíritu podía haber sido corrompido en su forzada servidumbre en manos de nuestros enemigos, pero, al parecer, todavía permanecía leal al Emperador y se había montado tan fácilmente como si todavía estuviera montado en el Chimera del que, evidentemente, había sido arrancado. El granizo de proyectiles destrozó las motocicletas orkos, lo que no era nada sorprendente a tan corta distancia, detonando la munición de sus armas e incendiando el combustible que aún quedaba en sus depósitos con un rugido más que satisfactorio.

-No queremos que los Pieles Verdes los recuperen, ¿verdad? (En el caso de que se lo estén preguntado, hubiera sido completamente inútil intentar salvar una de ellas para nuestro propio uso: al haber sido diseñados para la fisiología orka, intentar montar en una habría estado en algún lugar entre lo incomodo y lo imposible).

-No, señor, no queremos- estuvo de acuerdo mi ayudante, y pisó el acelerador al máximo.

Nuestro viaje de vuelta a la cápsula fue misericordiosamente corto, pero, sin embargo, bastante desagradable. El Piel Verde que había construido el destartalado vehículo en el que montábamos nunca había oído hablar del concepto de suspensión, o lo consideraba algo para blandengues.

Cuando llegamos a nuestro destino, estaba comenzando a tener sobre serias dudas sobre la sabiduría de nuestro plan de acción, pero, en realidad, no teníamos muchas más opciones. Salir del desierto nos llevaría mucho tiempo, eso sí lo conseguíamos, y por muy incomodo que fuera el buggy, al menos estaba bien preparado para el terreno. Supuse que rodearíamos las dunas que rodeaban el lugar del accidente, pero Jurgen corrió por la traicionera pendiente tan fácilmente como una rata de sumidero por una tubería de desagüe, y nos llevó hasta lo alto de una de las que nos rodeaba y volvió de nuevo hasta la cápsula, irradiando un aire triunfal que tuve que admitir que era bien merecido.

Nuestro siguiente trabajo fue cargar a bordo del buggy la mayor cantidad de suministros que razonablemente pudimos. La comida y el agua era nuestra primera prioridad, por supuesto, y después sacos de dormir y equipo auxiliar. La mayor parte de ese trabajo se lo deje a Jurgen, su experiencia en esta área es considerablemente mayor que la mía, yo me fui a comprobar el contenido del pequeño arsenal de la cápsula. Aparte del fusil láser que Jurgen había utilizado contra los orkos, y que desde entonces había permanecido colgado de sus hombros, había otros once fusiles de asalto estándar, junto con cinco cajas de baterías para ellos [*].

[Dada la rapidez con la que Jurgen pudo disparar contra el orko que saltó sobre la cápsula, podemos deducir razonablemente que las armas ya estaban cargadas, lo que, contando con que una caja lleva una docena de células de energía por caja, da un total de seis por cada arma]

Reticente a dejar algo detrás de nosotros que pudiera ser útil al enemigo, los añadí a la pila del equipo que nos llevaríamos con nosotros, una fortuita decisión que, aunque en aquellos momentos podía parecer un desperdicio del limitado espacio del que disponíamos, estaba plenamente justificada. Había esperado poder complementarlos con algún armamento más pesado, pero los diseñadores de la cápsula habían decidido que si los que ocupaban el salvavidas necesitan armas de apoyo, o bien podrían encontrarlas por sí mismos, o podrían fabricarlas, y dedicó el limitado espacio de almacenamiento de a bordo para introducir más equipos de supervivencia y comida.

Lo último que encontré fue un cajón lleno de comunicadores individuales, sin duda destinados a permitir que, tras aterrizar, los supervivientes de un accidente pudieran explorar los alrededores sin perder el contacto entre ellos. Lo cogí con gratitud, me metí uno en la oreja y escaneé rápidamente las frecuencias. Mis códigos de comisario eran lo bastante altos para darme acceso completo a cualquier transmisión imperial en las proximidades, pero, como ya me esperaba, lo único que pude escuchar fue estática [*]. Sin embargo, la familiar sensación del comunicador en mi oído era oscuramente reconfortante, y cogí también uno para Jurgen, junto con algunos recambios. No era fácil que encontráramos un tecno-sacerdote por aquí, y lo último que quería, era perder el contacto con mi ayudante en un momento crítico.

[Esto no es sorprendente, ya que ese tipo de comunicadores están preparados sólo para corto alcance, lo normal entre los miembros de una escuadra de la Guardia Imperial. La capacidad de enviar o recibir mensajes a distancias mayores depende de poder acceder a una red de comunicaciones más amplia, como la de una compañía o regimiento, para poder hacerlo]

En el momento que terminamos de cargar el buggy, dejando apenas sitio suficiente para apretarnos nosotros dos en su interior, la mañana estaba muy avanzada, y decidí comer una vez más antes de partir. A pesar de nuestros considerables esfuerzos, todavía quedaba una considerable cantidad de alimentos dentro de la cápsula, o al menos, una buena cantidad de raciones básicas, y me parecía una pena dejar más de lo estrictamente necesario. (hasta donde yo sé, todavía siguen allí, debajo de una duna de arena, y tan cerca de ser comestibles como siempre lo fueron, o como dice una vieja broma de la Guardia, la razón principal por la que esas barritas de raciones duren tanto tiempo es porque nadie que tenga alguna otra posible alternativa, se comería una).

A pesar de su habitual, y posiblemente afortunada, ausencia de sabor a cualquier cosa claramente identificable, nos comimos un par de barritas de raciones básicas cada uno, y metimos unas cuantas más en nuestros bolsillos para estar seguros de poder sobrevivir (yo había guardado mi abrigo en el buggy, por supuesto, las elevadas temperaturas del desierto hacían que llevarlo puesto fuera algo patéticamente ridículo, pero los bolsillos de mis pantalones no eran demasiado grandes, pero Jurgen, como de costumbre, tenía sus múltiples bolsillos, junto con su heterogénea colección de bolsas y macutos que colgaban de su chaleco antibalas como maleza que aferrándose a una vieja tumba).

-Bueno- dije finalmente, alejándome de nuestro refugio con una sorprendente renuencia, **-supongo que ya es hora de irnos.**

Subí a bordo del buggy, apretándome tan cómodamente como puede entre el bolter pesado y algunas cajas con equipo de supervivencia, y esperé mientras Jurgen encendía el motor, que arrojó un penacho de fétido olor al ardiente aire del desierto.

-Ya es tiempo de que veamos que hay por ahí.

Por supuesto, si hubiera sabido de antemano lo que ahora se, posiblemente hubiera excavado un agujero tan profundo como pudiera y me hubiera arrastrado dentro, pero todavía pensaba que estábamos lo suficientemente cerca de nuestras propias líneas para poder encontrar refugio en ellas con poca dificultad. Así que me preparé mientras Jurgen ponía en marcha nuestro destartalado vehículo que, con un rugido y un bote que me pareció que podía aflojar todos los empastes de mis dientes, nos pusimos en movimiento para conocer nuestro destino.



OCHO

El resto del día transcurrió sin incidentes, pese a mi natural aprehensión ante la perspectiva de que hubiéramos atraído la atención de cualquier enemigo que estuviera por las proximidades (eso sin mencionar a nuestras propias fuerzas, si alguna unidad de la Guardia, o de las FDP nos veía antes de que nosotros nos diésemos cuenta, y dado el vehículo en el que viajábamos, difícilmente se los podría culpar si habrían fuego antes de que nos acercásemos lo suficiente como para identificarnos como amigos). Mis temores respecto a eso, estaban bien fundamentados, ya que cualquier invisible centinela que no nos hubiera visto tendría una más que adecuada advertencia de nuestra proximidad: el rugido de nuestro motor resonaba entre las dunas que nos rodeaban lo suficientemente fuerte como para ahogar casi cualquier otro sonido que llegara a mis oídos. Afortunadamente, la providencia me había impulsado a darle un comunicador individual a Jurgen antes de salir. Sin ellos, la conversación entre nosotros habría sido completamente imposible.

Y no, incluso así, no era exactamente fácil hablar entre nosotros. Avanzábamos entre una serie de escalofriantes y repetidas sacudidas que trituraban toda mi columna vertebral y arrancaban el aire de mis pulmones, de forma que cualquier frase u observación que quisiéramos intercambiar era generalmente interrumpida por un staccato de vacilaciones casi a cada palabra. Después de un rato, descubrí que las molestias eran ligeramente menores si me ponía en pie y me sujetaba al bolter pesado, o para ser más preciso, me aferraba a él desesperadamente, como si fuera la vida, permitiendo que mis rodillas se flexionaran a cada bote de nuestro pequeño y

robusto vehículo, eso, además, me permitió tener una mejor vista de lo que nos rodeaba. Usar en esas circunstancias el amplivisor hubiera sido totalmente imposible, así que tuve que conformarme con lo que podían ver mis propios ojos sin ninguna ayuda, y tengo que admitir que no era demasiado.

Sin embargo, eso no quiere decir que el paisaje fuera invariablemente monótono. Ocasionales afloramientos de rocas rojizas rompían la arena como arrecifes en un mar de polvo, y finas manchas de matorrales resecos se aferraban con fuerza a cualquier grieta que pudieran encontrar. Los líquenes que moteaban sus superficies eran de una asombrosa profusión de colores, aunque tal vez mis ojos los apreciaran más fácilmente debido al contraste que hacían con su entorno. No vi ninguna señal obvia de vida animal, aunque no tengo duda alguna de que estaba allí. Sí algo he aprendido en mis viajes por toda la galaxia, es que la vida es increíblemente tenaz, y logrará una manera de sobrevivir incluso en los ambientes más hostiles.

Al fin, cuando las sombras comenzaron a alargarse sobre el paisaje y el cielo fue tiñéndose de purpura, decidí que era hora de detenernos. Jurgen obedeció con prontitud, lo cual no era nada sorprendente, ya que llevaba la mayor parte de la tarde luchando contra los engorrosos controles, y rodó hasta detenerse a sotavento de uno de los afloramientos rocosos. Salté del vehículo con gratitud, casi tropezando mientras la arena cedía bajo mis pies, e intente estirarme y recuperar algo de sensibilidad en mis miembros comprimidos entumecidos.

-¿Cuánto crees que habremos recorrido?- pregunté, buscando el paquete más próximo de raciones de emergencia y dejándolo en el suelo junto a mí.

Jurgen se encogió de hombros. **-Alrededor de unos ochenta kloms-** dijo [*], mientras comenzaba a preparar el hornillo de campaña.

[Kilómetros, una palabra de uso coloquial muy común entre los Valhallanos]

Enarqué una ceja, sorprendido.

-¿Tantos?- pregunté, tratando de no sonar escéptico.

Jurgen asintió con la cabeza, tomándose mi pregunta retórica tan literalmente como se tomaba todo lo demás.

-Este trasto es bastante rápido dadas las condiciones del terreno, y el peso de la carga que lleva- dijo.

Yo no podía discutir eso, así que lo deje estableciendo el campamento y vagué por los alrededores del afloramiento rocoso, buscando algún lugar con tierra firme donde pudiera trabajar, ahora que el aire era lo suficientemente fresco para que hacer algo de ejercicio fuera nuevamente factible, haciendo unas pequeñas prácticas con mi espada-sierra y devolviendo así algo de flexibilidad a mis extremidades. Afortunadamente, lo encontré, y cuando terminé de efectuar las conocidas tablas de ataques y defensas, comencé a sentirme mucho más cómodo y tranquilo.

Regresé a campamento en un estado de ánimo que solo puedo describir como agradable, para encontrarme con que Jurgen había estado muy ocupado durante mi ausencia. La oscuridad estaba cayendo rápidamente, trayendo consigo el frío de la noche, por lo

que recuperé mi abrigo del buggy. Después de una comida caliente y una taza de recafeinado, me retiré a la tienda de campaña iglú del equipo de supervivencia, también montada por mi ayudante, me introduje dentro del saco de dormir que allí encontré, y dormí la última noche de agradable y tranquilo sueño que iba a poder disfrutar durante las semanas venideras.



No es que a la mañana siguiente tuviera algún tipo de presentimiento de lo que me esperaba. Me desperté, y salí de la tienda para encontrarme con que Jurgen ya estaba levantado, revolviendo algo gris y grumoso en una sartén sobre el hornillo portátil, algo que, a pesar de su aspecto, olía de un modo sorprendentemente apetitoso. Levanté la vista mientras pasaba cuidadosamente sobre su saco de dormir, que había colocado justo al lado de mi tienda, y me entregó una taza de recafeinado.

-Ya están casi listas, señor- me aseguró, y volvió a cuidar de sus gachas.

Sólo el Emperador sabía de que estaban hechas, pero estaban preparadas con los suficientes nutrientes como para dejarme preparado para cualquier cosa (lo que supongo que es algo irónico, considerando cómo iba a salir el día). Comencé a silbar alegremente cuando comencé a trabajar recogiendo el campamento. Después de recoger algo del equipo y llevar un par de paquetes al buggy, la reprobadora mirada silenciosa de mi ayudante finalmente logró recordarme que eso era parte de su tarea y decidí que lo mejor sería dejarlo hacer sin interferir. Jurgen era, como poco, un tremendo y firme partidario del protocolo, lo que

normalmente hacía mi vida mucho más fácil de que podría haber sido de otra forma. En años venideros, incluso generales se encontrarían firme y educadamente rechazados por él si yo no quería, o no podía, ser molestado.

Sabiendo que insistir en lo que sin duda él considera como una tarea insignificante, muy por debajo de mi dignidad como comisario, lo único que lograría sería que enfadara conmigo durante el resto del día, volví al afloramiento rocoso, subí a lo más alto con mi amplivisor y escudriñé el horizonte, con la esperanza de reunir alguna pista respecto a nuestro paradero. Desde mi posición elevada, comprobé que podía mucho lejos de lo que esperaba gracias al claro aire del desierto, y me llamó la atención un tenue borrón en el horizonte, poco más o menos en la dirección hacia adónde íbamos (que, naturalmente, era el primer lugar hacia adonde había mirado). Esa mancha despertó mi curiosidad, así que magnifiqué la imagen tanto como pude y traté de apreciar algunos detalles más.

-Me parece que estamos cerca de alguna población- dije a Jurgen, escuchado los débiles tintineos y crujidos recogidos por su comunicador mientras mi ayudante guardaba nuestro equipo en el buggy con su habitual eficacia.

Traté de enfocar mejor la imagen, pero la neblina del calor ya comenzaba a brillar sobre las arenas, y era difícil ver algo aparte del vago contorno de paredes y edificios. Pese a intentarlo, no pude lograr apreciar ningún tipo de detalle de los habitantes, si es que había alguno. Tal vez podría ser el símbolo del mapa al que nos dirigíamos.

-Es posible, señor- dijo mi ayudante. **-Los orkos marcarían una de nuestras poblaciones como un montón de enemigos-** luego vaciló, y continuó después de un momento, con una nota de cautela en su voz. **- Incluso si creyeran que sólo había civiles en ella, señor.**

-Ya veo- bajé los intensificadores de visión pensativamente.

Eso no se me había ocurrido antes, y la idea de trotar alegremente hacia una zona de aniquilación (killing ground en el original) infectada de orkos (eso es lo que es cualquier zona urbana para un soldado de infantería, y no permitan que nadie trate de decirles lo contrario), estaba muy lejos de ser una idea atractiva. Sin embargo, no era capaz de ver ninguna otra alternativa. La verdad es que no podíamos seguir conduciendo sin rumbo por el desierto hasta que nuestros suministros se agotaran.

-Entonces será mejor que nos movamos con precaución.

-Muy bien, señor- estuvo de acuerdo mi ayudante, apenas capaz de ocultar la nota de alivio de su voz.

Un momento después, el rugido de nuestro mal ajustado motor rompió la quietud del desierto. **-No queremos llamar demasiado la atención, ¿verdad?**



Con eso en mente, nos acercamos a la ciudad a una velocidad poco mayor que la un peatón, tras haber descubierto que el motor era ligeramente más silencioso a velocidades más bajas, manteniendo siempre los campos de dunas entre nosotros y nuestro objetivo durante el mayor tiempo posible para amortiguar aún más el sonido.

Finalmente, cruzamos el trazado de una carretera, liso rococemento que se alejaba de la ciudad hacia donde solo el Emperador sabe, y la cogimos. A partir de ese momento, la cautela quedo fuera de lugar, y nuestra mejor apuesta era simplemente tardar lo menos posible en alcanzar el relativo refugio de las afueras. Eso suponiendo, por supuesto, que nadie estuviera esperando para emboscar a cualquier persona lo suficientemente tonta como para usar la carretera…

Una rápida mirada fue suficiente para tranquilizarme e indicarme que esa posibilidad era algo remota. A juzgar por la delgada capa de arena sobre la superficie lisa y gris de la carretera, nada se había movido sobre ella desde hacía mucho tiempo, desde luego no desde hacía varios días, lo que significaba que ningún defensor tendría que dirigir su atención hacia ella. Eso no significaba que la calzada no hubiera sido minada, por supuesto, pero yo estaba seguro de que Jurgen notaría cualquier irregularidad en la superficie de la carretera y reaccionaría en consecuencia, así que trate de no pensar en ello.

-Tengo un mal presentimiento- dije, barriendo con mi amplivisor la línea de muros que formaban el límite de la ciudad. En la superficie lisa de la carretera, nuestro viaje era mucho más estable y pude mantenerlos enfocados hacia adelante sin mayor esfuerzo que si hubiéramos estado a corriendo a bordo de nuestro viejo y fiel Salamander.

Había signos de lucha por todas partes, ninguna de las estructuras que pude ver había quedado intacta, y varias se habían derrumbado por completo. Las calles frene a nosotros estaban anegadas de escombros, aunque, para mi alivio, nadie parecía haberlos utilizado para crear barricadas o emplazamientos de armas.

-Tiene mal aspecto- confirmó Jurgen, disminuyendo la velocidad por un par de automóviles terrestres quemados que, evidentemente, habían sido destruidos por el impacto de algún tipo de armas pesadas.

Parecían modelos civiles, la delgada chapa de su carrocería esta rajada, como la de las latas de raciones, al pasar a su lado, traté de no mirar demasiado en su interior. Quienes los habían ocupado se habían apretado dentro independientemente de la capacidad de carga nominal de los coches, sus calcinados huesos se amontonaban en la muerte, tan enredados, que se necesitaría un magos generator para decir de cuerpos provenían originalmente. Y aún así, las posibilidades de lograrlo serían insignificantes. Quienes fueron esas personas, sólo el Emperador lo sabía, y probablemente solo a Él le importaban.

- Refugiados, si quiere mi opinión, señor- dijo Jurgen.

-Probablemente- estuve de acuerdo, apartando el asunto de mi mente.

No había manera de saber si algunos de los habitantes de la ciudad habían logrado llegar a un lugar seguro, compartido su destino, o simplemente huir para morir en el desierto. Lo único que podía deducir con cierta certeza es que los orkos habían estado aquí,

pero, si todavía estaban dentro, por los alrededores, o se habían marchado en busca de algo más que profanar y destruir, no podía estar seguro. El único curso de acción prudente era suponer que los Pieles Verdes todavía infestaban el área, e instruí a Jurgen para que procediera con cautela.

-Encuentra un lugar donde podamos estacionar el buggy fuera de la vista. Vamos a entrar a pie. Quiero saber exactamente en qué nos estamos metiendo.

Las palmas de mis manos comenzaban a picarme otra vez, y confiaba en mi subconsciente lo suficiente para advertir esa señal de peligro.

-Muy bien, comisario.

Mi ayudante cumplió la orden con su habitual eficiencia y rapidez, deteniéndose entre los restos de una fabrica cercana.

No podía saber que se había producido en ella, había maquinaria aplastada y destrozada a nuestro alrededor, medio enterrada por lo que antes había sido el techo. Asentí con la cabeza, aprobando la elección de mi ayudante. Los gruesos bloques de metal que nos rodeaban nos proporcionarían una excelente cobertura si teníamos que retirarnos luchando. Además enmascararían los contornos de nuestro vehículo en cualquier pantalla auspex (suponiendo, por supuesto, que los Pieles Verdes tenga el suficiente cerebro para usar ese tipo de aparatos) [*], así como proporcionarnos una buena base oculta desde la que movernos hacia lo más profundo del asentamiento abandonado sin llamar la atención… esperaba.

[Algo que, a juzgar por mis propias experiencias, es muy poco probable, aunque lo único que pudo decir con certeza acerca de esa especie es que siempre podemos encontrarnos con alguna sorprendente excepción a la regla general]

Agudicé mis oídos cuando Jurgen detuvo el motor, pero no oí nada más que el sordo ruido de mi corazón y los débiles chasquidos del motor al enfriarse.

-Señor, será mejor que me deje que vaya yo primero- dijo mi ayudante.

Jurgen corrió, con su fusil preparado, dirigiéndose hacia un punto próximo a un lugar iluminado por la luz del sol, entrecerrando los ojos ligeramente mientras se agachaba y apuntaba hacia la calle.

Después de un momento, levantó una mano para indicarme que no había señales de vida. **- No se ve a nadie, señor.**

-Bien- dije, con algo más de énfasis de lo que yo había querido, y descendí de mi posición tras el bolter pesado.

Me sentí algo inestable sobre mis pies durante unos momentos, sin duda resultado de la rápida parada, a las que ya estaba acostumbrado, pero el vértigo pasajero desapareció tan rápido como había llegado, nada más cruzar el espacio que me separaba de mi ayudante. Saqué mi pistola láser y mi espada-sierra mientras corría hacia adelante, sintiéndome al instante más tranquilo al tener de nuevo armas en mis manos.

Me agaché junto a Jurgen, tratando de no respirar demasiado profundamente por la nariz.

En el exterior, el sol del mediodía golpeaba con fuerza la cara del edificio de enfrente, otra estructura industrial, que había albergado alguna vez algún tipo de planta de energía, a juzgar por las tuberías espirales que salían de ella en todas las direcciones. Ahora, la estructura era una ruina sin techo, evidentemente el resultado de una gran explosión interna, una contingencia que el arquitecto que había diseñado el edificio, obviamente había tenido en cuenta al diseñarlo, a juzgar por la paredes de más de un metro de grosor. Aun así, la fachada se había agrietado, derrumbándose en varios lugares, puertas y ventanas estaban destrozadas, con sus restos esparcidos por todo el bulevar que separaba ambas estructuras. Supuse que la central de energía explotó, tal vez como resultado de la muerte de los tecno-sacerdotes, o porque se vieron obligados a abandonar sus puestos, ya que el edificio mostraba pocos signos de daños de combates.

Sin embargo, las consecuencias habían sido muy graves para todo lo que rodeaba a la planta, incluyendo el edificio en el que nos habíamos refugiado, el agujero en la pared a través del cual estábamos observado todo eso era, claramente, el resultado de los escombros arrojados por la explosión.

-Eso fue lo que provocó todo este lio- comentó, de forma obvia, mi ayudante.

Yo asentí. **-Esperemos que la explosión se llevara consigo a la mayoría de los Pieles Verdes con ella.**

-Habrá sido como el Emperador quiera- asintió Jurgen, una frase que en él era el equivalente verbal a encogerse de hombros.

Manteniéndonos cerca de la pared del edificio, nos deslizamos a través del agujero, y comenzamos a movernos cautelosamente hacia el interior de la desolada ciudad.

Al principio, no encontramos ninguna señal de vida, aunque sí muchas evidencias de una masacre. Empecé a esperar que, después de todo, puede que yo tuviera razón y los Pieles Verdes ya habían abandona el lugar.

Había cuerpos por todas partes, seres humanos en su mayoría, de todas las edades y de ambos sexos, aparentemente abatidos o despedazados mientras trataban de huir. Sin embargo, no le había salido gratis al enemigo, también había cadáveres de Pieles Verdes, unos brutos enormemente musculosos como con los que habíamos luchado en el desierto y unos cuantos ejemplares más delgados, aproximadamente del tamaño de sus víctimas humanas.

-Esto sucedió ya hace algún tiempo- concluí, tras detenerme a examinar el cuerpo de un arbites local [*], al parecer muerto mientras intentaba defender a un grupo de civiles.

[Cain, tras haber viajado por muchos mundos, en sus relatos, suele denominar arbites tanto a los auténticos, como a los agentes locales de la ley. Excepto cuando se encuentra con los verdaderos funcionarios imperiales, entonces los identifica perfectamente]

Su arma había desaparecido, por supuesto, robada por el Piel Verde que lo había matado, pero evidentemente , había estado armado con algún tipo de pistola automática de gran calibre, a juzgar por las

heridas que había dejado en el cadáver de un gretchin cercano [*]. Su cadáver, como todos los demás, había sido desecado por el despiadado sol, momificado por el ardiente y constante calor, lo que significaba que ya llevaban allí algún tiempo. Jurgen asintió con la cabeza, mirando fijamente los cuerpos de los Pieles Verdes muertos, deseando claramente tener una lata de promethium a mano.

[Un tipo de Piel Verde más pequeño. Es una subespecie utilizado por los orkos más grandes y poderosos como trabajadores esclavos, carne de cañón y raciones de emergencia. Solo podemos conjeturar sobre si aprendió el termino orko para estas criaturas a partir de sus posteriores encuentros con ellos, o de los Valhallanos con los que sirvió. Cuando lo conocí, tenía ya un conocimiento básico del lenguaje de los Pieles Verdes. Al menos, para jurar en esa lengua con bastante fluidez]

-Lo más probable- aceptó.

En cualquier caso, el mismo cruel panorama que habíamos contemplado creció aún más y más mientras nos adentrábamos en la destrozada ciudad, la cual irónicamente, nos dimos cuenta por la señalización municipal y locales comerciales por los que fuimos pasando, tenía el nombre de Prosperity Wells (Fuente de Prosperidad, nt). Por todas partes por donde mirábamos, vimos signos de la ferocidad de los invasores, de la muerte y destrucción que había causado simplemente por gusto, y a pesar de mi acostumbrado temperamento pragmático, comencé a sentirme enfadado por el cruel desenfreno que se había desarrollado aquí. Sólo podía imaginar lo que sentía Jurgen, y por primera vez comencé a comprender el profundo odio que sentían los Valhallanos hacia esas criaturas. Ver una comunidad pacifica saqueada de esta forma era bastante duro; saber que esas cosas se lo habían hecho a tu propio mundo natal, aunque fuera varias generaciones atrás, sería una afrenta intolerable.

A esa alturas, Jurgen y yo nos habíamos separado quizás unos veinte metros, turnándonos para cubrirnos mientras nos movíamos de una cobertura a otra, confiando en los comunicadores para permanecer en contacto; aunque, por ya hábito, continuamos complementando el vox con gestos de manos, manteniendo las transmisiones al mínimo. Estaba a punto dejar mi refugio en una puerta de una tienda, un apotecarium si no recuerdo mal, cuando mi ayudante levantó una mano para prevenirme y se ocultó tras la sombras de un contenedor de residuos.

-Hostiles- dijo, levantando su arma.

Agarré mi pistola-láser con ambas manos, agachándome y apuntando a lo largo de la calle. No tuve que esperar demasiado para tener un objetivo. Un momento después, una multitud de gretchins se acercó a la vista, charlando y chillándose entre ellos en su bárbara lengua, empujando un gran carro de mano. Había un único orko con ellos, claramente al mando, empujándolos con rudimentarios rugidos y frecuentes golpes, que los Pieles Verdes más pequeños ignoraban, prefiriendo seguir peleándose entre ellos.

La carreta estaba llena de cadáveres, y recordando el espeluznante aperitivo que habíamos descubierto en una de las cajas del buggy, tuve una horrible sospecha sobre su destino final.

-No abras fuego- dije, tan silenciosamente como puede. A lo lejos, mi ayudante asintió sombríamente. Aunque los xenos eran un blanco tentador, y pese a que los dos estábamos consumidos por justa rabia que cualquiera de los súbditos del Emperador habrían sentido en esos momentos, no tenía sentido llamar la atención sobre nosotros dando rienda suelta a nuestras emociones.

El tenue silbido de la estática se intensificó durante un instante.

-¿…otra vez?- preguntó una voz tenue, y luego dejo de oírse. Miré a Jurgen, preparado para repetir la orden que le había dado, pero él

miraba hacia atrás, en mi dirección, y aún a esa distancia, pude distinguir la expresión de perplejidad en su rostro (lo que no fue nada difícil, dado lo familiarizado que estaba con él).

-¿Comisario?- su voz sonó en mi oído tan claramente como si estuviera de pie a mi lado. Eché un vistazo a la procesión de Pieles Verdes, pero, evidentemente, aún no estaban al tanto de nuestra presencia, y se estaban alejando tan rápidamente como el orko al mando podía empujarlos. Le hice a mi ayudante un gesto para que se callara.

-Hay alguien más en esta frecuencia- le dije, mientras amplificaba lo mejor que pude la señal. Afortunadamente, mi ayudante tuvo el suficiente sentido común para callarse después de eso, e hizo un gesto de asentimiento antes de volver de nuevo su atención hacia los Pieles Verdes que se retiraban.

Escuché atentamente, tratando de identificar otra voz entre la estática de mi auricular.

-Contacto no identificado, responda- dije.

-…argento Tayber, escuadrón brav…- se filtró entre la estática, **-¿…or la disformidad, quien habla?**

-Aquí el comisario Cain, asignado al 12º de Artillería de Campaña de Valhalla- dije. **-¿Cuál es su posición?**

-…sición desesperada.

Los Pieles Verdes ya estaban fuera de la vista, y Jurgen se movió para unirse a mí. Incluso deformada por la estática, la voz tenía un tono de incredulidad. **-¿…ted es un comis…io?**

-Sí. ¿Dónde está?- repetí, sin estar muy seguro de sí estaba captando todo. Yo estaba acostumbrado a las redes de vox de la Guardia Imperial, pero esta sonaba como una configuración de la FDP, que seguramente fueran mucho menos sofisticadas. Por lo que hasta ahora sabía, podíamos estar prácticamente encima de él.

-…ector sur, hidro…ectrica. ¿Qué…?

-Sector sur, estación hidroeléctrica- le confirmé. **-Lo encontraremos.**

-Si los …erdes no lo hacen antes- añadió la voz en un tono tentador. **-…todo esta…leno…arrastran… de…**

-Iremos con cuidado- le asegure, mientras mi ayudante se colocaba a mi lado, y corté la comunicación.

Esto no sonaba nada prometedor. Quien sea que fuese el sargento Tayber, parecía que estaba en medio de este matadero infectado de orkos, y unirse a él suponía un importante riesgo. Probablemente, lo más seguro sería volver al buggy y reanudar nuestro viaje lo mejor que pudiéramos. Por otra parte, era el primero soldado imperial con el que habíamos podido contactar desde que aterrizamos en esta roca abandonada por el Emperador, y puede que supiera donde estaba el grueso de nuestras fuerzas. En general, unirme a él parecía mi mejor oportunidad de supervivencia, y si parte de su escuadra seguía viva, aún mejor. Cuantos más soldados tuviera entre los orkos y yo, más feliz me sentiría.

-El sur está en esa dirección- dijo Jurgen, levantando su mirada de una brújula que había sacado de alguna de su colección de bolsas, y señalando amablemente hacia la calle por donde la partida forrajeadora de los Pieles Verdes acababa de desaparecer. Suspiré profundamente.

-Por allí tenía que ser- dije.



NUEVE

Pese a mi obvia aprehensión, nuestro viaje a través del corazón de la devastada ciudad transcurrió sin incidentes; lo que quiere decir que, para mi ligera sorpresa, Jurgen y yo llegamos al sector sur sin perder la vida. Sin embargo, corrimos peligro y evitamos la muerte con dificultad. Cuando nos más nos acercábamos al centro de la ciudad, más Pieles Verdes vimos, y otras visiones que, incluso en este retiro, prefiero no detenerme a pensar en ellas. Una vez pasamos junto a un santuario al Emperador, ahora profanado y destrozado, sus ofrendas saqueadas y, a juzgar por el hedor, utilizado por los orkos como improvisada letrina [*]. Incluso eso, tan vil como era, fue eclipsado por nuestra primera visión del edificio del Administratum en el centro de la ciudad.

[Altamente improbable: el Piel Verde medio simplemente responde a la llamada de la naturaleza allí donde quiera que se encuentre, la noción de un lugar específico donde apartarse para esas actividades es un concepto demasiado sutil para ellos lo asimilen. Como, de hecho, cualquier noción de higiene en general. Si Cain tiene razón sobre el uso que se hizo del edificio, fue indudablemente un hecho intencionado para insultar deliberadamente a Su Divina Majestad]

Había sido claramente una estructura elegante y bien proporcionada, frente a una amplia plaza pavimentada en la que la que jugaron los chorros de agua de las fuentes y las columnatas artísticamente ubicadas habían proporcionado sombra a los habitantes de la ciudad mientras se ocupaban de sus negocios. Ahora, el edificio estaba adornado con guirnaldas de cadáveres retorcidos, colgando de estatuas y ventanas, sin duda los cuerpos de los líderes cívicos y espirituales de la comunidad a juzgar por el

número de ropajes que pude ver del Administratum y la Eclesiarquia. Pocos habían muerto rápidamente, eso estaba claro, pesar de que los cuerpos estuvieran momificados por el calor.

Jurgen murmuró algo y escupió, yo asentí, mis sentimientos estaban más allá de las palabras. En los años siguientes vería cosas igual de malas, si no peores, en demasiadas ocasiones, pero en esos momentos, todavía estaba por encontrarme con los lacayos de la Potencias Oscuras, los necrones o el infinitamente refinado sadismo de los eldar tocados por el Caos, y quizás por eso, los recuerdos permanecen tan fuertes. En ese instante, no quería hacer otra cosa que exterminar a todos los Pieles Verdes del planeta, con mis propias manos si así tenía que hacerlo, pero mi instinto de supervivencia se reafirmó antes de que pudiera ceder al impulso de vengar a todas esas víctimas inocentes con las siguientes criaturas que se cruzaran mi camino.

Dentro de la plaza todavía había muchos orkos, grandes y pequeños, correteando en sus incomprensibles asuntos, la mayoría de los cuales parecía que implicaban gritar muy fuerte o golpearse los unos a los otros. En un par de ocasiones, incluso recurrieron a las armas para resolver una pelea, aunque ninguno de los participantes pareció sufrir ningún daño permanente por un simple agujero de bala o una herida de hacha. La mayoría de los orkos presentes simplemente ignoraron las peleas. A todo ese alboroto se sumaba el continuo rugido de sus destartalados vehículos, que se movían por el lugar con total indiferencia por la seguridad de sus ocupantes o de cualquier peatón que se encontraran en su camino. A parte de los buggies y de esas cosas parecidas a las motocicletas, pude distinguir algunos vehículos más grandes que parecían vagamente a camiones pesadamente blindados, y una cosa que una vez podría haber sido pensado como un tanque, pero que parecía como si un demonio hubiera poseído un montón de pesada chatarra [*]tripulado por aullantes orkos.

[Probablemente algún tipo de Vagón de Batalla (Battlewagon en el original, nt). Dado que los nombres orkos de la mayoría de sus vehículos parecen tener el origen en palabras góticas lo suficientemente deformadas para que sus degradadas laringes las puedan pronunciar, como, por ejemplo, Kamión, por Camión, he elegido dejar la redacción original de Cain en lugar de corregir la terminología. Curiosamente, según las hermanas del Ordo Dialogus, esto también es válido para la mayor parte de su vocabulario técnico, incluyendo la mayor parte de sus armas]

En varias ocasiones, vimos partidas forrajeadoras como la primera con que nos habíamos encontrado, aunque no todas estaban buscando carne fresca. Algunos de los carros estaban llenos de cosas que sólo un tecno-sacerdote reconocería, mientras que otros grupos parecían empeñados en recoger nada más que chatarra. Para mi conmoción y sorpresa, en algunos casos, lo que había pensado que eran gretchin más delgados de lo habitual, se revelaron, a través de una inspección más detallada con mi amplivisor, como prisioneros humanos.

Señalé a Jurgen, con gesto de asco, las delgadas figuras que arrastraban los pies, él asintió sombrío.

-No duraran mucho- dijo, yo me vi obligado a estar de acuerdo.

De hecho, los prisioneros deberían haber poseído una fortaleza excepcional, o mucha fe en el Emperador, para haber logrado sobrevivir a la esclavitud durante tanto tiempo. Sin duda, la atrocidad del edificio del Administratum habría tenido por objeto intimidar a supervivientes para que fueran obedientes, y parece que en eso los orkos habían tenido éxito.

-No hay mucho que podamos hacer por ellos- dije, acercándome un poco más tras la cubertura de un muro destrozado.

Tratar de salvar a esos pobres miserables solo conseguiría que nos mataran, y. de todas formas, ninguno de ellos parecía estar en condiciones de correr. Pese a este lógico pensamiento, continuamos nuestro peligroso viaje en un triste estado de ánimo.

Por fin llegamos a un curso a un curso de agua y lo vadeamos, agradecidos, con el fresco y bendito líquido por encima de la cintura. El sol estaba casi en su apogeo, y cualquier alivio del calor era más que bienvenido. De todas formas, cuando bebí, lo hice de la cantimplora que llevaba al cinto. No sabía de dónde venía el agua, ni lo contaminada que estaba, especialmente con un ejército de Pieles Verdes en la ciudad. Si ustedes piensan que meternos en el agua fue algo estúpido, es que claramente nunca ha experimentado el calor del desierto, o que nunca ha jugado al escondite con los orkos, y menos ambas cosas a la vez.

A pesar de que tuvimos que tener que movernos cuidadosamente para evitar que el ruido de nuestro camino por el agua nos traicionara, permanecimos un buen rato allí. La mayor parte del acueducto estaba revestido dentro de un muro de rococemento, que se elevaba por encima de nuestras cabezas, lo que dificultaba que pudiéramos ver lo que nos rodeaba, pero, al mismo tiempo, nos proporcionaba cierta cobertura de los Pieles Verdes que nos rodeaban. La brújula de Jurgen nos indicó que nos movíamos en la dirección correcta, después de un tiempo, cuando el rugido de la actividad de los orkos se desvaneció en la distancia, juzgué que era el momento adecuado para salir y mirar donde estábamos.

Afortunadamente, en ese lugar las paredes del acueducto eran inclinadas, forradas con losetas de rococemento prefabricadas, que nos proporcionaron un firme apoyo, por lo que fuimos capaces de subir hasta el nivel del suelo, pero todavía completamente ocultos,

excepto nuestras cabezas. Levanté la mía cautelosamente, sin que viera signo alguno de vida y subí, Jurgen me siguió, pegado a mis talones, como de costumbre. Mientras él se dejaba caer a cubierto, con el fusil láser preparado, levanté el amplivisor.

-Ya estamos - dije, fijándome en un cercano centro industrial propiedad de South Sector Plumbing Supplies (Sector Sur Abastecimientos de Fontanería, nt) . Al igual que los otros lugares que habíamos visto hasta ahora de la comunidad atacada, los edificios tenían las cicatrices del combate y del vandalismo de los orkos, aunque aquí había menos cadáveres en la calle y muchos más edificios parecían tener todavía techo.

Activé el comunicador. **- Tayber, soy Cain. Responda.**

Durante un momento no pasó nada, escuché el familiar silbido de la estática en mis oídos con la tensión serpenteando inexorablemente por mis tripas. Si todo esto resultaba ser la persecución de una rata de sumidero, y habíamos venido hasta aquí, atravesando todo un ejército de orkos, para nada…

-Espere- dijo una voz en mi oído, sorprendentemente clara. Sin embargo, el canal debió permanecer abierto porque pude deistinguir de fondo el murmullo de voces, aunque no conseguí distinguir las palabras. Un Momento después, la voz regresó. **-Es él-** dijo.

-Bien- dije. **-¿Y quién es usted?**

-Grenbow, señor. Perdón, quería decir comisario, señor. Soy el especialista de vox de segunda, señor, quería decir comisario…

-Lo uno o lo otro- dije, ocultando mi irritación lo mejor que pude.

Un miembro de las FDP, sin lugar a duda alguna, que probablemente no había visto una faja escarlata en toda su vida, y sólo tenía una confusa idea de que realmente era un comisario. Supongo que era demasiado esperar que hubieran sido miembros de la Guardia, pero, si este Grenbow era el típico soldado de este planeta, me parecía que hubiera sido mucho mejor ceder a mi primer impulso y salir de Prosperity Wells mientras aún tenía la oportunidad. Pero bueno, ahora ya era demasiado tarde para preocuparse de eso, y al menos parecía que Tayber tenía con él algunos “gruñones” (grunts en el original, termino para denominar a los soldados de infantería, nt) detrás de los que esconderse. Al fin y al cabo, si aún seguían en libertad tanto tiempo después de que los orkos hubieran ocupado la ciudad, puede que fueran medianamente buenos.

-¿Cuántos de ustedes ahí hay?- pregunté.

-Siete activos, más dos heridos en las piernas. Una nueva voz llegó a mi oído, más tranquila, más resulta y me resultó vagamente familiar: Obviamente debía ser con quien había hablado antes. **-¿Dónde está usted?**

-Estamos en un almacén de suministros de fontanería en Oildrum Lane- había sido capaz leer muy claramente el nombre de la calle con el amplivisor. **-¿Cómo llegamos a tu posición?**

-No lo hará- Tayber sonaba tan confiado como el coronel Mostrue. **-Por lo que sé, usted no es más que un colaborador de los Pieles Verdes con un vox. Nosotros iremos a buscarle.**

-¡Y una mierda! - dije enfadado. **-Sí crees que vamos a sentarnos aquí, al descubierto, esperando que nos atrapen…**

-Entonces póngase a cubierto.

El sonido en el vox cesó. Jurgen y yo nos miramos. Claramente este Tayber era tan cauteloso como yo.

A pesar de la clara violación de protocolo que eso suponía, comencé a pensar que, después todo, puede que hubiera tomado la decisión correcta, y si resultaba que no, siempre podría dispararlo por desobedecer mis órdenes.

-Bueno, no se les puede culpar por ser precavido- dije, tratando de no sonreír ante la indignada expresión de mi ayudante. Hice un gesto hacia el almacén. **- También podríamos esperar allí.**

-Muy bien señor.

Me acerqué al edificio y tras agacharme detrás de un palet de unidades sanitarias de cerámica sorprendentemente intactas, comenzamos a abrirnos paso hacia el refugio que ofrecían sus paredes. Estábamos casi allí cuando Jurgen vaciló, y levantó la cabeza.

-¿Puede oír eso, señor?

-Sí- dije.

El sonido se deslizó hacia nosotros con una ligera brisa, agradablemente fresca, que golpeó suavemente la tela empapada de mis pantalones. Asentí sombríamente ante el inconfundible sonido de los proyectiles de bolter y más áspero ruido de las armas de fuego.

-Disparos

Parecía que, después de todo, el sargento Tayber no se iba a unir a nosotros.



-¿Qué hacemos ahora, señor?- preguntó Jurgen.

Sacudí la cabeza con pesar. De la forma que lo veía, una prudente retirada sería la acción más sensata, antes de que el ruido del tiroteo atrajera la atención de todos los Pieles Verdes que pudieran oírla. Mala suerte para el valiente sargento, por supuesto, pero no parecía que yo pudiera hacer nada al respecto, al menos de momento. Tendría que arriesgarse solo con el resto de sus hombres.

-Saldremos de esta mierda- dije, un instante antes de que la tapa de un inodoro junto a mi cabeza volara en mil pedazos.

Tres orkos cargaban hacia nosotros, disparando sus burdas pistolas bolter, aunque, afortunadamente, con la total falta de puntería común a toda su especie. Pero sólo eso no sería necesario para mantenernos durante mucho tiempo sin un rasguño, así que devolvimos el fuego inmediatamente, pero tomándonos el suficiente tiempo para apuntar cuidadosamente. Una y otra vez me he encontrado con que la fracción de segundo que uno puede tomarse para apuntar, vale más que todos los disparos a lo loco de la galaxia. Por supuesto, si ustedes disparan en la dirección aproximada del enemigo, por los general puede persuadirlo a que agache la cabeza, excepto si está tratando con Pieles Verdes, Necrones o Berserkers poseídos de Khorne, eso está claro, pero si mantienen la mente fría, usarán ese tiempo para asegurarse de que le vuelan la cabeza al enemigo la próxima vez que ustedes aprieten el gatillo. En mi opinión, lo mejor es asegurarse de apuntar antes de que él enemigo pueda apuntar, y si él está haciendo lo mismo, procurar ser el primero en disparar.

En cualquier caso, recordé lo suficiente de nuestra anterior escaramuza en el lugar de nuestro aterrizaje para apuntar directamente a la cabeza, derribando al líder con un proyectil láser en su cráneo, mientras que Jurgen hacia lo mismo con sus acompañantes. Recordando lo difíciles que eran de matar, no me arriesgué, y corrí hacia adelante para cortar lo que quedaba de sus cabezas con mi espada-sierra. No importaba lo resistentes que fuera, no podrían recuperarse después de eso.

-**Estoy justo detrás de usted, señor-** me aseguró Jurgen, aunque su distintivo olor me había avisado un segundo antes que su voz. **-¿Por dónde?**

-**Hacia allí abajo-** dije, haciendo un gesto hacia la dirección opuesta por donde habían aparecido nuestros atacantes. Si hubiera más,

pueden ustedes apostarse unas zanahorias contra mis créditos a que pronto estarían aquí.

Jurgen asintió, comprobó el nivel de la célula de energía de su arma. Debía ser satisfactoria, porque pronto colocó su arma en posición, mientras yo miraba a nuestro alrededor. Efectivamente, hubo un reflejo de movimiento, justo por donde más me temía, y comenzamos a movernos, alejándonos de los refuerzos enemigos que se acercaban, manteniendo nuestras cabezas agachadas y esperando que delante del almacén hubiera unas existencias lo suficientemente grandes como para poder ocultar nuestro progreso.

No tuvimos suerte, por supuesto, pero pudimos ganar una razonable ventaja sobre ellos antes de que nuestros perseguidores nos vieran. Mirando hacia atrás, me di cuenta de que una docena, o más, de las pesadas criaturas avanzaban con la misma inesperada fluidez de movimientos que había visto antes, con curiosas expresiones de beligerante curiosidad en sus caras, sus hombros y manos balanceándose incongruentemente por encima de pales de suministros sanitarios. Un par de ellos se precipitaron abruptamente hacia adelante, gritando algo incomprensible en su lengua bárbara, y se detuvieron, haciendo señas a los demás para que se unieran a ellos. Estaba claro que acababan de encontrar a los tres que Jurgen y yo habíamos liquidado unos momentos antes.

-Tenemos que salir de aquí- murmuré a mi ayudante, él asintió, sin molestarse en responder.

Señalé la pared del almacén, ahora a sólo unos metros de distancia. Una puerta metálica, de color azul, permanecía convincentemente entreabierta, aparentemente tan cerca como para tocarla, pero había que atravesar un espacio abierto sin ninguna cobertura.

Retroceder por donde habíamos venido no era una opción, así que tendríamos que arriesgarnos. Un repentino aumento en el volumen de los gritos de los orkos que teníamos detrás atrajo mis ojos en esa dirección durante un momento, sólo el tiempo suficiente para confirmar mi conjetura de que había estallado una pelea por las posesiones de los que acabábamos de matar y asentí vigorosamente con la cabeza. No íbamos a tener una mejor oportunidad.

-¡Ahora!- dije, apremiando a Jurgen.

-Justo detrás de usted, señor- respondió mi ayudante, y corrimos hacia el santuario que ofrecía la puerta.

Casi lo logramos, cuando un tenso "¡Waaargh!" se escuchó detrás de nosotros, seguido de salpicaduras de ladrillo pulverizado cuando una descarga de proyectiles de bolter mal dirigidos y de proyectiles sólidos dejaron sus distintivas marcas en la pared, dejando claro que nos habían visto.

-¡Adentro!

Mis acciones iban casi más deprisa que mis palabras. Un instante demasiado tarde me pregunte si habría Pieles Verdes en este edificio, y sí no hubiera sido más prudente enviar a Jurgen primero, pero, para mi tranquilidad, el lugar parecía desierto. Un momento después, mi ayudante se unió a mí y ambos nos dispusimos a cerrar la puerta entre el chirrido del metal oxidado. Era evidente que la puerta había quedado entreabierta cuando los orkos atacaron por primera vez la ciudad, puede que por el pánico general, y por un momento me pregunté horrorizado si se habría corroído demasiado

para cerrarla. Sin embargo, la descarga de adrenalina que sufríamos resulto más que suficiente para superar cualquier resistencia, y finalmente la puerta se cerró en su posición, pero casi demasiado tarde.

-Esto no va a aguantar demasiado, señor- dijo amablemente Jurgen, corriendo un par de cerrojos tranquilamente.

Un instante después, la puerta de acero tembló en sus bisagras cuando nuestros perseguidores la alcanzaron, presumiblemente sin molestarse en frenar primero. Como de costumbre, Jurgen sonaba sorprendentemente despreocupado, aparentemente convencido de que yo tenía las cosas bajo control, yo encontré su flema extrañamente reconfortante.

-Esperemos que no tenga que hacerlo- dije, y volvía a activar el comunicador. **-Tayber, ¿cuál es tu situación?**

-Muy jodidos- respondió casi inmediatamente. **-Estamos inmovilizados y rodeados. ¿Y usted?**

-Igual- luego me estremecí por simple reflejo cuando una burda granada, que parecía una lata de raciones pegada a un trozo de tubo, entró a través de una ventana próxima y rodó debajo de una estantería llena de lo que parecían acondicionadores de aire. Jurgen y yo tuvimos el tiempo justo para saltar detrás de un palet de aspecto sólido y tranquilizados repleto de calderas antes de que el artefacto detonara, rociando toda la habitación con metralla que rebotó en los cilindros metálicos con un sonido similar a una lluvia torrencial en Gavalan [*]. **-¿Tienes algún plan?**

[Un mundo en su mayor parte cubierto por una densa selva tropical, muy célebre por sus exportaciones de madera y productos para fármacos. Las lluvias torrenciales son tan frecuentes, repentinas y lo suficientemente duras para hacer perder el sentido a un hombre al que pille desprotegido al aire libre. Una broma común en otros mundos de subsector es que los nativos son mutantes con branquias, pero es simplemente una broma pesada sin ningún fundamento. El Ordo Malleus lo ha comprobado, lo sé]

-Llevarnos con nosotros tantos de esos grox saqueadores como podamos…

El vox se cortó bruscamente, si yo hubiera tenido una pizca preocupación de sobra para algo más que mi propia seguridad, hubiera temido por la vida de Grenbow. De cualquier forma, eso no me sonaba como un buen plan para mí.

-¿Está usted bien, señor?- preguntó Jurgen, levantándose cautelosamente para inspeccionar los daños. Yo asentí.

-De momento- dije, tan casualmente como pude, tratando de ignorar los golpes rítmicos en la puerta. Por las ráfagas de brutales risas que acompañaban a cada impacto, deduje que los orkos se estaban turnando para chocar contra la puerta, con la esperanza de derribarla a cabezas, una impresión que Jurgen confirmó un momento después de una cautelosa mirada a través de otra ventana cercana.

-¿Por qué no la vuelan para derribarla?- preguntó, realmente desconcertado. Yo me encogí de hombros.

-Qué me jodan si lo sé- dije.

Mientras más tiempo siguieran con ese juego, mejor; eso nos daba una oportunidad de encontrar alguna otra forma de salir de allí. Sólo cuando comencé a entender algo más acerca del proceso mental de esas criaturas, este incidente - en retrospectiva - comenzó a tener sentido para mí. Por lo que a ellos respecta, no podíamos ir a ninguna parte y, dada su tendencia al comportamiento impulsivo y a las continuas luchas entre ellos por su estatus social, era casi inevitable que tratar de llegar hasta nosotros se convirtiera en otra de sus interminables e inútiles competiciones de fuerza y valor.

-También están por este otro lado- comentó Jurgen, algo superfluamente, cuando los golpes comenzaron a resonar desde la dirección de la puerta del tamaño de un camión que daba acceso al muelle de carga.

No parecía que tuviera mucho sentido tratar de salir por ahí, pensé. Había un camión de verdad estacionado en la bahía, una pena realmente, porque parecía mucho más cómodo que el buggy orko del que nos habíamos apoderado. A menos que pudiéramos arrancarlo, claro, pero un goteo de lubricante corría desde algún lugar de debajo del vehículo hasta desaparecer por una alcantarilla de drenaje en un rincón del suelo.

-Jurgen, échale un vistazo a esa alcantarilla.

Señalé al desagüe, que solo tenía un cuarto de metro de ancho, demasiada pequeña para que pudiéramos caber. Sin embargo, parecía una apuesta demasiado arriesgada como para pensar que nos pudiera conducir al alcantarillado o algo similar, pero, fuese como fuese, necesitaría un mantenimiento periódico. Prosperity Wells era demasiado pequeña para haber acumulado unas adecuadas infraestructura a lo largo de los siglo, pero era inevitable

que tuviera algún sistema de túneles de saneamiento y similares por los que pudiéramos salir.

Pero, por supuesto que no fue así. Las redes de alcantarillado que conducen a vías de escape fácilmente accesibles pueden ser abundantes en los libros más baratos de literatura para pasar el rato, pero, por mi experiencia a lo largo de los años puedo afirmar que son deprimentemente raros en la vida real (de acuerdo, me he encontrado con algunas en varias ocasiones, pero ni de lejos los que cabía esperar teniendo en cuenta el número de veces que he estado atrapado en situaciones como esta). Unos pocos momentos de frenética búsqueda fueron suficientes para convencerme. Yo estaba comenzando a pensar en encender un soplete que había visto en una estantería cercana en vano intento para cortar la rejilla y hacer el agujero más grande, pero poco después se me ocurrió una idea más práctica. Señalé al camión.

-Jurgen, mira a ver si puedes arrancar esa cosa- ordené, antes de coger un grupo de sopletes y correr hacia la asediada puerta de atrás.

Para mi alivio, la puerta seguía manteniéndose en pie, aunque parecía ya bastante maltratada, los pernos que aseguraban las bisagras a la pared comenzaban a salirse de los ladrillos del muro. A juzgar por el ruido, el grupo de orkos del exterior había crecido considerablemente, pero tampoco había tiempo para preocuparse por ello.

Por suerte, tenía todo lo que necesitaba al alcance de la mano, incluido el palet de calderas detrás del que nos habríamos protegido de la explosión. Cogí los sopletes y comencé a arrojarlos al interior de la caldera más próxima, haciendo solo una pausa para abrir la

boquilla de la bombona del último antes de dejarlo caer sobre los demás, el gas presurizado comenzó a silbar, yo aguante la respiración mientras atornillaba sobre el hueco de la caldera con un tapa metálica destinado a precisamente a eso que había cogido de un estante cercano. En unos cuantos segundos, el recipiente metálicos estaría lleno de gas inflamable, o al menos eso esperaba. Tapé la tubería de entrada con la boquilla de otro soplete, lo sellé alrededor con una masilla que había agarrado por el camino e hice una pausa para inspeccionar mi obra. Hasta ahora todo bien, ahora venia parte complicada.

Rezando fervientemente al Emperador (que, de cualquier forma, yo estaba seguro de que estaría demasiado ocupado para estar escuchándome) para que no me abandonara ahora, até un fino hilo de alambre en el gatillo de ignición del soplete, luego lo lleve hasta la puerta y lo até en la manija de la puerta. Cuando lo hice, di un paso hacia atrás, de repente, la puerta se movió en su marco debido a un golpe más fuerte que los anteriores, y escuché el correspondiente y ruidoso coro de aprobación de los Pieles Verdes reunidos en el exterior. Mi corazón saltó cuando el alambre se tensó, pero mi suerte se mantuvo, y el improvisado gatillo no recibió un tirón lo suficientemente fuerte como para detonar la improvisada trampa. Con la boca seca, me volví hacia Jurgen, con la esperanza de que hubiera progresado algo en su trabajo en este rato.

-No se ve muy bien, señor- mi ayudante sacudió la cabeza con tristeza, e indicó el goteo de lubricante que corría debajo del camión. -**El cárter está roto. Es un trabajo para un enginseer o un tecno-sacerdote.**

Sentí como una espesa nube de desesperación comenzaba a formarse a mí alrededor como una mortaja, levantándose fuera de la tumba para reclamarme, como si esas palabras surgieran del

interior mismo de la fosa. Todo mi brillante plan, y con él la última oportunidad de tenía de salvar mi cuello y, por supuesto, también el de Jurgen, había desaparecido, convertido en cenizas.

-A lo sumo el camión rodará un kilómetro, a lo sumo dos, pero luego el motor se quemará- siguió mi ayudante.

-¿Quieres que, después de todo, puedes arrancarlo?- pregunté, mientras una oleada de alivio me inundaba al escuchar su comentario. Él asintió

-Creo que sí, durante unos minutos. Pero como le he dicho, señor…

-Unos pocos minutos, eso es todo lo que necesito- le aseguré, comenzando a arrojar el resto de los sopletes y cualquier otra cosa que pude encontrar que pareciera potencialmente inflamable, explosiva o ambas cosas, en el compartimiento de carga trasero del camión.

Al menos en eso habíamos tenido la suerte al escoger el refugio, el almacén estaba lleno de cosas así. Una vez que hube amontonada una buena variedad de disolventes y cilindros de gas presurizado, até una pequeña unidad temporizadora destinada a controlar el sistema de encendido de una calefacción central, unida a una célula de energía domestica, luego añadí otro soplete y una botella de liquido de limpieza con el logotipo de una llama gratificantemente grande y un triangulo de advertencia amarillo con la etiqueta de *“Inflamable: Tóxico: Mantener alejado de niños y ogretes”*. No me cabe la menor duda de un tecno-sacerdote se hubiera sentido horrorizado ante el uso no adecuado de los dones de la generosidad

del Omnissiah, y confiaba en que el improvisado artefacto funcionara, aunque no hubiera sido adecuadamente santificado, pero si había algo que fuera continuar la obra del Emperador, era matar orkos, y esperaba que pudiera contar que Él para darnos unos pocos minutos de margen [*].

[La aparente familiaridad deCain con misterios generalmente reservados a los acólitos del Omnissiah pueden parecer aquí un poco extraños, pero mis lectores deben de tener en cuenta que el equipo con que estaba trabajando estaban destinado para uso diario en hogares por parte de artesanos normales, y, en consecuencia, sería a la vez simple y robusto. Puesto que también podemos concluir, a partir de una serie de alusiones en el archivo, que Cain fue dado a perpetrar bromas pesadas contra los más puritanos de sus compañeros cadetes del Comisariado en la Schola Progenium, es posible que hubiera adaptado las lecciones aprendidas durante aquellas travesuras de su pasado a fines más serios]

-Muy bien, señor.

La expresión de desconcierto no abandonó el rostro de Jurgen, sin embargo, encendió el motor. La verdad es que sonaba incluso mejor que nuestro buggy robado, pero cuando las revoluciones aumentaron surgió en seguida la protesta con un aullido del metal.

-¡Fuera de la cabina!- le grité.

Apreté el acelerador hacia abajo, lo dejé así sujeto con un gran frasco de tornillo y señalé a mi ayudante los cerrojos que aseguraban la puerta del garaje contra la horda de orkos que había en el exterior. Puse el temporizado a unos dos minutos, esperaba que eso fuera suficiente. El colmo de la ironía sería que nosotros también fuéramos inmolados por mi propio y astuto plan.

-Abre los cerrojos, sin ruido.

Fiel a su forma de ser, mi ayudante obedeció, aunque parecía tan confundido como de costumbre, deslizando las barras de metal de sus anclajes en la pared, antes de mirarme de nuevo en busca de nuevas órdenes.

-¡Quítate del puto medio!- grité, mientras quitaba los frenos del camión y saltaba de la cabina.

Tengo que admitir, que incluso después de todo este tiempo, el recuerdo de lo sucedió a continuación me sigue dejando una agradable y cálida sensación. En resumen, todo funcionó como un reloj. Mientras Jurgen se apartaba hacia un lado, la presión de los orkos del exterior se encontró de repente con que las puertas comenzaban de pronto a ceder. Con un brutal rugido Waaaaaargh que sacudía los huesos comenzaron a pasar por la brecha que se ensanchaba justo a tiempo para encontrarse con el camión que iba en su dirección. El aullante motor de la maltratada máquina los arrolló, pasando directamente a través de ellos, dispersando a los más afortunados y aplastando a los demás, que desaparecieron bajo sus ruedas entre unos sonidos al ser aplastados y triturados que me recordaron asombrosamente a los que hacía Jurgen comiendo un plato de marisco. Si alguno de los orkos gritó, su aullido fue ahogado por el furioso grito de guerra de los demás, que se volvieron y comenzaron a perseguir al vehículo que huía, disparando salvajemente sus armas mientras corrían tras él.

-Vamos- llamé a Jurgen, corriendo tras ellos.

Como había esperado, la diversión había funcionado estupendamente; cada orko que podía ver estaba persiguiendo al camión vacío. Tenía la esperanza de que al menos algunos de ellos

lo alcanzaran antes de que el temporizador alcanzara el límite que lo había puesto. -**Esto no va a ser un lugar saludable donde estar dentro de unos segundos.**

Bien, yo había tenido razón.

Salimos corriendo, alejándonos del almacén y del camión perseguido por una rugiente horda de Pieles Verdes, la mayoría de los cuales seguía desperdiciando municiones en él con una gratificante falta de puntería, aunque, para ser honesto, debo decir que corríamos sin rumbo fijo, con la única intención de alejarnos de allí lo más rápidamente posible. Llegamos a la valla perimetral que rodeaba el edificio, un rápido corte con mi espada-sierra fue suficiente para conseguir pasar, sólo entonces miramos a nuestro alrededor, tratando de decidir en qué dirección correr, cuando el grupo de orkos del interior la puerta trasera consiguió finalmente forzar la entrada. Un ruido sordo, sorprendentemente plano, pensé, supongo que porque las paredes del almacén absorbieron la mayor parte del sonido, resonó en el espacio situado entre el edificio y una estructura grande y arruinada que tenía enfrente. Poco a poco, una nube de polvo se alzó a su alrededor como un sudario mientras el techo se derrumbaba.

-Esto les enseñara a no entrar sin invitación- dijo Jurgen con satisfacción.

La muchedumbre de orkos que perseguían al camión apenas había tenido tiempo de volverse, perplejos, hacia atrás e intentar averiguar qué estaba pasando, justo antes de que detonara la carga, lanzando su carga de disolventes en un círculo mucho más amplio de lo que yo había previsto. Los rugidos de ira y dolor crecieron, muchos de los Pieles Verdes se tambalearon como borrachos,

brevemente convertidos en antorchas vivientes, antes de caer sobre la tierra abrasada por el sol. Jurgen sonrió, su humor mejoró bastante más.

-Creo que no necesitaremos promethium con estos.

Una tremenda euforia de apoderó entonces de mí, y casi no puedo evitar ponerme a golpear el aire con el puño en alto, como si hubiera marcado el gol de la victoria en un partido de scrumball. Sólo el darme cuenta de que Jurgen consideraba que tales gestos eran indignos de mí, y que me hacían parecer un cachorrito dispéptico (lo que a su juicio él soportaba con una sufrida tolerancia), me contuvo de hacerlo. Pero eso estuvo bien, ya que cualquier celebración de nuestra victoria hubiera resulta aún algo prematura.

-Oh, mierda- dije, francamente desanimado y sorprendido. **-Esto tiene que ser una jodida broma.**

Otro grupo de Pieles Verdes surgió de las ruinas que teníamos delante de nosotros, con las armas listas. En cuanto comenzaron a correr en nuestra dirección, escuché de nuevo un grito de guerra que se estaba volviendo demasiado familiar. Eché un vistazo a nuestro alrededor, buscando algún posible refugio, justo en ese momento, un orko salió frente a nosotros de una zanja de drenaje, y enarboló su enorme cuchilla sobre mi cabeza.



DIEZ

Nunca sabré como no vimos antes a esa cosa, porque ciertamente era lo suficientemente grande y lo bastante malévolo, pero supongo que nuestra atención estaba centrada casi exclusivamente en la carnicería que habíamos creado en y alrededor del almacén. Paré instintivamente su primer ataque con mi espada-sierra que, gracias al Emperador, seguía activada después de cortar la alambrada que rodeaba el complejo. Las chispas volaron cuando desvíe la pesada arma y me hice a un lado, permitiendo que el Piel Verde continuara en la dirección en la que pensaba ir hasta que yo, desconsideramente, me apartara de su camino. Mientras se enderezaba, preparando de nuevo su arma y recuperando el equilibrio, lancé un revés hacía atrás, haciéndole un profundo corte en el pecho, provocando un rugido de ira y dolor, junto a un chorro de un apestoso icor. El monstruo retrocedió un paso, tratando de recuperarse, y le disparé con la pistola láser que llevaba en mi otra mano. Tras mi anterior encuentro con esas cosas, no estaba nada seguro de que, incluso después de que hubiera sufrido tal herida, la bestia no se recupera y volviera de nuevo a atacarme, pero Jurgen se apresuró a seguir mi ejemplo, destrozando el torso del orko con una prolongada ráfaga en automático de su fusil.

Por un instante, el Piel Verde pareció balancearse, una expresión casi cómica de sorpresa empezó a formarse en su rostro, luego cayó hacia atrás en el canal de hormigón del que tan inesperadamente había salido. Miré hacia abajo, medio esperando verle levantarse de nuevo para atacarnos, pero, por la gracia del Emperador, permaneció inmóvil.

No tuvimos tiempo de saborear nuestra victoria, ya que una docena de sus compañeros continuaban cargando contra nosotros. Salté para cubrirme detrás de una enorme tubería metálica, coronada por algún tipo de válvula, y comencé a hacer balance de lo que nos rodeaba. Un momento después, el familiar olor a calcetines sucios me informó de que Jurgen también se había puesto a cubierto, y justo a tiempo, porque la lluvia de armas ligeras mal apuntadas que ya había comenzado a asociar con esas criaturas comenzó a rugir y rebotar sobre nuestro improvisado refugio.

-¿De dónde diablos han salido esos?- pregunté retóricamente, Jurgen se encogió de hombros, mientras cambiaba de nuevo el selector de tiro de su arma a semiautomático.

-De ese edificio de allí- explicó amablemente, comenzando a disparar a la horda con su acostumbrada precisión.

Acertó varios disparos, derribando a un par de nuestros aspirantes a atacantes, pero al igual que a los que nos habíamos encontrado en el desierto, la mayoría de los demás simplemente no prestaron atención a unas heridas capaces de poner fuera de combate instantáneamente a un ser humano. A este alcance, las posibilidades de causar algún daño real con mi pistola láser eran virtualmente inexistentes, aunque me uní rápidamente a mi ayudante, y al menos tuve la satisfacción de ver tambalearse a un par de ellos [*].

[Cain, como de costumbre, tiende a subestimar sus habilidades. Aunque las pistolas láser, al igual que todas las armas de ese tipo, están destinadas a ser usadas en a corto alcance, pero yo le vi en más de una ocasión acabar con enemigos mucho más allá del alcance efectivo nominal del arma]

Miré hacia la ruina que Jurgen me había indicado. Era enorme, dominaba la mayor parte de los otros edificios de la vecindad, un enorme bosque de tuberías corría dentro y fuera de lo que quedaba de la estructura. Bueno, eso estaba bien; parecía que el conducto detrás del que estábamos escondidos tenía conexiones por todos los lados, por lo que al menos podíamos permanecer bajo una cobertura relativamente sólida mientras huíamos. La pregunta era, ¿en qué dirección? Retroceder por donde habíamos venido no era una opción; pese al destrozo que habíamos creado detrás de nosotros, no tenía duda alguna de que habían sobrevivido los bastantes orkos como para que intentar huir en esa dirección fuera algo problemático, y eso en el mejor de los casos.

Tampoco podíamos ir hacia adelante: aparte de los Pieles Verdes que nos atacaban, el canal de hormigón donde había caído mi oponente era demasiado ancho para saltarlo, y no había señales de un puente. No creía que ese pequeño detalle pudiera detener a los Pieles Verdes, por lo que yo había visto de su musculatura, posiblemente podrían saltarlo sin dejar de correr. Saltar hacia abajo, dentro del canal, con la esperanza de usarlo como cobertura, como habíamos hecho en el acueducto, sería un suicidio. Tenía solo un par de metros de profundidad, si nos quedábamos en su parte inferior, los Pieles Verdes nos convertirían en pedacitos en cuanto llegaran.

-Por aquí- dije, pasando junto a mi ayudante y corriendo a lo largo de la tubería, que seguía repicando por los diferentes proyectiles que impactaban en su otro lado. Según mis cálculos, sólo teníamos unos segundos para movernos antes de que la horda estuviera sobre nosotros.

-Justo detrás de usted, señor- me aseguró Jurgen, aunque mi nariz había hecho el trabajo por él. Corrió hacia un pequeño fortín

de rococemento en el que desaparecían los tubos. Si pudiéramos cubrirnos detrás de eso…

-Oh, mierda- dije mientras otro Piel Verde aparecía por la esquina de la estructura.

Cayó solo por un disparo láser, en ese mismo instante de incrédulo alivio me di cuenta de que sólo era un gretchins, pero eso significaba que justo detrás habría todo un enjambre de ellos. Esa suposición se demostró pronto como correcta, cuando lo que a mí me pareció toda una plaga de esos pequeños bichos, pero que seguramente no fueran más que una docena o así, salió de detrás de la esquina chillando y enarbolando armas de fuego que parecían aún más primitivas y burdas que las manejadas por sus amos. De hecho, al menos una de ellas estalló en manos de su propietario mientras intentaba usarla. Jurgen y yo nos apartamos de su línea de tiro al mismo tiempo, buscando donde cubrirnos entre la maraña de tuberías que seguía rodeándonos, y justo a tiempo; otra serie de descargas mal dirigidas rebotó contra las tuberías mientras corríamos.

-Creo que esto es un callejón sin salida, señor- dijo Jurgen.

Mis tripas se estremecieron de terror al darme cuenta de que tenía razón. A ambos lados de nosotros, las tuberías que nos servían de refugio desaparecían en el costado de un gran tanque de almacenamiento, de al menos cinco o seis metros de altura. Escalarlo para ponernos a salvo no era una opción, con el escaso margen de tiempo que teníamos. Cuando nuestros perseguidores llegaran al principio del cuello de botella en el que tan incautamente nos habíamos metido, simplemente seríamos un blanco perfecto.

-Nos volvemos- dije con determinación.

Por lo menos, si conseguíamos detenerlos justo a la boca del desfiladero de metal, sólo podrían venir a por nosotros unos pocos cada vez, y posiblemente seríamos capaces de matarlos uno a uno. Era una posibilidad muy pequeña, bien lo sabía el Emperador, pero era infinitamente menor que ninguna en absoluto. Cuando me volví, con la boca seca, el nudo de terror que estremecía mis tripas se endureció aún más. Unos tonos más profundos y guturales que ahogaron los chillidos de los Pieles Verdes más pequeños me dijeron que mis anteriores temores estaban bien fundados, y que la turba de orkos que habíamos visto antes había cruzado el canal sin la menor dificultad.

Sin embargo, no teníamos otra opción, y nos volvimos para enfrentarnos a nuestro destino lo mejor que podíamos. Por alguna razón volvió a mi mente en ese momento la última transmisión que había escuchado del sargento Tayber: "*Llevarnos con nosotros tantos de esos grox saqueadores como podamos…"* Bueno, todavía no me sonaba como un gran plan, pero tendría que seguir con ello. Mi instinto de supervivencia todavía no me había decepcionado y lo único que esperaba es que no lo hiciera hoy. Levanté mi pistola, apuntando tan firmemente como pude al rectángulo de luz solar que teníamos frente a nosotros. Detrás de la luz se movían las sombras, de repente, como un eclipse, apareció un orko que llenaba todo el espacio. Tuve tiempo para notar el arma ridículamente grande que llevaba en su mano y la inevitable cuchilla de carnicero girando sobre su cabeza mientras mi dedo se tensaba en el gatillo…

De pronto, el suelo tembló y en mis oídos resonaron una serie de explosiones superpuestas. El orko desapareció, para ser reemplazado con una nube de polvo que nos rodeó por un momento y se nos metió en los ojos. Sacudí la cabeza, aturdido, mi instinto de

supervivencia comenzó tiró de mí que con más fuerza que nunca. Agarré a Jurgen por el brazo.

-Vamos-grite, tosiendo mientras el polvo irritaba el interior de mi garganta. **-Muévete.**

El sonido de los disparos esporádicos logró pasar entre el zumbido de mis oídos, era el áspero rugido de las armas de fuego orkas y el familiar crujido de aire ionizado producido solamente por los fusiles láser imperiales. Debo decir a favor de mi ayudante, que se recuperó pronto de la sorpresa, centró sus pensamientos casi inmediatamente, y no necesitó que le metiera más prisa.

Salimos de nuestro refugio en medio de una carnicería. La mayor parte de los Pieles Verdes habían caído, y ninguno de ellos parecía que pudiera seguir luchando, de hecho, la mayoría de ellos no parecía que estuvieran en condiciones de vivir, con sus cuerpos esparcidos por los alrededores en un gratificante número de pedazos sueltos. Los pocos supervivientes gretchins claramente ya habían tenido lo suficiente, y corrían hacia lo lejos a tanta velocidad como podían proporcionarles sus atrofiadas piernas, que en justicia debo decir que era bastante buena. Sólo un puñado de orkos seguía manteniéndose firmes, demasiado estúpidos o belicosos para huir, lanzando una granizada de proyectiles contra una estructura metálica cercana, desde la que les respondían con una serie de disparos precisos y bien apuntados.

Incluso mientras mirábamos, otro par de orkos se desplomaron, completamente destrozados un fuego cruzado impecablemente ejecutado, esto pareció ser suficiente para estas criaturas. Los tres que quedaban, todos sangrando abundantemente, se miraron mutuamente y finalmente la razón entró en sus duros cráneos, sin

duda, y se dieron cuenta que también iban caer ellos a menos que siguieran a los gretchin. De pronto se dieron la vuelta y comenzaron a huir, para encontrarse con que Jurgen y yo les cortábamos la retirada. Con el inevitable grito de “Waaaaargh”, reaccionaron como todos los de su especie tienden a hacer en situaciones críticas, agacharon sus cabezas y cargaron contra nosotros.

Huelga decir que mi reacción inmediata fue sencillamente apartarme de su camino, dejarlos pasar y que se marcharan, pero, por desgracia, eso no parecía ser una opción viable. Por una parte, Jurgen y yo estábamos rodeados por todas partes por las tuberías, no teníamos a donde ir, y posiblemente simplemente nos hubieran pisoteado si nos hacíamos a un lado. Por otro lado, no había garantía alguna de los orkos continuaran corriendo si les dejábamos paso libre. Por lo que había visto de esas criaturas, parecía muy probable que ahora que se les presentaba otro objetivo, su innata sed de sangre anularía de nuevo su impulso de huir, y acabarían con nosotros antes de seguir retirándose. También había que considerar a nuestros salvadores. La impresión inicial que produjera en ellos tendría que consolidar la autoridad de mi cargo.

Hoy en día trató de inculcar a los jóvenes que cachorros que tengo a mi cargo, que no es la faja escarlata y la bonita gorra lo que hace a un comisario, sino la forma de usarlos. Nunca les caerán bien a las tropas con las que servirán, pero si pueden ganarse su respeto, eso será casi igual de bueno. Recuerden, ustedes van a pasar la mayor parte de su carrera con ellos, sobre un campo de batalla, y todos ellos están armados, por lo que hacerlos pensar que ustedes son una carga para ellos, nunca será una buena idea.

Casi sin pensar, me puse a un lado, donde sólo tendría que enfrentarme a uno de los Pieles Verdes, y desenvaine mi espada-sierra.

-¡Eh tú, no hagas eso!- gruñí, con el mejor tono marcial que pude reunir en esas circunstancias, y me agache para esquivar el subber grotescamente dimensionado.

Al igual que sus compañeros, el orko llevaba una enorme y pesada hacha en su otra mano, y tenía más sentido atacarlo desde el costado en el que no pudiera mover esa cosa sin obstáculos. ¿Por qué ninguno de ellos nos disparó mientras cargaban hacia nosotros? La verdad es que no tenía ni idea en esos momentos, pero he observado lo mismo en múltiples ocasiones desde entonces. Una vez que se acercan lo suficiente a un enemigo, los orkos muestran el mismo sentido táctico que un culto Khornate, tan ensimismados ante la perspectiva de entrar en el cuerpo a cuerpo, que parecen olvidarse de las armas de fuego que llevan encima.

De todas formas, lo único que parecía tratar de hacer con su grotesco Stubber era incrustármelo en el cráneo, destino que yo esquivé con facilidad, encontrándome que al hacerlo, el orko me había dejado amablemente todo su torso al descubierto. Por suerte, más que por pericia, mi espada-sierra cortó profundamente a través de su pecho. El orko siguió andando unos pasos antes de caer al suelo, abriéndose por la mitad como un filete de ambull suavemente salteado.

Jurgen se encargó del otro flanco con ganas, rociándolo con proyectiles láser con su fusil en automático. Sólo conseguí vislumbrar el resultado, pero no era bonito, la desafortunada piel del orko se desprendió bajo la implacable lluvia de fuego, casi tan completamente como si hubiera sido alcanzado por desollador necrón.

Eso solo dejaba al orko que iba en el centro, que había pasado junto a mí como un enorme tonel corredor mientras yo todavía estaba ocupándome de su compañero. Rugiendo de rabia, levantó su enorme cuchilla y se abalanzó contra Jurgen. Mi ayudante cambió suavemente su blanco, alcanzándolo en el pecho con un par de proyectiles, entonces el fusil láser se quedo en silencio. Había disparado muchas veces desde que esa mañana dejamos el buggy estacionado en la fábrica abandonada, y el fuego automático agotó la célula de energía más rápidamente que un ogrete se bebe una jarra de cerveza.

Afortunadamente, yo todavía seguía moviéndome por inercia tras el golpe que había partido al primer orko, y la suerte siguió, el furioso Piel Verde patinó en la sangre derramada por sus compañeros. Cuando perdió el equilibrio, Jurgen se movió a una sorprendente velocidad y le clavo el extremo de su fusil contra la nariz, con un chasquido audible. El orko se tambaleó hacia atrás, todavía tratando desesperadamente de recuperar el equilibrio, yo continué el movimiento de barrido de mi espada sierra suavemente, llevándola hasta detrás de su rodilla. El monstruo cayó al suelo mientras su pierna derecha se alejaba por su cuenta, trató de levantarse con cara de estupefacto asombro, yo le arranqué la cabeza de sus hombros con otro movimiento de mi espada. El cadáver convulsionó levemente, y luego cayó al suelo empapado de sangre.

-Buena jugada- le dije a Jurgen, mirando por los alrededores por sí aún quedaba algún Piel Verde más.

Mi ayudante se encogió de hombros mientras insertaba una nueva célula de energía en el fusil. **- Tienen algunos puntos vulnerables-** dijo.

Asentí. Dada el histórico odio que su gente sentía hacia los Pieles Verdes, supuse que él posiblemente los conocería. (de hecho, si yo me hubiera molestado en preguntar antes, en lugar de descartar todas las historias que me contaron a bordo de la *Mano de la Venganza* como simples exageraciones, me hubiera enterado de casi todo lo que los Valhallanos sabían).

-Tendrás que ponerme al corriente algún día- dije. (Esto, por supuesto, era como una orden para Jurgen, no un motivo de charla, y al día siguiente se presentó con un archivos de datos que detallaba como acabar en un combate cuerpo a cuerpo con un Piel Verde, algo que, en los años siguientes, tuve la ocasión de agradecer en innumerables ocasiones).

-Muy bien, señor- miró a su alrededor, levantando el arma recargada. **-¿Esté era el último?**

-Espero que sí- dije.

No parecía haber más Pieles Verdes por las inmediaciones, así que al cabo de un momento guarde mi pistola láser y desactive mi espada-sierra, devolviéndola a su vaina.

-Supongo que deberíamos dar las gracias a quien haya hecho esto- señalé los dispersos pedazos de orko que cubrían el rococemento que nos rodeaba.

-Está hablando de nosotros.

Un hombre emergió entre la maraña de tuberías, con los ojos ocultos detrás de unas gafas de sol en las que Jurgen y yo nos reflejamos como maniquíes cabezudos. Llevaba un chaleco blindado de escamas sobre su polvoriento uniforme, aunque a diferencia del color caqui del uniforme de mi ayudante, ambos estaban realizados siguiendo un modelo de camuflaje urbano. Los galones de sargento eran visibles en sus mangas, pero no en sombrero de tela para el sol que llevaba en lugar de casco, decorado, como el resto de su uniforme en un moteado color grisáceo. Llevaba en sus manos un fusil láser modelo estándar, que mantenía apuntando hacia abajo, pero no demasiado apartado de nosotros.

-Un buen truco- dije. El hombre asintió con la cabeza, mirando hacia el trío de orkos muertos que yacían a nuestros pies.

-Podría decir lo mismo- me miró de arriba abajo. **-Supongo que usted es Cain.**

-A menos que sepas de algún otro comisario que anda corriendo por los alrededores- accedí. **- Tú debes ser Tayber.**

-Supongo que lo soy- hizo una señal con su mano y un puñado de hombres comenzó a emerger del laberinto de tuberías. **- Veo que, después de todo, finalmente nos encontró.**

Por supuesto. La estructura en ruinas que estaba frente a nosotros debía ser la estación de agua. Eso, creo, explicaría todas las tuberías. Me encogí de hombros, fijando en mi cara mi sonrisa más despreocupada.

-Me pareció que estabas muy ocupado- dije. **-Dadas las circunstancias, hubiera sido muy grosero por mi parte en insistir para que me enviases una escolta.**

Tayber seguía mirándome, y decidí tomar la iniciativa.

-¿Cómo está Grenbow? Se cortó muy de golpe.

-Estoy bien, señor.

Un soldado muy joven, apenas salido de la adolescencia, por si me preguntan, habló, llevaba un voluminoso emisor de vox aún colgado a su espalda. Parecía que mi suposición había sido correcta, el aparato había detenido algún tipo de proyectil, pero había salvado la vida del joven, eso sin la menor duda.

-Me alegro de oírlo- dije, y volví de nuevo mi atención hacia el sargento. **-Debemos ponernos en movimiento. Aún quedan unos cuantos Pieles Verdes por ahí detrás-** hice un gesto hacia la columna de humo que subía suavemente hacia el cielo desde el lugar en el había volado el camión.

Tayber asintió con la cabeza. **-Deberíamos hacerlo. Ahora ya saben dónde nos escondemos. Reúna al resto de su gente y nos pondremos en movimiento.**

-Solo estamos nosotros dos - hice un gesto hacia mi compañero. **-Este es mi ayudante, el artillero Junger. Nuestro transporte fue atacado cuando entramos en el sistema y la cápsula salvavidas**

en la que llegamos al planeta se estrelló en el desierto hace un par de días.

-Suena como una historia fascinante- Tayber se volvió y señaló a sus hombres. -**Venga. Nos vamos, aunque solo el Emperador sabe dónde.**

Nota editorial:

Puesto que, como de costumbre, Cain se concentra en sus propias experiencias, olvidándose de cualquier otra cosa, el siguiente extracto puede arrojar algo de luz sobre lo narrado en los anteriores capítulos. Por desgracia, al igual que otros muchos militares retirados (una mujer en particular me viene a la mente en este contexto), las memorias del sargento Tayver dejan algo que desear respecto a su estilo. Sin embargo, siguen siendo tremendamente popular en su mundo natal, así como la autobiografía publicada por Cain, "Al Servicio del Emperador: la vida de un comisario". (Las cuales, dicho sea de paso, son mucho más difíciles de leer que sus mucho más sinceros diarios privados; lo que puede ser explicado como que la idea de recrear sus experiencias para la posteridad induce una seria tendencia al estreñimiento mental en los soldados, mucho más acostumbrados a resolver los problemas de una forma bastante más directa.)

Del libro "*La Marcha del Libertador: el Cain que yo conocí*", por Alaric Tayber, 337 M41

Puede que sea una pequeña pretensión de fama, y en verdad se desvanece por su insignificancia comparada los innumerables miles de personas que deben su vida a su inspirador liderazgo, pero la mía fue la primera que salvó Cain el Libertador , o para ser un poco más preciso, mi vida y las del resto de mis hombres.

Desde que la plaga de los Pieles Verdes había descendido sobre nuestro mundo natal, los habíamos combatido con el máximo de nuestras habilidades, recurriendo a tácticas de golpear y huir, ya que su considerable número se tomó su inevitable peaje sobre los valientes defensores. En el capítulo anterior expliqué cómo, separados de nuestra cadena de mando, que se desintegraba rápidamente, nos ocultamos bajo tierra entre los restos de la estación de agua en la que Luskins había trabajado anteriormente, utilizando los túneles que la conectaban con el resto de la ciudad para lanzar ataques de guerrillas contra cualquier objetivo que encontráramos. Desgraciadamente, en uno de esos ataques debimos delatar la posición de nuestra improvisada fortaleza, ya que fuimos atacados en nuestra propia base por una horda de considerable tamaño. Irónicamente, eso fue el mismo día en el que el comisario Cain se puso en contacto con nosotros, la primera señal de vox que recibíamos en casi un mes.

Si no hubiera sido por esa fortuita coincidencia, sin duda habríamos sido capturados sin previo aviso, y asesinados en el interior de nuestra propia guarida. Sin embargo, acabábamos de salir al encuentro del comisario cuando el inconfundible sonido de los gritos orkos nos alertó de que nuestro escondite había sido descubierto. Los atacamos inmediatamente, logrando detenerlos, pero pude apreciar que nuestra posición era totalmente desesperada. Para empeorar aún más las cosas, o eso parecía en aquellos momentos, el comisario Cain también se había encontrado con elementos de la horda que nos rodeaba y estaba atrapado, superado enormemente en número y enfrentándose a una muerte segura.

Si hubiera sabido entonces de la inigualable profundidad del valor y habilidad que el Libertador poseía, me hubiera preocupado mucho menos. Con una brillante estratagema, logró, no sólo vencer a los enemigos que lo rodeaban, sino también hacer retroceder a la mayor parte de los Pieles Verdes que nos rodeaban. Temerosos, sin duda, por el ruido de la masacre, este inigualable táctico había conseguido hacerlos creer que se enfrentaban a un contraataque, y la mayor parte de ellos se volvió para enfrentarse a ese enemigo fantasma, dándonos así la oportunidad que necesitábamos para retirarnos. Por suerte, la línea de retirada elegida por el enemigo los llevó a través de un área que habíamos minado anterior mente, en previsión de un ataque desde esa dirección, y por razones que no entendemos en ese momento, se habían detenido justo en medio de la zona mortal. Bastó activar una simple señal de detonación para reducir a la mayor parte de los Pieles Verdes que se nos oponían a un simple puñado de aturdidos supervivientes.

Fue entonces cuando vimos por primera vez a Cain el Libertador, soportando a pie una carga orka, algo que sin duda hubiera hecho vacilar a cualquier hombre más débil. Impávido, corrió a su encuentro, lanzando sobre sus atacantes toda una ráfaga de golpes y hábiles paradas, su espada-sierra hendió los cuerpos de los Pieles Verdes con tanta naturalidad como el hacha de un leñador tala los árboles del bosque.

Cuando envainó su arma y se acercó a saludarnos, con una modesta sonrisa en su rostro, como si se avergonzara de que le hubiéramos visto hacer su trabajo, por primera vez me llamó la atención lo joven que era. No teníamos comisarios en la FDP [*], así que todo lo que sabía sobre ellos eran las historias que todos ya conocemos, pero pronto descubrí que, a pesar de su aparente juventud, su madurez y buen juicio eran totalmente insuperables.

[Esto no es totalmente cierto, ya que el Comisariado tiene la responsabilidad general de mantener la adecuada moral y disciplina en todas las ramas del Ejército Imperial (con las obvias excepciones de los Astartes, las Adeptas Sororitas, y las fuerzas bajo la responsabilidad directa del Adeptus Mechanicus). Normalmente, las FDP de un sistema densamente poblado, donde el número de soldados en armas puede ser superior a los veinte o treinta millones, tendrán un asignado un único comisario para supervisarlas, mientras que en otros casos, un desafortunado individuo tendrá bajo su responsabilidad teórica la supervisión de las tropas de las FDP de todo un subsector. Huelga decir que la mayoría de esos comisarios han sido seleccionados para ese trabajo como resultado de una acción disciplinaria, enfermedad, o ambas causas, y que la mayor parte de los soldados bajo su jurisdicción pueden permanecer perdidos en la feliz ignorancia de su existencia]

De hecho, su primera pregunta después de intercambiar saludos, fue preguntar por el estado de nuestro operador de vox, que había sido alcanzado en medio de nuestro último intercambio de mensajes, una temprana manifestación de la preocupación que pronto descubrimos que sentía por todos aquellos que caían fortuitamente bajo su cuidado.

Sin embargo, sólo cuando abandonamos nuestro antiguo refugio, me di realmente cuenta de la naturaleza realmente inspiradora de su liderazgo. A todos los efectos, habíamos sido derrotados, obligados de nuevo a huir, pero para el comisario Cain, este aplastante revés no era ni mucho menos eso.

De hecho, este iba a ser el comienzo de una victoria mucho más total de lo que cualquiera de nosotros se hubiera atrevido a soñar en aquellos momentos.



ONCE

Regresar al lugar donde Jurgen y yo habíamos aparcado nuestro transporte robado, fue mucho menos peligroso de lo que esperaba. Resultó que uno de los soldados de las FDP había trabajado en la estación de agua antes de ser reclutado y conocía la red de túneles y alcantarillado de debajo de la ciudad lo suficientemente bien como para guiarnos de vuelta sin miedo a encontrarnos con más Pieles Verdes. O al menos en eso confiaba yo. Cada vez estaba más claro para mí lo brutales e impulsivos que eran los orkos, y que la común creencia popular de que tan tontos como las heces de una alcantarilla no era exactamente cierta. De acuerdo, el Piel Verde medio es bastante estúpido comparado con un ser humano (o incluso comparado con un ratling), y el razonamiento abstracto no estaba exactamente en lo alto de sus prioridades. Sin embargo, algo los había llevado hasta el escondite de Tayber en la estación de agua, y no les costaría demasiado darse cuenta de que nos habíamos adentrado en los túneles que había debajo. Así que, aunque mis instintos de viejo habitante de las colmenas dieron la bienvenida a nuestro entorno, interpretándolo como algo seguro y familiar, mi mente consciente al menos estaba parcialmente ocupada todo el tiempo filtrando los ecos que nos rodeaban, en busca de cualquier sonido de persecución o de una emboscada delante de nosotros.

Cuanto más nos alejábamos del sector sur de la ciudad, más relajado me sentía, y pude dedicar más atención a lo que Tayber me decía. Él y sus hombres habían estado utilizando estos túneles durante semanas, atacando a solitarias patrullas de Pieles Verdes, haciendo incursiones para conseguir suministros, y para fastidiar a

los orkos tanto como pudieron. Bueno, eso estaba bien, era justo lo que se suponía que debían de hacer, y cuantos más Pieles Verdes se hubieran cargado, más feliz sería yo, pero cuanto más me contaba, más obvio era para mí que sólo estaban retrasando lo inevitable.

-¿Qué quieres hacer ahora?- pregunté a Tayber una vez que llegamos a la fábrica en ruinas donde habíamos estacionado el buggy.

El sargento estaba inspeccionando los alrededores del lugar, claramente preguntándose sí serviría como otra improvisada base desde la que hostigar a los Pieles Verdes. **-¿Quiere abandonar?**

-Por supuesto que no- dije.

Ahora ya estaba convencido de no éramos colaboradores de los orkos, lo que ya era una mejoría, y al menos estaba dispuesto a escucharme. ¿Cuánto de esto se debía a mi autoridad como comisario, cuánto a mi encanto personal, que yo estaba ejerciendo sobre él tan sutilmente como podía para reforzar la buena impresión que le causé cuanto hice pedazos a un par de orkos delante de él, o, por último, cuánto al plato de soylens viridienses que se estaba comiendo mientras hablábamos, pues francamente, no podía estar realmente seguro? Si algo había convencido de nuestras buenas intenciones a los soldados de la FDP fue el montón de raciones de supervivencia que habíamos traído de la cápsula salvavidas; parecía que no habían comido caliente desde hace días.

-Ahora ya saben que estas ocultándote en algún lugar de la ciudad- dije. **-Tal vez ya sea hora de irse.**

-¿Irnos adonde?- preguntó Tayber, haciendo una ligera mueca cuando Jurgen se inclinó para rellenar su taza con más recafeinado (la verdad es que a mí ese gesto no me pareció justo, después de un mes o más viviendo en condiciones extremas, dentro de un túnel, tampoco es que él oliera precisamente bien).

Yo me encogí de hombros, introduciendo otro bocado de la papilla rehidratada en mi boca (Glop en el original, imitación del sonido de algo viscoso y poco apetitoso golpeando un plato).

-Esperamos poder unirnos al grueso de nuestras fuerzas- dije. **-Sabemos que nuestro regimiento consiguió llegar al planeta en una sola pieza, y nuestro deber es unirnos a ellos lo más rápidamente posible.**

Así yo podría volver a sentarme tranquilamente muy detrás de la línea del frente, como de costumbre, sin nada más peligroso que hacer que vigilar los ocasionales intentos del coronel Mostrue para descubrir si yo era realmente tan heroico como se suponía que era, aunque no creía que fuera aconsejable ser tan sincero con Tayber. Sin embargo, para mi sorpresa, el sargento se echó a reír.

-Buena suerte entonces- dijo. **-Va a necesitarla.**

Algo en la forma en la que pronunció esas palabras hizo que mis manos comenzaran de nuevo a picarme, pero sonreí, como si sólo estuviéramos intercambiando bromas.

-¿Qué quieres decir?- pregunté.

Como respuesta, Tayber sacó una placa de datos con un mapa de su mochila y me la mostró.

-Estamos aquí- dijo, señalando un lugar en el mapa, yo oculté bien mi satisfacción al apreciar que más o menos estábamos en la posición que había estimado en sobre el mapa burdamente garabateado. Asentí para mostrar que entendía.

-Y las fuerzas defensoras más próximas están aquí- desplazó la imagen hacia el continente occidental y golpeó ligeramente con su dedo la estrecha península que conectaba las dos masas de tierra. **-Poco más o menos-** dijo, encogiéndose de hombros, **-aparte de algunos y ocasionales grupos de rezagados como nosotros, por supuesto.**

-Por supuesto- dije, enmascarando con la práctica facilidad del que ha nacido mentiroso la forma en la que, de pronto, mi estomago había caído hasta mis pies. También me encogí de hombros. **-Parece que mi información táctica está un poco anticuada.**

-Bien se podría decir- estuvo Tayber de acuerdo. Tomé otro trago de recafeinado, deseando que fuera tanna.

La cabeza me daba vueltas con las implicaciones de esta nueva información. De todas formas, mi plan original parecía ser el único con el que tenía alguna, aunque escasa, posibilidad de asegurar mi supervivencia. Permanecer cientos de kilómetros detrás de las líneas enemigas de forma indefinida no era nada más que una forma lenta de suicidio. Tarde o temprano, mi suerte se agotaría.

-No obstante- dije lentamente, **-voy a intentarlo. Tengo que hacerlo. Mi deber para con el regimiento lo exige, mi deber como comisario lo exige, y además...-** me encogí de hombros, sonriendo levemente hacia Jurgen, porque sabía que sólo él entendería la broma, además, era más serio de lo que podían pensar. **-...la taza de tanna más próxima está en alguna parte del siguiente continente. Y voy a conseguirla.**



Al final, logré persuadir a Tayber para que viniera conmigo mucho más fácilmente de lo que me esperaba. Me había preocupado que tuviera que ejercer sobre él toda mi autoridad como comisario, pero el sargento fue lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que el combate en el sector había agitado a los Pieles Verdes hasta el punto que esconderse y pasar desapercibidos sería mucho más difícil que antes. En cuanto a sus soldados, no sabía ni me importaba lo que ellos pensaran; una vez que conseguí que Tayber se pusiera de mi lado, seguirían las órdenes como los buenos soldados que eran. Si note en ellos algún signo de renuencia a abandonar la ciudad, lo achaque simplemente a las dificultades prácticas de nuestro viaje.

-Nunca lo conseguiremos a pie- dijo Tayber, encogiendo la imagen del mapa de la placa de datos de donde estábamos y hasta donde queríamos llegar para reforzar sus palabras, para que ambos lugares pudieran encajar juntos en la pantalla.

El crepúsculo estaba cayendo, lo que me venía muy bien; si teníamos que escabullirnos de este nido de avispas de fuego sin que los orkos se dieran cuenta, sería mucho mejor hacerlo por la

noche. Asentí con la cabeza, admitiendo su razonamiento, Tayber se encogió de hombros, con el rostro iluminado por el tenue resplandor del mapa.

-Entonces tendremos que conseguir algún tipo de transporte- dije.

No tenía sentido sugerir que viajaran con nosotros. El buggy estaba tan lleno de suministros que apenas había espacio para que yo entrara, y aunque hubiéramos abandonado los víveres (lo que no era una opción dada la cantidad de terreno que teníamos que atravesar, especialmente con ocho bocas más que alimentar [*]) seguiría sin haber espacio suficiente para que todo el pelotón subiera a bordo.

[De esto podemos deducir que uno de los hombres de Tayber no sobrevivió a la emboscada en la estación hidroeléctrica]

Tayber levantó una ceja.

-¿Y dónde sugiere que los consigamos?- preguntó.

Le indiqué el destartalado vehículo con un movimiento de cabeza.

-Estoy seguro de que los Pieles Verdes no echaran menos uno o dos de estos- dije.

De nuevo esperé Tayber discutiera mi idea, pero para mi sorpresa, el sargento simplemente asintió, con la primera señal de entusiasmo

que había visto desde que comenzamos la conversación.

-Yo sé donde conseguirlos- dijo.

En años posteriores, supongo que mi paranoia innata habría comenzado a funcionar en ese mismo momento, pero en aquellos días era mucho más ingenuo y tan aliviado por su pronto consentimiento, que nunca se me ocurrió que pudiera tener un motivo oculto.



DOCE

Al final, el plan que acordamos era bastante simple, además de bastante desesperado. Tayber y sus hombres conocían lo suficientemente bien la ciudad, lo que no era nada sorprendente, ya que la mayoría de ellos habían crecido en ella, y habían estado bien atentos a las actividades de los Pieles Verdes. Tayber nos mostró un plano con las calles, señalándonos a Jurgen y a mí los diferentes puntos de referencia, mientras nos inclinábamos sobre la diminuta imagen. Como siempre, mi innato sentido de la dirección lo absorbió tan pronto lo miré, y me complació poder seguir de nuevo la ruta que esta mañana habíamos recorrido sin la menor dificultad.

-Ahí es donde tienen la mayor parte de los vehículos mientras no los usan- dijo Tayber.

Tras reconocer el símbolo del mapa como un santuario del Adeptus Mechanicus, asentí. Eso tenía sentido, aunque dado el estado de nuestro buggy robado, me costaba creer que el buen mantenimiento estuviese en la parte superior de la lista de prioridades de sus propietarios. Lo dije, y uno de los soldados, de nombre Hascom, habló tímidamente.

-Ellos sobre todo van allí por el combustible- dijo. **-Y allí es donde construyen nuevos vehículos.**

-¿Nuevos?- repetí, y Hascom asintió.

-Los Pieles Verdes tienen algún tipo de tecno-sacerdotes. Construyen cosas. Del tipo de…

Asentí con la cabeza para demostrar que lo estaba escuchando. Sabía por Jurgen que algunos de los orkos tenían un rudimentario conocimiento de los asuntos técnicos, pero la noticia de que los Pieles Verdes eran capaces de reemplazar a los que se estropeaban, cambió totalmente las cosas. Mire a Tayber.

-Pensé que querrías volar ese lugar lo antes posible- dije.

El sargento pareció incómodo.

-No es tan sencillo como eso- dijo.

Yo adopté una expresión de educado interés, y una vez que se dio cuenta de que no iba a presionarlo para que diera más detalles terminó diciéndome mucho más de lo que pretendía por su propia voluntad (este es un buen ejemplo de porque trató de inculcar algo de paciencia en mis cadetes, aunque, por lo general, son demasiado jóvenes y entusiastas para comprender la razón).

-La verdad es que está demasiado vigilado. Nunca hubiéramos podido entrar, e incluso si lo hiciéramos…- vaciló y me di cuenta de la sutil aumento de la tensión entre los soldados, como si fuera la primera y débil señal de una lejana tormenta.

-No podríamos volarlo.

-¿Por qué no?- pregunté. **-Si es una estación de abastecimiento, debe haber tanques de promethium.**

Miré al soldado Luskins, la rata de túnel que llevaba un lanzador misiles sobre su hombro, y a su compañero de equipo Jodril, cuya bolsa de cohetes de repuesto estaba casi agotada.

-De hecho, escogiendo un buen lugar, un solo misil Krak (Perforante, nt) **disparado desde fuera del complejo haría perfectamente el trabajo.**

-Lo haría- Luskins asintió rápidamente, con el aire de un hombre que había argumentado precisamente lo mismo en más de una ocasión.

-Así acabaríamos matando a nuestra propia gente- le interrumpió Grenbow. Todavía llevaba colgado el averiado emisor de vox, aunque, por mi vida, que no entendía el por qué. Tal vez estaba tan acostumbrado al peso que simplemente ya no lo notaba.

Luskins se encogió de hombros. **- Ya están muertos. Simplemente todavía no han dejado de moverse.**

Grenbow y otros dos más enrojecieron de rabia, yo me dispuse a calmar la situación con la instintiva facilidad de una larga práctica.

-Lo siento- dije. **- No acabo de entender lo que estáis diciendo.**

Tayber suspiró pesadamente.

-Allí es donde guardan a los prisioneros- dijo.

Yo pensé en los desdichados miserables que había visto esa mañana y, en privado, no podía dejar de estar de acuerdo con Luskins. Ninguno de ellos parecía que iba a vivir mucho más. Sin embargo, decirlo no nos iba a llevar a ninguna parte, así que asentí juiciosamente como si tuviesen razón.

-Tomaremos todas las precauciones necesarias para proteger a los civiles- dije, sin siquiera imaginar las dificultades que esa mentira iban a traerme. Por el momento, al menos tuvo el efecto deseado, la tensión que nos rodeaba desapareció tan rápidamente como había llegado. **-Esto no es negociable-** me volví hacia el sargento. **-Pero, a pesar de todo, nuestro objetivo no ha cambiado. Necesitamos entrar, conseguir un transporte y volver a salir. ¿Cómo lo harías tú?**

-Necesitaremos una distracción- dije Tayber. **-Pero la coordinación será un problema. Una vez que nos separemos, perderemos el contacto entre nosotros.**

-No, eso no pasará- le aseguré, tocando el cable del comunicador en mi oído. **-Tengo los suficientes para todos.**

El sargento pareció sorprendido durante un momento.

-Bien- dijo, luego miró a Jodril. **-¿Tienes alguna carga de fragmentación?**

-Una- confirmó el cargador, **-y dos krak.**

-Eso a mí me parece una diversión- dije, volviéndome hacia el equipo de misiles. **-¿Puedes encontrar un lugar desde que se pueda ver bien el complejo?**

Luskins sonrió perezosamente. **-Ya lo conozco-** dijo, ante mi total falta de sorpresa.

-Me alegro de oírlo- le dije. **-Sitúate allí, espera nuestra señal y luego dispara el misil de fragmentación contra el grupo más grande Pieles Verdes que puedas encontrar.**

-Luego, dirígete al punto de reunión- dijo con firmeza el sargento Tayber, claramente preocupado ante la idea de que el entusiasmo de Luskins por reventar los tanques de promethium prevaleciera dentro de su cabeza mientras nosotros estuviésemos dentro.

Asentí pensativamente, como si lo estuviera considerando.

-Eso es razonable- concedí, e hice girar el mapa hacia Luskins. **-¿Donde te vas a situar?**

-Aquí- señaló, yo asentí de nuevo.

-¿Desde allí puedes ver la puerta principal?

-Tan claramente como si fuera de día- aseguró el operador del lanzamisiles, su cargador asintió vigorosamente.

-Entonces sugiero- le dije a Tayber, con un calculado tono de voz para transmitir que no era ninguna sugerencia, **-que permanezca en posición hasta que estemos a salvo, por si necesitamos que cubra nuestra retirada.**

-Podría ser prudente- respondió el sargento, aunque con evidente renuencia.

Me volví hacia Luskins, ocultando mi propia aprehensión ante la idea de que podría estar dándole a un pirómano la mayor caja de cerillas del planeta.

-Pero no dispare sin una orden específica del sargento Tayber, o mía- añadí, como si acabara de pensar en ello. **-Esos cohetes no crecen en los árboles.**

-No, señor.

Luskins asintió tristemente, luego sonrió. **-Pero estaría bien que lo hicieran, ¿verdad?**



Una vez que los soldados hubieron partido, camino de sus posiciones asignadas, Jurgen y yo teníamos poco que hacer, salvo esperar. La noche había caído del todo, y con ella había llegado el frío, así que me coloqué mi abrigo con una sensación de profundo alivio. En la oscuridad, su sombrío color negro sería una ventaja, una que yo tenía la intención de explotar al máximo en las horas próximas. Como siempre, cuando estaba esperando que comenzara la acción, me encontré preguntándome si estaba haciendo lo correcto. Jurgen y yo correríamos unos riesgos tremendos, y no estaba totalmente seguro de hasta dónde podría confiar en mis aliados. Tal vez lo más prudente sería simplemente partir, y dirigirnos solo hacia el oeste, con la esperanza de deslizarnos entre los orkos sin ser vistos.

No. Eso sería algo suicida. Mis posibilidades de viajar hasta tan lejos sin ayuda eran prácticamente inexistentes. Si quería tener una oportunidad razonable de regresar a nuestras líneas, tendría llevarme a los soldados conmigo, eso significaba que necesitaban un transporte. Eso, a su vez, significaba que estaba condenado a seguir este ridículo plan, el cual, ahora que lo pensaba con cuidado, tenía más agujeros que los calcetines de Jurgen… En eso momentos recibí con cierto alivio un pitido en el comunicador de mí oído, seguido por la voz de Luskins, que sonaba excitada y sin aliento.

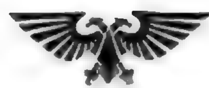
-Aquí equipo dos. Estamos en posición.

-Excelente- instintivamente mantuve mi voz en calma. **-Espera la señal. Equipo uno, informe.**

-Acercándonos al blanco- dijo Tayber, luego guardó silencio, manteniendo la disciplina de vox como buen suboficial que era, al menos para los estándares de la FDP.

Respiré profundamente y subí a bordo del buggy, donde Jurgen ya estaba esperando, envuelto en una manta.

-Bien- dije, mientras mi ayudante arranca el motor y nos poníamos en movimiento. **-Vamos a ver si esto realmente funciona.**



Al principio, todo parecía estar yendo bien, Tayber llamó por el vox poco después de ponernos en camino para avisarnos de que él y los cinco soldados que le acompañaban estaban ya esperando en la alcantarilla que Luskins había indicado que los permitiría llegar al perímetro sin exponerse al fuego enemigo, y a cubierto de los centinelas, eso asumiendo en primer lugar que los Pieles Verdes estuvieran lo suficientemente organizados como para ponerlos. Era una presunción bastante segura el que no los tenían, al menos allí, ya que los canales de drenaje de los procesos arcanos que los enginseers supervisaban en las profundidades de su santuario en tiempos más felices, estaba bloqueado por una rejilla metálica, por lo que entrar desde esa dirección era imposible sin la ayuda de explosivos u otras acciones que también llamarían la atención.

Por supuesto, los explosivos escaseaban, y, en cualquier caso, yo no hubiera sido muy feliz si estuviese dentro de las botas de Tayber ante la perspectiva de tener que usarlos dentro de un espacio cerrado. Pero, como de costumbre, mi ayudante había demostrado

que podía igualar el desafío, sacando un soplete de corte de entre la plétora de diferentes trastos que había sacado de la arruinada cápsula salvavidas.

Eso aún haría algo de ruido, pero si todo salía según lo planeado, los Pieles Verdes tendrían mucho más de lo que preocuparse como para advertir a los perlianos fundiendo la barrera para pasar. Mientras su atención no estuviera centrada en nosotros…

El viaje al antiguo templo de los tecno-sacerdotes me enfermó de los nervios. Me agaché entre los fardos que llevábamos, incrustado en nuestro destartalado vehículo, esperando que eso fuera suficiente para ocultarme de la vista. Sin embargo, lo poco que podía ver en las oscuras calles fue más que suficiente, el mismo bullicio de frenética actividad que había visto durante el día continuaba por la noche. Aquí y allá ardían las hoguera, iluminando la espantosa escena con tonos de un parpadeante naranja, y una vez vi todo un edifico en llamas, aparentemente incendiado sólo por la iluminación que proporcionaba [*]. Eso sí, había menos vehículos circulando que antes, y la mayor parte de los que vimos se dirigían en la misma dirección que nosotros, así que el informe de Tayber parecía ser exacto, al menos en ese aspecto.

[Probablemente no. Los Pieles Verdes poseen una visión nocturna muy superior a la de los humanos. Es muy probable que se tratara simplemente de un fuego de cocina que se les había ido de las manos, o un acto de destrucción ilícita perpetrado mientras saqueaban]

Una vez, para mi horror, una manada de gretchins trató de trepar a bordo, todos chillando y balbuceando a Jurgen, que al menos logró demostrar que su improvisado disfraz era valido desde lejos. Esperando problemas, no llevaba mis armas envainadas, y mi pulgar se posó sobre la runa activadora de mi espada-sierra. Pero antes de que pudiera revelar mi presencia al activarla, Jurgen dio un

preciso puñetazo al más cercano de ellos, lanzándolo por un lateral, y se echó a reír en voz alta. Tuvo el efecto deseado, los otros gretchins siguieron a su camarada caído, estallando todos ellos en risas histéricas.

-¿A qué demonios ha venido eso?- pregunté en voz baja.

Jurgen se encogió de hombros.

-Querían un paseo. Les dije que no- un tinte de duda comenzó a deslizarse en su voz. **-Los pequeños no suelen conducir.**

-Y me lo dices ahora…- dije, un cosquilleo de aprensión comenzó a subir por mi columna vertebral. Si uno de los orkos notaba algo fuera de lo normal, estábamos acabados. Pero ahora ya era demasiado tarde para retroceder, estábamos demasiado comprometidos. Activé el comunicador.

-Equipo dos, prepárense- dije. **-A mi señal…**

-El arma ya está cargada- me aseguró Luskins. **-Y he elegido un objetivo muy jugoso.**

-Ya le veo- dijo Jodril. Con el arma ya cargada y preparada para disparar, aparentemente estaba observaba la escena a través de un amplivisor.

Mirando a lo largo del montaje del arma, y por encima de los hombros de mi ayudante, pude ver que nos acercábamos a un par

de puertas de hierro forjado, que incorporaban el símbolo del engranaje del Adeptus Mechanicus. Estaba entreabierta, revelando un alto muro de piedra cubierto de imágenes del Omnissiah, que habían sido oscurecidos con los viles garabatos de los orkos.

-Vamos a tener que hilar esto muy fino- advertí a Luskins. **-Estate preparado…**

Para mi indecible alivio, Luskins no se molestó en responder, evidentemente concentrado en el tiro. Jurgen comenzó a disminuir la velocidad. Un gran orko, aunque honestamente no era más grande que cualquiera de los demás, sólo lo parecía en mi aterrada mente, salió de entre las sombras que rodeaban la puerta, se movió hacia adelante y levantó un puño como un jamón para que nos detuviéramos. Jurgen frenó.

-¡Fuego!

Un rayo llameante cruzó el aire sobre nuestras cabezas, atrayendo la atención de todos los Pieles Verdes de las cercanías, desapareciendo detrás del muro. El guardián que se nos acercaba giró la cabeza rápidamente para seguir la línea de llamas, reaccionando a la amenaza instintivamente, Jurgen aceleró de nuevo mientras el orko estaba momentáneamente distraído. El ruido del impacto, cuando el Piel Verde desapareció debajo de las ruedas, haciendo que el vehículo temblara ligeramente, fue ocultado por la explosión en el interior del complejo, seguido casi inmediatamente por una cacofonía de gritos y rugidos.

-¡Adelante!- grité simultáneamente a Tayber y Jurgen, mi ayudante aceleró al máximo el motor, pasando a través de las puertas

segundos antes de que otro centinela las cerrara de golpe, apartándose al mismo tiempo de nuestro camino, y lanzando un chorro de rugidos que yo no necesité hablar un orko fluido para entender su significado.

-Estamos en marcha- contestó el sargento.

Jurgen volvió a girar el volante, llevándonos directamente hacia una multitud de vehículos estacionados junto a un gran tanque de almacenamiento, que no podían ser de otra que combustible. Otro Piel Verde se volvió al vernos pasar, con sus ojos muy abiertos por la sorpresa y al reconocernos, y señaló con una de sus garras en nuestra dirección.

-¡Humies! [*]- bramó.

[Otra palabra tomada prestada del gótico; ese sonido es lo más cercano que pueden llegar pronunciar esas envilecidas criaturas de la palabra “Humanos”]

Antes de que pudiera hacer nada al respecto, su cabeza explotó, y Luskins cacareó alegremente en mi oído.

-No se preocupe, comisario, nosotros eliminaremos las pulgas por usted.

-Muy agradecido- le contesté, poniéndome en pie, pensando aliviado que si él estaba disparando con su fusil láser, no correríamos tanto peligro de ser inmolados por accidente. Ya no tenía sentido intentar mantener nuestro disfraz, eso era algo obvio,

así que moví el bolter pesado y comencé a disparar contra la mayor concentración de Pieles Verdes que encontré.

También justo a tiempo. Nadie podía acusar a los orkos de ser organizados, pero reaccionaron a la amenaza casi inmediatamente, cada uno de ellos agarró un arma y cargó contra nosotros todo lo rápido que pudo. Afortunadamente, la mayoría de ellos parecían buscar el cuerpo a cuerpo con nosotros, como los que nos habíamos encontrado anteriormente, y el fuego de respuesta fue, en el mejor de los casos, esporádico, además, fue desviado con facilidad por el grueso blindaje remachado en cada superficie de nuestro vehículo. Aún mejor, los orkos se agruparon tanto que era literalmente imposible fallar a esa distancia, todo lo que yo tenía que hacer era mantener el gatillo apretado mientras ellos caían en masa, la mayoría de las víctimas fueron pisoteadas por los que llegaban corriendo desde atrás para rellenar las brechas.

-Tayber- llamé, manteniendo tranquila mi voz con algo de esfuerzo. **-¿Dónde estás?-** seguramente no debería de haber tardado tanto en cortar la rejilla de la alcantarilla. **-¿Aún no has terminado?**

-Estoy en camino- me aseguró el sargento, aunque las únicas bajas que pude ver entre los orkos, aparte de las causadas por mí, estaban siendo algunos Pieles Verdes ocasionales que caían víctimas de los disparos de Luskins y Jodril (para ser honestos, en la mayoría de los casos simplemente se tambalearon, aunque al menos disminuyeron un poco su velocidad y miraron a su alrededor, buscando fastidiados la fuente de la amenaza).

-Me alegró de oírlo- dije, sin apenas rastro de sarcasmo.

Jurgen frenó tan en seco que casi salgo despedido de mi sujeción en el bolter pesado, al momento siguiente lo vi trepar en el vehículo aparcado más próximo. Era uno de los camiones blindados que había visto antes en las calles, y parecía lo suficientemente grande para llevar a todo el grupo de soldados. **-Tu taxi está esperándote-** desactivé el vox y mire a Jurgen. **-Si es que puedes arrancarlo.**

-No hay problema, comisario- me aseguró mi ayudante, un momento más tarde el motor del camión rugió a la vida, sonando aún más fuerte y peor ajustado que el nuestro, si es que eso fuera posible.

-Bien- miré a mi alrededor, y vi que los Pieles Verdes estaban mucho más cerca que antes. El bolter pesado dejó de traquetear en mis manos, y con un tremendo ¡Waaaargh! que se escuchó sobre el rugido de los motores, comenzaron a avanzar hacia adelante. Me había quedado sin municiones.

-¡Tayber!- grité. **-¡Es ahora o nunca! ¿Qué te está retrasando?**

-Teníamos algo que hacer- dijo el sargento. **-¿Cuántos vehículos ha puesto en marcha?**

-Sólo uno- me agaché para coger la caja de munición más cercana de las que tenía a mis pies, y busqué cinta con mis manos. La horda de Pieles Verdes estaba a sólo unos metros de distancia, y por alguna razón, la imagen de los hibridos genestealers a los que me había enfrentado en Keffia apareció en mi mente. Esto era mucho peor, al menos allí había tenido unas paredes gruesas tras las que esconderme y aliados en los que podía confiar… Introduje la cinta de munición en el bolter con apenas unos segundos de sobra y

volví a abrir fuego contra los Pieles Verdes, que retrocedieron un paso o dos, pero seguían estando tan cerca que pude distinguir sus rasgos individuales: un colmillo roto, una cicatriz, la cuenca de un ojo cubierta con un parche, algunos burdos augmeticos…

-Necesitaremos algunos vehículos más- dijo Tayber. Durante un momento no pude entenderlo, luego me di cuenta. Él no habría…

-Has liberado a los civiles, ¿verdad?- pregunté, un incrédulo horror se elevaba en mi voz mientras hablaba.

Al oír el dialogo, Jurgen saltó al siguiente camión y también lo arrancó, luego siguió repitiendo el proceso a pesar de enorme número de proyectiles que cortaban el aire a su alrededor y rebotaban chirriando contra las placas de blindaje de los vehículos. Un orko trató de agarrarme de una pierna, le lancé un tajo con mi espada-sierra, arrancándole un brazo y abriéndole la garganta. Pese a todos mis esfuerzos, los Pieles Verdes estaban ya debajo del ángulo muerto del bolter, y no tenía nada más que hacer que luchar cuerpo a cuerpo, al menos durante el segundo o dos que tendría antes de que seguramente me sacaran del vehículo y me descuartizaran miembro a miembro.

-Usted dijo que deberíamos hacer todo lo posible para mantenerlos a salvo- me recordó Tayber, yo maldije en voz baja a todos los suboficiales de la galaxia que entendían tan literalmente las órdenes.

-Bien, pero también podrías echar una mano aquí- dije, disparando en la cara con mi pistola láser a otro Piel Verde.

De pronto, me di cuenta de una bienvenida presencia, y de, sorprendentemente, un grato olor sobre mi hombro. Jurgen comenzó a disparar su fusil láser a corta distancia. Ya no tenía sentido ahorrar municiones, o bien salíamos de aquí, o estábamos muertos, de modo que se puso a disparar en automático a toda velocidad, sin preocuparse por quedarse sin municiones, como le había pasado el día anterior.

-Estamos en ello- me aseguró Tayber.

Con una repentina oleada de alivio vi como la parte posterior de la horda orka se volvía, al tiempo que una ráfaga concentrada les golpeaba desde atrás. No sólo eran proyectiles láser, de eso me di cuenta inmediatamente. Varios de los orkos cayeron con sus torsos reventados por explosiones, seguramente el resultado del estallido de un proyectil de bolter. Cuando las figuras que estaban detrás de ellos se acercaron más, la razón se hizo evidente. Muchos de los prisioneros habían recogido las armas de los Pieles Verdes muertos y las estaban volviendo contra sus captores con un entusiasmo vengativo que logré entender. No podría decir cómo podían siquiera levantar esas burdas armas, y mucho menos apuntarlas y dispararlas, tan débiles como estaban, pero sin duda la oportunidad de cobrarse venganza por todas las privaciones y crueldades que habían sufrido, les daba fuerzas más que de sobra.

Esta inesperada circunstancia fue suficiente para cambiar la marea. Tomados completamente por sorpresa, y posiblemente creyendo que se estaban enfrentando a todo un ejército humano en lugar de una demacrada chusma con apenas fuerza suficiente para mantenerse en pie, la marea verde finalmente se rompió. Con aullidos desconcierto, los orkos se dieron la vuelta y huyeron, exhibiendo la misma unión que en la retirada que en la sed de sangre, dejándonos a Tayber y a mí mirándonos el uno al otro a

través de un desolado terreno cubierto de cuerpos que se aún se movían débilmente.

Hice un gesto hacia los soldados que tenía detrás de mí.

-Embarcarlos- dije, confiando en que no tuviera que decir nada más, Tayber asintió con la cabeza, llevando los civiles hacia los vehículos con un cuidado conmovedor. Volví a mi puesto en el bolter, esperando que nuestros enemigos volviera a reunirse y contraatacaran en cualquier momento, pero, para mi tranquilidad, parecían haber tenido lo suficiente, al menos de momento. Di un golpecito en el comunicador.

-Luskins, carga un misil krak.

-Ya tengo uno cargado en el lanzador- dijo el tirador, con una alegría no disimulada, **-sólo para estar seguro.**

Jurgen regresó a puesto de conducción de nuestro sobrecargado y considerablemente maltratado buggy. Me sorprendió que todavía funcionara después de todos los impactos y golpes que había recibido, pero se movió con tanta facilidad con antes, dirigiendo a nuestro desvencijado convoy hacia las puertas del complejo a toda la velocidad que pudo sacar de la máquina. Unos gritos de alegría estallaron detrás de nosotros cuando los prisioneros se vieron en movimiento, abrí todos los canales del comunicador con la escuadra.

-¡Abrid fuego!- ordené. **-¡No dejéis que se reagrupen o estamos acabados!**

Enfatice este último punto disparando contra un grupo de Pieles Verdes que parecían estar preparando algún tipo de lanzador de misiles, que pese a burda apariencia, no tenía la menor duda de que era capaz de atravesar nuestro blindaje y convertirnos en una mezcla sanguinolenta mezclada con un montón de metal triturado. Por suerte, uno de los proyectiles del bolter detonó la ojiva del cohete que estaban cargando, provocando una explosión que creó el caos en una considerable extensión.

-Estamos en ello- me aseguró Tayber, y los soldados abrieron fuego con sus armas, sin molestarse si quiera en apuntar, confiando en el vendaval de fuego automático que lanzaban para mantener a los Pieles Verdes entretenidos.

Honestamente debo decir, que tratar de apuntar cuidadosamente desde la parte de uno de esos vehículos que rebotaban salvajemente contra el suelo hubiera sido completamente inútil de todos los modos.

Para mi sorpresa, y alivio, algunos soldados, o más posiblemente prisioneros liberados, comenzaron a saltar a los puestos de armas pesadas montadas en los vehículos requisados, y empezaron a disparar con una falta total de cualquier cosa que se pareciera a la puntería, pero, sin embargo, crearon aún más confusión.

-Las puertas todavía siguen cerradas- me recordó Jurgen, yo volví a girar el bolter, dirigiéndolo hacia la maraña de filigranas metálicas y un pequeño grupo de histéricos Pieles Verdes que se acurrucaba bajo las hojas de las puertas.

-No, no es así- respondí con cierta satisfacción, mientras una granizada de proyectiles explosivos destrozaba las puertas y los orkos por igual.

Jurgen embistió con el vehículo a través del hueco, con el vehículo rebotando sobre los cuerpos, saltaron chispas de la gruesa placa de acero que protegía la parte delantera del sólido buggy mientras los restos de la puerta se esparcían en la noche. Salimos a la calle, todavía acelerando y nos alejamos envueltos por la acogedora oscuridad, con nuestros motores aullando como condenados mientras su eco resonaba entre los edificios que nos rodeaban.

-Ya hemos salido todos del complejo- dijo Tayber por el vox, yo volví a activar el resto de canales del comunicador.

-Luskins- dije. **-Revienta los tanques.**

-Pensé que nunca me lo iba a pedir.

Otro rayo de fuego surgió desde la arruinada mansión donde se había escondido nuestro equipo de lanza-misiles, desapareciendo dentro del complejo. Un momento después, el mundo entero se volvió de un brillante anaranjado, mis oídos fueron golpeados por un sonido que iba mucho más allá de lo audible, para convertirse en un golpe físico. Nuestro buggy se estremeció y saltó por los aires por un momento, pero Jurgen recuperó el control con su habitual imperturbabilidad. Mirando hacia atrás, vi estallar detrás de nosotros una gran bola de fuego, como si el núcleo fundido del planeta se hubiera aburrido y hubiera decidido salir a dar un paseo por el barrio.

La voz del operador del lanza-misiles adquirió un inconfundible tono de satisfacción.

-Hascom - dije. **-Vaya a por ellos y recójalos.**

Yo no tenía intención de detenerme por nada que fuera menos que una visita en persona del propio Emperador, y no fue hasta que el fuego desatado detrás de nosotros hubo disminuido, hasta convertirse en un lejano resplandor, que ordené a Jurgen que frenara la marcha y espera que el resto de nuestro convoy nos diera alcance.

Por lo que pude ver, estábamos peor que nunca, en vez de un grupo de entrenados combatientes detrás de los que esconderme, había conseguido la responsabilidad de todo un cargamento de civiles que, indudablemente, atraerían a todos y cada uno de los Pieles Verdes del continente a la caza de nuestras cabezas. Hubiera sido mejor que hubiera unido a la banda de música del regimiento. Pero, por supuesto, no tenía sentido permitir que estos pensamientos se reflejaran en mi rostro, no si quería mantener a los soldados concentrados y preparados para el combate, así que suspiré pesadamente, enderecé mi gorra y subí por la carretera con tanta insolencia como pude.

-Adelante, Jurgen- dije. **-Vamos a conocer a nuestros invitados.**

Nota Editorial:

A pesar de que no estaba en condiciones de apreciarlo en esos momentos, las acciones de Cain en Prosperity Wells tendrían unas repercusiones mucho más amplias que de lo que jamás hubiera imaginado. Una vez debo volver a la popular historia de Kallis sobre esa guerra, ya que el relato de Tayber sobre el incidente inevitablemente se concentra tanto en la persona de Cain que casi parece que lo hubiera escrito el propio Ciaphas. Sin embargo, hay que decir que cuando Kallis se ocupa de datos concretos de la acción, estos están claramente lejos de la verdad, lo que no es de extrañar, dado que la escribió siguiendo la versión oficial de los acontecimientos.

Del libro "*Pieles Verdes y Corazones Negros: La invasión Orka de Perlia*",

por Hismyonie Kallis, 927 M41

Si se tuviera que elegir un solo punto de inflexión en la guerra para liberar Perlia, seguramente sería la batalla de Prosperity Wells. Mucho se ha escrito sobre ella desde entonces, por muchos de los participantes supervivientes, por lo que aquí no es necesario examinar el incidente en detalle, pero los hechos siguen siendo bastante sorprendentes. Tras sobrevivir al aterrizaje forzoso de su cápsula de supervivencia, el comisario Cain salió del desierto solo y sin ayuda [*], toda una hazaña por sí misma, que pocos hombres podrían lograr.

[Como de costumbre, la presencia de Jurgen parece haber sido pasada por alto por la mayoría de los historiadores, probablemente porque, con la mejor voluntad de la galaxia, no era el tipo de figura que a uno le gustaría que saliera en una leyenda heroica]

Sin embargo, si el comisario esperaba encontrar ayuda en esa ciudad de nombre tan irónico, que posteriormente sería rebautizada como Cainstead (algo así como Plaza/lugar de Cain, nt) una vez que una nueva comunidad se estableció sobre las cenizas de la vieja población [*], fue totalmente decepcionado. Los Pieles Verdes la habían conquistado, destrozando bestialmente el tranquilo refugio en las arenas del desierto, despojándolo de todo lo que pudieron y esclavizando a los pocos y desmoralizados supervivientes. Afortunadamente para ellos, y para el futuro de todo el planeta, algunos de los valientes defensores de la ciudad aún seguían luchando, el heroico comisario no perdió tiempo en contactar con ellos y alistarlos en un audaz plan para liberar a las víctimas de los Pieles Verdes.

[Algo que, para ser fieles a la verdad, Cain encontró hilarante]

La noche del Gran Incendio, así se conoce a esa noche, aún se celebra en toda Perlia, encendiendo hogueras en el aniversario de esa histórica victoria que tomó totalmente por sorpresa a la escoria orka. Atrapados en sus guaridas, los monstruos murieron por millares cuando sus antiguos cautivos se rebelaron, reuniéndose bajo la bandera del hombre que los guío: Cain el Libertador.

Sólo después de estar seguro de que todos los demás estuvieran a salvo, finalmente Cain fue convencido de que se retirara, tras que lo hiciera el último de los hombres de su valiente grupo, deteniéndose solamente para detonar los tanques de promethium en que los Pieles Verdes confiaban para mantener activas sus blasfemas parodias de los Santos Misterios de los tecno-sacerdotes en funcionamiento. La resultante tormenta de fuego barrió toda la ciudad, acabando casi por completo con los orkos, y pareciendo como una anomalía menor entre los datos registrados en la red de sensores en órbita.

Por supuesto, en aquellos momentos, el Alto Mando Imperial no tenía ni idea del significado de la titánica explosión que sus analistas habían registrado, pero fue suficiente para persuadirlos de que algo inusual estaba ocurriendo en los desiertos del este, y comenzaron a buscar allí otras señales de actividad. No tendrían que esperar mucho.



TRECE

Para mi sorpresa, mezclada con una buena dosis de alivio, no había señales de persecución: Las razones de eso se hicieron evidentes justo después que llegáramos a lo alto de una duna de arena y enfocara nuevamente mi amplivisor hacia la zona que habíamos abandonado. La explosión que habíamos provocado como regalo de despedida para los Pieles Verdes sólo había sido el comienzo. El promethium ardiente que brotaba a borbotones de los reventados tanques de almacenamiento había prendido todo aquello que fuera inflamable a su alrededor, y a su vez se había extendido hacia otros almacenes de sustancias volátiles, explosivos, y sólo el Emperador sabe que más. Incluso a esta distancia, el débil impacto de las explosiones secundarias cuando algo estallaba o reventaba entre llamas retumbó en mis oídos como un lejano trueno, haciéndome sentir una inexplicable nostalgia de las vistas y sonidos de las piezas de artillería del 12º. Y pensé lo bien que me sentaría una buena taza de tanna caliente.

-No vendrán tras nosotros esta noche- comentó Tayber, apareciendo junto a mí levantando su propio amplivisor para ver el infierno que ardía a lo lejos.

Soplé mis manos y las froté con fuerza, el frío del desierto mordía con fuerza incluso a través del tejido de mi abrigo, un irónico contraste con las llamas que ardían a lo lejos.

-Espero que no- estuve de acuerdo. **-Pero será mejor que pongamos centinelas.**

Algunos de los civiles no estaban en condiciones de hacer un largo viaje, pero yo estaba irritado por el retraso que nos causaban. Por lo que a mí respecta, cuanto más rápidamente nos alejáramos de la ciudad en llamas, mucho mejor. Sin embargo, oculté mi impaciencia con la facilidad de un simulador bien entrenado. Además, si esto se ponía peor, siempre podía salir corriendo, mientras que los Pieles Verdes se entretenían con los blancos fáciles. Eso me recordó, justo a tiempo, que debía mantener al sargento de mi parte.

-¿Cómo están los civiles?

-Tan bien como se podría esperar- contestó Tayber. **- Mejor ahora que van a comer, por supuesto.**

-Me alegro de oírlo- dije.

Lo primero que había hecho era organizar una cena para todos, o para ser más exactos, había conseguido que Jurgen preparara una, ya que se me había ocurrido que nuestros huéspedes no habrían sido debidamente alimentados desde hacía semanas, y así, al menos, mientras se mantenían ocupados rellenando sus tripas no era probable que se pusieran a vagar por los alrededores o que se entrometieran. Por supuesto, esto podría ser un problema. Los suministros con los que habíamos atestado el buggy podrían habernos durado meses a Jurgen y a mí, y hubiéramos podido mantener a la escuadra Bravo durante unas semanas, pero ahora teníamos casi un centenar de bocas extras que alimentar, y esto significaba que teníamos un serio problema.

-El problema va a ser alimentarlos- señalé la arena del desierto que nos rodeaba. **-Esta no es una zona adecuada para vivir del terreno.**

-No, la verdad es que no- estuvo de acuerdo Tayber, pareciendo un poco presuntuoso. **-Pero puede ser que entre los civiles haya algunos pateadores de las arenas** (sandsiders en el original) [*] **entre los civiles. Voy a preguntar por ahí.**

[Una palabra en el argot local para la gente que vivía o trabajaba lejos de las dispersas ciudades en los desiertos de Perlia. Eran personas que habían perfeccionado el arte de la supervivencia en aquellas inhóspitas y solitarias tierras]

-Bien- dije, arrebatándole la iniciativa. **-Y mientras preguntas eso, mira a ver que otras habilidades puedes encontrar. Puede que entre todos estos pobres diablos haya algún médico, pero supongo que no tendremos tanta suerte.**

Tayber asintió enérgicamente, yo continué. **- Nuestra principal prioridad, aparte de los suministros, debe ser el transporte y la defensa. Mira a ver si alguien ha tenido algún tipo de entrenamiento militar, ha sido cazador, o algo así, y dales armas. Habla con Jurgen sobre los fusiles láser que tenemos guardados, y si es necesario, revisa el armamento orko. Si realmente reunimos suficiente gente para preparar una defensa creíble, divídelos en escuadras y pon a uno de tus soldados al mando de cada una. Y haber que si conseguimos a alguien que pueda arreglar estos montones de basura en movimiento.**

Miré a la media docena de camiones y buggys que habíamos conseguido, aparcados formando un burdo círculo para formar la

mejor defensa posible, y sacudí la cabeza. -**Pero eso sí sería todo un milagro.**

-Algo que el Omnissiah ha proporcionado en algunas ocasiones- dijo una nueva voz, yo volví ligeramente la cabeza, y por primera vez me apercibí de la joven que estaba unos pasos detrás de Tayber.

Sus rasgos estaban afilados por el hambre, como los de todos los otros pobres desgraciados que habíamos salvado, pero sus ojos todavía seguían brillando con humor a la parpadeante luz de la ciudad en llamas. El resplandor teñía su pelo y piel con un color anaranjado, a la luz del día descubría que era asombrosamente preciosa, coloreando también su túnica manchada y sucia, reflejándose sobre una rueda dentada que colgaba de una cadena alrededor de su cuello. Aunque no nos habíamos visto antes, había algo ligeramente familiar en ella, y cuando se acercó, extendiendo una mano, me di cuenta de que se parecía ligeramente al sargento.

-Enginseer Felicia Tayber, a su servicio.

-¿Tayber?- pregunté, alzando una interrogadora ceja hacia el sargento mientras tomaba la mano que me ofrecía la mujer.

Estaba más fría de lo que esperaba, encallecida por uso continuado de herramientas, y completamente natural, por lo que pude apreciar. Los tecno-sacerdote no tendían a reemplazar parte de sus órganos por augmeticos hasta que ya habían ascendido bastante dentro de su jerarquía. Tayber parecía algo incómodo, aunque a la luz rojiza del infierno que ardía a lo lejos, no pude decir que si se había ruborizado o no. Finalmente carraspeó.

-Mi hermana.

-Ya veo- dije, comenzando a sospechar que su determinación por salvar a los civiles no había sido totalmente motivada por su decisión de acatar mis órdenes literalmente. Pero nunca podría demostrarlo, además, yo lo necesitaba para volver al regimiento en una sola pieza, así que decidí dejarlo pasar.

Me volví hacia la mujer. **-Me parece que ambos tenemos muchas cosas que agradecer a su hermano.**

-Yo diría que eso aún está por ver- respondió ella, una sonrisa comenzó a formarse en su rostro. **-Lo primero que voy a hacer es echar un vistazo a esas cosas.**

Ella volvió la cabeza, mirando al más cercano y se quedo pensativa durante un momento. **-Ese camión, el del cráneo amarillo, definitivamente algo va mal en su transmisión.**

-¿Puede decir eso desde aquí?- dije, preguntándome si sus ojos serían augmeticos, aunque parecían bastante reales.

A los pocos tecno-sacerdotes con los que me había encontrado hasta ese momento (y a la mayoría de los que he conocido desde entonces) les gustaba que sus mejoras fueran obvias, en lugar de falsificar los órganos naturales que estaban reemplazando, aparentemente sintiendo que verse menos humanos les acercaba más a su Dios Máquina.

Felicia negó con la cabeza. **- Iba montada en el. Y todavía me duele el culo.**

Una mecandendrita salió de un pliegue de su túnica y cogió una de las barritas de raciones de emergencia (que yo había olvidado por completo) de mi bolsillo. Ella sonrió, la desenvolvió con sus manos orgánicas y comenzó a masticar la comida con ganas.

-¿De cuánto tiempo disponemos hasta que salgamos?

Me encogí de hombros, completamente sorprendido por la pregunta.

-Al amanecer, supongo- miré a Tayber, él asintió con la cabeza.

-Dentro de unas seis horas- dijo.

-Entonces será mejor que empiece… - Felicia movió alegremente la cabeza y comenzó a bajar de la duna entre una cascada de arena enrojecida por el fuego. **- Por ahí tiene que haber algunas herramientas.**

-Pregunte a Jurgen- dije.

Si alguien podía encontrar lo que ella necesitaba, sería él. Me volví hacia Tayber. **- Tu hermana…-** dije lentamente. **-No es exactamente la típica tecno-sacerdote, ¿no?**

El sargento pareció vagamente avergonzado.

-A ella le gusta arreglar cosas. Siempre la ha gustado, por eso sabíamos que tenía vocación. Antes solía pasar todo su tiempo libre en el santuario del Mechanicus, meditando sobre las piezas de la máquinas- la expresión del sargento se suavizó, recordando tiempos más felices, yo tuve que recordar que ellos dos posiblemente fueran los únicos que quedaban de toda su familia. **-Estábamos tan orgullosos cuando tomó los votos sagrados… Pero no la fue bien en el seminario.**

-Eso me resulta difícil de creer- dije. Siempre he sido bueno juzgando el carácter de las personas, tal vez porque enmascarar el mío me ha hecho experto en la lectura de los demás, y me había parecido que Felicia era de las que se entregaban de corazón a todo lo que emprendían. Esto podría ser un problema.

Tayber negó con la cabeza. **-Nunca entendió bien el aspecto teológico, y eso era una seria desventaja si se quiere entrar en el Mechanicus. Así que la dijeron que tendría que conformarse el resto de su vida con ser una enginseer.**

-Hay cosas peores que ser una buena enginseer- dije. **- La Guardia se derrumbaría sin ellos.**

-Lo sé- Tayber sacudió la cabeza con pesar. **-Pero ella parece feliz. Tiene esa pequeña pena, eso es todo.**

-Todos servimos al Emperador lo mejor que podemos- recité, como si estuviera declamando algún pensamiento profundo en lugar

de algo que una vez me había salido en una galleta [*], Tayber asintió.

[Probablemente en un restaurante de Keffia, donde las pequeñas galletitas que llevan dentro trozos de papel con piadosos tópicos son inexplicablemente populares]

-Bueno, creo que yo debería comenzar a organizar algunas escuadras de milicianos- dijo.



Para mi sorpresa, y después de todo lo que había pasado, pude dormir unas cuantas horas, despertándome para descubrir que los orkos no nos habían masacrado a todos durante la noche, y que las cosas comenzaban a estar un poco más organizadas. Jurgen me puso una taza de recafeinado y una rebanada de grox salado dentro de un bollo entre mis manos. Me comí el bocadillo caliente agradecido. El sol estaba justo por encima del horizonte, y al aire del desierto aún era frío.

-Lo están esperando, señor- me informó mi ayudante, como si yo tuviera la menor idea de que estaba hablando, asentí, bebiendo la amarga bebida mientras calentaba mis manos alrededor de la taza.

-Bien- dije. **-¿Quién? y ¿para qué?**

Afortunadamente, mi ayudante ya me había visto pasar anteriormente por mañanas desorientado por efecto de las resacas, algunas tremendas, y se tomó con calma mi evidente

incomprensión. Acepté una segunda taza de recafeinado y traté de eliminar las telarañas de los rincones de mi cerebro.

-Con el sargento Tayber- me informó. **-Tiene un informe sobre la disposición de la defensa. La dama tecno-sacerdote quiere hablar con usted sobre el estado de los vehículos. Al parecer, uno de ellos está en muy mal estado y quiere utilizarlo para piezas de repuesto. Y un par de civiles piensan que pueden ser útiles, y se quieren presentar voluntarios para trabajar.**

-Ya veo- dije, un poco más espabilado que antes. **-¿Y alguno de ellos te confió la naturaleza del trabajo para el que se ofrecen voluntarios?**

Conociendo a Jurgen, sabía que habría sido cortésmente cortante hasta que ellos se lo dijeran, el hecho de que no hubiera continuado siéndolo era una clara indicación de que esos hombres podrían ser útiles.

-Hay un hombre llamado Ariott, que piensa que puede ayudar en el tema sanitario.

Mi espíritu se elevó, Si eso era cierto, era una muy buena noticia.

-Y un trabajador de carreteras que pasó mucho tiempo en el desierto antes de que llegaran los Pieles Verdes, dice que conoce algo estos lugares.

-Eso podría sernos útil- accedí.

Me enderecé la gorra y sacudí la mayor cantidad de arena y orko macerado que pude de mi abrió. **-Vayamos a ver que tienen que decir.**



En general la conversación fue sorprendentemente constructiva, aunque llegar a su encuentro fue más difícil de lo que yo había previsto. Caminé a través de la multitud de refugiados, que en su mayoría estaban comenzando a moverse, con una vaga sensación de malestar. Mientras yo pasaba, casi sin excepción, se volvieron para mirarme, murmurando entre ellos, con una expresión en sus demacradas y sucias caras que sólo puedo describir como de temor. Voy a pasar por alto el olor, aparte de mencionar que casi, desde la primera vez que lo conocí, tuve que mirar por encima de mi hombro para comprobar si Jurgen me estaba siguiendo.

-¡Comisario!

Una mujer de edad indeterminada, pero posiblemente relativamente joven, dado que, evidentemente, estaba lo suficientemente sana como para sobrevivir a semanas de cautiverio en manos de los orkos, se arrojó a mis pies, haciéndome casi caer con lo que hubiera sido un perfecto placaje en el campo de juego.

-¡Qué el Emperador le bendiga para siempre!

-¡Bendito sea el nombre del Emperador!- corearon en respuesta una buena parte de los idiotas.

Traté de separarla de mí tan suavemente como puede.

-Gracias- la dije, con las mejillas ruborizadas por la vergüenza. **-Es muy amable. Qué Él también te bendiga.**

Por fin conseguí soltarme y la deje sentada en la arena con cara de éxtasis.

-Una bendición- dijo ella. Un grupo de refugiados algo menos afectado que el resto se movió para cuidar de ella. Yo sacudí la cabeza.

-Sólo soy un soldado- dije. **-Si quieres una bendición, tendrás que encontrar un sacerdote.**

Por suerte, y sorprendentemente, ninguno de los refugiados parecía ser uno de esos meapilas del Emperador, eso fue lo primero positivo que había encontrado en este desastre. Por desgracia, esta aparente muestra de modestia fue suficiente para arrancar un nuevo coro de alabanzas y aprobaciones, que parecía atraer a casi todos los hombres y mujeres del convoy sin nada mejor que hacer, que, por supuesto, eran casi todos ellos. Al final, para preservar lo que quedaba de su cordura, levanté mis manos para pedir silencio, con más esperanzas que confianza en que me hicieran caso, si he de ser honesto. Para mi sorpresa, toda esa apestosa chusma se calló al momento.

-Me hacen demasiado honor- dije, sin pensar en nada más que alejarme hacía alguna parte donde poder terminar mi recafeinado en paz y tratar de averiguar que hacer a continuación. **-Si alguien se merece su gratitud, son los soldados de sus FDP.**

Qué se vayan a molestar a Tayber, pensé. De todas formas, todo esto era culpa suya.

Lamentablemente, y como de costumbre, cuando más trataba de minimizar mi intervención en los hechos de la noche anterior, más los afirmaba en las mentes de mi público (algo que supongo que tenía que haber supuesto, después de haberlo hecho tantas veces a propósito, sólo puedo alegar que en aquellos momentos estaba tan cansado que mi ingenio estaba bastante atontado). Se levantó un clamor que sólo pude silenciar levantando de nuevo mis manos.

-Ahora tengo que irme,… hummm… asuntos militares me reclaman- dije de mala gana. **-Disfruten de su desayuno.**

Como yo esperaba, la perspectiva de una comida fue más que suficiente para desviar su atención lejos de mí, y pude llegar conde Tayber y los demás me estaban esperando, al abrigo de uno de los camiones, sin más incidentes.

-Comisario- dijo el sargento y me saludó, sospecho que más en beneficio de los civiles presentes que porque lo exigiera el protocolo [*], yo devolví el saludo con firmeza. No haría ningún daño impresionarles con la seriedad de la situación, ni tratar de hacer ver que sabíamos lidiar con ella.

[Dado que los comisarios están fuera de la cadena de mando, Cain no era técnicamente un oficial superior. Sin embargo, algunos soldados lo saludaban como muestra de cortesía, o posiblemente por prudencia, y de sus memorias se desprende claramente que muchos soldados lo hacían por respeto a sus cualidades personales]

-Sargento- le salude con la cabeza, devolviendo el gesto, y me senté en una cómoda caja.

Había varias esparcidas por allí, formando un burdo círculo, y la mayoría estaban ocupadas. O bien Jurgen había sido tan servicial como de costumbre, preparándolo de antemano, o el pequeño grupo las había amontonado allí para usarlas. Tayber estaba sentado junto a una caja de raciones (que ya había sido abierta, a juzgar por el modo que funcionaban las mandíbulas de los civiles, y decidí tener el tema firmemente bajo mi supervisión personal. Difícilmente se los podía culpar por estar comiendo todo el rato, estaban casi muertos de hambre, pero uno de los asuntos importantes era el de la comida, y no tenía sentido empeorar las cosas).

La única que aún estaba en pie era Felicia, aunque parecía sorprendentemente relajada. Fue solo después de algún tiempo cuando me di cuenta de que estaba apoyada en su mecandendrita, utilizándola como asiento improvisado, algo que descubrí, a lo largo de nuestra asociación, que ella hacía muy a menudo. La mecandendrita se conectaba a la base de su columna vertebral como una cola prensil, por lo que era ideal para ese propósito [*]. La saludé con la cabeza y ella me sonrió abiertamente, claramente feliz tras la noche que había pasado jugueteando en las entrañas de la maquinaria orka.

[Sólo podemos especular como descubrío Cain ese detalle, tal vez surgió en el curso de una conversación casual. O no]

-Bien- dije. **-No tenemos mucho tiempo. Tarde o temprano, los Pieles Verdes supervivientes se recuperaran lo suficiente para salir en nuestra búsqueda, u otro grupo pasará por aquí camino de la ciudad. Sea como sea, estaremos jodidos.**

-Eso sí ha habido supervivientes…- balbuceó un hombre calvo con una túnica del Administratum, los otros civiles asintieron.

-Siempre hay supervivientes- le dije. **-E incluso si no los hay, debemos asumir que sí. La confianza sólo hará que les maten a todos.**

Todos los oyentes parecieron haber captado la advertencia y el haragán del Administratum asintió de nuevo.

-Una medida muy prudente- dijo.

Miré a los otros civiles del grupo. Uno de ellos vestía como un artesano, y sólo podía ser Kolfax, mientras que otro llevaba los jirones de una chaqueta de punto con refuerzos de cuero muy gastados en los codos. Parecía evidente que su cautiverio con los orkos no había tenido un efecto tan catastrófico en su ropa como en la de los demás. Sin embargo, irradiaba un aire de fiabilidad y de preocupación por los demás, lo que me indicó que era Ariott, el médico. Lo que dejaba la pregunta de quién, precisamente, era el que estaba hablando. Miré a Jurgen, levante una ceja interrogadora, mi ayudante se encogió de hombros, claramente tan desconcertado como yo.

-No sabía que teníamos representantes del Administratum entre nosotros- dije tranquilamente.

Tayber parecía un poco avergonzado.

- Lo siento, señor- dijo. **- Debería haberle informado. Pero me pareció mejor dejarle dormir.**

-Muy considerado- dije. Me volví hacia el hombrecillo calvo con la túnica deshilachada. **-Como supongo que ya habrá adivinado-** dije, **-soy el comisario Cain.**

En su honor hay que decir que él sonrió.

-No creo que haya nadie en el convoy que no lo sepa- dijo. **-Soy el escriba Norbert. Su sargento pensó que yo podría ayudar.**

-¿Lo hizo?- pregunté, dejando una leve tono de escepticismo se reflejara en mi voz. Norbert no pareció ofenderse, lo cual fue otro punto a su favor, y sonrío un poco más.

-En lo que pueda ayudar es algo que aún está por determinar.

-Bien- asentí, postergando el asunto por el momento. **-Primero lo importante-** miré a Tayber. **-Nuestras defensas.**

-Tenemos dieciocho hombres que saben qué extremo del arma hay que apuntar hacia el enemigo. Tres soldados de la FDP,

cinco tribunos [*] **y el resto han sido cazadores o tiradores por afición-** el sargento dudó un instante. **-O eso es lo que dicen. Si quiere mi opinión, al menos un par de ellos son pandilleros** (gangers en el original)**.**

[Agentes locales de la Ley]

-Mejor- le dije, para su evidente sorpresa. **-Al menos sabrán pelear sucio. ¿Cómo los ha organizado?**

-En tres equipos.

Yo asentí ligeramente por su elección de esa palabra. En estas circunstancias, llamarlos escuadras sería demasiado optimista. Incluso algo como "equipo" podía ser demasiado organizado. Si podían enfrentarse al enemigo sin dispararse entre ellos por error, sería todo un milagro.

-He puesto a Hascom, Grenbow y Tarvil al cargo de cada equipo, con uno de los soldados liberados de las FDP como su números dos, al menos por ahora.

Asentí de nuevo. Los soldados entrenados serían los líderes naturales de la nueva fuerza de la milicia, y una vez que hubiéramos conseguido que los milicianos alcanzaran un cierto nivel, los miembros de la escuadra Bravo podrían ser reintegrados nuevamente a su antigua unidad (donde lucharían con mucha más eficacia). Alentado, Tayber continuó.

-Hemos distribuido las armas disponibles de la forma más uniforme entre los diferentes equipos. Los que se queden sin ellas, confiemos en que puedan utilizar las armas pesadas de los vehículos.

-Buena idea- dije. **-Anoche causaron bastantes daños.**

Si nos topábamos con más patrullas, esa potencia de fuego adicional podría marcar la diferencia.

Me volvía hacia Felicia. **-¿Esas armas están en buen estado?**

-La mayoría de ellas- Felicia se recostó en los que debería haber sido un ángulo imposible y se encogió de hombros **-Las echare un vistazo antes de irnos.**

-Jurgen me ha dicho que quiere desechar uno de los buggies- dije.

Ella asintió. **-Sí, es pura chatarra. La mitad de las piezas están demasiado desgastadas. Sin embargo, el resto se podrían utilizar como repuestos. No es que los Pieles Verdes tengan nada parecido a un sistema de construcción estándar, por supuesto, pero posiblemente pueda modificarlas para que sean útiles.**

Ella parecía estar positivamente ansiosa de comenzar ese trabajo.

-¿Cuánto tiempo se tardaría?- pregunté.

Felicia se encogió nuevamente de hombros, pareciendo desafiar aún más a la gravedad.

-He encontrado a un par de artesanos. Ellos no conocen las oraciones adecuadas para desmontar una máquina, pero pueden quitar tuercas sin que yo este sobre ellos, y de todos modos, supongo que los orkos no las consagraran adecuadamente. Si tengo que reutilizar alguna pieza, la dedicaré una rápida bendición y confiaré en que funcione.

-¿Entonces ya lo están desarmando?- pregunté.

Por primera vez desde que nos conocimos, Felicia pareció algo menos segura de sí misma.

-Me pareció que era lo mejor que podíamos hacer- dijo ella, a la defensiva. **-Además, usted no estaba disponible para preguntarle.**

-Bien, usted es la experta- dije. **-De todas las formas, la hubiera dicho que hiciera lo que considerara más conveniente y siguiendo su propio criterio.**

Ella asintió con la cabeza, aparentemente aliviada, yo recorrí con mi mirada al resto del pequeño grupo.

-Y eso también va por el resto de ustedes-añadí. **- A menos que se enfrenten a una decisión que pueda afectar a la seguridad**

de todo el grupo, trabajen según su propio criterio.

Contemplé una hilera de cabezas asintiendo, lo que me recordó las figuras que una vez había visto en la carroza de unos carnavales.

-Devolví mi atención a la enginseer. **-¿Cuánto tiempo más necesitaran?**

-Cuando el convoy esté preparado para salir ya habremos acabado- me aseguró Felicia.

-Excelente- asentí. Maldición, ese gesto parecía contagioso. **-Esto en cuanto a lo referente a seguridad y transporte. ¿Cómo están los suministros?**

-Apenas suficientes- dijo servicialmente Norbert. Levantó una placa de datos. **-Me pasado la mayor parte de la noche haciendo un inventario de todo lo que tenemos. Excepto algunos efectos personales, creo esto es todo lo que hay.**

Se inclinó hacia adelante, ofreciéndomela, después de un momento me incliné para cogerla. Revisé la lista, desplazándome por la pantalla.

-Al actual ritmo de consumo, tenemos comida para tres días y agua para dos. Me tomado la libertad de calcular algunas medidas de racionamiento que permitirían doblar la duración cómodamente, o triplicarla con cierta dificultad.

Me pareció que lo tenía todo bien calculado.

-Perfecto, esto nos será tremendamente útil- dije, tratando de ocultar la oleada de horror y el golpe al asimilar las cifras que parecían en la pequeña pantalla. Las cosas estaban peor incluso de lo que yo había imaginado, si no nos atrapaban los orkos, lo haría el desierto. Norbert parecía seriamente preocupado.

-Otra cosa de la que andamos críticamente escasos es de combustible para los vehículos- señaló. **-Predecir el consumo es bastante problemático, dado el diseño aleatorio de cada uno de los motores y la condiciones reinantes en el desierto, pero he tratado de ser cautelo. Asumiendo el peor de los casos, no creo que podamos esperar viajar más doscientos kilómetros antes de comenzar a tener problemas.**

Un pequeño nudo de tensión comenzó a enrollarse con fuerza en mi estómago, convirtiendo el bollo que había comido en plomo sólido.

-Entonces tendremos que encontrar más suministros- dije, intentando sonar confiado.

Para mi alivio, Tayber asintió, de acuerdo conmigo.

-Debería de haber un almacén de suministros sellado cerca- dijo.

-¿Un qué?- pregunté, tratando de que la súbita llamarada de esperanza no se reflejara en mi voz. Y al parecer funcionó, porque

el tono deTayber pareció totalmente serio.

-Las FDP mantienen una serie de almacenes ocultos por todo el continente. Por ambos continentes en realidad, pero eso no importa en estos momentos. Así tendríamos suministros asegurados en caso de una invasión.

-Una sabia precaución, dadas las circunstancias- dije, con apenas un rastro de ironía en mi voz.

Sin embargo, Tayber pareció no darse cuenta de mi tono.

-Eso sí los Pieles Verdes no los han encontrado y saqueado, claro- estuvo el sargento de acuerdo.

Bueno, eso sería un problema para más tarde; ahora yo debería lidiar con algunos de los más importantes, o, en cualquier caso, pasarle esta responsabilidad a otro. Entregué la placa de datos a Norbert.

-Dado que usted tiene una sólida comprensión del asunto- le dije, **-considérese nuestro oficial de suministros-** señalé a mi ayudante. **- Jurgen le ayudara en todas aquellas cosas que le parezcan necesarias.** Por último, miré a Ariott, que no había dicho nada hasta el momento, escuchándolo todo con ligero y educado interés. **-Podría comenzar lo que necesité el doctor Ariott.**

-¿Doctor?- la voz del hombre era tan despreocupada como su actitud. **- Creo que ha habido un error. Solo soy veterinario.**

-Bueno, usted es lo mejor que tenemos- le dije, ocultando mis sentimientos con cierta dificultad. Esto se ponía cada vez mejor. **-Si puede tratar a un grox y a un ratón de campo, tratar a un ser humano de tamaño medio no debería ser ningún desafío.**

El veterinario sonrió ante estas palabras y se levantó del cajón en el que estaba sentado.

-Supongo que no- dijo, y se unió a Norbert y Jurgen.

Después de unos momentos, se alejaron, seguidos por Felicia, que quería hablar con el burócrata sobre la distribución de combustible. Yo volví mi atención hacia Tayber.

-Bien- dije. **-¿A qué distancia estamos de esos suministros?**



CATORCE

Al final resultó que podíamos elegir entre dos posibles destinos dentro del radio de doscientos kilómetros que Norbert había especificado. Tayber y yo comprobamos los mapas, comparando sus posiciones relativas, mientras Kolfax se movía a nuestro alrededor, claramente incomodo por están dentro del grupo de decisión. Bueno, él era lo más cercano que teníamos a un experto en las condiciones locales, así que tendría que acostumbrarse.

-Esta es la más cercana- dijo Tayber, señalando un almacén de suministros aproximadamente al sur de nuestra actual posición.

Me quede mirando la tabla de datos, las palmas de mis manos comenzaron a picarme de la manera ya familiar. Había algo de eso que hacía que me sintiera mal, aparte, por supuesto, del hecho de que nos apartaría casi cien kilómetros de nuestro camino (bueno, al menos a mí, yo quería atravesar la península lo más rápidamente posible y llegar a la seguridad del continente occidental lo antes posible).

-Además iríamos casi todo el camino por la carretera principal.

-Qué seguramente esté repleta de Pieles Verdes- señalé, la razón de mi inquietud entró repentinamente en mi mente. Tayber asintió con la cabeza, admitiendo mi razonamiento, pero dispuesto a seguir con su argumentación.

-Eso será cierto por cualquier ruta que tomemos, sin que importe la que decidamos- dijo.

Negué con la cabeza, cada vez más convencido de que mi elección era la correcta. Señalé el otro depósito, estaba unos treinta kilómetros más lejos que la anterior, más o menos hacia el oeste de donde nos encontrábamos.

-De acuerdo, este está más lejos- accedí. -**Pero también está situado en un lugar aislado, lo que nos debería permitir evitar a la mayoría de los Pieles Verdes-** miré a Kolfax, **-¿no es así?**

-Cierto.

Kolfax era un hombre pequeño y ancho, al parecer dueño de unos poderosos músculos antes de que su cautiverio entre los orkos se hubiese cobrado su peaje. Cuando hablaba, era lacónico hasta la grosería, lo que se podría explicar por todo el tiempo que había pasado en el desierto. Señaló los mapas con un grueso pulgar. -**Por aquí hay senderos que harían que incluso un Piel Verde se lo pensará dos veces antes de adentrarse por ellos.**

-Supongo que usted conoce bien ese terreno- dije.

Kolfax asintió. -**No más que cualquier otra persona que haya trabajado por la zona, lo que no es mucho decir.**

-Entonces será allí donde iremos-decidí. **-Coja el vehículo de cabeza, con uno de los equipos de la milicia.**

Kolfax volvió a sentir. Otro pensamiento llegó a mi cabeza.

-¿No sabrá cómo encontrar agua por aquí?

-Tendrá que llevarme con usted - Kolfax se permitió una breve sonrisa ante su propia exigencia. **-Pero no encontraremos demasiada.**

-Bueno, lo mejor será que encontremos algo- dije. - **O tendremos entre manos a mucha gente sedienta.**

Kolfax asintió con la cabeza, su mirada volvió a ser sombría.

-Podríamos tener suerte- admitió. **-Si ha habido buenas lluvias en las montañas, en ocasiones se filtran hasta los acuíferos, donde hay grietas entre las rocas-** indicó un par de puntos en el mapa. **-Yo he encontrado antes pozos de agua por ahí. Pero, en el mejor de los casos, duran poco tiempo.**

-¿Hay acuíferos debajo de la arena?- pregunté.

Si de alguna manera pudiéramos aprovechar eso, todos nuestros problemas habrían terminado. Bueno, al menos con el de nuestra escasez de agua.

Tayber asintió con la cabeza.

-A unos trescientos metros de profundidad- dijo el sargento. **-Extraerla es lo mantenía a la ciudad en marcha.**

Recordé el tamaño de la estación de agua en la que él y su grupo se habían escondido. No había ninguna posibilidad de que profundizáramos tanto con el equipo que teníamos, incluso si tuviésemos el adecuado, nos llevaría demasiado tiempo.

-Entonces tendremos que arriesgarnos con los pozos- dije, comprobando nuevamente los mapas. **- No nos desviará de nuestro camino. Y sí están secos, tendremos que racionar la poca de la que disponemos.**

Tayber parecía preocupado, y pensé que podía entender la razón. Si teníamos que racionar el agua, probablemente murieran algunos de los refugiados más debilitados. Pero si el almacén de suministros había sido saqueando antes de que llegásemos, todos moriríamos de sed antes de tener que enfrentarnos al problema de la escasez de combustible, mientras que si éramos capaces de encontrar agua, esto nos compraría unos cuantos días para hacer frente a ese problema, si es que surgía. No por primera vez, y muy lejos de ser la última, me encontré reflexionando sobre que la toma de decisiones difíciles eran parte de mi trabajo, precisamente la parte de la que más me gustaría prescindir (de eso y, por supuesto, de enfrentarme a las innumerables hordas de enemigos del Emperador que tienen la intención de matarme).

-Eso casi agotará nuestras reservas de combustible- comentó Tayber, pero con el tono de un hombre que ya sabe que ha perdido

la discusión.

Sintiéndome magnánimo en la victoria y profundamente aliviado por no haber necesitado tener que ejercer todo el peso de mi autoridad para decidir nuestro destino, asentí mi acuerdo.

-Sí- concedí, **-pero deberíamos encontrar mucho más en el depósito de suministros. Una vez que los tengamos en nuestras manos, podremos ir donde deseemos.**

-¿Y donde es exactamente eso?- preguntó Kolfax, recordándome de nuevo su existencia. Señalé el continente occidente en la pequeña pantalla de mapas de la tabla de datos.

-**Queremos llegar aquí.**

Kolfax soltó un breve y áspero sonido de incredulidad desde lo más profundo de su garganta, que yo ignoré fácilmente, las expectoraciones periódicas de Jurgen eran considerablemente más explosivas.

-Pero a corto plazo...- hice zoom sobre la imagen, mostrando el área que nos rodeaba detalladamente. **-La mejor ruta parece ser esta-** indique el camino en el mapa, saltando de un depósito de suministros a otro. **-Saldremos del desierto por aquí, luego pasaremos por las tierras bajas, y más tarde subiéremos s a las montañas.**

Eso era ligeramente inquietante, ya que hasta donde podía ver sólo había un paso importante, y estaría repleto de Pieles Verdes. Bueno, ya nos enfrentaríamos con el problema cuando llegara el momento.

-Después, cruzaremos la llanura costera, atravesaremos la península y seremos libres.

Si lo decía lo suficientemente rápido, casi sonaba hasta posible. Kolfax volvió a bufar.

-Se le olvidó decir pasando a través de todo el ejército orko- dijo.

Ese era un buen argumento. La mayoría de ellos estarían congregados en la llanura costera, agrupándose en una masa compacta, tratando de inundar el estrecho cuello de tierra que comunicaba con el continente occidental. Me encogí de hombros.

-Ya pensaremos algo- dije, tratando de sonar confiado. **-No tiene sentido preocuparse de eso ahora.**

El fornido civil asintió. **-Está bien-** estuvo de acuerdo. **-De todas formas, para entonces posiblemente ya estemos todos muertos.**



Los viejos hábitos son sorprendentemente difíciles de romper. A pesar de que el número de soldados de nuestro grupo estaban superados por diez a uno por el peso muerto del resto de refugiados, antes de partir me encontré caminando a lo largo del convoy, repartiendo palabras de ánimo entre individuos al azar, repartiendo piadosos tópicos y generalidades que comúnmente servían para elevar la moral. Para mi sorpresa, parecía estar funcionando. El estado de ánimo parecía bastante elevado, y la mayoría de los pobres desgraciados a los que habíamos rescatado tenían grandes sonrisas en sus rostros mientras nos preparábamos para partir. Hay que concretar que en aquellas circunstancias tenían muchas razones para sonreír, habían cambiado la certeza absoluta de una muerte inminente por una casi inevitable (un sentimiento que, después de haberlo experimentado en demasiadas ocasiones durante el último siglo, les aseguro es sorprendentemente reconfortante).

Comencé por la parte final del convoy, donde Grenbow estaba tratando de inculcar una cierta apariencia de orden en su unidad de milicianos, asistido por un hombre de rostro duro vestido con los restos de un uniforme de las FDP, el único entre los reclutas que parecía saber cómo utilizar un fusil láser. El antiguo operador de vox se encogió de hombros cuando le pregunté cómo le iba.

-Bastante bien- dijo.

Me di cuenta de que por fin se había quitado el inútil transmisor de vox de mochila, dejándolo apoyado en la parte de atrás del camión que estaba a su mando, junto con la parte de nuestros preciosos suministros que Norbert había decretado que debía llevar ese vehículo. Para mi vaga sorpresa, el surfero de las tablas de datos había demostrado tener el suficiente sentido cómo para asegurarse de que nuestra comida y el agua viajaran protegidas por una escolta

militar, distribuyéndola sólo entre los cinco vehículos que tenían dotación militar, sin hacer demasiado obvio que su objetivo era reducir los hurtos tanto como fuera posible.

-Están tan listos como pueden llegar a estarlo- dijo Grenbow.

Su tono bastó para decirme todo lo preparados que creía que estaban, yo asentí con la cabeza.

-Estoy seguro de que sabrás mantenerlos unidos si nos atacan- le dije.

Grenbow sonrió sin ganas. **-Les he dicho que si los orkos nos atacan, deben poner sus armas en automático-** dijo, **-y mantener apretado el gatillo hasta que se agote la célula de energía.**

Lo que yo estaba pensando sobre eso se debió reflejar en mi cara, por que se encogió de hombros.

-Lo sé. Es un criminal desperdicio de munición. Pero al menos así, mientras disparan, podrán mantener lejos por un tiempo a los Pieles Verdes. Y si no lo consiguen, la falta de municiones será el menor de nuestros problemas.

-Siempre podremos recargarlas más tarde- le asegure. **-Además, debería haber muchas más células de energía más en el depósito de suministros al que nos dirigimos.**

-Vamos a llegar- me aseguró una de sus reclutas, una joven delgada y fuerte, con los ojos fríos y un tatuaje en su cara, sin duda una de los posibles pandilleros que Tayber había mencionado. Estaba con una mano apoyada en el montaje del arma pesada del vehículo, algún tipo de cañón automático por su aspecto, y tuve la clara impresión de que había rechazado un fusil a cambio del arma más destructiva que pudiera manejar.

-No tengo la menor duda- la aseguré.

-Hola, comisario.

Felicia se acercó a nosotros, con el brazo y la cola mecánica sujetaba encima de su hombro una gran bolsa que producía un tintineo metálico. Herramientas, supuse. Llevaba un par de hombres detrás de ella, ambos con bultos similares al suyo, que ella cogió uno por uno y lanzó por encima de la puerta trasera blindada del camión, provocando el suficiente estrepito para que algunos de los reclutas más nerviosos se volvieran y apuntaran sus armas contra ella, un momento antes de relajarse con elaboradas pantomimas de despreocupación. Los dos artesanos, asumí que les había convertido en sus ayudantes de forma más o menos permanente.

-¿Viene a despedirse antes de salir?

-Sólo comprobando como están las cosas- le aseguré. **-Por ejemplo, que no pierdas el autobús.**

Ella se echó a reír mientras subía a bordo del camión, seguida un momento después, y de forma mucho más torpe, por sus

ayudantes. En teoría, viajando en el último vehículo del convoy podría acudir en ayuda de cualquiera de los otros que tuviera dificultades sin tener que dar marcha atrás con su vehículo o dar la vuelta. Algo que Kolfax nos había asegurado que sería mejor evitar esas maniobras en los caminos que había seleccionado, y dado que su trabajo había sido mantenerlos abiertos, confiaba en su opinión sobre eso.

-No me perdería esto por nada de la galaxia- me aseguró, luego su atención se centró en el dañado transmisor vox. **-Gua, esto ha recibido un buen golpe.**

-¿Puedes arreglarlo?- pregunté, con esa posibilidad insinuándose en mi mente por primera vez.

Si pudiera repararlo, podríamos utilizarlo como transmisor, aumentando así el alcance de nuestros comunicadores portátiles y también tendríamos la posibilidad de escuchar a otros rezagados imperiales que hubiera en las proximidades. Si había otras unidades de las FDP en la zona también se verían obligadas a dirigirse hacia los depósitos de suministros, así que era razonable apostar que estarían en alcance de recepción al menos durante un tiempo.

-Puedo intentarlo- dijo alegremente Felicia, comenzando a introducir su mecandendrita dentro de la carcasa del aparato de vox. **- Pero no puedo prometer nada.**

-Por supuesto que no- dije.

Seguí adelante, en el siguiente camión iban Ariott y los refugiados más graves, la mayoría simplemente debilitados por su calvario, pero algunos exhibían consecuencias mucho más graves a causa del maltrato en manos de los orkos: fracturas de huesos, miembros dislocados y hemorragias interna. El amable veterinario levantó la mirada cuando me acerqué.

-Comisario- dijo, como si acabaran de presentarnos en una fiesta. A pesar mi creciente sensación de urgencia, disminuí mi ritmo.

-Doctor- le respondí, haciendo que sonriera irónicamente. **-¿Cómo están sus pacientes?**

El veterinario se encogió de hombros, por un momento pareció agotado, abrumado por la responsabilidad. Luego volvió su buen humor.

-Si fueran mis pacientes habituales, ya habría sacrificado a la mitad- su sonrisa se relajó algo. **-Sin embargo, en estas circunstancias, y siendo pacientes de tamaño medio, sólo puedo confiar en el tiempo y los analgésicos. Unas breves oraciones al Emperador tampoco harían daño-** el veterinario bajó la voz. **-Pero, siendo honesto, puedo hacer muy poco por los casos más graves. Sólo mantenerlos estabilizados hasta que lleguemos a algún lugar con las instalaciones adecuadas.**

-Una oportunidad mucho mayor que la tendrían sin usted- dije, dejándolo un poco más animado que antes.

El siguiente par de buggies estaban llenos de civiles. Luego llegué al camión del que se habían apropiado los que quedaban de la escuadra Bravo. Tayber ya me había informado, así que pasé por allí con sólo unas pocas palabras, y un guiñó a Norbert, que viajaba con ellos, cuidando de nuestros más valiosos suministros. Su camión estaba sobre la mitad del convoy, emparedado entre el resto de los vehículos civiles y el segundo camión de los milicianos. Cuando pasé junto a los vehículos de los refugiados, una oleada de aplausos pareció seguirme, que se extendió a lo largo de toda la columna, por un momento me pregunté si tenía que calmarlos, pero una vez que se pusieran en marcha los motores, cualquier intento de ser sigilosos dejaría de tener sentido. Es mejor dejarles que se desahogaran. Las cosas iban a ponerse mal muy pronto, así que era decidí dejarles que se divirtieran mientras podían.

El soldado Tarvil parecía tener a su grupo más o menos controlado. En todo caso, parecían demasiados confiados, deseosos de empezar a vengarse de los Pieles Verdes, y me lo llevé aparte para hablar con él a solas.

-Tendrías que controlarlos un poco- le dije, él asintió.

-Lo sé. En el estado de ánimo que ahora están podrían arriesgarse demasiado. Voy a esperar a que uno de ellos se extralimite, y lo pararé justo antes de que resulte herido. De esa manera, sólo tendré que gritarles una vez y todos aprenderán.

-Podría funcionar- concedí. **-Pero si quieres mi consejo, castígales duramente una vez que nos pongamos en movimiento. Esto es una patrulla de combate, no una excursión de placer.**

En su honor, debo decir que era lo suficientemente inteligente como para escuchar. Cuando comenzaron los disparos, a pesar de todos mis temores, los mantuvo bastante unidos mucho mejor de lo que yo esperaba.

Nuestro propio buggy fue el siguiente, Jurgen ya estaba montado en él y preparado para partir, así que solo me quedaba el camión de cabeza, donde iba la chusma de Hascom y nuestro guía nativo. Tuve con unas rápidas palabras con ambos, enfatizando su importancia en nuestro viaje, pero no tanto como para someterlos a más presión de la que ya sentían.

-Le llevaré hasta allí- dijo Kolfax, y subió a bordo del camión, junto al conductor.

Hascom lo vio alejarse, con una ligera expresión de duda. **-¿Está seguro de que no quiere llevarlo con usted, señor? Yo pensaba que usted encabezaría la marcha.**

Negué con la cabeza.

-No, prefiero estar un poco más atrás, así será más fácil intervenir si alguien se mete en problemas- dije. Además, si cogíamos los caminos equivocados, preferiría no ser yo quien lo averiguara.

Hascom asintió, tomándose esa débil excusa al pie de la letra.

-Como usted prefiera, señor- dijo mientras saludaba. **-No le defraudaremos, se lo prometo.**

Mientras corría hacia su destartalado vehículo, la chusma de su unidad se puso a aplaudir como si estuvieran en un sector festivo [*] en lugar de estar a punto de entrar en combate, y ya tarde se me ocurrió que ellos pensaban que era un honor estar en la cabeza de la columna. Bueno, mejor para ellos, si eran capaces de mantenerme fuera de la línea de tiro, yo también me encontraría bien.

[Una tradición de los Mundos Forja, las instalaciones de producción de un sector se cierran para el mantenimiento rutinario y los trabajadores se trasladan en masa a lugares de recreo]

Volví a mi vehículo y activé el diminuto trasmisor de oreja mientras subía a bordo.

-Comprobación de comunicaciones- dije. Parecía haber mucho más espacio ahora que la mayor parte de los suministros había sido distribuido a lo largo del convoy, me fui quitando el abrigo mientras Jurgen, Tayber, Grenbow, Tarvil y Hascom se comunicaban uno por uno. Ya estaba haciendo más calor, doblé el pesado paño formando un improvisado cojín que coloque encima de una de las cajas de munición para el bolter. Esperé un momento, escuchando el silbido de la estática mientras me volvía a colocar el cinturón con mis armas, y me senté en un rincón tan cómodamente como puede.

-Kalfax, ¿me oyes?

-Sí- el tono del artesano era tan cortante como siempre. **-Me ha llevado un minuto averiguar cómo funciona esto.**

-Bien- disimulé mi irritación fácilmente. **-Si todo el mundo está listo, ya podemos ponernos en marcha.**

El rugido de los motores al arrancar rompió el silencio. El estruendo formó una serie de picos mientras el motor de cada vehículo mal sincronizado vomitaba a la vida, uno tras otro. Cada vez que pensaba que bajo ninguna circunstancia el sonido no podía ser más alto o más intolerable, el ruido redoblaba el volumen, los ecos producidos entre las dunas que nos rodeaban hacían las cosas diez veces peor. Después de lo que pareció una eternidad, el camión frente a nosotros se puso en movimiento dando tumbos. Entonces, con un tirón, que parecía específicamente diseñado para subrayar la inutilidad de mis esfuerzos doblando el abrigo, Jurgen aceleró nuestro propio vehículo. Ya no había tiempo para preguntarme si había tomado la decisión correcta. Para bien o para mal ya estábamos en marcha, rodando hacia un destino que ha seguido formando parte de mi vida desde entonces.



QUINCE

El resto de la jornada transcurrió entre una monótona neblina de polvo, ruido, calor y aburrimiento, por no hablar de los efectos sobre mi columna vertebral provocados por el primitivo diseño del buggy. Al poco tiempo de arrancar, sentí la necesidad de tomar un trago de agua, pero me contuve con un considerable esfuerzo de voluntad. En parte lo hice porque para mantener mi posición entre tantas personas desesperadas y dispares, tenía que ser visto como un líder y dar ejemplo, por otra parte, sabía ya por experiencia, que apagar ahora mi sed sólo haría que antes de no mucho tiempo me sentiría mucho más sediento. Si encontrábamos agua donde Kolfax esperaba hallarla, yo podría ceder al impulso con la conciencia bien limpia (o al menos tan limpia como podía estar la mía), pero si nuestra búsqueda fracasaba, no tendríamos otra opción que aplicar el rígido racionamiento ideado por Norbert, y si era así, necesitaría mi ración más adelante.

El camino que seguimos se alejó de la carretera principal, y justo a tiempo. Mirando hacia atrás por el amplivisor pude, a pesar de las sacudidas provocadas por nuestro inestable transporte, distinguir una serie de camiones y esa especie de motocicletas orkas avanzando por la carretera. Temiendo que nos reconocieran y se lanzaran en nuestra persecución, advertí a Grenbow y su equipo, pero los Pieles Verdes nos ignoraron, sin duda tomando a nuestro destartalado convoy por uno de los suyos, eso sí es que se habían dado cuenta de nuestra presencia. Lance un silencioso suspiro de alivio, satisfecho de haber tenido razón, y tuve la delicadeza de no recordárselo a Tayber.

-Parece que les hemos dado esquinazo- suspiró el sargento.

Yo también lo pensaba, pero me permití que un ligero tono de precaución apareciera en mi voz.

-Al menos por el momento.

Llamé por el comunicador a los demás mandos, excepto a Kolfax, que no necesitaba conocer los detalles.

-No nos confiemos. Puede haber grupos aislados de orkos por ahí [*].

[Algo muy improbable en realidad dada la tendencia innata de los Pieles Verdes a agruparse para el combate, lo que haría que cualquier rezagado aislado estaría viajando de un lugar a otro, como los que Cain encontró poco después de aterrizar, o buscando comida o botín, cosas muy difíciles hallar en el desierto]

Su respuesta fue un coro de promesas de que permanecerían alertas, yo me senté, acunando el bolter, esperando el primer signo de ataque, que, sin embargo, nunca llegó.

Nos detuvimos poco después del mediodía, Kolfax regresó trotando por el camino para hablar conmigo cara a cara. A pesar de su simple funcionamiento, no se sentía cómodo hablando por el comunicador, especialmente cuando eran portador de malas noticias.

-Si hay agua por aquí, debería estar pasando esa cresta- me soltó sin el menor preámbulo. **-Pero no tiene buena pinta.**

Hizo un gesto con un pulgar casi tan mugriento como el de Jurgen; aunque para ser justo yo estaba igualmente cubierto polvo. La pista que estábamos siguiendo hacía ya mucho tiempo que había dejado de ser cualquier cosa que pudiera ser digna de llamarse carretera, y el camino consistía en poco más que una franja ligeramente plana de tierra endurecida sobre la cual flotaba un delgada y asfixiante película de polvo levantada por las corrientes de aire creadas por nuestro desplazamiento y que nos rodeaba formando nuestra particular tormenta de polvo. En qué condiciones estaban lo últimos vehículos del convoy, completamente envueltos por el polvo, sólo podía imaginarlo (y muy vívidamente además, es por eso que había seleccionado el segundo puesto para Jurgen y para mí, en lugar de colocarnos en el centro de la columna, donde estaríamos mejor protegidos del fuego enemigo).

-¿Cómo puedes saberlo?- pregunté, desenrollando la faja de mi rostro, donde estaba haciendo las funciones de improvisada máscara contra el polvo. A pesar de la protección que proporcionaba, sentía que tenía la garganta llena de polvo y bebí un trago de agua cuidadosamente medido de mi cantimplora antes de continuar. Sentí como si me estuviera tragando una bola de barro, pero cuando volvía a hablar, luchando contra el impulso de beberme toda la botella mientras la volvía a cerrar, mi voz era mucho más clara. **-A mi todo me parece igual.**

-Ese es el problema- dijo Kolfax.

Me bajé del buggy para unirme a él, agradecido por la oportunidad de aliviar mis miembros hinchados y doloridos, Jurgen vino detrás de mí, como de costumbre. Llevaba su fusil láser y levantó una mano para arrancar la tira de tela que se había atado alrededor de su boca.

-¿Todo bien, señor?

-Eso es lo que vamos a averiguar- dije.

Eché un vistazo a la línea de vehículos que poco a poco se iban haciendo visibles detrás de nosotros cuando la enorme nube de polvo que habíamos levantado comenzó a posarse, cubriéndolo todo con el color del desierto. Unos pequeños pasajeros de terracota comenzaron a gesticular y señalar en nuestra dirección, claramente preguntándose que estábamos haciendo. Genial, eso era justo todo lo que necesitábamos. Activé mi comunicador.

-Parada para descansar- dije. **-Corred la voz. Que nadie pierda de vista el vehículo en el que viaje.**

Eso debería evitar cualquier especulación y evitaría que los curiosos nos siguieran. Pero sólo por asegurarme… **-Y distribuir algo de comida. Una barra de ración para cada uno y una taza de agua.**

Eso entraba dentro de las recomendaciones de Norbert, y ya iba siendo hora de que comiésemos algo. Además, eso sería más que suficiente para mantener ocupadas las mentes de los civiles, y a los soldados ocupados distribuyendo las raciones.

Ahora que pensaba en ello, en comer, me sentía hambriento. Saqué un par de barritas de raciones del bolsillo del pantalón y le di una a Kolfax, mientras Jurgen sacaba una de las suyas de alguno de los innumerables bolsillos de su uniforme. A pesar de estar tanto tiempo almacenadas, las barritas no parecían haber sufrido ningún efecto y

sabían tan bien como siempre, es decir, a nada particularmente identificable. Sin embargo, me permitió calmar el hambre y cuando coroné la cresta comencé a sentirme levemente optimista.

-Esto es lo que me temía- dijo Kolfax, su voz ligeramente amortiguada al estar masticando en ese momento una compacta torta de solo el Emperador sabe qué.

Examiné la ligera depresión en el terreno que se fue haciendo visible mientras avanzábamos. Estaba llena de matorrales, la mayoría de ellos llenos de unas espinas que parecían capaces de atravesar una placa de ceramita.

-Seguro que esto es bueno- dije. **-Si hay plantas, debería haber agua.**

La cara de Kolfax se contrajo en lo que parecía ser una sonrisa irónica.

-Había- dijo. **-Pero ya se ha secado-** se inclinó para examinar una gran roca y señaló una pequeña hendidura que había en ella. Una planta, diminuta y marchita, todavía se aferraba allí, sobreviviendo de alguna manera a pesar de las posibilidades. Yo sabía cómo se sentía.

-¿Ves esto?

Jurgen asintió. **-Es una planta-** dijo, presumiblemente por si alguno de nosotros no había visto ninguna antes.

-Salvia de las Rocas- dijo Kolfax. **-La última vez que estuve aquí, toda la zona estaba alfombrada-** **hizo un gesto hacia la depresión llena de matojos espinosos.**

-Esto era un estanque, se lo crean o no. No esperaba tener tanta suerte esta vez, casi nunca se encuentra agua en la superficie. Pero la salvia de roca significa que está lo suficientemente cerca de la superficie para llegar hasta ella con una pala.

-¿Y esos?- pregunté, señalando a los espinos. **-También necesitan agua, ¿no?**

Kolfax sacudió la cabeza.

-Espinos del destripador. Las raíces bajan diez, veinte metros. No tenemos nada para llegar a tanta profundidad, ¿verdad?

Mi silencio fue toda la repuesta que necesitaba.

-E incluso si lo tuviésemos- concluyó amargamente, **-primero tendríamos que despejar el terreno, y ni siquiera quiero pensar en ello.**

Me quedé mirando la masa compacta de espinos y, en privado, estuve de acuerdo con él.

-Entonces será mejor que nos pongamos en movimiento- dije. **-Y espero que tengamos más suerte en el siguiente barranco.**

Kolfax asintió. **-Mejor que no se haga ilusiones-** aconsejó.

Volvimos a los camiones en un estado de ánimo sombrío, pero tuve tiempo para reflexionar sobre el asunto. Apenas había vuelto a bajar de la cresta, ocultando mi árida decepción, cuando mi comunicador se activó.

-Comisario- era la voz de Grenbow, parecía excitado. **-Aquí tenemos un pequeño problema.**

-¿Qué clase de problema?- pregunté, luchando contra el impulso de empezar a correr a pesar del debilitante calor. En vez de eso, aumente mi ritmo hasta convertirlo en un paso rápido y decidido. No tenía sentido poner innecesariamente nerviosos a los civiles. El operador de vox vaciló, tratando de encontrar las palabras exactas.

-Una par de milicianos están teniendo una bronca- dijo por fin.

-¿Y no puedes lidiar con eso?- pregunté, mientras Kolfax se alejaba volviendo a su camión. Jurgen, como siempre, se quedó conmigo. **-Se supones que tienes el mando.**

-No me obedecen.

Estupendo. Sólo llevábamos medio día viajando y las cosas comenzaban a desmoronarse. Aflojé mi pistola láser en su funda y aumenté mi velocidad tanto como me atreví, preguntándome por qué, en nombre de la Santa Terra, había pensado que era buena

idea darle fusiles a esos subnormales. Al menos, fuera cual fuera la discusión, no habían empezado a dispararse el uno al otro. Todavía.

Esto último, como descubría un momento más tarde, fue en gran parte debido a que Grenbow se había interpuesto entre los dos contrincante, con más coraje que inteligencia, si preguntan mi opinión, pero al menos eso evitó que las cosas fueran a más. La chica con el tatuaje en la cara había sacado un cuchillo y cambiaba su peso de un pie a otro, como si tratara encontrar una manera de pasar más allá de Grenbow, pero, hasta el momento, el sentido común o el fusil láser que el operador de vox llevaba en su manos, la había disuadido de intentarlo. Estaba mirando a un hombre vestido con los jirones de un uniforme idéntico al del arbite local que encontré muerto en las calles de Prosperity Wells, que lanzaba unas miradas asesinas hacia atrás, con los nudillos blancos sobre su propia arma.

-¿Qué pasa aquí?- pregunté, caminando hacia el pequeño grupo mostrando todos los signos de autoridad que me habían enseñado en la Schola.

El resto del equipo de milicianos se separó para dejarme pasar, mirando el entretenimiento con evidente interés, aunque, para mi alivio, ninguno de ellos parecía inclinado a tomar partido por uno de los contrincantes. Al menos eso simplificaría las cosas. Los artesanos de Felicia también miraban, encaramados sobre el portón trasero del camión, como esperando que alguien repartiera nueces de caba. La tecno-sacerdote seguía absorta en las entrañas del transmisor averiado, simplemente levantó la vista hacia arriba para mirarme y me hizo un gesto con la mano antes de volver al trabajo, tarareando alegremente para sí misma. Después de momento identifique la melodía como “*Los herejes son aplastados por las orugas del Land Raider*” [*].

[Una canción muy popular entre los jóvenes pre-escolares del Sector]

Grenbow se volvió hacia a mí con evidente alivio.

-Demara derramó parte de la ración de agua de Tamworth.

-¡Fue un accidente!- dijo la chica. **-¡Este orko estúpido no miraba por donde iba!**

El antiguo policía se ruborizó aún más y trató de levantar su fusil láser a pesar de que Grenbow seguía entre los dos.

-¡Me golpeaste en el brazo a propósito y tú lo sabes, mentirosa saco de mierda!

Grenbow trató de contenerlo, Tamworth golpeó al joven soldado en el estómago con su arma. Grenbow se dobló, soportando el golpe y permitiendo que su armadura absorbiera el impacto, luego se levantó rápidamente y golpeó al miliciano rebelde en la cara con la culata de su propia arma. Tamworth se tambaleó hacia atrás y Demara se precipitó contra él, levantado el cuchillo para golpear.

-¡Ya es suficiente!- saqué rápidamente mi pistola láser y disparé un proyectil en la arena que había entre ellos, los dos contrincantes se quedaron inmóviles.

-¡Jurgen, quítales las armas!

Mi ayudante se movió para obedecer, arrancando el fusil de las manos de Tamworth y colgándoselo del hombro.

Cuando fue a por la chica para quitarla el cuchillo, Demara dio un paso hacia atrás.

-Es mío- protestó. **-Se lo quité a un Piel Verde.**

-Entonces guárdalo hasta que tengas la oportunidad de usarlo contra uno- dije con firmeza.

No tenía la menor duda de que Jurgen se lo podría quitar fácilmente si continuaba empuñándolo, y era una concesión lo suficientemente pequeña que podía permitírmela. Si la pandillera era lo suficientemente inteligente, se daría cuenta de que estaba llevando las cosas al límite. Afortunadamente, lo era y envainó el cuchillo sin discutir más.

-Bien- aparté mi pistola. **-¿Qué ha pasado?**

Tamworth y Demara volvieron a gritar sus acusaciones, yo levanté de nuevo la mano.

-**Grenbow, por favor.**

-Habíamos acabado de repartir las raciones a los civiles- dijo enérgicamente Grenbow. **-Así que di la orden de repartir**

nuestras raciones.

-Es tiempo de broncas- murmuró uno de los reclutas detrás de mí, yo me volví, silenciándole con la mirada. Grenbow lanzó al hombre una mirada casi igual de intimidante.

-Felicidades- dijo. **-Acaba usted de ofrecerse como voluntario para un doble turno de guardia.**

Yo asentí, aprobando sus palabras. Parecía que Tayber había elegido bien a los jefes de los equipo. Cortada la interrupción, volvimos al tema que nos ocupaba.

-Estos dos estaban uno al lado del otro en la línea. Demara golpeó el codo de Tamworth mientras se volvía y derramó parte de su bebida.

-¿Cuanto perdió?- pregunté.

Grenbow se encogió de hombros. **-Media taza, aproximadamente.**

-¡Eso es mentira!- gritó Tamworth. **-¡Se me cayó todo!**

-¡Dejaste caer la taza cuando me atacaste!- contestó Demara, cerrando sus puños, pero mostró la suficiente sensatez para no intentar coger su cuchillo. **-¡Si tienes sed, es solo por tu propia estupidez!**

-¡Ya basta!- silencie nuevamente a los dos. **-Por si acaso lo habéis olvidado, ambos os ofrecisteis voluntarios para servir en la defensa de este convoy. Lo que significa que ambos estáis sujetos a las normas y reglamentos militares. Y eso incluye la disciplina militar.**

-Uy, que miedo- replicó sarcásticamente la chica. **-¿Acaso cree que podrá hacernos algo que los orkos no nos hayan hecho ya?**

-Puedo pegarte un tiro, por ejemplo- dije suavemente. Me volví hacia Tamworht. **-Por cierto, ese el castigo prescrito por golpear a un oficial superior.**

El hombre se quedó callado de repente, el moratón de su rostro se oscureció mientras la sangre desaparecía del resto de la cara, claramente preguntándose si yo sería capaz de llevar a cabo mi amenaza. Bien, lo dejaría cocerse en un poco en su jugo.

El resto de miembros del equipo murmuraron inquietamente entre ellos durante un momento, luego se volvieron para contemplar la escena aun más atentamente.

-Usted no tiene por qué hacer eso, ¿verdad?- preguntó Demara, gradualmente su ira fue dando paso al sentido común. **-Puede que sea un cabezota, pero…**

-¡No necesito la ayuda de ninguna pandillera de mierda!- gritó Tamworth, yo lo acallé con mi mí segunda mejor mirada como comisario. Así que esa era la causa.

-Por si no aún no te has dado cuenta- dije suavemente, **-las cosas han cambiado mucho. Cualesquiera que fueran las diferencias que tuvierais antes, ahora están muertas y enterradas. Y si no es así, yo puedo hacer que eso suceda, literalmente, no como una forma de hablar, ¿entendido?**

Tamworth asintió sin decir una palabra.

-Bien- me volví hacia Grenbow. **-La próxima vez que nos detengamos, él solo tendrá media taza de ración para compensar la que desperdició. Ella también.**

-¡Fue un accidente!- protestó Demara.

Me encogí de hombros. **-No me importa. Han desperdiciado el agua, eso es todo lo que importa. Pensad en ello como incentivo para que tengáis más cuidado la próxima vez.**

Los antiguos contrincantes ahora me miraban más a mí que el uno al otro, lo que tomé por una señal positiva. Me volví hacia Grenbow. **-No voy a disparar a este cabeza de mierda por golpearte. Ahora mismo necesitamos a todos los soldados que podamos conseguir. Si crees que necesitas castigarles más, usa tu propio criterio, es tu equipo.**

Señalé con el pulgar a Demara. **-Lo mismo te digo de ella. No quiero volver ver a ninguno de los dos peleándose otra vez.**

-No volverá a pasar, señor- me aseguró Grenbow.

-Me alegró de oír eso- dije. Levanté un poco la voz. -**Esto también va por el resto de vosotros. La supervivencia de todos depende de que cada uno haga lo que se comprometió a hacer, y no podemos permitirnos más pesos muertos. La próxima vez que se inicie una pelea, abandonaré en el desierto a quienes la comiencen. Sin comida ni agua. Pasad la voz.**

Sabiendo que decir algo más socavaría una buena salida dramática, me di la vuelta y me alejé. Un momento después Jurgen entregó a Granbow el arma que había confiscado y corrió detrás de mí.

En general pensé que había manejado todo el asunto bastante bien.



Todas formas, me puse en contacto con Grenbow en cuanto acampamos esa noche, nos habíamos detenido alrededor de un pequeño bunker de roca que Kolfax me informó que estaba destinado de estación para trabajadores como él, que en tiempos se dedicaban al mantenimiento de la red de los tortuosos caminos secundarios, que al menos ahora todavía permanecían en un estado mínimamente aceptable. La puerta no estaba cerrada con llave, lo que no era nada sorprendente, ya que dentro no había nada que valiera la pena robar, o al menos digno de tomarse la molestia de venir hasta aquí desde la civilización. Sin embargo, cuando despejamos el lugar bajo la supervisión de Norbert, logramos encontrar unas pocas herramientas, algo de ropa de cama, y una caja pavorosamente pequeña de alimentos en

conserva que se unieron a nuestras escasas reservas. La única otra cosa que encontramos gue una tabla de datos de porno, aparentemente olvidada allí por uno de los colegas de Kolfax (si en realidad era suya, no se molestó en reclamarla), que pasé subrepticiamente a Jurgen. Mi ayudante había soportado mucho en los últimos días, y yo sentía que lo menos que podía hacer por él era permitirle disfrutar de su afición por un tiempo. No había ningún rastro de tanna, por supuesto, y en esos momentos sentí algo de envidia, deseando que mis propios deseos se hubieran cumplido con la misma facilidad que los de mi ayudante.

-¿Algún problema?- le pregunté al joven soldado, él negó con la cabeza, mientras sorbía de su jarra de agua, con su rostro apenas visible a la luz del calentador portátil que habíamos rescatado del bunker de los obreros.

Según apretaba más mi abrigo contra mi cuerpo, me encontré deseando una taza de recafeinado, pero las bebidas calientes no estarían disponibles para nosotros durante un tiempo. Hervir el preciso líquido habría hecho que mucho se desperdiciara como vapor, una cantidad espantosa de acuerdo con las cifras de Norbert, así que se me negó incluso ese pequeño consuelo. Bebí mi propia ración de agua mientras el soldado me respondía, luchando contra el deseo de tragármela toda directamente. Beberla despacio y con cuidado era la única forma de asegurar que la mayor parte del líquido fuera absorbido por mis tejidos secos, en lugar de pasar a salir directamente fuera.

-Ninguno- dijo. **-Nadie está dispuesto a averiguar si usted estaba fanfarroneando sobre lo de abandonar en el desierto a los alborotadores.**

-No lo estaba- dije, confiando en no tener que demostrarlo. **-No podemos permitirnos el lujo de luchar entre nosotros-** tomé otro sorbo de agua tibia, tratando de ignorar el regusto metálico. **-Lo que me recuerda algo, ¿qué hiciste con Demara y Tamworth después de que yo me marchara?**

-Lo peor que se me ocurrió- respondió, ligeramente divertido. **-Los he puesto juntos, a él le he asignado como cargador del cañón automático.**

-Eso es ingenioso- concedí. Sí los miembros de un equipo de armas pesadas no se llevaban bien, el trabajo conjunto haría que funcionase.

El joven soldado volvió a asentir.

-Ahora tendrán que llevarse bien. Sus vidas dependerán de ello una vez que entremos en combate- se encogió de hombros. **-Y por si acaso tenían la impresión de que habían salido bien librados, les he asignado turnos de guardia nocturna dobles a cada uno, desde ayer hasta que se congelen las estrellas. Juntos.**

-Quienquiera que fuera el que te asignó a comunicaciones no sabía hacer bien su trabajo- le dije. **-Me parece que estoy viendo a todo un sargento a punto de nacer.**

Para mi sorpresa, él se echó a reír. **-Un trabajo demasiado duro-** dijo.

Oscuramente animado por la conversación, me dirigí a pasar a través del improvisado campamento, tratando de no pensar demasiado en el día siguiente. No todo eran buenas noticias: dos de los pacientes de Ariott habían muerto durante el día, los rigores del viaje fueron demasiado para ellos, me sorprendía preguntándome cuánto aumentarían nuestras reservas de comida y agua. Prácticamente nada, por desgracia. Hablé con Tayber, confirmando las posiciones de nuestros centinelas, y revisé el perímetro con el amplivisor, asegurándome de que todos estuvieran donde se suponía que tenían que estar.

Para mi tranquilidad, pude distinguir sus débiles siluetas contra la oscuridad algo más clara del cielo moteado de estrellas. Por lo menos los orkos no nos estaban siguiendo furtivamente a cubierto por la noche (en cualquier caso, ese no parecía su estilo). Tamworth y Demara estaban sentados los dos en una duna de arena en hosco silencio, de espaldas el uno al otro, pero sin hacer ningún movimiento para retormar las hostilidades, por lo que la heterodoxa solución de Grenbow parecía estar funcionando.

Por último, fui a buscar a Kolfax, que aún seguía en las profundidades del bunker, el tenue resplandor de una luminaria de baja potencia iluminaba débilmente el espacio a su alrededor. Alzó la vista cuando entré, y volvió para continuar sacando una rejilla de ventilación de la pared.

-Comisario- dijo, tirando al suelo la rejilla metálica. Metió la mano en el hueco y sacó algo. -Ah, sabía que todavía seguiría aquí.

-¿Qué es eso?- pregunté. A modo de respuesta, descorchó una botella y bebió un trago con un suspiro de satisfacción. El dulce

aroma de un amasec barato y de producción masiva escapó junto con su aliento. Levantó la botella hacia mí.

-La escondí la última vez que estuve aquí, por si acaso. ¿Quiere un trago?

Bueno, por supuesto que me apetecía, pero sería mejor que no lo bebiera. En mi actual estado de deshidratación habría sido como beber alcohol puro.

Negué con la cabeza. **-Ahora no. Guárdalo para cuando lleguemos a donde nos dirigimos.**

Kolfax me miró asombrado. **-¿De verdad cree que lo conseguiremos?-** volvió a beber de la botella.

Yo le extendí mi mano, pero él continuó.

-La verdad es que todos moriremos aquí, comisario. Mejor será que se haga a la idea.

-Puede que tú sí- le dije, **-pero yo no lo hare. Dame la botella, ya has bebido suficiente.**

Sus ojos se clavaron en los míos durante unos momentos. **-Te necesito sobrio para mañana.**

-Y una mierda- dijo, y tomó otro trago de la bebida barata. Yo saqué mi pistola.

-Una última oportunidad- dije. Kolfax se echó a reír.

-No puedes dispararme. Tu mismo lo has dicho, me necesitas para mañana.

-Sí que puedo dispararte- dije. **-En algún punto no fatal. Puedes encontrar agua sin rotulas, ¿verdad?**

Me miró fijamente, preguntándose si sería capaz de cumplir mí amenaza, algo que en realidad nos estamos preguntando los dos, pero él no necesitaba saberlo. Finalmente bajó los ojos y me entregó la botella.

-Es usted un hombre duro- dijo.

-Lo soy, ese es mi trabajo.

Para su sorpresa, le devolví la botella. **-¿Podrías llevar esto al doctor Ariott, por favor? Creo que él le dará mejor uso que cualquiera de nosotros.**

El kit sanitario de la cápsula de supervivencia estaba prácticamente vacío en estos momentos, y al menos podría utilizar el licor como un desinfectante improvisado. Kolfax asintió con la cabeza, con cualquier resentimiento que pudiera albergar socavado por la muestra de confianza que acababa de ofrecerle. Si entendía bien el

carácter de las personas, eso bastaría para mantenerlo en línea, al menos por ahora.

-Mañana le veo- dijo, dándose la vuelta.



El día siguiente, salvo por la bendita usencia de más peleas en nuestras filas, fue poco más que una repetición del anterior. Nuestra destartalada caravana rebotó y gruñó a lo largo del camino a través de un paisaje desolado, recubriéndonos de polvo, hasta que yo hubiera matado por un vaso de agua fresca. Y no era el único. Cuando nos detuvimos a mediodía a descansar, Norbert se acercó para hablar conmigo en privado.

-Los niveles de agua están a un nivel crítico- me advirtió. **-¿Cuánto falta para que lleguemos a ese depósito de suministros?**

-Pasado mañana- le dije. **-Si Kolfax no hace que nos perdamos.**

Norbert asintió, pero parecía menos aliviado de lo que yo esperaba.

-Debería durar- me aseguró. Luego vaciló. **-¿Quiere que ponga un racionamiento más severo? Eso debería de darnos un par de días más.**

-Preferiría que no- le señalé la abigarrada masa de los amontonados y sucios refugiados civiles haciendo cola pacientemente para conseguir su taza de agua y un puñado de comida. **-Tal como estamos, ya tienen poco que esperar. Si los quitamos eso… -** me callé, sin querer terminar mi comentario.

Norbert asintió. **-Bien, lo que tenemos debería ser suficiente-** advirtió. **-Pero si tenemos algún retraso…**

-Tú serás el primero en saberlo- le aseguré.

Afortunadamente no ocurrió nada, y la tarde pasó igual de tediosa que había sido la mañana.

Estaba ya cerca la noche y seguía sin ocurrir nada, el sol se acercaba lo suficiente al horizonte para forzarnos a entrecerrar los ojos, y comencé a preguntarme si ya sería hora de acampar. Activé mi comunicador. -Kolfax- dije. **-¿Hay por aquí algún lugar donde podamos pasar la noche?**

-Espero que sí- respondió.

Ambos apenas habíamos intercambiado unas pocas palabras desde nuestra conversación anterior de la noche anterior en el bunker, pero ahora él parecía más abierto conmigo, como si el enfrentamiento a causa de la botella de amasec hubiera aumentado su confianza en mí. La verdad es que sí seguía teniendo dudas sobre nuestras posibilidades de éxito, se las guardaba para sí mismo, lo que ya era una mejoría considerable.

-Lo sabremos en poco tiempo.

-¿Qué se supone que significa eso?- pregunté, alzándome en el montaje del bolter para ver mejor al vehículo que estaba delante. Al ver mi cabeza aparecer, Kolfax hizo saludó con un gesto de reconocimiento.

-Hemos recorrido más distancia de lo que pensábamos. Mire allí- Kolfax señaló hacia la derecha. Entrecerrando los ojos apenas pude distinguir una débil decoloración entre las sombras de las rocas. Sólo tuve tiempo de ver algo que parecía tener un cierto tono verdoso antes de que la nube de polvo volviera a nublarlo, ocultándolo de mi vista.

-¿Eso es lo que yo creo que es?- le pregunté, esperanzado.

A pesar de su habitual cinismo, Kolfax fue incapaz de alejar una cierta nota de optimismo en su voz.

-Eso espero. Lo sabremos tan pronto como atravesemos la siguiente colina.

Aunque pudieron ser sólo unos pocos minutos, la espera pareció hacerse agonizante, extendiéndose ante nosotros como un anticipo de la eternidad. Por fin, el camión que nos precedía coronó el ascenso por el camino a la siguiente colina y comenzó a ser eclipsado por el montículo.

-¿Y bien?- pregunté, pero antes de que Kolfax pudiera responder, todo el grupo que lo acompañaba estalló en aplausos y gritos.

-Hemos tenido suerte- me aseguró, de forma ya superflua dadas las circunstancias. No tuve que esperar mucho tiempo para confirmarlo. Jurgen coronó la subida en medio de las sacudidas del buggy, y me encontré mirando a una gran depresión en la arena alfombrada de diminutas hojas enroscadas contra un sol abrasador.

-¿Salvia de las Rocas?- pregunté.

-Tú lo has dicho- Kolfax se puso a gesticular en el camión, hizo un gesto abarcando todo el lugar en el que se encontraba la depresión, que debía tener más de un kilómetro de ancho. **-Pero eso no es lo mejor.**

El camino se ensanchó y Jurgen pudo acelerar un poco, permitiéndonos ver algo más que la parte de atrás del camión.

Por un momento, mi mente no fue capaz de entender el significado de lo que estaba viendo, un deslumbrante resplandor rojo sangre que reflejaba la luz del sol poniente, yo pensé que eran las plantas al florecer. Entonces la moneda cayó.

-¡Es agua!- dije. **-¡Un lago entero!**

-Eso parece- estuvo de acuerdo Kolfax. Su voz adquirió un tono de asombro. **-Nunca he visto nada parecido. ¿Siempre es tan afortunado?**

-Hasta ahora sí- le aseguré, preguntándome cuando tiempo más podría durarme la suerte.



DIECISEIS

La mejoría de la moral que siguió a nuestra llegada al oasis temporal fue algo increíble, incluso para alguien como yo, ya acostumbrado a mis cambiantes estados de ánimo. Supongo que fue porque por primera vez en toda mi carrera me vi obligado a tratar con un grupo de civiles. Hasta ahora sólo los había tratado individualmente, por lo general en el restringido ambiente de los protocolos sociales, o bien durante la presentación de sus mojigatas quejas por algún determinado mal comportamiento de algunos de los artilleros fuera de servicio de cuyo bienestar moral y disciplinario yo debía ser el jodido responsable (este último tipo de civiles raramente se acercaba a mí más allá de la antesala de mi despacho, donde yo podía confiar en Jurgen para que mantuviera fuera a los quejicas indefinidamente, a menos que se tratara de una infracción particularmente grave o divertida). Debo confesar que estaba agradablemente sorprendido por la resistencia y el aguante que había mostrado nuestra inesperada carga de civiles, aunque supongo que los orkos habían hecho su trabajo a conciencia, dejando sólo a los más fuertes de entre todos los habitantes de la desafortunada comunidad de la que procedían.

Lo primero que hice fue llamar por el vox a los mandos de la FDP y de la milicia, ordenándoles que se pusieran en cabeza del convoy tan pronto como el camino se ampliara lo suficiente como para permitirles adelantar, así, cuando llegaran los civiles, habría un cordón de hombres y mujeres armados entre ellos y el lago. Podía imaginarme, muy vívidamente, la loca carrera lamin [*] que se provocaría si no hacia el lago, y no tenía la menor intención de permitir que el precioso líquido se contaminara con el barro revuelto

de docenas de pies sucios, convirtiéndolo en algo que no podríamos beber. Por suerte, eso, y la promesa de una comida caliente, ahora que teníamos los medios para prepararla, fue suficiente para mantenerlos controlados, al menos durante un tiempo.

[Un pequeño roedor originario de Kengraym Secundos, que emigra a través del continente principal de ese mundo en manadas de más de un kilómetro de ancho, devorando todo lo que encuentran a su paso. Este animal, que se reproduce en las ensenadas costeras y pasa todo el verano en sus aguas poco profundas, rompe correr en cuanto siente el primer aroma del mar. En el curso de esta frenética carrera, los miembros más pequeños y débiles de la manada son pisoteados hasta la muerte (y luego devorados)]

-¿Cuánta nos podemos llevar?- pregunté a Norbert, saboreando una taza de recafeinado que Jurgen me había preparado. El escriba se encogió de hombros, una amplia sonrisa iluminó su rostro por primera vez desde que lo conocí, y manipuló unos cuantos números en la placa de datos que tenía en la mano.

-Sí llenamos todos los recipientes que tenemos, creo que podremos olvidarnos del racionamiento- me dijo, algo sospechosamente cercano a la alegría amenazaba con romper su habitual reserva de burócrata. **-Tendremos más que suficiente para alcanzar el depósito de suministros, incluso para unos días más, si fuera necesario.**

-Por si el almacén resulta haber sido saqueado, eso es lo quiere decir- intervino Tayber.

Los tres estábamos sentados un poco separados de la multitud, a la sombra de uno de los camiones, disfrutando de nuestra comida con tanta privacidad como el improvisado campamento permitía.

Norbert inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. **-Exactamente. Incluso ante ese desafortunado escenario, solo tendremos que preocuparnos por la comida y el combustible-** y tomó con evidente satisfacción otro bocado de la tortilla de salma que Jurgen nos había preparado.

-Haremos eso, entonces- dije, **-si puedes conseguir que tu gente recoja el agua lo antes posible.**

Norbert asintió. **-Ahora me pongo con ello-** pareció a punto de abandonar la comida para comenzar la tarea, yo le insté a sentarse y terminarla, lo que hizo aparentemente muy feliz de hacerlo. **-¿Hay algo más de lo que deberíamos encargarnos después de eso?**

-Bueno, yo no sé tú, pero a mí me gustaría darme un baño. Y ya que nos ponemos, tal vez no estaría mal organizar un servicio de lavandería- miré a Norbert de nuevo. **-Mañana por la mañana ya no será necesario recoger más agua, ¿verdad?**

-De ninguna manera-dijo el escriba. En cualquier caso, se le veía más feliz que antes, incluso a pesar del trabajo extra que acababa de lanzar sobre él.

-Tendremos más que suficiente, comisario- limpió su plato con un trozo de pan y se marchó, todavía masticando.

-Bien, eso es una buena noticia- admitió Tayber, sin lograr ocultar la mejoría de su humor ahora que yo había propuesto un baño. El Emperador bien sabía que me picaba todo y hasta olía mal después

de aquellos días en el desierto, y eso sin contar las semanas de privación que ya había soportado.

-Me alegra oír eso- dijo Felicia, apareciendo doblando la esquina del camión, con la mochila vox de Grenbow colgando casualmente de su mecadendrita. **-¿Qué es eso? Ooh, salma, hace mucho que no lo pruebo.**

-Únete a nosotros- la dije. Miré a Jurgen. **-¿Puedes hacer otra de estas para la enginseer?**

-Por supuesto, señor.

Jurgen comenzó a prepararla en el hornillo portátil, yo hice un gesto hacia Felicia para que sentase en la silla plegable que Norbert acababa de abandonar. Se sentó agradecida, depositando el aparato de vox en la arena, a mi lado.

-He conseguido arreglarlo- dijo. **-Pero no espere demasiado. Tuve que tomar algunas partes de un taladro eléctrico que encontramos en el bunker de los peones camineros para fabricar un nuevo condensador de flujo, además, me quede sin lubricante bendito, así que tuve que consagrar un poco de grasa consistente y aplicarlo en su lugar-** la enginseer se encogió de hombros. **-Ahora funciona, poco más o menos.**

-Más o menos es mucho mejor que nada- la aseguré. **-¿Qué alcance tiene?**

-Creo que un par de kilómetros- dijo ella, aceptando el plato de comida que la tendía mi ayudante, sonriéndole alegremente.

-Gracias, Jurgen, eres un cog [*]**.**

[Una frase muy común entre los enginseers y los tecno-sacerdotes junior, que expresa el agradecimiento de un favor o de un comportamiento considerado. Parece que la palabra proviene de un mecanismo generalmente pequeño, que suele pasar desapercibido pero que es esencial para que las cosas sigan funcionando sin problemas, lo que supongo que define a Jurgen bastante bien]

-No hay de que, señorita- Jurgen se ruborizó, y se lanzó a ocuparse de alguna pequeña tarea que parecía requerir su urgente y total atención.

-Excelente- dije.

En realidad no era tanto como me hubiera gustado, yo hubiera preferido algo con bastante más alcance para poder llamar a una lanzadera para que me sacara de allí (junto con una escolta de cazas, solo para estar más seguro), pero ahora podríamos retransmitir las señales de los comunicador portátiles y aumentar así drásticamente su alcance. Eso significaba que podríamos extendernos más, y tal vez desplegar exploradores para así no tener que movernos tan a ciegas como hasta ahora. Con todo, nuestras posibilidades de supervivencia habían mejorado sustancialmente.

-¿Y quién lo va a manejar?- preguntó Tayber. **-Ahora Grenbow está al mando de uno de los equipos de la milicia.**

Un cargo que se le había asignado simplemente porque, con el vox averiado, no había ninguna necesidad de su habilidades especializadas, pero ahora, de repente, hacia nuevamente falta. Por otra parte, sacarlo ahora del equipo, justo cuando lo estaba logrando convertir en una unidad cohesionada, sería un error catastrófico.

-Y por lo que he visto, seríamos idiotas si lo sacáramos de allí- dije. **-Al menos hasta que las cosas se hayan calmado un poco.**

Tayber asintió con la cabeza. **-Estoy de acuerdo-** dijo, aparentemente feliz al escuchar que mi opinión era exactamente igual que la suya. **- Pero no hay nadie más.**

-Yo podría manejarlo- dijo Felicia, aparentemente indiferente. Ella señaló con la cabeza la voluminosa mochila. **-Los principios son bastante simples.**

-Pero no conoces los procedimientos adecuados- objetó Tayber. **-Las señales de llamada, los protocolos…**

-No necesita saberlos- señalé. **-Si conectamos todos los comunicadores individuales formando una red de transmisores, tú o yo podremos responder a cualquier mensaje entrante.**

Tayber asintió con la cabeza, apreciando de pronto todas las posibilidades de los pequeños comunicadores abriéndose ante él.

-Todo lo que Felicia tiene que hacer es mantener los canales abiertos y escuchar cualquier tráfico de transmisiones que pueda escuchar.

-Puedo hacer eso- aseguro la enginseer, tragándose el último bocado de salma y lanzando un fuerte eructo. Felicia sonrió, ligeramente avergonzada, y entregó el plato a mi ayudante. **-Los siento, no estoy acostumbrada a tener nuevamente lleno el estomago. Gracias, Jurgen, estaba deliciosa.**

Decir eso era algo exagerado, dadas las básicas cualidades culinarias de mi ayudante, pero teniendo en cuanta que ese plato sería lo mejor que ella había comido durante los dos últimos mese, era totalmente comprensible. Yo sonreí, con la intención de disipar cualquier vestigio de vergüenza.

-Nunca pensé que escucharía decir eso a un tecno-sacerdote- la dije. **-Yo tenía la impresión de que consideraban el sabor como algo irrelevante en la comida.**

Felicia sonrió de nuevo. **-Se suponer que debemos hacer caso omiso de los placeres carnales en nuestra búsqueda del ideal de la máquina-** accedió alegremente. **-Pero es muy difícil renunciar a algunos de ellos.**

Asentí con la cabeza, empezando a entender porque sus tutores en el seminario la habían considerado como una alumna difícil de tratar.

-¿Y qué hay de postre?



La mañana siguiente amaneció rodeada por un tangible optimismo, que recorrió todo el convoy. A pesar del frío del amanecer, intenté darme un último chapuzón en el lago, lo que tristemente reflejaba que ya había estado demasiado tiempo entre Valhallanos [*], y ni de lejos era yo el único; parecía que la mitad de los refugiados parecía haber tenido la misma idea. Pesé junto a Felicia en mi camino hacia la pequeña laguna, que se dirigía en dirección contraria, su cabello mojado y la túnica bien pegada a su cuerpo, todavía lo suficientemente mojada, dejaban bastante claro que una comida adecuada la estaba ayudando a recuperar de nuevo sus agradable curvas.

[De hecho, Cain pasó la mayor parte de su carrera en unidades Valhallanas]

-¿Te estás arreglando bien con el vox?- pregunté, en parte para tranquilizarme y en parte para disfrutar un poco más de la vista. Felicia asintió, sospecho que sin dejarse engañar por un solo momento.

-Bastante bien- dijo ella. **-No olvide que Grenbow va conmigo en el camión. Si lo necesito, siempre puedo pedirle consejo.**

-Estoy seguro de que no lo necesitaras- la aseguré, y reanude mi tranquilo paseo hasta el borde del agua. Un par de docenas de personas dentro de la laguna, riendo y chapoteando como si estuvieran en un balneario, en lugar de estar profundamente detrás de las líneas enemigas. Me di cuenta con cierta sorpresa que dos

de ellos eran Demara y Tamworth, salpicándose de agua el uno al otro como un par de críos.

Tras dejar mi toalla junto a la orilla, me preparé para el choque revitalizante y me lancé al agua, nadando unas cuantas brazadas bajo la superficie, saboreando la relativa calma. El sonido se atenuó y la luz se filtraba débilmente a través de mis ojos entrecerrados. Por primera vez desde mi brusca llegada a Perlia, me sentí relativamente en paz.

Esto era algo demasiado bueno para durar, por supuesto. Nada más secarme, vestirme y haber comido algo de desayuno preparado por Jurgen (que ya había recuperado su habitual pátina de suciedad, a pesar de haberse bañado la noche anterior al menos tanto como yo)ya había tenido que ocuparme de media docena de crisis menores, o para ser más preciso, las había desviado hacia Tayber o Norbert. Ninguna de ellas era seria, sólo molestos inconvenientes, y traté de convencerme a mí mismo que no iban a determinar el posterior curso del día.

Desgraciadamente sí lo hicieron. Kolfax siguió guiándonos tan eficientemente como antes, todavía disfrutando de la fama de habernos llevado hasta el agua, pero el camino era tan difícil de seguir como siempre, si no más. Los primitivos vehículos rugían y traqueteaban a través del estéril terreno, balanceándose de un lado a otro como si estuvieran enfermos, las vertiginosas sacudidas de nuestro avance y el implacable calor del sol me produjeron un tremendo dolor de cabeza antes de que hubiera pasado una hora del comienzo de la marcha.

-Deshidratación- diagnosticó Ariott cuando lo busqué en nuestra primera parada para descansar. **-Beba con frecuencia, eso es lo**

único que puedo sugerirle.

Tenía la esperanza de que me diera un analgésico, pero estaba claro que sus pacientes necesitaban mucho más nuestras limitadas existencias, y, en cualquier caso, exigir uno sería un golpe mortal para mi frágil liderazgo. En lugar de eso, sonreí sombríamente.

-Es más fácil decirlo que hacerlo- dije. Conseguir llevar una cantimplora a tus labios sin derramar la mitad de ella mientras íbamos a bordo de los destartalados vehículos orkos era toda una hazaña. Bebí un poco más, bajo la atenta mirada del doctor, enjuagando mi boca por enésima vez. En estos momentos, todo el mundo estaba nuevamente cubierto de polvo, lo que era aún más molesto tras habernos librado de él tan recientemente.

Ariott asintió con la cabeza. **-¿Me lo cuenta a mí?-** estuvo de acuerdo.

Ya tarde recordé que él, además de beber él mismo, también tenía la responsabilidad de mantener a sus pacientes hidratados. Después pregunte por el estado de los enfermos y el improvisado médico sacudió la cabeza.

-Al menos no ha habido más muertes, algo que debemos agradecer al Emperador.

-Así es - dije, con el mayor tacto posible, y le dejé seguir trabajando.

La tarde fue un poco mejor y culminó con un retraso de dos horas, mientras Felicia utilizaba algunos de los recambios que había recuperado para conseguir que uno de los transportes de los civiles volviera a ponerse en marcha después de que algo en su motor reventara en medio de un enorme crujido que resonó entre las dunas que nos rodeaban y que hizo que la mitad de los soldados empuñaran sus armas. Yo me divertí un rato gritando a los demás por no estar atentos, razonando que si yo me sentía tan infeliz, bien podía extender ese estado entre los demás, pero por alguna razón, en lugar de eso, lo único que conseguí fue animarles.

Pasado un tiempo, y para alivio de todos, la tecno-sacerdote salió de debajo del averiado montón de chatarra, anunciando que estaba plenamente satisfecha con la reparación y que necesitaba una bebida bien fría.

-¿Alguna alegría con el vox?- la pregunté, mientras me acercaba a ella con un vaso de agua tibia, lo que, dadas las circunstancias, era lo más cercano que teníamos a lo que ella había pedido. Felicia negó con la cabeza.

-Ni una sola cosa.

Recordando cómo me había contactado sin querer con Tayber, yo la había pedido que siguiera rastreando cualquier transmisión en las frecuencias imperiales.

-Podría intentar transmitir algo, y esperar a ver quien responde- dijo ella.

Negué con la cabeza. **-Podrían oírlo los orkos-** señalé. **-Lo mejor es que nadie más sepa que estamos cerca hasta que estemos completamente seguros de que son amigos.**

-Eso es cierto- asintió Felicia y tomó un sorbo de agua. Un toque travieso brilló en sus ojos. **-La cosa es-** dijo lentamente, **-¿y si todos los demás pensaran lo mismo que usted?-** y se alejó, su cola mecánica se contorsionaba ofreciendo un contrapunto al movimiento de sus cadera, lo que, literalmente, me dejo por una vez sin palabras.

-Oh mierda- dije.

No había pensado en eso.



Al final resultó que esa pregunta se iba a responder muy claramente al día siguiente, pero cuando acampamos por la noche no tenía forma de saberlo. El dolor de cabeza aun seguía conmigo, afortunadamente disminuyendo algo gracias a que comenzaron a soplar los vientos fríos de la noche, pero no tanto como para dar la bienvenida a la visión de Kolfax blandiendo la tabla de datos de los mapas mientras se dirigía hacia mí.

-¿Cómo es de grave?- le pregunté, Kolfax se encogió de hombros, una silueta oscura contra el rico y profundo añil del cielo tras él.

-No tan malo como podría ser- me aseguró, sentándose en una silla plegable que había a mi lado. Sostuvo la placa de datos. **-Esperaba haber progresado hoy algo más, pero llegaremos allí a media tarde.**

-Si nada sale mal- terminé por él. Sin embargo, la noticia me alegró. Una vez que llegásemos al depósito de suministros, las cosas serían mucho más fáciles, al menos durante un tiempo.

Kolfax asintió con la cabeza. **-De todas formas hay algo bueno-** señaló. **-Este es un buen lugar para montar el campamento. Al menos mejor que el que yo tenía en mente.**

Pensé que parecía determinado a encontrar algo positivo en que los retrasos del día tuvieran al menos una compensación. Nos encontrábamos en un pequeño desfiladero, muy cerca de la carretera, cerrado por un extremo y con una entrada muy angosta. Si necesitábamos hacerlo, podríamos defender el lugar indefinidamente.

-De acuerdo- accedí, deshaciéndome de él lo antes posible después de hacerle unas cuantas preguntas más sobre la etapa del día siguiente. Estaba seguro de que la mejor cura para mi dolor de cabeza sería una buena noche de sueño. Cerré la cremallera de mi saco de dormir hasta arriba del todo, en mi cabeza, tratando de amortiguar los sonidos que me rodeaban, intentando recuperar la sensación de seguridad que había sentido bajo el agua del oasis. No lo logré, pero finalmente me dormí.



Jurgen me despertó justo antes del amanecer, mi nariz me alertó de su presencia en mi tienda un momento antes de que su mano me sacudiera el hombro.

-Comisario. ¿Está despierto?

-Sí, vale- le aseguré, dejando a un lado la pistola láser, que no era consciente de haber cogido. **-¿Cuál es el problema?**

-Orkos- dijo simplemente. **-Cientos de ellos.**

Al final resultó que eso era algo exagerado, pero hizo que me moviera muy deprisa, y agarré mi comunicador incluso antes que mis pantalones.

-Tayber- grité. **-¿Qué está pasando?-** pero en cuanto salí al aire libre, con Jurgen pisándome los talones, me hice una idea de lo que pasaba. El rugido de motores mal sincronizados resonaba por el desfiladero que habíamos atravesado la noche anterior, aunque era imposible determinar si nos estaban siguiendo o se dirigían en dirección contraria.

-Hay una columna de vehículos subiendo detrás de nosotros- dijo Tayber.

Los alarmados civiles se movían en medio de la oscuridad, murmurando entre ellos, aunque, para mi sorpresa, algunos de ellos estaban cogiendo las armas improvisadas que encontraban y se apresuraban a reforzar los equipos de la milicia y la escuadra Bravo, que ya estaban desplegándose en la entrada del desfiladero.

-Los centinelas han contado alrededor de una docena de vehículos, poco más o menos- dijo el sargento.

-De acuerdo- dije, tratando de ignorar las palpitaciones creadas por el miedo que comenzaron a moverse en la boca de mi estómago cuando calculé el número redondo de Pieles Verdes que se aproximaban.

En el peor de los cálculos posibles, si los centinelas habían subestimado su número en un vehículo o dos, y que todos fueran al máximo de su capacidad, podríamos estar enfrentándonos a unos ciento cincuenta orkos completamente armados. Yo no me hacía muchas ilusiones respecto a nuestra capacidad para resistirles en un combate directo, pero con el terreno de nuestro lado, puede que no tuviéramos que llegar a eso. La boca del desfiladero era un cuello de botella natural, y deberíamos ser capaces de contenerlos. O eso esperaba…

Luskins y Jodril tomaron posición detrás de una roca, con su único misil preparado para perforar un agujero en el primer buggy lo suficientemente imprudente como para meter su nariz en nuestro refugio, yo saqué mi espada-sierra instintivamente, más para tener algo entre las manos que para usarla. Sin embargo, el gesto pareció tranquilizar algo a los civiles. Se apartaron, me miraron fijamente, yo señalé hacia los vehículos estacionados.

-Ocúltense- dije, con una voz tranquila y de mando, para mi alivio comenzaron a hacerlo.

Bueno, eso al menos significaba que serían menos propensos a quedar atrapados en un fuego cruzado o a arruinar nuestras líneas de visión. Mientras lo hacían, vi a dos figuras familiares que corrían en dirección opuesta al resto de la milicia, y me moví para interceptarlos.

-¿Dónde diablos os pensáis qué vais?

-A por el camión- replicó Demara. **-Nuestro cañón esta atornillado a él, ¿recuerda?**

Asentí. Tenía razón.

-No mováis el camión- les dije. **-Si los Pieles Verdes logran abrirse paso, cubrid a los civiles. Y más importante aún, cubridme mientras guió la retirada.**

Tamworth asintió con la cabeza, mis palabras le habían recordado el impulso de proteger y servir.

-De acuerdo. Vamos, Dem- dijo, y continuó corriendo rápidamente hacia el camión, la chica, que corría un o dos pasos detrás, gritó su protesta.

-Yo soy la artillera, tú eres el cargador, yo soy la que dice “vamos”, ¿de acuerdo?

Sacudí la cabeza y suspiré. Parecía que su trabajo en equipo todavía debía pulirse un poco, pero ahora no había tiempo para preocuparse de ello. Volví a la incipiente emboscada, comunicándome con Tayber y los tres líderes de equipo de la milicia con el comunicador.

-Manténganse todos ocultos- dije, ocultándome detrás de la roca apropiada, y apoye mi pistola láser contra ella. Al cabo de un momento, el distintivo olor de Jurgen se unió a mí, seguido un instante después por él, que se puso en posición y apuntó su fusil láser directamente contra la brecha de entrada del desfiladero. **-Esperen para disparar hasta que se hayan acercado.**

En cuanto a la emboscada, tengo que conceder que no era tan mala, especialmente teniendo en cuenta la velocidad a la que se había preparado. Una vez que llegaran al borde la abertura, los Pieles Verdes verían claramente a los civiles, lo que debería ser un señuelo perfecto, los atraería con la intención de matarlos, permitiéndonos a nosotros atacarlos desde los flancos, especialmente si Luskins lograba detener al vehículo en cabeza, rompiendo el impulso de la carga.

-Tranquilos… - calmó Tayber a sus hombres, y a través del comunicador oí el eco metálico de Hascom, Tarvil y Grenbow haciendo lo mismo con sus reclutas. Yo sentía mis armas pegadas a mis manos, y el sudor no era completamente debido al calor del desierto [*]. En cualquier momento…

[En realidad, justo después de amanecer, el aire seguiría siendo bastante frío]

-Ya están aquí- informó Tarvil, su equipo había tenido el dudoso honor de haber sido desplegados en una posición adelantada donde serían los primeros en ver al enemigo. **-Manténganse alerta.**

Un consejo superfluo donde los hubiera, pero parecía un buen truco, necesario en ese momento para su incipiente mando, porque nadie se puso nervioso y traicionó nuestra presencia disparando antes de tiempo. Lo que, dado como resultaron las cosas al final, nos vino muy bien. Cuando volvió a hablar, el tono de su voz tenía un toque de perplejidad.

-El primer vehículo ha pasado de largo. Y el segundo… No están disminuyendo la velocidad.

-Han perdido nuestro rastro- dije, sentí que me relajaba tanto que parecía que se me iban a licuar los huesos.

-Eso parece- la voz de Tayber era aún sombría pero también tenía un inconfundible toque de alivio. **- Pero mejor sigamos alerta.**

En ese momento, su cautela era infundada. El rugido de los motores orkos se apagó, y finalmente nos relajamos, sintiendo una curiosa sensación de anticlímax.

-¿Pero cómo es que no han visto nuestras huellas?- le pregunté a Kolfax, al darme cuenta que el fornido guía estaba detrás de mí, él se encogió de hombros.

-Sí iban tan rápido como sonaba, estarían levantando una nube de polvo enorme- señaló. **-Posiblemente las ocultaron por nosotros.**

-Pues ha sido una suerte que lo hicieran- estuvo Tayber de acuerdo, uniéndose a mí improvisado grupo de mando. **-La pregunta es, ¿cuánto tiempo llevaban siguiéndonos?**

Las palmas de mis manos comenzaron a hormiguear. **-La pregunta es, ¿de verdad nos estaban siguiendo a nosotros?**

Tayber me miró, incapaz de encontrar las palabras o no estando dispuesto para completar la cadena de razonamientos que yo acababa de comenzar.

-Tenía que ser eso- dijo, encogiéndose de hombros. **-¿Qué otra cosa podrían estar buscando por aquí?**

-El depósito de suministros- dije.



DIECISIETE

Huelga decir que la idea era preocupante, y reanudamos el viaje en un estado de ánimo mucho más deprimente.

-No podemos estar seguros de adonde se dirigían- dijo Tayber, cuando nos detuvimos para nuestro primer descanso.

Nos habíamos detenido en una pequeña depresión del terreno, al abrigo del viento, aquí es donde Kolfax había previsto que acampáramos la noche anterior, yo me estremecí interiormente por el escaso margen que nos habíamos librado. Los orkos del convoy perfectamente podrían habernos visto, y hubiéramos tenido que enfrentarnos a una batalla campal en toda regla.

-Eso es cierto- estuve de acuerdo, aunque ninguno de nosotros realmente se lo creía, pero estábamos decididos a mantener nuestros temores a raya lo mejor que podíamos.

No había ningún otro destino obvio por aquí, pero, al fin y al cabo, eran orkos, así que, ¿quién podía saber realmente a dónde se dirigían? Hasta donde yo sabía, podía ser que por aquí cerca hubiera algún tipo de campamento, como el que Jurgen y yo destruimos con tanto éxito durante nuestro aterrizaje forzoso, lo que no era exactamente un pensamiento reconfortante, pero era ligeramente mejor que la de que los suministros que tan desesperadamente necesitábamos desaparecieran en los estómagos de una horda de Pieles Verdes. Me volví hacia Kolfax,

que merodeaba por los alrededores masticando una barrita de racionamiento. ¡Qué el Emperador me guarde, estaba comenzando a pensar que realmente le gustaban esas cosas!

-¿Todavía no hay ningún tipo de huellas o señales?

-Ninguna- me aseguró, con una confiada inclinación de cabeza. **-Pero eso no es nada sorprendente.**

Un viento tempestuoso llevaba soplando hacia ya varias horas, empujando sucesivas oleadas de aire caliente y espeso contra mi cara (junto con el omnipresente polvo), y yo había comenzado a sentirme como si estuviera siendo seguido por algún tipo de enorme y amigable animal.

-Aparte del polvo que ya estamos levantando, se aproximan una tormenta.

-¿Te refieres a una tormenta de arena?- le pregunté, y nuestro guía asintió con la cabeza.

-Sólo una pequeña, debería haber terminado al amanecer.

Tayber y yo nos miramos, la misma idea pasó por nuestras cabezas simultáneamente. Con orkos o sin ellos, estaríamos en serios problemas si no hallábamos refugio en el depósito de suministros. Era poco probable que los pacientes de Ariott sobrevivieran a otra noche al aire libre, incluso en unas condiciones razonables, y no sabía cuántos otros podrían morir por efecto del mal tiempo. Más

aún, necesitábamos poner nuestros vehículos a cubierto. Por muy robustos que fueran, sus motores llenos de arena los paralizarían, de eso no tenía la menor duda, y no creo que Felicia y sus ayudantes pudieran arreglarlos todos.

-Lo mejor será que nos pongamos en movimiento- concluí, bebiendo lo que quedaba de mi agua, y regresando hacia mi buggy. Tayber asintió con la cabeza.

-Eso será lo mejor- estuvo de acuerdo.



Las dos últimas horas antes de llegar a nuestro destino fueron casi insoportablemente tensas, mis nervios estaban cada vez más alterados, como un eco interno de la siniestra línea gris que crecía momento a momento a lo largo del horizonte. Kolfax lo observó periódicamente a través de su amplivisor, respondiendo a mis preguntas con vagas y exageradas predicciones del tipo: "Sí, está haciéndose más grande, bien". Así que fue algo sorprendente que cuando finalmente alcanzamos nuestro objetivo sobre una cima, el camión frente a nosotros se detuvo y nuestro guía se levantó para señalar algo en la llanura que teníamos debajo.

-Ese es el depósito- dijo, con su voz ligeramente distorsionada por el comunicador. Jurgen se detuvo junto al camión, yo levanté mi propio amplivisor. **-Parece que los Pieles Verdes han llegado primero.**

-No exactamente- dije.

Veíamos claramente nuestro objetivo, un grupo de cabañas prefabricadas toscamente camufladas medio enterradas en la arena (a menos que el viento se hubiera ocupado de eso), protegidas por un empinado terraplén y una alambrada. Pequeñas nubes de polvo traicionaban la presencia de los orkos que nos habían adelantado esta mañana, dando vueltas al complejo a velocidades vertiginosas y de una forma completamente temeraria. La distancia y el rugido de nuestros motores nos robaban el sonido, pero los destellos luminosos que salían de los vehículos y de las instalaciones sitiadas eran una señal bastante clara que nos confirmaba que allí se estaba desarrollando algún tipo de batalla.

-Parece que alguien lo está defendiendo.

-¿Alguna idea de quienes pueden ser?- me cortó Tayber. **-Podrían estar peleándose por el botín.**

-Eso no importa- dije. **-Sean quienes sean, vamos a entrar-** me volví para mirar el destartalado convoy que tenía detrás de mí. **-Desembarcad a los civiles y decirles que se refugien lo mejor que puedan. Luego volveremos a por ellos.**

Al menos, eso esperaba. Y sí no volvíamos, definitivamente tendrían más oportunidades de sobrevivir a pie que atacando un avispero de fuego con nosotros.

Con ese pensamiento en mi mente, hice una pausa para considerar la sabiduría de mi orden, pero, realmente no podía ver otra opción.

Intentar llegar al siguiente almacén de suministros estaba fuera de cuestión. No teníamos el suficiente combustible para llegar hasta allí, aunque por algún milagro la tormenta de arena que se aproximaba no estropeara primero nuestros vehículos. Nuestra única oportunidad era ahuyentar a los orkos y confiar en que quienes estuvieran defendiendo el depósito estuvieran de nuestro lado. Ignorando el escalofrío de aprensión que parecía haberse instalado en la boca de mí estomago, continué exponiendo nuestra estrategia.

-Una vez que estemos todos sobre la cima- dije, **-dirigíos directamente contra el grueso del enemigo y atacad a voluntad.**

En otras palabras, íbamos a usar su propia táctica contra ellos, y a esperar que estuvieran demasiado sorprendidos como para responder, al menos hasta que hubiéramos liquidado a algunos.

-No disparéis hasta que estemos encima de ellos. Con un poco de suerte pensaran que somos refuerzos suyos hasta que sea demasiado tarde- no era exactamente el mejor de planes, pero nadie tenía mejores ideas u objeciones (aparte de algunos civiles que parecían poco emocionados ante de perspectiva de ser abandonados en medio de la nada, pero la mayoría respondieron bastante bien a las razones y a la amenaza de ejecución), así que en contra de lo que me decía mi buen juicio, dirigí nuestra improvisada fuerza hacia adelante y ordené cargar.

La verdad es que la experiencia fue inesperadamente estimulante. A medida que avanzábamos por la pendiente, alzando una enorme nube de polvo al hacerlo, escuché claramente a varios de nuestros reclutas de la milicia gritando como Pieles Verdes, superando incluso el rugido de los motores.

Sentí una ligera punzada de ansiedad al ver la enorme y orgullosa bandera de arena volante que íbamos arrastrando a nuestra estela, lo que descartaba casi cualquier elemento sorpresa que de otro modo pudiéramos haber tenido. Ya sólo cabía esperar que ese mismo polvo cubriera nuestra identidad hasta que estuviéramos listos para atacar. Sin embargo, ya no había tiempo para preocuparse por eso, los Pieles Verdes estaban cada vez más cerca, y aproveché ese momento para lanzar por el vox una advertencia de última hora.

-No abráis fuego hasta que tengáis un objetivo seguro- les recordé, **-y haced que cuente, no falléis. Sólo tendremos una oportunidad, y si la jodemos, tendremos serios problemas.**

Fui recompensado por un coro de asentimientos y me coloqué en mi puesto con el bolter pesado, tratando de compensar las violentas sacudidas de la plataforma de tiro desde la que tenía que disparar. Un buggy con un chillón esquema de pintura roja pasó a todo velocidad abriéndose paso a través de las miras de puntería de mi arma, yo moví el montaje del bolter, tratando de mantenerlo centrado. La voz de Felicia resonó en mi comunicador.

-Comisario, estoy captando algunas señales. Son muy débiles…

-Pásamelo- la dije. Una nube de estática estalló en mi oído, entretejida con fragmentos de varias voces, ninguna de ellas comprensible. **-Parece una red táctica.**

-Eso es lo que yo pensaba- me confirmó la tecno-sacerdote.

Bueno, eso era un alivio, al menos los que estaban en el depósito de suministros eran humanos.

-Estoy intentando colarme en la red, pero este particular y bendito regalo del Omnissiah es una verdadera mie…

-Sigue intentándolo- dije, mientras una columna de arena brotaba a unos pocos metros a la izquierda de nuestro buggy moviéndose a toda velocidad. Jurgen comenzó a efectuar maniobras evasivas y no perdí el tiempo en avisar a los demás para que hicieran lo mismo.

-Parece que los Pieles Verdes ya nos han visto, señor- dijo.

-¡Qué se jodan los Pieles Verdes!- repliqué furioso, viendo como una nubecilla de humo salía desde lo alto del terraplén. **-¡Eso lo ha hecho nuestra propia gente!**

Para ser justos, difícilmente podían ser culpados por cometer el mismo error que esperábamos que cometieran los orkos. Me aferré desesperadamente al montaje del bolter cuando giró violentamente alrededor de una ruina ardiente que se parecía incómodamente al vehículo en el que estábamos montados, y otra parte del desierto entró en erupción, esta vez lo suficientemente cerca como para cubrirnos de arena.

-¡Y nos tienen dentro de su alcance, maldita sea!- ahora sólo era cuestión de segundos antes de que los morteros ocultos nos causaran algún daño real. **-¡Felicia, necesito esa frecuencia, ya!**

-Estoy trabajando en ello- dijo alegremente ella, yo supuse que estaría sentada cómodamente en lo alto de la colina, disfrutando del espectáculo.

-Tullock, apunta contra los refuerzos que les están llegando- dijo de repente una nueva voz, clara y confiada, en mi oído. **-Quiero que acabes con ellos antes de que se acerquen. Los demás, seguid manteniendo la presión contra la primera oleada.**

Fuera quien fuera el que hablaba, parecía que conocían bastante bien su trabajo.

-De acuerdo, LT [*]- respondió alguien, presumiblemente Tullock, quien demonios fuera quien fuera.

[Un apodo familiar normalmente utilizado por el suboficial mayor para dirigirse al teniente responsable de su pelotón, de la misma forma que sus propios subordinados podrían dirigirse a él como “sarge”]

Inmediatamente le corté, y rara vez he agradecido tanto mi código de anulación de comisario.

-Aquí el comisario Ciaphas Cain, al mando del convoy que se aproxima desde el este.

Eché un vistazo a mí alrededor y, horrorizado, me di cuenta de que la habitual forma suicida de conducir de Jurgen nos había llevado ligeramente delante de los demás, y ahora estábamos corriendo por la llanura, dirigiéndonos hacia los Pieles Verdes.

-Llevamos tropas imperiales y refugiados civiles en vehículos enemigos capturados. Concentre su fuego contra los orkos que hay frente a nosotros.

-Demuéstrelo.

El teniente desconocido claramente iba a ser tan difícil de convencer como Tayber, pero al menos contuvo la tormenta de proyectiles de mortero que yo ya estaba convencido que estaba a punto de caer sobre nosotros.

-Estoy a punto de hacerlo- le prometí, y volví a apuntar al buggy rojo. Los disparos de Tullock contra nuestros vehículos parecían haber convencido a los Pieles Verdes de que estábamos de su parte, una ilusión que me encantaría de destrozar. **-¡Seleccionad vuestros objetivos!**

Un coro de voces me aseguró que el resto de nuestro grupo ya lo había hecho, y apreté el gatillo.

Ya estábamos lo suficientemente cerca como para distinguir la tripulación del destartalado vehículo, con un par de musculosos Pieles Verdes a bordo, uno conduciendo y el otro sujetándose al soporte de algún tipo de arma pesada, dirigiendo un chorro de disparos mal dirigidos hacia los defensores atrincherados.

Cuando el tirador se volvió hacia mí, prestándonos finalmente atención, me di cuenta de que era capaz de distinguir que toda su mandíbula inferior había sido reemplazada por un burdo augmetico de metal remachado. Apreté el gatillo, y bien por simple suerte, o

por la guía de la mano del Emperador, la corriente de proyectiles explosivos destrozó su torso, y salió despedido contra la arena convertido en un amasijo de vísceras y sangre. El conductor reaccionó al instante, dirigiéndose hacia nosotros, tratando de embestirnos.

-¡Eh, no, no o hagas!- Jurgen frenó en seco, yo casi me choco contra la dura superficie del bolter, pero tras años de experiencia de su peculiar forma de conducir, ya estaba advertido de lo que podía pasar y logré amortiguar el impacto con la palma de mi mano, y lancé una lluvia de proyectiles contra el compartimiento trasero ahora desocupado del vehículo enemigo.

Como yo esperaba, debía haber allí almacenadas algunas cajas de munición de repuesto o un bidón de combustible, porque todo eso repentinamente estalló convirtiéndose en una bola de fuego. Asombrado, el conductor orko perdió el control y giró hacia fuera, le alejó ardiendo y perdiendo trozos del chasis hasta que impactó contra una duna de arena. Jurgen maniobró en realizando un giro más amplio, buscando otro objetivo.

Nuestro ataque había sido un éxito impresionante, al menos cuatro de los camiones y buggys enemigos fueron destrozados por nuestras ráfagas iniciales, y el resto se dispersó en estado de pánico. Para mi alivio, sólo un par de camiones grandes tenían tropas a bordo, y uno de ellos esta inutilizado, sus ocupantes se alejaban de él, blandiendo sus armas portátiles. Unas pocas ráfagas impactaron inútilmente contra nuestro blindaje, yo las ignoré, sabiendo que no debía desperdiciar municiones tratando de alcanzar a los orkos a pie. Sin embargo, hice bien en no disparar, porque uno de nuestros camiones pasó por medio del grupo de orkos, aplastando a un par de Pieles Verdes bajo sus ruedas, mientras que el equipo de milicianos de Grenbow disparaba contra

los demás con sus armas (por supuesto, esto no hizo mucho más que confundirlos aún más, lo que por lo general, no es muy difícil de hacer con esas criaturas, pero al menos les impidió reagruparse).

-¡Justo delante de usted, comisario!- gritó Grenbow, olvidando en su excitación que tenía el micrófono de su comunicador portátil justo junto a su boca, casi dejándome sordo.

Afortunadamente, Jurgen no se asusta fácilmente, dando un volantazo hacia un lado que resonó en toda mi columna vertebral, justo cuando una granizada de munición de grueso calibre comenzó a repicar contra la placa de blindaje que protegía mi posición de tiro. Me volví, buscando un objetivo, para encontrarme con un trío de motocicletas lanzadas contra nosotros, unos cañones automáticos, o algo con un efecto estroboscópico similar, escupían muerte en nuestra dirección.

Abrí fuego casi al mismo tiempo que los hizo el arma pesada del camión, vi a Demara agarrándose sombríamente al cañón automático ante las fuertes sacudidas mientras trataba de mantenerlo apuntado, mientras Tamworth introducía de golpe otra cinta de munición en la recamara, al parecer firmemente sujeto, apoyado contra la puerta trasera.

-¡Felicia!- grité sorprendido. **-¿Qué demonios estás haciendo aquí?**

-Manteniendo nuestros comunicadores abiertos- ella me dirigió un alegre gesto mientras el camión se acercaba para seguir nuestro rumbo. Su mecandendrita, que rodeaba una barra metálica del chasis, la sujetaba firmemente en su lugar. **-¿De qué forma cree**

que me he puesto en contacto con la otra red de comunicaciones?

No había tiempo para discutir el asunto, las motocicletas orkas se acercaban rápidamente, con sus jinetes encorvados sobre sus manillares. El líder, ancho y musculoso, incluso para un orko, sonrió ampliamente cuando nos acercamos, los cuernos de algún gran animal adornaban la parte delantera de su casco [*].

[Un signo de estatus muy común entre los Pieles Verdes, presumiblemente con la intención de demostrar que habían vencido a algo aún más grande y repugnante que ellos]

Un instante después, su sonrisa desapareció, junto con la mayor parte de su motocicleta, que pareció desintegrarse cuando Demara finalmente consiguió controlar su cañón automático.

-¡Bieeenn! ¡Atrapé a uno!

-Bien hecho - respondí. **- Pero no seas tan engreída.**

Dirigí mi bolter pesado hacia la más cercana de las dos motocicletas restantes, arrancándola la rueda delantera. El artilugio se estrelló contra la arena, dio la vuelta en el aire y cuando cayó, aplastó a su jinete bajo su peso.

-¡Mío!- dijo Jurgen, como si estuviera reclamando una captura en el saltamontes [*]. Antes de que pudiera adivinar sus intenciones, hizo girar las ruedas, y aplastó la motocicleta restante, pasando rebotando sobre los restos. Con el peso de nuestro eje trasero pasando por encima, la rueda trasera de la máquina orka continuó

girando durante un momento, y un par de piernas comenzaron a patear débilmente, agitando absurdamente el aire como si su dueño estuviera intentando escapar. Un instante después, el camión nos siguió, reduciendo los restos que quedaban a simple chatarra y una mancha sanguinolenta.

[El Saltamontes es un juego muy popular en el grupo de mundos Britannicus, presumiblemente llamado así debido al gran número de veces que los jugadores saltan al aire en sus intentos por interceptar el balón después de haber sido por un bate. Sus reglas con muy extremadamente misteriosas, y con muy poco sentido para cualquier persona que no sea nativo de uno de los mundos en los que se juega. Se sabe que los partidos pueden llegar a durar hasta un mes, eso sin contar las paradas por la lluvia, muy frecuentes, e incluso entonces suelen terminar en empate]

Sin embargo, no toda salía a nuestra completa satisfacción. Mirando a mi alrededor, vi a uno de nuestros buggys volcado, con su tripulación diseminada inmóvil a su alrededor, o temblando débilmente sobre la arena. Mientras observaba, uno de ellos trató de levantarse, sólo para ser partido a la mitad por un hacha asesina empuñada por un Piel Verde, al parecer uno de los guerreros del camión que habíamos destruido.

-¡Ayudad a los supervivientes!- le grité a Grenbow, y el camión se alejó de nosotros, para hacer lo que pudiera. Cambié de frecuencia, volviendo a ponerme en contacto con el teniente desconocido.

-¿Ya se ha convencido?

-Razonablemente.

El otro camión de los orkos derrapó hacia un lado, con un limpio agujero perforando su blindaje lateral, un chorro de metal fundido

salpicó a su desgraciada tripulación, el inconfundible resultado de algún tipo de arma de energía. Me volví, y vi la familiar silueta de un Chimera imperial asomándose sobre una duna de arena cercana, con la torre armada con el multi-láser girando para rastrear su objetivo.

-Por cierto, gracias por mantenerlos ocupados.

El láser del Chimera volvió a disparar, alcanzando el depósito de combustible, el camión estalló, convertido en una bola de fuego. Dos Chimeras más aparecieron ante mi vista, con sus multi-láser disparando contra sus propios objetivos, y de pronto, me di cuenta aliviado de que los únicos vehículos orkos que podía ver eran los supervivientes de nuestro propio convoy. Aparte del que había volcado, parecía que no habíamos perdido ninguno más, y nuestras bajas, a primera vista, parecían asombrosamente escasas.

-Ha sido todo un placer- dije secamente, mientras Jurgen apagaba el motor y frenaba frente al vehículo de mando, fácilmente distinguible de los demás del grupo por una serie de antenas de vox situadas sobre su casco.

El Chimera también se detuvo, con el motor al ralentí, mientras sus compañeros seguían rodando hacia adelante, con los lanzallamas pesados instalados en sus cascos lanzando fuego para terminar con los dispersos supervivientes Pieles Verdes que trataban de huir a pie. No lo consiguieron muchos, y hasta donde podía ver, nuestros civiles armados, sin duda le dieron la bienvenida a la oportunidad de un poco de venganza, se ocuparon entusiasmados con los orkos que lograron de huir de los lanzallamas.

Baje del buggy y caminé hacia el Chimera parado, enderezando mi gorra y sacudiendo el polvo de la faja roja de mi cintura mientras caminaba.

-¿Y usted es…?

-Teniente Piers.

La escotilla de la torreta se abrió de par y un hombre sorprendentemente joven con el uniforme de las FDP me miró fijamente. **- Debo decir que usted no es exactamente lo que esperaba cuando me dijo que era comisario.**

-He estado ocupado- contesté. Hice un gesto a lo alto de la colina. **-Dejamos allí a los civiles, a un par de kilómetros. ¿Puede enviar a alguien para que los recoja?**

Como yo esperaba, la muestra de preocupación por los civiles fue suficiente para cortocircuitar cualquier argumento en mi contra que hubiera podido tener. Todavía seguía confundido, y nadie podía culparlo por ello, pero asintió con la cabeza.

-Me ocupare de ello- prometió. Sus ojos se abrieron de par en par cuando dio un primer vistazo a los vehículos que habíamos robado y la banda de piratas irregulares que iban montados en ellos, y se quedo boquiabierto cuando Jurgen bajó del buggy para colocarse detrás de mí hombro, como era habitual. **-¿Puedo hacer algo más por usted?**

-¿Supongo que no tiene algo de tanna?- pregunté esperanzado.

Piers negó con la cabeza. **-Nunca he oído hablar de nada llamado así-** dijo.



DIECIOCHO

Bien, puede que no tuvieran tanna, pero tenían prácticamente todo lo demás que podría haber deseado, incluyendo duchas y aire acondicionado. Poco más de una hora después del combate, estaba de una casi olvidada sensación de comodidad, sintiéndome limpio, fresco y saboreando una taza de recafeinado que Jurgen había encontrado para mí, mientras estaba sentado en una mesa, en el interior de una de las cúpulas, narrando a Piers los detalles de nuestro viaje hasta allí. El leve sonido de la tormenta de arena contra las paredes de nuestro refugio también era silenciosamente relajante a su manera, a pesar de ser un tangible recordatorio de que acabábamos de alcanzar una relativa seguridad.

-¿De verdad cree que podemos lograrlo?- preguntó.

Yo asentí.

-Sí no, no lo haría- dije, evitando tocar el evidente hecho de que una gran parte de mí improvisada escolta no sería tan afortunada. Señalé con la cabeza los mapas que había entre nosotros. **- Hay dos depósitos de suministros más entre aquí y las tierras bajas. Después de eso, podemos vivir del terreno, pero todavía seguiremos teniendo que abastecernos de combustible y municiones.**

-Lo conseguiremos- asintió Piers con la cabeza, ya dando por sentado que iba a unirse a nuestra pequeña expedición, algo por lo que yo le estaba muy agradecido.

Yo esperaba tener que persuadirlo, posiblemente incluso teniendo que hacer uso de mi autoridad como comisario, pero alguna razón, la idea de poder familiarizarse con el grueso de ejército Piel Verde casi en solitario parecía atraerlo. No lo cuestioné en aquel momento, simplemente le di las gracias al Emperador por los idiotas entusiastas, y volví a estudiar los aspectos prácticos. La verdad, y no sé bien por qué, me encontraba a gusto con el muchacho, probablemente porque me recordaba a Divas.

-¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo?- preguntó Tayber.

También estaba sentado en la mesa, así yo no tenía que perder tiempo informándole posteriormente, además era el soldado de más rango del convoy, así que también pensé que sería bastante diplomático incluirlo en la reunión. Además, hasta ahora no me había defraudado, (a menos que contásemos que me cargó de civiles y me hizo ser su niñera), y Piers todavía era un desconocido; no me haría ningún daño tener al veterano sargento allí para respaldarme si había un conflicto de intereses.

-Por lo que he oído, lo mismo que usted, sargento- dijo Piers. **-Después de que nuestro regimiento fuera dispersado, nos escondimos, y comenzamos a lanzar ataques por sorpresa contra cualquier blanco que pudiéramos encontrar.**

Tayber asintió con la cabeza. Esa había sido la última orden coherente que le llegó antes de la cadena de mando se derrumbara

por completo, o eso es lo que me había dicho poco después de que nos conociéramos.

-Vinimos aquí ayer para reabastecernos de suministros y municiones, y quedamos atrapados por sorpresa cuando los Pieles Verdes encontraron el lugar- el teniente manipuló los controles de la tabla de datos con los mapas y el icono que marcaba el depósito de suministros se volvió rojo. **-Por desgracia, ahora tendremos que volar lo que quede cuando nos retiremos. Ahora que ya saben dónde está, los Pieles Verdes volverán.**

Asentí. La razón de su afán de unirse a nosotros ahora ya estaba lo suficientemente clara: resultaba evidentemente que era un ferviente partidario del concepto de "*la seguridad la da el número*", como yo. Y no sería yo quien criticara su razonamiento; no creía que ningún Piel Verde hubiera sobrevivido a la batalla, pero cuando estos no volvieran, quienquiera que fuera el que los había enviado mandaría a otros, y en mayor número.

-Parecían saber hacia dónde iban cuando nos pasaron -dijo Tayber.

Miré con curiosidad a Piers. **-¿Alguna idea de por qué sería eso?**

El joven teniente se encogió de hombros. **-¿Encontraron un mapa? -** sugirió. **-O quizás una de las otras unidades que usaban este depósito no fue tan afortunada como nosotros.**

-¿Otras unidades?- pregunté.

-Esta es la tercera vez que venimos aquí- respondió Piers. **-Cuando apunté en el libro de salidas del depósito lo que habíamos cogido, me di cuenta de que había otras salidas durante el último mes.**

Maravilloso, toda su sociedad se estaba derrumbando alrededor de sus orejas, y lo que quedaba de las FDP todavía andaban rellenando formularios.

-Muéstremelo- dije.

Llevo algo de tiempo, pero después de una pequeña búsqueda y algunos gritos por los pasillos del depósito, el sargento de Piers, un hombre grande y taciturno llamado Vyner, apareció con una tabla de datos que puso en la mesa, entre nosotros. Piers la manipuló durante un momento, hasta que apareció un formulario de solitud estándar.

-Aquí. Estos son nuestros- señaló un par de cosas. **-Me parece que hay otras tres unidades activas en esta zona -** miró a Tayber detenidamente. **-Cuatro, contando la suya.**

-Nosotros encontramos todo lo que necesitábamos en la ciudad- respondió Tayber.

-Ya veo- el joven teniente sonrió. **-Muy amables los Pieles Verdes por dejarle llevarse cosas prestadas de su botín.**

-¿Hay alguna indicación de quienes pueden ser esas unidades? - le pregunté.

Piers negó con la cabeza. **-Ninguna, todo está encriptado. Seguridad, supongo que lo entiende, por si el enemigo toma la instalación. Así no podrán saber que hay por ahí afuera.**

Yo asentí lentamente. Tal vez Felicia pudiera hacer algo al respecto, o no. En cualquier caso, una vez que cesara la tormenta, había una forma mucho más sencilla de averiguarlo.

-Tengo que hablar con su hombre de transmisiones.



Al amanecer, la tormenta de arena casi se había disipado (tal y como Kolfax había predicho, para su mal disimulada satisfacción), y desafié las ráfagas de arena para inspeccionar correctamente el lugar. El depósito más grande almacenaba comida y agua, así que deje allí a Norbert para que organizara la distribución, yo seguí adelante para encontrarme con Felicia y el resto de los vehículos mucho más feliz. Incluso si aumentásemos nuestro número con nuevos reclutas, todavía seguiríamos teniendo lo suficiente para mantenernos viajando una gran distancia. Eso, por supuesto, asumiendo que aquí también hubiera suministro de combustible.

-¡Hay cantidad de barriles llenos!- me tranquilizó la hermosa tecno-sacerdote. -**Sólo el Omnissiah sabe como conseguiremos llevarnos todo, pero nos las arreglaremos.**

Ella me condujo hacia un cobertizo con una gran puerta en su costado, un extraño aura de expectación la rodeaba.

-Esto debería ayudar- dijo, luego abrió la puerta hacia un lado con su mecandendrita, haciendo que la reseca madera temblara al detenerse. Un par de soldados de Piers aparecieron, como ratas asustadas por el ruido, con sus armas apuntándonos, cuando vieron que éramos nosotros, se relajaron y bajaron sus armas. Yo asentí hacia ellos cortésmente, satisfecho por su nivel de alerta y me volví para mirar dentro del cobertizo que era lo que hacía tan feliz a Felicia.

-¡Es un Sentinel!- dije asombrado.

La enginseer sonrió. **-Mucho mejor que eso-** dijo ella, encendiendo los lumen del techo. **-Es un elevador de cargas.**

Yo, por supuesto, ya los había visto antes, muchas veces, pero todavía seguían pareciéndome algo extraño. En lugar de armas, el elevador de cargas estaba equipado con un conjunto de garras mecánicas, destinadas a cargar y manipular cargas pesadas, con un gran contrapeso colgado de su espalda, como si fuera una mochila de roca.

-Una vez que lo ponga en marcha, terminaremos pronto de cargarlo todo.

No tenía sentido preguntarla quien esperaba que manejara esa cosa, lo miraba con adoración y yo tomé notal mental de encontrar

asuntos urgentes que atender tan pronto como ella empezara a jugar con ese trasto.

-Me alegra oír eso- dije. **-¿Cómo están los vehículos?**

-Bueno, como siempre- dijo, lo que significaba que estaban bien, más o menos, considerando para empezar que eran basura orka. **-En estos momentos están un almacén. Aldiman y Lyddi los están revisando.**

Después de un segundo de reflexión, me di cuenta de que se refería a sus ayudantes que, al parecer, habían progresado y ya eran capaces de hacer algo más que apretar tornillos (de hecho, cuando terminó nuestro viaje, ambos llevaban iconos de la rueda dentada, y parecían creerse que era ingenieros en todo menos en el nombre [*]).

[De hecho, cuando terminó la misión, ellos llegaron a convertirse en hermanos seglares del Mechanicus]

-¿Y el material imperial?- pregunté.

Felicia se encogió de hombros, visiblemente renuente a apartar la atención de su nuevo juguete.

-Tenemos cinco Chimeras, todos en buen estado, considerando lo que han pasado. Podríamos hacerles un mantenimiento rutinario, pero me temo que eso no es una opción en estos momentos- ella se encogió de hombros, la mecadendrita se

balanceó sobre ellos mientras lo hacía. **-Me parece que estos momentos lo que no nos sobra es tiempo.**

-Efectivamente- la aseguré. **-Tenemos que marcharnos de aquí mañana por la mañana, eso a más tardar.**

Tras un breve debate, Piers, Tayber y yo habíamos determinado que la concentración conocida más próxima de orkos esperaría que sus exploradores regresaran alrededor del mediodía de hoy, y que comenzarían a prepararse para ponerse en movimiento mañana al amanecer, para averiguar que les había sucedido. Todo esto, por supuesto, no eran más que suposiciones, pero dadas las circunstancias, ninguno de nosotros estaba dispuesto a arriesgarse.

-¿Puedes tenerlo todo preparado para entonces?- la pregunté.

-¡Oh, sí!- contestó, con demasiado entusiasmo para mi tranquilidad, y me fui a buscar al operador de vox de Piers, escapando antes de que ella pudiera poner en funcionamiento al elevador de cargas.

El operador era un hombre delgado, de aspecto huraño y enfermizo, por lo que recuerdo, y me estaba esperando en la rampa del Chimera de mando, como estaba previsto, claramente preguntándose si debía saludar a un comisario. Al final se decidió por una especie de flojo saludo, al que yo respondí con un saludo y un taconazo propios de un patio de armas y una sonrisa lo suficientemente amistosa para que no se asustase demasiado.

-Todo está preparado- me aseguró, y me acompañó al acogedor interior del transporte acorazado, a cubierto de las menguantes

ráfagas de viento.

El vehículo era algo más estrecho que el modelo estándar, para dar cabida al auspex y a los equipos de comunicaciones adicionales, hasta lo que me acompañó Marquony, el operador de vox. Yo había estado en el interior del vehículo de mando de Mostrue en muchas ocasiones, y ya estaba familiarizado con su diseño, aunque, por supuesto, había algunas diferencias menores, y me senté a su lado con plena confianza.

-Los que estén dentro del alcance tienen unos dos minutos para escuchar la transmisión- dijo el operador.

Otra orden permanente desde la invasión, y muy práctica para mí entender, debo añadir. Con toda la potencia de la emisora del Chimera detrás de nosotros, la transmisión podría llegar a cualquier aliado potencial dentro de un radio mucho más amplio de lo que era posible con la unidad portátil que Grenbow había llevado (a la que Felicia ya había puesto a descansar en paz, una vez realizados los sacramentos apropiados).

-Gracias- dije, introduciendo mi código de comisario mientras hablaba.

Dado el escepticismo contra el que me había enfrentado con Tayber y Piers, yo tenía que establecer mi autoridad en mensaje desde el principio, eso nos ahorraría muchas discusiones. Marquony miró su cronógrafo, movió algunos diales y conmutadores y asintió con la cabeza.

-Ya está en el aire.

-Aquí el comisario Caiphas Cain, a todas las unidades imperiales que estén dentro del alcance- dije, intentando reflejar en mi voz la cómoda expectativa de obediencia que me habían enseñado en la Schola. **-Punto de encuentro en el depósito de suministros Sigma Doce mañana al amanecer. Fin de mensaje.**

Asentí con la cabeza hacía Marquony, que cortó la energía. Permanecimos escuchando la estática durante al menos veinte minutos, pero no llegó ninguna respuesta, ni siquiera un sorprendido *"¿ha dicho comisario?"*, como yo casi esperaba.

Marquony me sonrió. **-Buena disciplina de vox. Cuanto menos se hable mejor evitar que los Pieles Verdes nos capten.**

-Tiene que ser eso, o es que no hay nadie ahí afuera- dije, intentando que sonara como si estuviera bromeando.



Al final, resultó que mis temores eran totalmente infundados. Nuestro primer grupo de rezagados llegó poco antes del mediodía, añadiendo otros dos Chimeras y algo más de una docena de soldados a nuestro variopinto grupo. Esto nos daba la fuerza de casi un pelotón al completo, una vez que se sumaran a los supervivientes de la unidad de Piers, eso por no hablar de que podríamos dedicar un Chimera casi exclusivamente al transporte de suministros. Dejé al sargento responsable de los recién llegados,

para discutir los aspectos prácticos de su integración en la cadena de mando con Piers y Tayber, y me fui a buscar otra jarra de recafeinado.

La cosa es que allí me encontré a Norbert, que evidentemente había tenido la misma idea que yo, y se unió a mí en la mesa.

-Esto ha sido un golpe de suerte- dijo, mostrándome su placa de datos. **-He podido asignar parte de nuestras reservas de combustible y de las municiones a un vehículo blindado. Así será menos probable que sean alcanzadas por una ráfaga perdida.**

Era una apuesta arriesgada, el impacto de un misil krak (perforante, nt) o de un arma de energía y perderíamos buena parte de nuestros suministros, pero los Pieles Verdes no parecían tener demasiadas de ambos tipos. De todas formas, sería mucho más seguro que llevar la mayor de nuestro material volátil en una de los vehículos abiertos de los orkos.

-¿Qué pasa con el resto del material?- le pregunté.

El escriba se encogió de hombros. **-Lo estoy dividiendo entre los camiones y un par de buggys. Estamos cargando todo lo que podemos y de manera uniforme. Incluso si perdemos uno o dos camiones en algún combate, eso no nos causara demasiado daño.**

Norbert no sonó demasiado optimista ante esa perspectiva, pero no podía culparlo.

-Aun así- continuó, **-tendremos que dejar atrás parte de los artículos, no tenemos capacidad para llevárnoslo todo.**

-Estoy seguro de que lo tienes todo bajo control- dije.

-He elaborado una lista de prioridades- me contestó. -**Alimentos, agua y suministros médicos, por supuesto, así como suficiente material para mantener en funcionamiento nuestras armas-** se refirió a algunos de los artículos del inventario que había preparado. **-Algunos de los milicianos están pidiendo armas nuevas, para reemplazar el armamento orko que tienen.**

-Diles que cojan lo que quieran- contesté. **- Hay de sobra en el arsenal**.

Cuanto más repartiésemos y ellos llevaran en las manos, menos tendríamos que cargar. Además, que me condenaran si iba a abandonar cualquier cosa que los orkos pudieran utilizar, pero volar algo que podríamos necesitar más tarde iba contra mi naturaleza. Además, las armas que habíamos arrebatado a los Pieles Verdes eran probablemente tan letales para los que las usaban como para sus objetivos.

-Eso haré- susurró Norbert. **-¿Y el resto de los civiles?**

Me encogí de hombros. **-¿Y por qué no?**

Llevar un arma haría que se sintieran mucho más seguros, no tenía la menor duda al respecto, y apuntar no era exactamente una opción mientras se viajaba botando en la parte de atrás de una de las monstruosidades orkas.

-Cualquiera que quiera puede armarse. Siempre que dejen que uno de los hombres de Tayber les enseñe como se usa el arma, y que están dispuestos a seguir órdenes una vez que comience el combate- dije.

Eso evitaría que la mayoría de ellos se dispararan en sus propios pies, y pondría más carne de cañón entre los orkos y yo si las cosas se ponían realmente desesperadas.

-Suena razonable- estuvo de acuerdo Norbert.



Bueno, pensando en retrospectiva, supongo que he tenido ideas mucho mejores, pero eso pareció animar a los refugiados, y al final, casi todos cogieron un fusil láser o algo parecido, consolidando así su estatus como parte de nuestro creciente ejército irregular. Incluso Ariott llevaba una pistola la siguiente vez que lo vi, aunque me aseguró que no tenía la menor intención de usarla.

Yo había estado algo preocupado por las posibles dudas que podrían tener los soldados regulares de las FDP, pero a todos pareció no importarlos. Si los civiles podían cuidar de sí mismos, ellos podrían concentrarse en luchar contra el enemigo sin

distracciones, o eso parecían pensar, yo me encontré a más de un soldado dando lecciones personales de tiro a algunas de las mujeres del convoy, lo que supongo que era una señal de cómo mejoraba la moral a nivel general.

De hecho, todo el campamento pronto pareció inundado por un aire de propósito común que me sorprendió bastante. Poco antes de anochecer tuve otra charla con Piers, junto a un bocadillo de grox en conserva y una taza de recafeinado. Hasta ese momento, habían aparecido unos cuantos rezagados más, trayendo consigo dos camiones pesados, lo que hizo que Norbert se frotara prácticamente las manos de entusiasmo, un trío de Salamanders (modelo de exploración), junto a todos sus tripulantes, y un Chimera equipado como vehículo de evacuación sanitaria. Envié al vehículo, y a los dos enfermeros que lo manejaban, junto a Ariott y los heridos, que estarían mucho más cómodos a bordo de él que en los trastos de los Pieles Verdes en los que hasta ahora habían estado condenados a viajar.

-Ninguno de nosotros se había sentido así desde que llegaron los Pieles Verdes- dijo el joven teniendo, arrancando un mordisco de su bocadillo. Me miró, masticando furiosamente durante un momento y mirándome con una peculiar expresión en su rostro. **-Hasta ahora solo tratábamos de sobrevivir, ahora tenemos un nuevo objetivo.**

-El objetivo es el mismo que siempre ha sido- le contesté. **-Limpiar este mundo de orkos.**

-Es fácil decir eso para usted- Piers tomó un trago de recafeinado, retrocediendo ligeramente cuando Jurgen se acercó

para rellenar su taza. **-Para usted, esto no es más que otra campaña. Pero la gente de aquí, ha perdido todo lo que tenía.**

-Excepto su espíritu de lucha- dije, pasándome con facilidad al papel de comisario que tanto trabajo me había costado prepararme. **-Y eso es todo lo que necesitan para recuperar su mundo.**

Y mantenerme a mí en una sola pieza, esperaba sinceramente.

Piers asintió, tragándose totalmente mis palabras.

-Yo también pienso eso- dijo solemnemente. Alzó la voz, que resonó en los huecos entre los almacenes, incluso por encima del bullicio de civiles, soldados y milicianos, que corrían de un lado a otro llevando cajas y fardos hacia los vehículos.

-¡Hoy es el día en que en el que hemos dejado de correr y escondernos! ¡Hoy es el día en el hemos dejado de hostigar al enemigo y comenzamos a hacerlos daños de verdad! ¡Hoy es el día en el que los Pieles Verdes comenzaran a temernos!

Un rugido de aprobación brotó de sesenta gargantas, resonando entre las estructuras que teníamos a nuestro alrededor. Yo me aleje entre las sombras, contento de que los Perlianos disfrutaran de su pequeño momento. Bien sabía el Emperador que todo sería mucho más difícil una vez que reanudáramos nuestro viaje.

-¡Fuera de mi camino! Oh, eres tú. Lo siento- Demara me rodeó, llevaba en sus brazos un cañón automático de apoyo, que era casi

tan grande como ella. Tamworth iba unos pasos detrás, llevando el trípode y el escudo del arma colgado de su espalda, y cajas de munición en ambas manos.

Una extraña mezcla de agresividad y respeto a regañadientes se reflejó en la cara de la pandillera. **-¿Se supone que debo decir "*señor*"?**

-Esa es la costumbre- dije. **- Pero yo no soy exactamente un purista de las formas.**

-Hemos cogido esto, señor- dijo Tamworth.

Demara asintió con la cabeza. **-Gracias por permitir que cogiéramos cosas-** un parpadeo de duda apareció en sus ojos. **-No se refería solamente a fusiles y cosas parecidas, ¿verdad?**

-Podéis coger todo aquello que necesitéis- la aseguré.

-Relájate- dijo, mirando a Tamworth. **-¿Ves? Te dije que estaría bien.**

Ella volvió su atención hacia mí. **-Tam dijo que se suponía que solamente podíamos coger armas portátiles-** ella miró el arma pesada que abrazaba en sus brazos tan cariñosamente como si fuera un gatito grynx (Los Grynx son unos extraños y raros felinos xenos, similares a los gatos terranos, utilizados como mascotas y que mejoran las habilidades psíquicas de los Eldar y de los psíquicos humanos, nt). **-Pero en cuanto lo vi, lo supe, este tenía que ser mi arma.**

-Pues que te diviertas con ella- dije.

Los dos me sonrieron y salieron corriendo hacia la creciente oscuridad. Un momento más tarde, el elevador de cargas se acercó al almacén más cercano y se detuvo entre el silbido de sus pistones, una caja casi tan grande como yo colgaba de sus garras. Felicia me sonrió, su túnica blanca la hacía parecer un fantasma benévolo en la oscuridad.

-Esto es casi lo último - me dijo. **-Al menos, de lo que podemos utilizar.**

-Bien- asentí. **-¿Qué queda?**

-Proyectiles de artillería, en su mayoría, pero no tenemos nada con que dispararlos- su sonrisa se ensanchó. **-Producirán una hermosa explosión cuando volemos el lugar.**

-Me alegro de oír eso- dije. **-¿Cómo están los vehículos?**

Ella asintió con la cabeza. **-Voy a efectuar algunas comprobaciones finales durante la noche.**

Su energía me sorprendió en aquel momento; sólo más tarde descubrí que muchos tecno-sacerdotes sustituían parte de su cerebelo por sistemas augmeticos que, entre otras cosas, les permitía estar sin dormir casi indefinidamente.

-Y si consigo algo de tiempo, tengo algunas ideas para este elevador.

-¿Quieres llevártelo con nosotros?- pregunté, asombrado.

-Oh, sí. Puede que sea un perfecto elevador de cargas, pero está construido sobre el chasis de un Sentinel- su voz adquirió el inconfundible tono del entusiasmo. **-Será mucho más rápido y maniobrable en terreno accidentado que un Chimera.**

Ella alzó una garra, a modo de saludo. Yo me estremecí, pensando que la caja se iba a estrellar contra mis pies, pero la carga no llegó a moverse, permaneció en su lugar mientras ella manejaba diestramente el miembro mecánico.

-Y nos será de mucha utilidad si se atasca algún vehículo.

-Esa es una buena razón- dije, apartándome para dejarla pasar. Me volví hacia Jurgen. **-Nosotros también deberíamos retirarnos.**

Mi ayudante asintió. **-Mañana será un día muy ocupado, señor-** estuvo de acuerdo.

Aunque si yo hubiera sabido el eufemismo que ocultaban esas palabras, no habría pegado un ojo en toda la noche.



DIECINUEVE

Pese a todas nuestras buenas intenciones, ya había pasado el mediodía antes de que nuestra variopinta colección de vehículos estuviera preparada para salir, yo oculté mi impaciencia lo mejor que pude mientras los civiles ocupaban sus lugares para el viaje. Las últimas provisiones iban colgadas en los laterales de los Chimeras, tan repletos de cargas externas que las armas antipersonal del los costados de los vehículos serían prácticamente inútiles.

Tayber se dispuso a volar el lugar hasta que llegara a medio camino del Trono Dorado. Habíamos colocado cargas de demolición en cada edificio, con una serie extra de detonadores unidos a la munición restante del arsenal, sólo por si acaso. Yo tenía la intención de estar bastante lejos antes de permitirle transmitir la señal de vox que activaría las cargas.

-Esto es lo último- me informó Tayber, trotando hacia el Chimera de mando donde Jurgen y yo nos habíamos instalado junto con Piers y lo que quedaba de su escuadra de mando.

Normalmente, yo habría seguido mi habitual hábito y hubiera requisado uno de los Salamanders para mi uso, para ya había tenido lo suficiente de viajar en un vehículo abierto en esas condiciones climáticas. Además, estaban mejor empleados haciendo el trabajo para el que habían sido diseñados: ir por delante de nosotros y por nuestros flancos, manteniéndose vigilantes ante cualquier desagradable sorpresa. Habían estado haciendo eso desde el amanecer, yo contactaba con ellos periódicamente, para

asegurarme de que hubiera señales de los Pieles Verdes, aunque no estaba dispuesto a permitir que esto me creara un falso sentimiento de seguridad. Desde que llegué a Perlia, había aprendido a confiar en mi vena paranoica con más fuerza que nunca.

Además de otros aspectos positivos, el vehículo de mando estaba situado justo en el centro de nuestro improvisado ejército, tan protegido como era posible. Eso, claro está, no es lo que le había dicho a Piers, a él la había recordado la necesidad de yo estuviera al tanto de cualquier acontecimiento inesperado, y que todo el conjunto de equipos especializados de vox y auspex de a bordo serían de un valor incalculable para esa tarea. El hecho de que yo pudiera hacer lo mismo, y casi con tanta facilidad, con mi comunicador personal mientras viajaba tragando polvo en la parte trasera de nuestro buggy no pareció habérsele ocurrido, y si le se le había pasado por la cabeza, lo había guardado para sí mismo.

-De acuerdo- le respondí, lanzando una última mirada a la chusma que llamábamos convoy. La mezcla de material orko y vehículos imperiales, todos tan sobrecargados con cargas externas que sus contornos apenas se podían distinguir, hacía que pareciésemos más un grupo de sin techo cargando con todas sus posesiones que una unidad militar.

Ya estaba a punto de dar la señal de partida, cuando el familiar silbido de los pistones y el chasquido de los ejes me alertó de la presencia del elevador de cargas. Me volví hacia el sonido, y fui recompensado por la alegre sonrisa de Felicia mientras se inclinaba fuera de la cabina. Yo me quedé boquiabierto, asombrado.

-¡Por el Emperador de Terra!- exclamé, **-¿qué le has hecho?**

-Te dije que tenía algunas ideas- contestó.

El tono de su voz era normal, pero resonó en el comunicador que llevaba en el oído, lo cual supongo que estaba bien, ya que no hubiera conseguido oír ni una sola palabra sobre el rugido de los motores que arrancaban a nuestro alrededor. Una de sus ideas había sido, evidentemente, la instalación de un equipo de vox.

En lugar del contrapeso de hormigón, había instalado un gran tanque de metal, que debía estar lleno de promethium, a juzgar por el confuso grupo de tuberías que adentraban en algún lugar de las entrañas de la máquina. Con tanto combustible a bordo, debería poder llegar hasta la costa sin detenerse, aunque, claramente, ella tenía la intención utilizarlo para otros fines: bajo la cabina del Sentinel había montado un lanzallamas pesado, cuyo elemento de encendido silbaba suavemente, llenando el aire con un ligero olor a quemado. Pero, ¡por toda la galaxia!, ¿cómo esperaba Felicia poder manejarlo? El panel de cabina normalmente reservado para el control de fuego estaba dedicado al uso de las garras, no tenía ni idea de cómo lo iba a hacer. Sólo tiempo más tarde, cuando la vi abalanzarse en medio de una patrulla de Pieles Verdes con cara de estar disfrutando, me di cuenta de que había preparado un gatillo manual que podía activar con su cola mecánica.

-Muy ingenioso- la dije, manteniendo mi voz lo más neutra posible.

Felicia volvió a sonreir y salió en busca de sus ayudantes, que se habían apropiado de uno de los camiones recién llegados para su colección de herramientas y piezas de repuesto (ahora bien repleta gracias a las existencias del depósito de suministros). Me volví hacía Piers.

-Ya podemos irnos.

-**Aquí Explorador Dos-** dijo una voz en mi oído. **-Contacto, cuadrante sureste, se acerca rápidamente.**

Uno de los equipos de Salamanders estaba haciendo lo que se suponía que tenía que hacer. Piers tenía un aspecto sombrío.

-Se mueven muy rápido- dijo.

Asentí con la cabeza, la sequedad de mi boca no se debía solamente al tremendo calor y al hedor del promethium quemado que expulsaban los motores de nuestros vehículos, al igual que Jurgen esparce su olor corporal. Parecía que nuestro pronóstico más pesimista sobre la respuesta de los orkos a la masacre de una de sus patrullas de reconocimiento estaba a punto de ser confirmada.

Me apresuré a esconderme en el interior sombreado del Chimera de mando, un rincón de mi mente todavía fue capaz de dar la bienvenida al súbito frescor, y me detuve junto al operador de auspex.

-¿Puedes darme alguna estimación de su número?- le pregunté. El hombre, Orrily, si recuerdo bien su nombre, negó con la cabeza.

-Se mueven muy deprisa- contestó.

-Todavía no están al alcance- explicó, y señaló un punto casi en el borde de la pantalla, confortablemente marcado con un icono imperial. **-Ese es Explorador Dos.**

-Aquí Cain- dije, interrumpiendo el rutinario reconocimiento del mensaje entrante por parte de Marquony. **-¿Puedes ver algo?**

-¡No, señor!

El cabo a cargo del equipo de cuatro hombres respondió instantáneamente, sin duda sorprendido por mi intervención y esperando causar buena impresión.

-Todo lo que hasta ahora podemos ver es el polvo que están levantando.

Hubo una pausa, y me lo imaginé mirando a través de su amplivisor, tratando de ver algo. **-Hay mucho polvo, señor.**

-Avísanos en cuanto tengas algo- dije. Me volvía hacia Piers y Tayber. **-Es hora de tomar una decisión. Nos quedamos y les esperamos, con lo cual podemos combatir a cubierto, o nos retiramos ahora mismo y nos arriesgamos a tener que luchar al aire libre si nos persiguen**.

-Debemos irnos- dijo Piers. Señaló la pantalla del auspex. **-Como mínimo están a veinte minutos de distancia.**

Tayber asintió con la cabeza. **-De todas formas, íbamos a destruir este lugar. Debemos retirarnos hacia lo alto de la colina, mientras aún tengamos tiempo.**

-Sin embargo, ¿debemos hacerlo?- reflexioné. **-Nuestras unidades militares pueden conseguirlo, no tengo la menor duda sobre eso, pero otra cosa es si el populacho civil será capaz de seguir su paso.**

La verdad es que la pregunta solamente era retórica, pero tenía que demostrar cierta preocupación por los refugiados. Desde luego, yo no iba a quedarme allí, esperando a los Pieles Verdes, y si algunos civiles terminaban actuando como un escudo humano para el resto de nosotros, pues bueno, yo podría vivir con ello. Así que asentí, como si acabara de tomar una difícil decisión.

-En realidad, no tenemos ninguna opción, ¿verdad? Adelante, nos vamos- dije.

Para mi sorpresa, la retirada del depósito de suministros fue notablemente bien, al menos al principio. Los civiles fueron capaces de mantener el ritmo junto al resto de nosotros, a pesar de que la mayoría iban a bordo de los vehículos orkos, y, aunque la formación se dispersó un poco, los Chimeras fueron capaces de mantenerlos bastante controlados. Mi preocupación principal era el cuello de botella de la puerta principal, la única manera de atravesar el empinado terraplén, pero pronto estuvimos en la llanura y levantando polvo al cabo de poco más de diez minutos.

-Tengo un contacto- me señaló Orrily, poco después de que nos pusiéramos en marcha. **-Es un vehículo de tamaño medio. No**

puedo decir mucho más a esta distancia.

-Eso está muy bien- le dije, tratando de ocultar mi alivio. Fuese lo que fuese, no parecía representar una gran amenaza. Un momento después, el equipo del Salamander contactó, confirmando las conclusiones del auspex.

-Es un vehículo imperial- me comunicó el cabo. **-Un Leman Russ-** hizo una pausa durante un momento, luego volvió a hablar. **-Está dirigiendo algún tipo de convoy, por lo que parece. Hay una nube de polvo mucho más grande detrás de él, se extiende un par de kilómetros.**

-¿Quién diablos está al mando?- dijo una nueva voz, cortante, autoritaria, e innegablemente femenina. **-Tenemos a los Pieles Verdes en el culo. Quien quiera que esté ahí fuera, será mejor que tenga bastante poder de fuego o nos van a freír.**

-Aquí el comisario Cain- respondí, tratando de ocultar el escalofrío de inquietud que esas palabras me hicieron sentir. **-Identifíquese, por favor.**

El toque de formalidad de la petición era sutilmente tranquilizador, y no tenía ningún sentido ser grosero. Siempre me he encontrado con que se puede sacar más de la gente haciéndolos creer que los respetaba, y si eso no funciona, siempre se les puede disparar más tarde.

-Aquí la sargento Vivica Sautine, del 57 Acorazado. Por lo que se, somos todo lo que queda del regimiento [*]. No tenemos

municiones para nuestros sistemas de armas principales. Ayer nos detuvimos para reabastecernos en Alfa 7, y nos encontramos a los orkos arrasándolo.

[De hecho, algunos otros supervivientes del regimiento aparecieron más tarde, tras haber continuado su guerra de guerrillas hacia el sur del continente. Sautine y su tripulación se habían movido hacia el norte después de separarse de su compañía, prácticamente aniquilada en el asalto inicial de los orkos]

Lance una mirada a Tayber, tras reconocer el nombre clave del depósito al que él quería dirigirse, pero tuve la amabilidad de no decirle "*te lo dije*".

-Hemos estado corriendo desde entonces- continuó Sautine. **-Pensé que los habíamos perdido, pero volvieron a encontrar nuestro rastro en cuanto salió la primera luz del día.**

-Evita el almacén- la dije, esperando que los Pieles Verdes no estuvieran escaneando nuestros canales de vox. **-Reúnete con nosotros en lo alto de la colina.**

-¿No me ha escuchado?- respondió ella, con un tozo áspero que sólo pude atribuir a la tensión que a la que estaba sometida y la habitual y lamentable ignorancia por parte de los miembros de las FDP de los poderes y funciones del Comisariado. **-Estamos completamente secos, si no nos reabastecemos, estaremos jodidos del todo.**

-**Están a unos diez minutos detrás de ti-** la señalé, mirando a Orilly para confirmar mi estimación. El operador del auspex asintió.

-A menos que puedas rearmarte en ese tiempo, todo el complejo se convertirá en una trampa mortal- terminé, poco dispuesto a explicar las medidas que habíamos tomado para evitar que las municiones restantes cayeran en manos de los orkos en el caso de que nuestras comunicaciones estuvieran comprometidas. Sin embargo, Sautine fue lo suficientemente brillante para unir todos los puntos.

-Confirme eso- dijo ella.

Devolví mi atención a Orrily y al sarpullido luminoso de su pantalla de auspex. Algo en sus movimientos me pareció extraño, aunque no sabía el por qué. Después de un momento, una epifanía se me reveló y señalé una de las brillantes motas.

-¿Por qué esa unidad se mueve en dirección equivocada?- pregunte.

Fuera lo que fuera, era rápido y ágil, serpenteando a través de la masa de vehículos con gran velocidad y facilidad, lo que descartaba a la mayor parte de nuestra improvisada agrupación. Tenía que ser el Sentinel, concluí, una idea que fue confirmada instantes después por un alegre grito por el vox.

-No te preocupe, Ciaphas, me ocupare de ellos [*].

[Puesto que este es el primer lugar de la narración donde Cain y Felicia parecen tutearse, podemos deducir que ya habían pasado algún tiempo intimando y estrechando su amistad, algo que él no se ha molestado en describir, aunque solo el Emperador sabe como encontraron tiempo para socializar]

-¿Qué te vas a encargar de qué?- pregunté, ya temiéndome la respuesta. Como siempre, la voz de Felicia me llegó con su habitual optimismo y alegría, algo que ya había llegado a asociar con ella.

-Tengo tiempo de sobra para entrar y salir del arsenal- me aseguró. **-Nosotros no queríamos desaprovechar los proyectiles, ¿verdad?**

-Vuelve a la formación- dije, con el mayor tono de autoridad que pude, mientras me aseguraba que había cortado los otros enlaces de vox y estaba fuera del circuito. No podía correr el riesgo de que lo que era un desafío directo a mi liderazgo fuese conocido por todos los demás.

Felicia se rió. **-Esa es la idea, tan pronto como haya recogido algunos proyectiles para la señora del tanque. Ya tenemos suficiente munición para los pequeños y células de energía para los cañones láser.**

El blip luminoso estaba ya muy alejado del resto del convoy, y ya estaba más cerca del complejo de almacenes que de la seguridad de la cima. Calculé el tiempo, si continuaba a la misma velocidad, debería haber entrado y salido cuando el tanque que huía llegara al depósito de suministros, y los dos podrían llegar juntos hasta un lugar seguro. O al menos, eso esperaba. No teníamos nada capaz de ofrecer fuego de cobertura a esa distancia y me encontré deseando tener un Earthshaker o dos. (o mucho mejor, un Basilisk, que podía hacer el mismo trabajo y además unirse a nosotros).

-Tienes mi permiso- dije, inclinándome ante lo inevitable.

No había nada que pudiera hacer para disuadirla, así que tendría que dar la impresión de que había aprobado su acción. Ese es el problema con los civiles: siguen teniendo ideas propias en lugar de hacer lo que se les dice. Cambié a otro canal.

-Tayber- dije. **-Espera a activar el detonador hasta que te lo ordene.**

-Sí, señor.

Su voz sonó ligeramente desconcertada a través del enlace de vox, pero lo suficientemente disciplinada. De fondo podía escuchar los gruñidos del Chimera en la que ahora iba la escuadra Bravo, y el viento pasando por el micrófono de su comunicador personal me dijo que estaba de pie, con la cabeza fuera de la escotilla.

-¿Hay algún problema?- preguntó.

-Felicia ha vuelto a por algo- dije, seguro que conocía lo suficiente a su hermana como para deducir el resto.

-Ya veo- dijo, en un tono que me dijo que me comprendía perfectamente. **-¿Alguna orden?**

-Formar en la cumbre- dije, **-como planeamos.**

Miré a Piers, que asintió con la cabeza. Si los Pieles Verdes se desviaban del depósito, tendríamos la ventaja de la altura. Tan cargados como íbamos, no estábamos en condiciones de afrontar

una persecución prolongada, en la que acabaríamos siendo atrapados uno a uno. Sí teníamos que resistir y luchar, lo mejor sería aprovechar todas las ventajas posibles.

-Confirmado. Tayber fuera- el enlace de vox se cortó.

Eché un vistazo a la pantalla del auspex. Felicia acababa de llegar al depósito, y el tanque casi estaba allí. Explorador dos también se acercaba a nosotros, el motor bien afinado del Salamander los mantenía fuera del alcance de las armas de los orkos mientras se movía alrededor de los Pieles Verdes en un amplio arco, tratando de obtener confirmación visual de la disposición enemiga. Se me cortó la respiración. El primer punto luminoso enemigo apareció en el borde de la pantalla de Orrily, reflejándose en las pequeñas gafas redondas que habitualmente usaba.

-El tiempo se agota- advertí a todos.

-Ya casi está- me aseguró Felicia. **-Tengo dos palets de municiones para el arma principal apilados junto a la puerta. Sautine, ¿puede cargarlos?**

-Negativo- dijo la comandante del tanque. **-Pero podemos llevarlos encima. Sólo nos llevara un par de minutos conseguir anclarlos sobre el blindaje superior.**

-Eso es suficiente- dijo Felicia, alegre como siempre. **-Yo llevaré otro en el elevador. Y si no recuerdo mal, eso será más que suficiente para rellenar completamente su arsenal y además tendremos un puñado de sobra.**

-Sólo tienen un par de minutos- advertí.

-Aquí Explorador dos- nos cortaron nuestros exploradores, confirmando mis temores. **-Confirmó ocho camiones, doce buggies. Se mueven a toda velocidad.**

-¿Cuánta infantería?- pregunté. Si cada uno de los camiones iba completamente cargado, nos podríamos estar enfrentando a más de cien Pieles Verdes. Incluso con la ventaja de la altura, tendríamos trabajo para rato.

-Un par de docenas, sobre todo en vehículos más pequeños- confirmó el explorador, con una nota de perplejidad en su voz. **-Los camiones están casi vacíos.**

-Están aquí por el botín- dije, con todas las piezas colocándose de pronto en su lugar.

Mientras saqueaban la instalación meridional, debieron encontrar la posición de ésta, y habían enviado exploradores para capturarla, y luego los siguió un equipo con transporte pesado. Que atravesaran la pista de Sautine había sido solo una desafortunada coincidencia, nada más, pero no me hacia ilusiones respecto a que la perspectiva de un combate no hubiera inflamado su innata sed de sangre. Nuestro conductor paró, yo cogí el amplivisor, con la intención de evaluar la situación por mí mismo.

-Me parece que tiene razón- dijo Piers, bajando por la rampa trasera del Chimera.

Yo salí fuera, con Jurgen pisándome los talones, como de costumbre, y levanté el amplivisor. A mí alrededor, los soldados estaban tomando posiciones defensivas, complementados por la milicia, mientras que el resto de los civiles se amontonaba en retaguardia, agarrando con fuerza sus armas. Esto no era bueno, si los Pieles Verdes nos atacaban, lo más probable era que les entrara el pánico y abrieran fuego, sin prestar atención a los soldados que tenían en medio, y puede que nos causaran más bajas que los propios orkos.

-Kolfax- le hice señas a nuestro guía. **-Haz que los civiles se muevan. Si los Pieles Verdes nos atacan, los quiero lejos de aquí mientras la situación se aclara.**

El guía asintió con la cabeza, sin ni siquiera molestarse en lanzar una protesta simbólica, para mi indescriptible alivio, y comenzó a reunirlos de nuevo en los vehículos.

-Bien pensado- dijo Piers, mirándome con una expresión de sobrio respeto. **-Así, al menos podremos mantener a salvo a los refugiados.**

-Al menos por el momento- dije, preguntándome brevemente si podría inventarme alguna excusa para marcharme con ellos, pero, en general, pensé que tenía más posibilidades de supervivencia si me rodeaba de soldados entrenados. Aún teníamos que pasar a través de todo un continente lleno de Pieles Verdes.

-Una vez que hayamos acabado con esto, podremos alcanzarlos- me volví, dirigiéndome a Ariott. **-Lo mejor será que te**

vayas con ellos.

Para mi sorpresa, negó con la cabeza.

-Podría haber bajas- señaló, **-y si las hay, tendrán más oportunidades con *Kaeti* aquí.**

-¿Con quién?- pregunté, momentáneamente confundido, hasta que él hizo un gesto hacia el Chimera ambulancia, y por primera vez me di cuenta que habían pintando toscamente el nombre de *Kaeti* en el morro del blindado: el nombre de la novia de uno de los enfermeros, asumí [*]. Al darme cuenta de lo que era, asentí. **-¿Y qué hay de tus pacientes?**

[Quizás erróneamente: algunas unidades de evacuación sanitaria designan a cada vehículo de la formación con una letra de identificación, muy a menudo convertida en una palabra arbitrariamente elegida para facilitar la pronunciación por el vox. Por alguna razón, sin duda profundamente arraigada en la psique militar, los nombres femeninos son particularmente populares]

No es que estuviera particularmente preocupado, por supuesto, pero ese era tipo de cosas que se esperaba que yo dijera.

Ariott asintió ligeramente. **-Ya están lo suficientemente estabilizado-** dijo. Lo que significaba que los más graves ya habían fallecido. **-Estarían más cómodos en *Kaeti*, por supuesto, pero pueden aguantar en los camiones durante una hora o dos, y eso dejará libres las camillas, por si acaso.**

-Bien- dije. **-Organízalo todo, ¿quieres? Con algo de suerte, no lo necesitaremos, pero seguro que ayuda.**

Y en más de un sentido, saber que hay instalaciones médicas a mano siempre es un gran impulso para la moral de los soldados que están a punto de entrar en combate.

-Déjeme a mí- contestó el médico y se alejó para consultar algo con Kolfax.

Yo levanté el amplivisor: con una repentina sensación de *deja vu*, me di cuenta de que Felicia estaba casi exactamente en la misma posición que en la que estaba cuando antes miré hacia el depósito para ver a los orkos que se acercaban por la llanura.

El elevador de cargas era claramente visible en la puerta principal, con un palet de proyectiles para el cañón principal del Leman Russ sujeto entre sus garras de manipulación, mientras el tanque ya casi estaba en el recinto. Mientras lo observaba, el carro de combate se detuvo bruscamente, y la escotilla superior se abrió, seguida inmediatamente por una de las laterales. La tripulación comenzó a salir bajo la enérgica dirección de su comandante, fácilmente distinguible por los auriculares que llevaba, que desde lejos parecían una versión más tosca y voluminosa de mi comunicador personal. Todos los miembros de la tripulación parecían mujeres, lo que no me sorprendió; las unidades mixtas eran una rara excepción en la Guardia Imperial (aunque, por supuesto, yo tendría que servir con una de ellas posteriormente [*]), y las FDP tendían a seguir el ejemplo.

[El 597º Valhallano. Como ya se ha señalado anteriormente, las hazañas de Cain junto a ellos constituyen buena parte del material hasta ahora publicado, y no creo necesario detenernos más en esos detalles]

Felicia posó el palet de proyectiles perfectamente sobre la barbeta izquierda, las tanquistas comenzaron a atarla, mientras el elevador levantaba otra carga y trotaba alrededor del carro para repetir la operación al otro lado.

Moví el amplivisor, desplazando el ángulo de visión hacia la nube de polvo que se aproximaba a lo lejos. Estaba acercándose rápidamente, con el resplandor del metal ya visible, yo estaba seguro de que ya podía distinguir las siluetas oscuras de los vehículos. Mientras intentaba centrar y enfocar mejor la imagen, pude distinguir algunos destellos intermitentes en sus frontales cuando los primeros artilleros Pieles Verdes cedieron a su instinto agresivo, desperdiciando munición en un fútil impulso de sed de sangre mucho antes de que tuvieran la esperanza de alcanzar algún objetivo. Sin embargo, esa vista me hizo bajar a la realidad.

- Suficiente- dije por el transmisor. **-Ya no tenéis tiempo. ¡Moveos!**

-Un momento- Sautine sonaba tranquila. **-Lina, Belle, coged un proyectil cada una.**

Volví a mirar hacia el tanque. Dos de las tripulantes estaban sacando proyectiles del palet que todavía yacía sobre la arena. Un momento después comenzaron a tambalearse de vuelta hacia él, sobrecargadas y tambaleándose por el peso que acarreaban.

-¡No tienes tiempo para eso!- dije, con el tono de mi voz elevándose un poco.

Felicia cogió el palet y comenzó de pilotar el Sentinel de nuevo hacia la colina, moviéndose en esa carrera desigual común a ese tipo de vehículos cuando viajan a toda velocidad, lo que extrañamente siempre me ha recordado a una gallina de las nieves asustada [*].

[Una especie de ave no voladora proverbialmente tímida, propia de los profundos valles montañosos de la Valhalla ecuatorial]

-¡No voy a salir corriendo sin dejar algo para mantenerlos alejados de mi culo!- respondió Sautine rápidamente.

Dirigí hacia el amplivisor hacia los orkos que avanzaban a toda velocidad, luego de nuevo hacia el tanque. Para mi alivio, las dos tanquistas habían desaparecido en su interior, y las orugas comenzaban a girar. Sautine se subió a bordo mientras el carro de combate pasaba junto a ella, unos raspones de pinturas saltaron del blindaje cuando un par de disparos afortunados dieron en el blanco, y la escotilla se cerró de golpe. Cuando oí de nuevo la voz de la sargento, estaba ligeramente sin aliento.

-¿Lo ve? Hemos tenido un montón de tiempo.

-Esperemos que sí- dije, con los ojos pegados al amplivisor.

El tanque estaba cobrando velocidad, con los orkos acercándose rápidamente, animados por la cercanía de su presa. Tragué, con la boca seca, y de pronto me di cuenta de que Piers estaba en pie, junto a mi hombro, igualmente tenso.

-¿Tenemos algo con lo que cubrirles desde esta distancia?

-Nada- dijo el teniente, con voz sombría.

-Ahora ya podemos cuidar de nosotros mismas- dijo la sargento.

En cualquier caso, Sautine sonaba muy confiada. La torreta del tanque comenzó a girar, con el cañón dirigiéndose hacia la horda orka que se aproximaba. Justo cuando comenzaba a pensar que ya era demasiado tarde, ya que los artilleros orkos finalmente habían comenzado a centrar su objetivo, una nube de humo salió del cañón, seguida un segundo o dos más tarde por el sordo trueno del disparo.

Fue un buen disparo, justificando plenamente el riesgo de permitir que el enemigo se acercara, e impactó contra el blindaje delantero de un buggy, que parecía montar una burda batería de lanzacohetes. El proyectil penetró fácilmente en el blindaje, detonando dentro del vehículo, que estalló en una bola de fuego. Un momento después, las ojivas de los cohetes también se activaron, lanzando fragmentos llameantes al aire por todas las direcciones, dislocando el avance enemigo. Con un golpe de suerte, el cuerpo principal de la llameante ruina saltó hacia un lado, golpeando a un segundo buggy, y volcándolo. Enredados con fuerza, los dos montones de chatarra comenzaron a llamear alegremente, un sólo y sorprendido tripulante Piel Verde se tambaleó en pie, aparentemente lanzado al aire de milagro. Sólo le dio tiempo de darse cuenta de su buena suerte durante un segundo antes de ser aplastado por otro de los destartalados vehículos, demasiado atentos a la persecución del tanque como para prestar atención a los peatones perdidos.

-Eso les dará algo que en lo que pensar- comentó Piers.

Negué con la cabeza.

-Aún Vendrán. Que todo el mundo se prepare. En cuanto estén al alcance, quiero tanto fuego ahí abajo como podamos lanzar.

La arena alrededor del tanque y del elevador de cargas se revolvía, agitada por el fuego del enemigo, rizándose como el agua en una playa. Felicia esquivaba el fuego con toda la agilidad que poseía el robusto caminante, pero sólo era cuestión de tiempo que uno de los disparos acertara en el enorme contenedor de promethium, y cuando esto sucediera, todo habría terminado. Obviamente, lo mismo se le había ocurrido a ella. Para mi asombro, ella dio la vuelta sobre el terreno, continuando corriendo hacia atrás casi tan rápido como hasta el momento había avanzado (algo que incluso un veterano piloto de Sentinel se hubiera pensado dos veces antes de intentarlo, pero la relación instintiva de Felicia con la maquina era realmente excepcional, incluso para una tecno-sacerdote).

Otro de los buggies trató de acercarse, y Felicia lo roció con el lanzallamas. Las llamas no causaron ningún daño notable al vehículo en sí, pero el conductor se abrasó en su asiento, ardiendo tan alegremente como una muñequita de papel en la noche de la purificación [*]. Lo cual, siendo un orko, no fue suficiente para matarlo completamente, por supuesto, y antes de expirar, intentó embestir al Sentinel. Afortunadamente, Felicia estaba preparada para eso, y se movió, esquivando la torpe máquina hasta quedar completamente fuera de su camino, el buggy desapareció en el horizonte, dejando tras de sí un rastro de humo grasiento.

[Una referencia a un peculiar ritual anual en varios mundos imperiales en el corazón del Golfo de Damocles, en el que maniquíes de tamaño natural que representan a los enemigos del Imperio son quemados ceremonialmente en grandes fogatas comunitarias. Después de eso,

los sacerdotes locales elevan oraciones de agradecimiento por la protección del Emperador, mientras que los demás se complacen en una noche de salvaje libertinaje]

-¡A todas las unidades! ¡Preparados!- ordenó Piers, una oleada de expectación se extendió a lo largo de la línea de soldados e irregulares, seguida casi inmediatamente por una sensación de intenciones asesinas.

Por todas partes donde miraba, en breves vistazos, reacio a apartar mi mirada del drama que se desarrollaba en el estrecho campo de visión del amplivisor, vi armas de fuego firmemente sujetas y equipos de armas pesadas preparándose para disparar. Luskins escogido un blanco, moviendo el cañón de su lanzamisiles casi infinitesimalmente mientras lo seguía, mientras Jodril preparaba fila de cohetes de repuesto listos para cargarlos en el instante que su compañero hubiera disparado; una fila alterna de proyectiles de fragmentación y perforantes, claramente destinados a destruir los vehículos y a acabar con la tripulación cuando desembarcaran. A mi izquierda, vi a Demara acostada detrás de su nuevo juguete, con el dedo en el gatillo, resistiendo la tentación de disparar antes de tiempo, para mi alivio y sorpresa, mientras Tamworth preparaba otra cinta de municiones.

-Aquí Explorador dos- informó el equipo de vigilancia. **-Están evitando el depósito de suministros.**

Aquello apenas era una sorpresa, pero de todos modos fue una decepción. Parecía que íbamos a tener que hacerlo de la manera más difícil.

Abajo, en la llanura, el Leman Russ volvió a disparar, destruyendo uno de los camiones, pero este era su último proyectil, y todos lo

sabíamos. Un momento después, Sautine lo confirmó.

-Estamos secos- dijo ella, como si fuera algo rutinario.

-Sigue adelante- dije, todo lo alentador que pude, mientras Felicia abrasaba otro buggy que, imprudentemente, se la había acercado.

-Ya casi estás- miré a Piers, que asintió con la cabeza.

-Tullock, deja car unos cuantos proyectiles detrás de nuestros amigos.

Un segundo o dos más tarde, escuché el inconfundible sonido de varios proyectiles de mortero dejando los tubos y dirigí mi amplivisor de nuevo hacia el tanque y el elevador de cargas. Los proyectiles parecieron tardar una eternidad en llegar, pero cuando lo hicieron arrojaron una nube de tierra pulverizada entre los vehículos que huían y sus perseguidores orkos, que quedaron desconcertados por la sorpresa. Los primeros buggies casi estaban dentro de la zona batida, y al menos un par de ellos perdieron momentáneamente el control mientras los explosiones se sucedían ante sus narices, pero fieles a su naturaleza bestial, simplemente siguieron hacia adelante, sin preocuparse por la posibilidad de ser destruidos.

Felicia dio la vuelta al elevador de cargas y comenzó a saltar por la pendiente, sacándole una ligera ventaja al tanque, que comenzó a gruñir mientras subía por la cuesta de la colina.

-Eso es- dije. **-Ya están al alcance. Fuego a discreción, traten de no dar a nuestra gente.**

Lo último lo añadí en un tono ligeramente jocoso, pero, de todas formas, la advertencia era necesaria. Los milicianos apenas estaban familiarizados con sus nuevas armas, y no podía confiar en que fueran precisos.

Afortunadamente, no se podía decir lo mismo de los soldados de las FDP. Tal vez no estuvieran a la altura de los estándares de la Guardia Imperial, pero los meses de lucha habían compensado las deficiencias de su entrenamiento y nivel de disciplina. Luskins acertó a uno de los camiones con un cohete krak, un disparo tan limpio como se podía desear, justo antes de que la primera oleada de vehículos orkos desapareciera bajo una lluvia de proyectiles de mortero que dejó a dos de ellos fuera de combate definitivamente. El resto de nuestro abigarrado ejército abrió fuego, aunque las posibilidades de acertar a algo con fusil láser a esta distancia que no fuera por simple suerte eran mínimas (algo que Jurgen logo casi inmediatamente, alcanzando al conductor de uno de los buggies, que aterrizó en uno de los cráteres creado por los morteros). Cohetes, ráfagas de cañón automático, proyectiles de bolter y disparos de cañones láser llovieron sobre los Pieles Verdes, aumentando la confusión y matando a las tripulaciones de los vehículos que se habían atascado o averiado.

-¡Sigan disparando!- grité, sacando mi pistola y disparando inútiles proyectiles por la ladera hacia nada en particular, pero con aspecto muy marcial, o al menos eso esperaba. Estábamos recibiendo algo de fuego de respuesta, pero era tan esporádico y tan mal dirigido como yo ya había llegado a esperar de los Pieles Verdes, y solo un par de los nuestros cayó.

-¡Acabad con ellos!

-Sera un placer.

Por fin el Leman Russ se unió a nosotros en lo alto de la colina, unas pocas y desesperadas ráfagas cayeron inofensivamente contra su blindaje. Sautine abrió la escotilla superior en cuando el carro de combate se detuvo.

-¡Deja el resto de proyectiles aquí arriba!

Felicia trotó amablemente con el palet de proyectiles que, pese a todo, habían mantenido bajo firme control entre las garras manipuladoras del elevador durante toda la persecución, y las tanquistas comenzaron a introducirlas en las extrañas de su tanque (que por alguna razón había sido decorado con una caricatura toscamente dibujada de una criatura de pelaje rojo, cola espesa, un armadura de escamas y que llevaba una pistola, con la palabra *Vixens* debajo del dibujo [*] (Vixens, en ingles es zorras, mujeres sexualmente atractivas, de moral distraída o falsas y traicioneras, nt).

[Evidentemente, el apodo de Sautine y su tripulación]

-Se están retirando- comunicó Explorador dos.

Jurgen sacudió la cabeza. **-No, no es cierto. Sólo se están reagrupando para volver a atacarnos. Eso es lo que siempre hacen.**

Bueno, él era lo más cercano que teníamos a un experto en el comportamiento de esas criaturas, así que me incliné a escucharle.

-¿Qué podemos hacer para desanimarlos?- pregunté.

Mi ayudante se encogió de hombros. **- Mantenerlos separados. Cuanto menor sea el grupo, más se desanimaran. Pero si logran reagruparse, comenzaran de nuevo a ignorar sus bajas.**

Entonces, en el último momento, pareció recordar otra cosa. **-Y hay que concentrarse en los más grandes. Lo más pequeños huirán.**

Un rápido vistazo con mi amplivisor fue suficiente para confirmar esa idea, las figuras más pequeñas de los gretchins se alejaban tan rápidamente de la carnicería como les permitían sus deformes extremidades inferiores. Parecía que se estaban dirigiendo hacia el depósito de suministros, sin duda con la esperanza de encontrar refugio en los sólidos taludes de tierra que lo protegían. Y esto, reflexioné sombríamente, también se volvería contra ellos.

Con la información que había proporcionado Jurgen hizo que una idea comenzara a surgir en mi mente.

-¡Disparad proyectiles de fragmentación!- ordené, **- Mantened dispersos a los supervivientes.**

Si alguien se preguntó qué pretendía, no se molestaron en discutirlo. Un momento después, mis oídos fueron asaltados por el

trueno del disparo del Leman Russ, y otro de los camiones orkos explotó, convertido simple en chatarra.

-Ya no tenemos más de esos- me informó lacónicamente Sautine. **-Si no le importa, seguiremos con esos.**

-Siéntete libre- la aseguré.

La idea principal de mi improvisado plan parecía estar funcionando, a medida que los grupos de orkos disminuían de número, su espíritu de lucha parecía evaporarse también, como Jurgen había predicho, y comenzaron a retroceder de uno en uno o de dos en dos, a veces en grupos de hasta media docena. Dirigí nuestro fuego lo mejor que pude, manteniéndolos separados por ráfagas de cañón automático, o repentinas andanadas de proyectiles de mortero, hasta que, para mi gran alivio, me di cuenta de que la retirada de los Pieles Verdes se estaba convirtiendo en una derrota. Uno por uno, los vehículos supervivientes se movieron y retrocedieron a la ilusoria seguridad del depósito, los pequeños grupos de orkos a pie los siguieron lo mejor que pudieron.

Una oleada de alegres gritos recorrió toda la línea de lo alto de la colina cuando nuestro improvisado ejército probó su primera victoria, y dejaron de disparar, ya que hasta los más entusiastas entre los milicianos finalmente se dieron cuenta de los últimos supervivientes Pieles Verdes ya estaban bien fuera del alcance efectivo de sus armas. Los seguí con el amplivisor hasta que la última figura desapareció detrás del talud.

-Tayber- dije por vox. **- Cuando estés listo.**

-No tiene sentido esperar más- dijo el sargento, decidido a parecer tan tranquilo como yo aparentaba estar.

Durante un momento, pareció que nada iba a ocurrir, yo comencé a preguntarme si nuestros tan cuidadosos preparativos habían sido descubiertos y neutralizados, y que tal vez sería mejor pedirle a Sautine que lanzara un par de proyectiles dentro del depósito y esperar que hubiera suerte, cuando el suelo tembló bajo mis pies.

-¡Por el Trono Dorado de Terra!- exclamó Demara, con su voz llena de júbilo y temor al mismo tiempo, y no me cabe la menor duda de que no era la única que se sentía así.

El depósito había desaparecido, en medio de un brillante resplandor, que en un solo latido de corazón se convirtió en una gruesa capa de polvo, escombros y humo elevándose en el desierto como una ventosidad en las entraña del infierno.

-Bien, esto se encargara de los orkos- dije, guardando mi arma con un floreo adecuadamente teatral, **-al menos por hoy.**

-¡Oh, genial!- Demara se encogió de hombros, disfrutando claramente de la perspectiva de repetir la función. **-Bueno, hay muchos más de donde salieron estos.**

-Tiene toda la razón, señorita- asintió juiciosamente Jurgen.

Nota Editorial:

Ahora sigue otras de las muchas frustrantes lagunas en el relato de las actividades Cain. Estos, por norma, suelen producirse cuando él considera que no ha ocurrido nada de particular interés en ese periodo, y bien pueden ser horas, días o, como en este caso, semanas después del incidente que ha descrito anteriormente. Aquí, al menos hace alusión al periodo intermedio, pero lo hace tan brevemente y con su acostumbrada indiferencia, por lo que considero que una visión más completa de los sucesos está más que plenamente justificada.

Los lectores que quieran saber más sobre esta etapa del viaje de Cain deberán dirigirse al ya citado libro de memorias del sargento Tayber, en el que se incluye y se describe exhaustivamente cada escaramuza, junto con otras muchas cosas que nadie realmente necesita saber, en particular sobre la supervivencia en el desierto, detallando especialmente los procesos necesarios para reciclar la orina en agua potable.

Del libro *"Pieles Verdes y Corazones Negros: la invasión orka de Perlia"*,

por Hismyonie Kallis, 927 M41

La destrucción del depósito de suministros fue suficiente para confirmar en el Alto Mando la impresión que algo estaba comenzando a formarse, que algo de un inesperado significado estaba ocurriendo en el corazón mismo de los territorios ocupados por los orkos, aunque en esos momentos no tenían ni la menor idea de quién podría ser el responsable. Aunque eran conscientes de la existencia de Cain, para ellos solo era una desafortunada nota a pie de página en la Batalla del Halo, un solitario superviviente que casi había logrado salvarse antes de ser asesinado por un merodeador

oportunista [*]. Sin embargo, la explosión fue lo suficientemente grande como para dirigir hacia allí la atención de sus redes de sensores orbitales, desde los que pudieron seguir el progreso de lo que iba a ser conocido como la legendaria Marcha del Libertador.

[De hecho, el estado de Cain en ese momento oficialmente era el de "muerto en acción". Su breve comunicado después de entrar en órbita debió de cambiar el estatus de "desaparecido" al de "muerte seguro", pero gracias a la usual inercia burocrática del Administratum este ajuste no se hizo hasta poco después de que él volvió a su regimiento. La confusión que seguiría llevaría más de un año en resolverse, después de unos cuantos incidentes más, el Munitorium emitió instrucciones permanentes de que debía mantenérsele en la lista de activos en todo momento, independientemente de los informes que recibieran en sentido contrario (lo que explica el hecho de que Cain es la única persona en la historia de la galaxia que todavía se encuentra oficialmente en servicio activo después de haber sido enterrado con todos los honores militares)]

Sólo podemos imaginar el asombro del Alto Mando ante repentina aparición en medio de ninguna parte de la primera fuerza de combate de tamaño significativo que aparecía en el continente oriental desde que los Pieles Verdes habían invadió el territorio. De hecho, al principio, llegaron a la conclusión de que el convoy de Cain eran orkos participando en una de sus habituales disputas intestinas, algo endémico en su raza, y que los vehículos imperiales de la compañía habían sido capturados por el enemigo, y no al revés.

Sin embargo, esta impresión apenas duró la primera semana. El análisis de los siguientes combates, mostró una inaudita sofisticación táctica entre los Pieles Verdes, con claras evidencias a que unidades imperiales estaban actuando de acuerdo con las doctrinas estándar de batalla. A partir de ese momento, y a medida que esa unidad hecha a base de retales se movía de victoria en victoria, y su número crecía con civiles liberados y con cada grupo de rezagados absorbido, era innegable que el control de la región

ocupada se escapaba inexorablemente del dominio de sus conquistadores.



VEINTE

A pesar del pesimismo de Jurgen, hicimos muchos progresos durante las siguientes semanas. A medida que continuábamos pasando de un depósito de suministros a otro depósito de suministros, nuestro número crecía, cada uno añadía otro pequeño goteo de unidades aisladas que respondían a nuestras llamadas por el vox, y nuestros exploradores, que vigilaban a nuestro alrededor, en ocasiones también encontraban a algunos soldados y refugiados. No fue hasta después de dejar el desierto que las cosas comenzaron realmente a mejorar. Poco a poco, el calor y la arena fueron dejando paso a la fresca vegetación verde, y los arruinados campos de cultivo desatendidos reemplazaron la monotonía de las interminables dunas.

Eso nos condujo a otros problemas, por supuesto. Ahora estábamos entrando en lo que antes había sido un territorio más civilizado, y comenzamos a ser canalizados a través de lo quedaba de la red de carretas, el terreno cultivado era demasiado difícil para nuestra heterogénea colección de vehículos, mucho más que el desierto abierto. Eso sin mencionar los muros, paredes, cercas y otros obstáculos contra los que nos hubiéramos atascado si simplemente hubiéramos intentado superarlos. Afortunadamente, Kolfax fue capaz de superar el desafío, después de haber hallado un mapa oficial de la red de carreteras en la oficina regional, seguramente abandonado por los antiguos trabajadores, dentro de una ciudad bombardeada por la que habíamos pasado la mañana siguiente a dejar el desierto para siempre (añadiendo otro grupo de

civiles a nuestro carga durante el proceso, pero, por lo general, supongo que el negocio valió la pena, considerando la información obtenida [*]).

[La guarnición de orkos de la ciudad de Sandsedge (Junco de la Arena, nt) fue aniquilada durante el proceso, la columna imperial los tomó completamente por sorpresa. Ellos tuvieron algunas bajas, por supuesto, pero el constante goteo de refugiados y nuevos soldados recién contactados que se unía al grupo compensaba de sobra las pérdidas que sufrían]

Con eso en nuestras manos, pudimos dividir nuestras fuerzas, extendiéndolas a lo largo de varias rutas paralelas, coordinando todo a través del vox. Eso nos mantuvo moviéndonos a través de la zona agrícola principal a una velocidad razonable, evitando demasiados cuellos de botella, y en un frente lo suficientemente ancho para poder reforzar a cualquier grupo que se encontrara con más Pieles Verdes de los que pudieran manejar por sí solos sin demasiados problemas.

-Bueno, hasta aquí todo bien- dije una noche, acomodándome en la cocina de una casa de campo en las estribaciones de la cordillera, que por una vez, aún mantenía su techo intacto.

Ya habíamos alcanzado la suficiente altitud para que el aire se estuviese volviendo perceptiblemente más frío, para el evidente disfrute de Jurgen, aunque todos los demás parecían compartir mis reservas sobre ese hecho, manteniéndose tan cerca del fuego encendido tan cerca como les era posible. Kolfax asintió, estudiando los mapas.

-Nos ha traído hasta aquí- reconoció, con el tono de un hombre admitiendo que esto era algo que nunca hubiera esperado

conseguir, **-pero ahora esto comienza a ponerse bastante más difícil.**

El resto de nuestro pequeño grupo se inclinó sobre la pulida mesa de madera, desgastada por generaciones de uso, y amontonado los platos sucios, que Jurgen estaba comenzando a retirar.

Piers y Tayber estaban allí, por supuesto, eran los líderes de facto del contingente militar. Habíamos encontrado a unos cuantos oficiales y suboficiales de igual rango que ellos en el transcurso de nuestro viaje, pero ellos llevaban conmigo más tiempo que nadie, y, en consecuencia, confiaba en ellos (o para ser más exactos, desconfiaba menos de ellos que de cualquier otro miembro del grupo, exceptuando Jurgen, claro). Estábamos a punto de alcanzar la fuerza de una compañía [*], aunque nuestra estructura organizativa a base de remiendos no era algo que los autores de la Tactica Imperialis fueran capaces de reconocer, y les había concedido a ambos ascensos sobre el campo de batalla para mantener nuestra cadena de mando relativamente clara. Piers ahora era capitán, al menos en teoría [**], y Tayber era su CSM [***].

[* Probablemente alrededor de unos trescientos soldados, si lo que dice Cain es literal, aunque, como de costumbre, es irritantemente vago sobre los detalles]

[** Técnicamente, todos los ascensos otorgados por un comisario están sujetos a su posterior ratificación por parte del Munitorum, aunque, dado que oponerse a la decisión lo más probable es que llamara la atención del Comisariado hacia ellos, esto sería una simplemente una formalidad en todos los casos, excepto en las más excepcionales circunstancias.]

[*** CSM Company Sergeant Major. El Sargento Mayor de la compañía, el suboficial mayor de más rango dentro de una compañía]

También había invitado a Norbert, que seguía manteniéndose a cargo de los cada vez más complejos problemas logísticos que se nos presentaba debido al constante crecimiento de nuestra pequeña y alegre banda con una facilidad que me asombraba. Además estaba presente Felicia, tanto por ser nuestra experta técnica como por ser, con mucho, la compañía más agradable de todo el grupo.

-Te refieres a las montañas- dije.

Kofax asintió.

-Exactamente- señaló la pantalla, aumentado la imagen hasta mostrar el sector que ocupábamos actualmente. **-En estos momentos, estamos extendidos a lo largo de un frente de unos dos kilómetros de ancho, avanzando por estos caminos de aquí y aquí.**

Nosotros estábamos situados aproximadamente en el centro, por supuesto, con los blindados encabezando nuestro avance [*], la infantería mecanizada en nuestros flancos y los exploradores desplegados por delante para detectar cualquier sorpresa desagradable. Los milicianos y los civiles también iban con nosotros, tan protegidos como podíamos, y si soy lo suficientemente honeste, debo decir que agregando una capa adicional de carne de cañón entre mí y cualquier formación de Pieles Verdes lo suficientemente grande como para representar una amenaza directa.

[Hasta ese momento, al Leman Russ de Sautine se le habían unido otros dos carros más del mismo tipo, un Basilisk, y un par de carros de batalla orkos capturados aparentemente basados en los chasis de Chimeras capturados]

-El problema es que ya casi estamos en las montañas, y cuanto más subamos, menos opciones tendremos- Kolfax señaló la red de carreteras, que comenzaban a estrecharse hacia un único cuello de botella. **-Estaremos en el paso en menos de una semana, y una vez que eso suceda, sólo hay un camino que seguir.**

-Y los Pieles Verdes sabrán eso- añadió amablemente Tayber, como si yo necesitara su ayuda para darme cuenta de algo tan obvio.

Hasta ese momento les habíamos causado muchas molestias durante nuestro viaje, yo estaba razonablemente seguro de que querrían atraparnos de una vez por todas, y aunque no conocían nuestra posición, resultaba bastante evidente, incluso para ellos, hacía donde nos dirigíamos. Las palmas de mis manos comenzaron a hormiguearme, anticipándose a la emboscada que estaba seguro que estaría esperándonos delante de ese estrecho desfiladero.

-Eso explicaría los informes que hemos estado recibiendo de los exploradores- agregó Piers.

Yo asentí sobriamente. Nuestros exploradores habían localizado durante los últimos días grandes formaciones de Pieles Verdes siguiendo nuestro rastro, pero avanzando con una paciencia que estaba completamente en desacuerdo con todo lo que yo pensaba que había comenzado a entender sobre esas criaturas. Sin duda estarían esperando a que comenzáramos a atravesar el paso y nos atrapara la fuerza emboscada, antes de caer sobre nosotros desde atrás.

-¿Estás completamente seguro de que no hay otro camino por la montañas?- le pregunté a Kolfax, ya sabiendo cual iba a ser su respuesta. **-¿No hay sendas, como en el desierto?**

Kolfax negó con la cabeza.

-Ninguna que los vehículos puedan atravesar- golpeó la pantalla, justo por encima del paso. **-Este es el único paso. A menos que nos desviemos y rodeemos toda la cordillera. Si nos dirigimos hacia el norte, durante unos ochocientos kilómetros, podemos bordear las montañas, manteniéndonos al pie de las colinas.**

Su tono era todo lo que yo necesitaba para saber lo que pensaba sobre esa idea, y asentí, de acuerdo con él. Estaríamos todo ese tiempo bajo ataques de los Pieles Verdes, e incluso, si por algún milagro lográbamos llegar al borde de las montañas con el grueso de nuestras fuerzas intactas, tendríamos que viajar la misma distancia hacia el sur antes de llegar a la península. Nos encontraríamos encerrados en una estrecha franja costera, donde los orkos podrían lanzar todas sus fuerzas contra nosotros con mayor facilidad.

-Me parece que estamos bien jodidos- dije. Me volví hacia Piers, tratando de ocultar la aprensión que se agitaban en mí estomago.

-Tendremos que arriesgar nos ha forzar el paso. Si podemos golpear con la suficiente fuerza a los que nos esperan allí antes de que las fuerzas que nos siguen se acerquen lo suficiente como para participar, tal vez consigamos pasar.

-Eso no me parece demasiado probable…- dijo el joven capitán.

Asentí sobriamente.

-Aun así- dije, **-creo que es la mejor oportunidad que tenemos.**

Al infierno con todo, yo tenía razón, y todos ellos lo sabían. Casi ninguna posibilidad es mucho que mejor que ninguna oportunidad, un razonamiento que me he visto obligado a seguir en muchas veces durante los siguientes años, y por lo general, en condiciones mucho más terribles que estas (como mi salto desesperado dentro de un portal de necrones en Interims Prime, o cuando me encontré cargando contra un demonio de Khorme con sólo una bayoneta oxidada y un frasco de agua bendita, ambos incidentes, debo admitir, siguen apareciendo claramente en mis sueños, incluso después de todos estos años). Sonreí sombríamente, tratando de infundir ánimo en el corazón de los demás con una exhibición de resolución completamente falsa por mi parte.

-No podemos superarlo por encima, no podemos pasar por debajo, así que…

-Quizá si podamos- dijo Felicia pensativa, mirando los mapas de una forma que sólo puedo describir como de extrema curiosidad.

Ella señaló un lago que llenaba un valle de montaña no muy lejos de la carretera principal que se dirigía hacia el paso. En la orilla había algún tipo de edificio, marcado con símbolo del Adeptus Mechanicus. La miré, tratando de no dejarme llevar por una súbita oleada de esperanza ante sus palabras. A pesar de su impulsividad

y eterno optimismo, durante las últimas semanas había aprendido a saber que, por lo general, se podía confiar en su buen juicio.

-¿A qué te refieres?- pregunté. A modo de respuesta, ella aumento la imagen hasta su máxima resolución. Estudié la topografía así revelada en un estado de vaga incomprensión. **-A mí me parece un callejón sin salida.**

El lago estaba en el extremo superior de un valle largo y estrecho, que había sido represado en su extremo superior para formar una gran reserva de agua artificial. Felicia siguió la línea del lecho de un rio por el cual aún fluía un chorro de agua, alimentado sin duda mediante esclusas, pero las orillas del rio estaban bastante distantes la una de la otra; estaba claro que había llevado más agua en el pasado. A medida que el camino se acercaba a la presa, se alejaba del rio casi seco, subiendo por un lado del valle por una serie de empinadas pendientes, para luego pasar por encima de la vasta estructura de la presa, antes de terminar delante del edificio que había visto anteriormente en el mapa. El edificio era enorme, casi lo suficientemente grande como para albergar un titán [*], y no podía imaginar cuál sería su propósito.

[Cain exageraba bastante: incluso un Warhound tendría que arrodillarse para poder pasar por debajo del techo]

Norbert frunció el ceño, obviamente allí había algo fuera de lugar que alteraba su innato sentido administrativo, e indicó el rio parcialmente seco.

-¿Por dónde va el resto del agua?- preguntó

Ahora que lo señalaba, era obvio que la parte superior del lago alimentaba de algo más que el casi seco rio al fondo de la presa.

Felicia sonrió. **-Por debajo de las montañas-** respondió.

Ella redujo de nuevo la escala del mapa e indicó otro santuario del Mechanicus en la parte inferior de las faldas de la cordillera, pero esta vez en el lado contrario a donde estábamos situados nosotros. Yo me quede sin aliento. Estaba casi en la llanura costera, a apenas cien kilómetros de la península. Si de alguna manera pudiéramos alcanzarlo sin tener que pasar por el paso montañoso, habríamos flanqueado a los orkos, y sin duda conseguiríamos tomar a su fuerza principal aún preparándose para atacar el puente de tierra que unía los dos continentes. Por primera vez, parecía haber una posibilidad real de cruzar con seguridad.

-Allí hay una planta generadora, impulsada por el agua de este embalse, y un acueducto que conecta a los dos santuarios.

-Eso está muy bien- dije, ligeramente mareado. **-Pero tardaremos días en conseguir que todo el mundo lo pase a pie. Y si los Pieles Verdes encuentran el túnel antes de que lo logremos…**

Felicia se echó a reír, sin duda deduciendo que la imagen que yo tenía en mi mente de ese túnel sería algo parecido al canal de hormigón en el que nos habíamos metido Jurgen y yo en Prosperity Wells.

-Llevaremos los vehículos, tonto- dijo ella. **-El acueducto está preparado para alimentar todo un templo lleno de turbinas, no**

unos cuantos grifos. Al menos tendrá unos diez metros de ancho.

-¿Pero no está lleno de agua?- preguntó Jurgen, señalando un obvio fallo del plan.

Felicia asintió con la cabeza.

-Por supuesto que lo está. Esa es la razón. Pero podemos vaciarlo- dijo, y señaló de nuevo la presa. **-Una vez que se abran las compuertas, el nivel del agua en el depósito descenderá rápidamente. En un par de horas quedaran al descubierto las rejillas de entrada. Abrirlas no será demasiado problema-** dijo, encogiéndose de hombros. **-Han sido diseñadas para eso, para que los equipos de reparaciones puedan realizar el mantenimiento rutinario.**

-Suena bien- dije, empezando a sentirme cautelosamente optimista por primera vez desde que comenzó la improvisada conferencia. **-¿Cómo metemos los vehículos?**

-De la misma forma que los hacen las cuadrillas de reparación- dijo Felicia, con toque de irritación. **-¿No pensaras que se mueven a todo lo largo del acueducto andando, verdad?**

Bien, esa era una buena contestación, así que asentí de acuerdo.

-Creo que tenemos un plan.



A la mañana siguiente aún me seguía pareciendo un buen plan, a pesar de que mi racha paranoica me había tenido toda la noche dándole vueltas, tratando de encontrar las posibles trampas y peligros. Sólo fue capaz de encontrar una pega, y se la confié a Felicia durante el desayuno.

-El valle es un callejón sin salida- señalé. **-Si los orkos nos encuentran antes de que estemos listos para irnos, estaremos atrapados.**

-Eso es cierto- dijo ella, mordisqueando pensativamente su tostada, y arrancó otra porción de mi plato con su mecandendrita.

Después de un par de meses de comidas decentes, ella se había rellenado sus formas muy agradablemente y en los lugares adecuados, pero aún no se había quitado el hábito de comer todo lo que podía a la menos oportunidad.

-Pero sólo tendríamos que retenerlos un rato. Y el terreno esta de nuestra de parte- dijo ella.

Como todos los miembros del convoy, ella había adquirido una sólida base en lo referente a los aspectos básicos los combates de infantería. Yo asentí con la cabeza y hablé.

-No es eso lo que me preocupa. ¿Supongamos que vienen tras nosotros, o que simplemente inundan el túnel mientras

estamos dentro?

Felicia asintió con la cabeza y aceptó que Jurgen rellenase de nuevo su taza, el cual apenas podía reprimir un estremecimiento al pensar en toda esa agua.

-Vuela el túnel detrás de nosotros- dijo. **-Para cuando consigan cavar a través de los escombros, ya habremos desaparecido hace tiempo. Y si destruimos las esclusas antes de irnos, ellos no serán capaces de elevar el nivel del agua lo suficiente para anegarlo.**

-Eso suena bien- dije. Teníamos suficientes explosivos para hacer frente a ese tipo de trabajo tan perfectamente como deseáramos, así que no veía que eso fuera ningún problema. Ahora, que todas mis reservas respecto a esa empresa habían desaparecido, estaba casi deseoso de comenzarla. **-Es una lástima que no podamos quedarnos para disfrutar la expresión de sus caras cuando se den cuenta de que nos hemos escapado.**

Reanudamos nuestro viaje con algo que podría describirse como moral alta. Es cierto que tendríamos que agrupar a nuestras dispersas fuerzas, pero, tranquilamente se lo podía endosar a Piers y Tayber para que ellos lo prepararan todo. Confiando en que la patrulla enemiga más próxima estaría a unos cuantos kilómetros de distancia, saqué la cabeza por la escotilla superior del Chimera, disfrutando del fresco aire de la mañana mientras aún podía. El plan de Felicia puede que pudiera evitarnos el principal cuello de botella, pero mientras estuviéramos moviéndonos por las montañas, todavía seríamos vulnerables a las emboscadas, y yo pretendía pasar la mayor parte de ese tiempo detrás de la reconfortante solidez de las placas de blindaje.

De hecho, las cosas salieron prácticamente sin problemas, a menos que se cuenten algunos encontronazos a tiros de unas cuantas de nuestras unidades que buscaban provisiones con grupos aislados de Pieles Verdes, que finalizaron con gratificante rapidez para nosotros, especialmente si a la escena llegaba Sautine, y antes de una semana me encontré rodando por el estrecho valle que conducía a la presa.

El paisaje montañoso era aún más sombrío de lo que yo había imaginado sobre la pantalla topográfica que habíamos estudiado, pero no carecía de cierta grandeza. Las altas cimas se alzaban sobre nosotros, coronadas por campos nevados que Jurgen miraba con nostalgia, pero iba a quedar decepcionado con este viaje, nuestro destino estaba debajo de la línea de nieve, y el extremo opuesto del acueducto estaba un par de miles de metros por debajo de nosotros, casi al nivel del mar. Al lado de la carretera, la pequeña corriente de agua que manaba de las compuertas de la presa corría murmurando a través del enorme canal de desagüe, espesos matorrales adornaban ambos lados del valle con tonos moteados de marrón, verdes, y algún ocasional parche de amarillo o morado.

La presa se asomaba por encima de todo, una enorme pared de rococemento gris que cruzaba el valle por delante de nosotros como las murallas exteriores de una ciudad fortificada, y yo trate de no pensar en el gigantesco volumen de agua que contenía. Intelectualmente, sabía que la presa se había mantenido firme durante décadas, pero no pude evitar imaginar en mi mente como sería la escena si de pronto cediera. Estremeciéndome ante la idea, me volví en la torreta de nuestro trasporte, y saludé a Felicia, que paseaba tranquilamente sobre su Sentinel modificado.

-¿Cómo es que sabes tanto sobre este lugar?- la pregunté.

Cuando me respondió, su voz era tan cálida como siempre, a pesar de estar atenuada por el vox. **-Es una de las grandes maravillas del planeta-** dijo. **-Cualquier tecno-sacerdote lo sabe. Estudiamos todos sus sistemas en el seminario.**

-Toda una suerte para nosotros- dije secamente.

Felicia se echó a reír. **-Es algo fascinante, incluso sin tener en cuenta todas las supersticiones locales sobre este lugar.**

-¿Qué quieres decir?- pregunté. **-Sin duda el santuario habrá sido adecuadamente bendecido estará en el nombre del Emperador.**

No soy el hombre más piadoso de la galaxia, y yo soy el primero en admitirlo, pero incluso en aquellos lejanos días, yo ya había visto bastante del mal que andaba suelto por la galaxia para como para no pensármelo al menos dos veces antes de tentar al destino y atravesar sin permiso tierra no consagrada correctamente, y esa sigue siendo mi opinión (por supuesto, eso no era nada comparado con algunos de los lugares que tendría que ver en años posteriores, el interior de una fortaleza de saqueadores eldar, un mundo tumba de los necrones, o una ciudad manchada por el toque del Caos era abominaciones mucho mayores que las que, posiblemente, durante mi inexperta juventud yo hubiera previsto tenido que ver, pero creo estoy divagando)

En el nombre del Omnissiah- corrigió Felicia con un tono divertido en la voz, **-pues sí, por supuesto que sí. Las historias son de mucho antes de que la presa estuviera aquí.**

-¿En serio?

A pesar de que era evidente de que era una obra del hombre, me parecía algo difícil de creer. De alguna forma, esa gigantesca muralla parecía haber estado siempre allí.

Felicia asintió con la cabeza. **-A hace miles de años. ¿Cómo crees que consiguió su primer nombre?**

-¿Y qué nombre es ese?- pregunté, tratando de luchar contra una creciente sensación de aprensión.

La voz de Felicia adquirió un familiar tono de malicia. **-El Valle de los Demonios-** dijo alegremente.



VEINTIUNO

A pesar de los muchísimos asuntos que ocupaban mi cabeza y reclamaban mi atención, fui incapaz de eliminar completamente el oscuro presentimiento que las pocas palabras de Felicia habían provocado en mí, pero ya no había tiempo para interrogarla más sobre el asunto, ya que nuestro convoy finalmente alcanzó la enorme ciudadela que surgía delante de la presa y comenzó a extenderse alrededor de la plaza que tenía delante. Era lo suficientemente grande como para servir para realizar un desfile, y estaba cubierta por pequeños azulejos, del tamaño de mi uña del pulgar, formando un enorme mosaico con imágenes sagradas del culto al Dios Máquina. Yo pensaba que tan delicado trabajo sería destrozado bajo las ruedas y orugas de nuestras máquinas de guerra, pero, para mi sorpresa, no sufrieron ni siquiera un solo rasguño.

-Posiciona la artillería pesada para cubrir la carretera- le ordené a Sautine, a quien había puesto al mando de nuestro destacamento de blindados. Ella asintió.

-Ya estoy en ello- hizo un gesto hacia el *Vixens*, que ya tenía su torreta y su cañón láser apuntando por el valle a la estrecha carretera que se dirigía hacia la ladera del otro lado, flanqueado por los otros Leman Russ. **-Ya tengo el Basilisk preparado para dejar caer unos cuantos proyectiles pesados en la boca del valle, por si los Pieles Verdes tratan de pasar antes de que estemos listos para salir.**

-Es una buena idea- la felicité. La pieza de artillería autopropulsada estaría mejor empleada en ese papel, donde su mayor alcance podría ser usado con la máxima eficacia. Y estaba bastante seguro de que un par de proyectiles Earthshaker bloquearían cualquier avance orko a través de ese punto de estrangulamiento.

-Es una pena que no podamos volar la presa- comentó Sautine, mirando con tristeza la carretera que pasaba por lo alto del embalse de doscientos metros de altura desde donde nos encontrábamos. **-Eso sería suficiente para impedir que nos siguieran.**

-Yo lo haría, pero no tenemos posibilidad real de poder conseguirlo- no teníamos suficientes explosivos en todo el convoy ni para siquiera conseguir mellar esa gigantesca muralla de rococemento. **-Pero podrías intentar minar la carretera.**

-Voy a poner a alguien a hacerlo- convino Sautine, y se retiró.

Bueno, nuestra defensa ya estaba preparada. Ahora ya era tiempo de saber si Felicia tenía razón, y nuestra salvación estaba a solo unos pocos metros por debajo de la superficie de la enorme y plácida extensión de agua que se perdía a lo lejos, o sencillamente yo acababa de meternos a todos dentro de una trampa mortal sin salida.

Yo me volví y me abrí camino a través de una multitud de soldados y milicianos, intercambiando unas palabras o una broma con unos cuantos rostros al azar, repartiendo unos cuantos tópicos y banalidades para elevar la moral, pero siempre atento en busca de la familiar túnica blanca.

La tecno-sacerdotisa me esperaba a la entrada del santuario, que se alzaba sobre nosotros, las estatuas votivas incrustadas en su superficie todavía parecían conservar de alguna forma parte de la pureza de líneas y formas dentro de las mejores tradiciones estéticas del Mechanicus. Jurgen estaba con ella, con su inseparable fusil láser, y debo admitir que me alegré de verlo. Felicia me había dejado muy claro que el santuario de control era tierra consagrada, en la que se suponía que solo podían pisar tecno-sacerdotes ordenados, y que poder acompañarla al interior era un muy raro privilegio para alguien de fuera del Adeptus Mechanicus (a decir verdad, me habría alegrado mucho el dejarla a ella solo hacer todo lo que fuese necesario en el interior, pero me había señalado que tal vez habría que tomar decisiones de mando, y que yo podría hacerlo de forma mucho más efectiva si estuviera allí, junto a ella).

Sus ayudantes andaban cerca, con expresiones de envidia en sus rostros, sin duda con la esperanza de que su presencia también resultara necesaria dentro del imponente templo repleto de maravillas tecnológicas.

-¿Preparado?- me preguntó, mirando en mi dirección, yo asentí, preguntándome si eso realmente sería verdad. **-Bien, entonces ya podemos seguir.**

Justo fue en ese momento cuando me di cuenta de que ella estaba mucho más nerviosa de lo que quería aparentar, y esto, de alguna manera, aumentó mi confianza en mí mismo.

Contando con que Jurgen seguiría mis pasos, como de costumbre, su particular aroma me aseguró de que sí lo había hecho sin que tuviera que girar la cabeza, me dirigí hacia el enorme portón de bronce que sellaba la entrada del santuario. Después de un

momento, Felicia se unió a mí, marchando un paso por delante, como mi guía en aquella tierra consagrada.

-Eso es raro- dijo Felicia, el tono de su voz tenía más de perplejidad que de alarma, pero sin embargo, me encontré aflojando mis armas en sus fundas. Si tenía que atacar, primero las usaría y discutiría las implicaciones teológicas más adelante.

-¿Cual?- pregunté, viendo por el rabillo del ojo como Jurgen seguía mi ejemplo, quitando el seguro de su arma. Las puertas se alzaban sobre nosotros, unas gruesas placas de bronce con el sigilo de la rueda dentada del Adeptus grabada sobre ellas, con cuatro veces la altura de hombre. Uno de ellas estaba entreabierta, lo bastante para que pudiera pasar nuestro pequeño grupo, y Felicia lo señaló, frunciendo el ceño con perplejidad.

-Esa puerta debería estar sellada. Sólo un tecno-sacerdote consagrado debería ser capaz de abrirla.

-Quizás el personal lo dejo así cuando evacuaron este lugar- la sugirió Jurgen.

Felicia negó con la cabeza.

-No, eso no puede ser, tiene que haber otra respuesta. Ellos deberían estar aquí, realizando los rituales de rutina. Esto es un lugar sagrado, no lo abandonarían.

-Entonces, ¿por qué no salieron a nuestro encuentro?- pregunté. Hice un gesto hacia atrás, a las docenas de soldados y refugiados, y a nuestra abigarrada colección de vehículos. **-Deberían habernos visto venir.**

-Quizás los Pieles Verdes llegaron primero- dijo Jurgen, mirando cautelosamente, pero preparado para disparar.

Negué con la cabeza.

-Mira todo el lugar. Todavía está intacto. Los orkos lo habrían destrozado- y no había ni la menor señal de la destrucción sin sentido que hubiera provocado un ataque de los orkos.

No había ni una sola marca sobre las inmaculadas piedras blancas de la plaza, ni siquiera el impacto fortuito de un proyectil de un stubber. Las únicas criaturas que parecía haber dejado su marca en el edifico eran las aves locales. Sin embargo, curiosamente, encontré la falta de huellas de los orkos mucho más siniestra de lo que podrían haber sido su presencia.

-Sólo deben estar ocultos- añadí con decisión. **-Saldrán en cuanto se den cuenta de que somos amigos.**

-A menos que los hallan cogido los demonios- dijo sombríamente Jurgen.

-Eso es solo una superstición local- dijo Felicia, un poco demasiado rápido, y mi ayudante se tranquilizó.

-No obstante- dije, sacando mi pistola láser, **-tal vez debería entrar yo primero.**

Yo esperaba que ella pusiera alguna pega, por supuesto, o si no nunca lo hubiera sugerido, pero, para mí bien disimulada sorpresa, ella asintió.

-Si, puede que eso sea lo más prudente- dijo Felicia.

Bien, ya no había vuelta atrás después de eso, no podía arriesgarme a perder todo mi prestigio, así que levanté mi arma y pase por la puerta entreabierta, con mis nervios más tensos que las cuerdas de un arpa. Jurgen me siguió, con su arma preparada, buscando objetivos, un momento después, Felicia se unió a nosotros.

-Todavía no es demasiado tarde para que llamar a una escuadra de soldados para que nos acompañe- la sugerí, mientras vigilaba el entorno que nos rodeaba.

Nadie parecía estar disparando contra nosotros, pero aún así, había un montón de sitios donde podía ocultarse un francotirador, así que, de todas formas, mantuve mi arma preparada en mi mano.

Estábamos en una habitación grande y con los techos alto, ingeniosamente iluminada por lumen ocultos que llenaban el espacio con un resplandor difuso, sin duda destinado a crear una atmosfera funcional y de meditación. Unos mecanismos arcanos que no fui capaz de identificar estaban montados sobre pedestales, para su

exhibición o veneración, Felicia los miraba con los ojos muy abiertos, llenos de asombro, pero a mí sólo me parecieron un montón de chatarra.

-No- dijo en voz baja. **-No debemos profanar este lugar más de lo necesario.**

-Bien- accedí. **-Tú eres la experta-** sin embargo, contacté con Tayber por el vox. **-Prepara un par de equipos de asalto-** le ordené. **-Tenlos preparados para que acudan en el momento que los llamemos, pero ni un segundo antes.**

Miré a la inusualmente deprimida tecno-sacerdote. **-¿Eso te parece bien?-** para mi alivio, ella asintió.

-Sí- dijo ella. **-Si tenemos que llamarlos, es que este lugar ya ha sido mucho más profanado de lo que lo haría su presencia.**

Lo cual, supongo que era una decisión muy pragmática, pero nada reconfortante.

-De acuerdo- dije, tratando de orientarme. **-¿Hacia dónde vamos?**

-La capilla de control de estar por allí- ella señaló hacia una escalera en el otro extremo del vestíbulo de entrada. Unas escaleras automáticas se movían hacia arriba, y nos dirigimos hacia ellas lo más rápido que pudimos. Jurgen y yo seguíamos en alerta ante cualquier señal de movimiento por las ventanas.

-¡Comisario!- mi ayudante se detuvo de repente, aunque una de los mecanismos expuestos me impidió ver lo que había llamado su atención. Cuando rodeé la cosa, y vi lo que había sobre el piso de mármol pulido, me volví, con la esperanza de impedir que Felicia lo viera, pero ya era demasiado tarde. Estaba de pie justo detrás de mí, mirando al tecno-sacerdote muerto con una expresión de horror en su boca.

-¿Lo conoces?- pregunté, y ella negó lentamente con la cabeza, tratando de asimilar la enormidad de la imagen: un miembro de su propia orden, asesinado en medio de un santuario.

-Nunca he estado aquí- me recordó. **-Sólo he estudiado los planos.**

-Lleva muerto un par de semanas- añadió Jurgen amablemente. **-Han debido matarlo después de la invasión. Después de todo, parece que los Pieles Verdes sí han pasado por aquí.**

-No creo que los demonios de Felicia hubiera utilizado un bolter- dije. El proyectil explosivo había detonado dentro de la caja torácica del hombre, matándolo al instante, a pesar de que había señales de que había tenido muchas mejoras augmeticas instaladas dentro de su pecho. **-Pero su hubieran sido orkos, hubieran destrozado todo esto.**

-Sí que lo hubieran hecho- asintió Jugen. **-Y no hubieran sido tan precisos.**

Sólo entonces fue cuando me di cuenta de que mi ayudante tenía razón. El tecno-sacerdote había sido asesinado con un solo proyectil. Los Pieles Verdes hubieran disparado en automático, dejando el piso y la maquinaria que nos rodeaba llena de agujeros y marcas de impactos.

-¿Crees que fueron humanos los que hicieron esto?- Felicia nos miró fijamente a los dos, pasando del uno al otro, totalmente desconcertada. **-¿Pero por qué?**

-No tengo ni la menor idea- admití, **-y en estos momentos, eso no importa. Tenemos mucho trabajo que hacer aquí, y muchas vidas dependen de que lo hagamos.**

En su honor hay que decir que Felicia se recuperó rápidamente, sin duda ya acostumbrada por las atrocidades que había vivido durante su cautiverio entre los orkos, y por las batallas que habíamos luchado juntos desde su liberación. Ella asintió con la cabeza, sólo la palidez de su rostro traicionaba el esfuerzo que estaba realizado para mantener su compostura.

-Entonces será mejor que sigamos adelante- dijo ella. **-Quienes quieran que hayan sido los responsables ya se habrán ido hace mucho tiempo.**

Eso era cierto, pero lo que yo no sabía era que no conocería la respuesta a ese enigma hasta una década más tarde, y que cuando me enteré de lo que allí había sucedido, honestamente debo decir no que me tranquilizó ni lo más mínimo.

-¿Hacia arriba, has dicho?- y comencé a dirigirme hacia la escalera automática, con todos mis sentidos alerta por la sensación de inminente peligro que el descubrimiento del cadáver había accionado, y eso era bueno. Cuando me acerqué a la escalera, percibí un parpadeo de movimiento a través del rabillo del ojo, y por simple movimiento reflejo, me arrojé detrás de otro de los trozos de metal que había colocados por el vestíbulo. Mientras lo hacía, el inconfundible tartamudeo de un cañón automático pesado se hizo eco a través del espacio, la máquina (o lo que fuera) detrás de la que me había escondido resonó por los impactos como la campana de un templo.

-¡Tayber!- grité. **-¡Necesitamos apoyo, ahora mismo! ¡Con armas pesadas! ¡Moveos!**

-Estamos en camino- me aseguró el veterano sargento.

Yo asomé la cabeza tanto como me atreví, tratando de ver a quien estaba tratando de matarnos. Felicia también se había puesto a cubierto, su túnica blanca era visible detrás del pedestal de otra pieza de maquinaria, a un par de filas de distancia, y el súbito crujido de un rayo láser ionizando el aire fue más que suficiente para permitirme localizar a Jurgen (solo un momento o dos antes de que mi nariz hiciera el trabajo). El proyectil alcanzó su objetivo, e impactó inofensivamente contra una mezcla de carne y augmeticos, alta y ancha como un ogrete, y posiblemente dos veces más inteligente.

-Es un servidor de combate- le dije a Tayber por el vox. No tenía ningún sentido dejar que nuestros refuerzos cargaran a ciegas. **-Un cañón automático, un puño-sierra.**

Yo también le disparé, con más esperanzas que posibilidades reales, y la cabeza de la cosa giró lentamente en mi dirección. Esto ha sido una estupidez, pensé, debería haber dejado que Jurgen siguiera disparando. Pero, en fin, ya era demasiado tarde.

-Ha sufrido bastantes daños- añadí, mientras lo miraba con más atención. Parecía que alguien había vaciado contra él todo un cargador de bolter pesado, pero no lo suficiente hasta donde yo podía ver, porque seguía en pie, su caparazón estaba agujereado y lleno de abolladuras de impactos. Su arma de combate cuerpo a cuerpo parecía estar totalmente fuera de servicio, lo cual al menos era algo, pero todavía podía infligir el suficiente daño con su otro brazo como para convertir a un ser humano sin protección en simple pulpa.

-Acabar con los intrusos- raspaba continuaba la cosa a través de un algún tipo de decodificador vox implantado, repitiendo de forma obsesiva la última instrucción que le habían dado, una irritante costumbre común a esos dispositivos. **-Proteger el santuario.**

Lanzó otra ráfaga de disparos con su cañón automático en mi dirección, y dio un pesado paso hacia mí.

Por un momento pensé que iba a cargar, pero Jurgen le disparó de nuevo y se detuvo, con tanta cara de desconcierto como puede llegar a tener un autómata sin sentido. Entonces giró en su dirección y repitió la misma frase: **-Acabar con los intrusos. Proteger el santuario.**

-¡Mantenle ocupado!- grité a mi ayudante, mientras la cosa disparaba de nuevo, esta vez en dirección hacia Jurgen, y dio un

paso vacilante hacia él.

Había una pequeña posibilidad, pensé, pero eso era mucho mejor que ninguna, cuando llegaran nuestros equipos de asalto, todos podríamos haber muerto, así que no tenía sentido esperar a que nos salvaran el cuello. Activé mi espada-sierra, y corrí tan rápido como pude hacía la cosa, antes de que yo pudiera tener la oportunidad de pensar correctamente en lo que estaba haciendo y cambiar de opinión.

Casi lo logré alcanzarlo antes de que el servidor se diera cuenta de que yo me aproximaba y se volvió para enfrentarse a la amenaza más inmediata. Mi espada-sierra rebotó contra los cables de alimentación que cubrían su espalda, lo que unos segundos de razonables deducciones me hubieran dicho que era seguro que estuvieran blindados, lanzando una lluvia de chispas. El servidor balanceé su puño-sierra, que gracias al Emperador seguía funcionando mal, y me agaché en el último segundo, sintiendo un súbito escalofrío cuando los dientes de corte hicieron temblar la gorra sobre mi cabeza

Golpeé con mi espada-sierra hacia arriba, encontrando componentes todavía de carne, más por simple suerte que por conocimiento, y fui recompensado por un torrente de un icor fétido que cayó en cascada dentro del cuello de mi camisa. La cosa retrocedió hacia mí, pero ahora sus movimientos eran más rígidos. Al menos parece que le había anulado ese brazo.

-¡Retírese, comisario! ¡No podemos conseguir un disparo limpio!

Esa voz femenina me sonó vagamente familiar, pero ahora no había tiempo para preocuparme de eso, estaba luchando por mi vida contra una máquina diseñada para arrebatarlas, y tratar de destrabarme del combate sólo la daría una oportunidad perfecta para matarme. El servidor se tambaleó cuando Jurgen colocó otro disparo directamente en su espalda, yo aproveché esa momentánea distracción para meterme detrás de él y cortar otro grupo de cables de alimentación. Un corte que tuvo la misma falta de éxito que el anterior, debo añadir.

-Acabar con los intrusos. Proteger el santuario- repitió el servidor.

La cosa se volvió de nuevo hacia mí, y yo me escabullí para cubrirme cuando comenzó a levantar el cañón automático, sabiendo que hiciera lo que hiciera, no lo conseguiría, no había manera en la galaxia que le impidiera fallar a esa distancia. Entonces escuché un débil e irrisorio chasquido, y rodé detrás de otra pila de chatarra, bendiciendo a cada santo que pude recordar. La cosa estaba seca. Sus anteriores combates deberían haber agotado su munición casi por completo. Un momento más tarde pensé que me había equivocado, cuando escuché de nuevo el distintivo sonido de un cañón automático, pero esta vez no sonaron los impactos alrededor de mí, así que asome la cabeza para ver lo que estaba pasando.

El servidor se estaba tambaleando bajo los impactos de una granizada de ráfagas de cañón automático disparadas a corta distancia, Demara y Tamworth disparaban con la seguridad de los endurecidos veteranos en los que se habían convertido. El resto del grupo de Grenbow estaba con ella, respaldando sus esfuerzos con sus otras armas de fuego, el antiguo operador de vox cesó de disparar durante un momento para saludarme. Al estar la cosa ya tan dañada, no fue capaz de soportar ese castigo durante mucho

tiempo. Bruscamente, su rodilla cedió, y el servidor cayó pesadamente contra el suelo, donde se estremeció como un humano al que acabaran de asesinar.

-Alto el fuego- dijo Felicia, poniéndose en pie cautelosamente y saliendo de detrás de su pedazo de chatarra. Tras hacer yo un movimiento afirmativo de cabeza, el grupo de la milicia obedeció.

El servidor continuó estremeciéndose, tratando de levantarse, la joven tecno-sacerdote dio unos cuantos pasos cautelosos hacía él. La cabeza de la cosa se movió, aparentemente tratando de verla y ella sostuvo su colgante con la rueda dentada donde la cosa pudiera verla (o pudiera registrar su presencia de la forma que normalmente utilizara, fuera cual fuera).

-Acabar con los intrusos- volvió a repetir, sonando vagamente confundió esta vez. **-Proteger el…**

-Anula esas instrucciones- dijo Felicia, lenta y claramente, con su mecandendrita flexionándose detrás de ella como la cola de un gato nervioso. **-Corta la energía.**

La tecno-sacerdote vaciló, aparentemente a punto de saltar a cubierto si la cosa no la reconocía como una persona autorizada para estar allí, pero no hizo ningún movimiento para atacarla.

El tiempo pareció detenerse.

La cosa se hizo eco repentinamente. **-Apagar energía. Puede que sean necesarias reparaciones.**

Y se quedó inmóvil.

-¿Qué demonios hace esto en una estación hidroeléctrica?- preguntó Demara.

-Buena pregunta- dije, recogiendo mi gorra y volviéndomela a ponérmela con tanta insolencia como pude reunir, ya que mi camisa estaba empapada con el icor del servidor y olía aún peor que Jurgen. Me volví hacia Felicia. **-¿Alguna idea?**

-Ninguna en absoluto- respondió, y parecía tan desconcertado como yo.

-Bien, no tenemos tiempo para discutirlo- dije. **-Tenemos que abrir las compuertas-** luego me volví hacia Grenbow. **-Tú y tu gente la escoltaran-** añadí, **-por si hay más cosas de esas correteando por ahí.**

Yo, por supuesto, no tenía la menor intención de quedarme en el interior. Activé de nuevo mi vox y hablé, **-Piers, quiero otras tres escuadra más aquí adentro. Peinar todo este lugar de arriba abajo. Si hay más sorpresas incomodas, quiero conocerlas.**

Esperaba que Felicia se opusiera a esto, pero ella asintió, con los labios muy apretados.

-Me pongo a ello ahora mismo- dijo, volviéndose hacia la escalera automática.

-Ya estamos registrándolo todo- me tranquilizó la familiar voz de Tayber. **-Ahora estamos viendo el nivel inferior.**

-¿Qué nivel inferior?- Felicia movió la cabeza. **-Según los planos, este es el nivel inferior.**

-Bueno, pues hemos encontrado otro- la aseguró su hermano. **-Detrás de las escaleras automáticas.**

Nos apresuramos a dirigirnos hacia la dirección que nos había indicado, de todas formas Felicia necesitaba ir hacía allí para llegar a los controles de la esclusa, y nos encontramos un gran agujero en la pared, detrás del sargento.

-¿Qué podría haber hecho esto?- preguntó Felicia. Los bordes del agujero eran irregulares, con el hormigón abrasado y fundido por un inmenso calor.

Me encogí de hombros. **-Una pistola de plasma, tal vez un fusil melta-** dije. En aquellos momentos, yo todavía no las había visto ni usado dentro del campo de batalla, pero estaba bastante familiarizado con sus efectos por las ocasionales demostraciones que nos hacían en la Schola, así que la mía era una suposición razonable. **-Quien quiera que hizo esto, quería entrar, y no aceptaba un no como respuesta.**

-¿Entrar a qué?- preguntó Jurgen.

Había una escalera que bajaba detrás de la pared, supuestamente accesible a través de alguna puerta oculta de algún tipo, que había ocultado su existencia hasta que alguien, o algo, decidió eliminar el obstáculo.

-Hay un montón de habitaciones ahí abajo- me informó Tayber. **-Están llenas de equipos técnicos-** luego su voz vaciló, **- y de muertos. Muy bien armados, la mayoría de ellos.**

-Será mejor que echemos un vistazo- decidí.

No podría esquivar los futuros problemas que todo esto presagiaba a menos que tuviera una idea clara de lo que estaba pasando, además, y de cualquier forma, este era el tipo de cosas que la gente que me rodeaba esperaba que yo dijera.

Miré a Felicia. **-No me agrada pedirte esto, pero sólo tú podrás detectar algo que a nosotros se nos escaparía.**

-Estoy de acuerdo- asintió ella. **-Las compuertas tendrán que esperar unos minutos más. Esperemos que los Pieles Verdes hagan lo mismo.**

-Parece que hasta ahora han ignorado este lugar- dije. La hermosa tecno-sacerdote asintió.

-Eso fue antes de que trajeras un ejército hasta aquí- señaló.



El misterioso nivel inferior era prácticamente como Tayber lo había descrito. Los tres nos reunimos al final de la escalera (Grenbow y los demás se quedaron arriba para vigilar nuestra retaguardia) con una expresión de extrema inquietud. Los otros miembros de la escuadra Bravo estaban allí, mirando a los alrededor con una mezcla de ansiedad y nerviosismo.

-Este es el punto central- dijo el sargento, indicando los corredores que se ramificaban en tres direcciones (la cuarta, por supuesto, simplemente nos habría conducido directamente hacia el embalse). Había cuerpos en las entradas de los tres, destrozados por el fuego de bolters, pero no lo suficiente como para que no estuviera seguro de sus identidades. Sus uniformes color carmesí, su alta proporción de augmeticos, y los fusiles Infierno con los que estaban armados eran todo lo que necesitaba para confirmarlo.

-Scutarii- dije. Tayber se me quedó mirando, en blanco. **-La infantería del Adeptus Mechanicus. Vigilan los mundos-forja, apoyan a las legiones de titanes, ese tipo de cosas. La pregunta es: ¿qué estaban haciendo aquí?**

Miré a Felicia, que parecía tan desconcertada como su hermano.

-Supongo que guardando algo- ella miró a su alrededor. **-¿Hay algún tecno-sacerdote por aquí abajo?**

-Sí- asintió Tayber. **- Y todos muertos, sobre todo en esa ala-** dijo, señalando al corredor de la izquierda.

Las cámaras que se abrían en él eran grandes, bien iluminadas, y llenas de misteriosos dispositivos arcanos, que, aparte de estar llenos de agujeros de bolter, parecían ser totalmente funcionales. En la mayoría de las salas también había cadáveres de tecno-sacerdotes, con sus cuerpos tan destrozados como los de sus antiguos guardaespaldas.

-¿Alguna idea de lo que estaban haciendo?- le pregunté a Felicia, cuando entramos cautelosamente en una gran sala llena con la habitual colección de misterios tecnológicos, y un par de cadáveres de acólitos del Omnissiah.

Ella miró a su alrededor todos los equipos que nos rodeaban, los únicos que yo reconocí parecían ser unas pantallas hololíticas y un par de pantallas pictográficas.

-Parece ser que estaban investigando o estudiando algo- dijo ella. **-La mayoría de estos aparatos son motores analíticos de una clase u otra. No puede decir lo que estaban investigando pero…**

Se acercó a un atril de control y activó un hololito cercano. La pantalla parpadeó, volviendo a la vida, proyectando una serie de iconos que no significaban nada para mí, pero que a ella miró con el ceño fruncido, consternada. **-Todos sus bancos de datos han sido borrados. Todos los registros han desaparecido.**

-Muy útil para nosotros- dije secamente.

La tecno-sacerdotisa me miró fijamente con una expresión muy seria. **-Puede que sea lo mejor. Si lo que había aquí, hizo que valiera la pena matarlos a todos, creo que preferiría no saber lo que era.**

-Yo tampoco- accedí, volviéndome para salir de la cámara. **-Hagamos lo que hemos venido a hacer.**

-Comisario- Luskins me esperaba fuera, con Jodril junto a él, como de costumbre, con su voluminoso lanzacohetes colgando de su hombro, obstruyendo el paso mientras nos movíamos por los estrechos pasillos. **-Hemos encontrado algo. Parece una cripta.**

Eso era precisamente lo que era, una gruesa puerta impermium dejaba poca dudo de eso. Estaba claro que había sido forzada. Las huellas del arma de energía que habían utilizado para abrirse paso por ella eran inconfundibles, lo que evidentemente había sido un elaborado mecanismo de cierre de seguridad había sido derretido y convertido en escoria por un ardiente calor. Sin embargo, no tenía ni idea de lo que podía haber contenido, en el interior sólo había estantes vacios de metal que reflejaban las luces del techo.

(Impermium, lamento decir que no he encontrado el significado de esa palabra, lo único que he visto es una compañía de ciber-seguridad con ese nombre, lo que refuerza la idea que se trataba de una puerta blindada especial, salvo que se traté de un error tipográfico y quisieran decir *Imperium*, nt)

-Ya hemos perdido demasiado tiempo- dije, después de que tras otro peinado de la zona no apareciera nada más que otro puñado

de cadáveres. **-Vamos a abrir las compuertas y marcharnos lo antes posible.**

-No voy a discutir eso- me concedió Felicia, y nos apresuramos a subir a toda prisa las escaleras que salían de aquella fosa común.

Una vea que salimos de nuevo al vestíbulo suavemente iluminado por el que habíamos entrando, sentí una indefinible sensación de opresión abandonar mi alma, y nos dirigimos directamente hacia las escaleras automáticas. Los otros equipos de búsqueda no habían encontrado más servidores de combate acechando por el lugar, así que pensé que, por el momento, podría seguir con la tecno-sacerdote, por si, finalmente, mi presencia era necesaria en la capilla de control.

Sin embargo, esa sensación de bienestar no iba a durar mucho más. Casi en el mismo momento en el que mis botas comenzaron a pisar las escaleras, mi comunicador volvió a la vida otra vez.

-Comisario- me informó Piers. **-Los orkos ya están aquí.**



VEINTIDOS

Durante unos breves instantes más, pude aferrarme a la esperanza de que los que nos habían encontrado solo sería un grupo de exploradores, pero esa reconfortante ilusión no duraría demasiado. La capilla de control donde Felicia nos lleva tenía una amplia y despejada ventana que miraba hacia el valle, sin duda para garantizar la adecuada y reverencial vigilancia sobre la presa y el embalse, ya que, por lo general, los tecno-sacerdotes estaban demasiado alejados de los asuntos del reino de la carne como hacer algo tan humano como simplemente admirar el paisaje (que en circunstancias menos estresantes, sin dudo habría encontrado espectacular).

Haciendo caso omiso de los tableros llenos de diales de latón e interminables interruptores incrustados en las planchas de madera oscurecidas por la edad, me apresuré a dirigirme hacia el cristal blindado y mirar hacia abajo, mientras sentía como el aliento se me congelaba en la garganta.

-Hay miles de ellos- dijo Jurgen a mi lado, y por una vez tuve que admitir que no estaba exagerando.

La entrada entera del valle estaba atascada de vehículos tambaleantes, llenos de rugientes Pieles Verdes, que ya habían comenzado a abalanzarse contra nosotros como una horda de tiránidos. Su enorme número impedía su avance, al menos mientras estaban canalizados por el estrecho desfiladero, pero ya estaban poniéndose en orden con su habitual y brutal eficiencia, los más

agresivos y fuertemente armados de todos tiraban hacia delante de toda la manada. Los que iban por la carretera iban a mayor velocidad, pero, para mí horror, me di cuenta que la gran mayoría de los demás no se molestaba en luchar por entrar en la calzada, simplemente se esparcían por todo lo ancho del valle, confiando en la robusta construcción de sus vehículos y en sus resistentes constituciones para correr sobre un terreno relativamente abierto a una velocidad que hubiera creído imposible de no estar viéndolo.

Estaba a punto de ordenar al Basilisk que abriera fuego, cuando el inconfundible y sordo rugido de un Earthshaker me dijo que Sautine ya lo había ordenado. Nuestra pieza de artillería lanzó tres proyectiles en rápida sucesión, todos detonaron en el corazón de la multitud orka que se abalanzaba contra nosotros, pero por lo que consiguieron, bien podríamos estar lanzado piedras contra un estanque, porque la marea mortal de aullantes Pieles Verdes seguían aproximándose aún más deprisa.

-¿Cuánto tiempo tenemos?- pregunté por el vox a Piers, deseando haberme dirigido directamente al Chimera de mando con todos sus sofisticados equipos, en lugar de haberme arrastrarme hasta aquí para mantener vigilada a la tecno-sacerdote. Ver esto en una pantalla de auspex me hubiera dado bastante menos cagalera que ver a los Pieles Verdes directamente, con mis propios ojos.

-La primera oleada caerá sobre nosotros dentro de unos veinte minutos- me informó el joven capitán, sorprendentemente tranquilo. **-Los vehículos no pueden pasar sin cruzar sobre la presa, pero seremos vulnerable a la infantería que trepe la pendiente.**

-Bien, eso al menos es algo- dije. **-Si Sautine consigue mantener la carretera despejada, podremos liquidarlos**

mientras desembarcan.

Incluso eso no era más que una esperanza muy frágil, porque, al final, la fuerza numérica de Pieles Verdes tendría algo que decir. Desde aquí parecía como si todos los grupos que nos iban siguiendo se hubieran agrupado en una sola formación, superándonos en número en al menos ocho a uno [*]. Si hubieran tenido la mitad de ese número esperándonos en el paso, nunca hubiéramos sobrevivido al intento de saltar el bloqueo, aunque tengo que admitir que la alternativa ahora mismo no parecía tan atractiva. Me volví hacia Felicia.

[Si Cain es literalmente exacto en esta cifra, en lugar de exagerar para dar más efecto al relato, podemos deducir que se trataría de una horda de entre dos mil y dos mil quinientos orkos, y ver eso cayendo sobre uno, debería ser algo impresionante]

-¿Cuánto falta para que se vacíe el túnel?

-No lo sé- dijo, totalmente ausente, mientras revisaba el atril de control que tenía delante de ella, sin hacer el menor caso a la aterradora vista del exterior de la ventana, lo que me pareció que lindaba con un autocontrol sobrehumano [*]. **-Depende de cuánto tiempo me lleve conseguir que se abran las compuertas. Los rituales son bastante simples, pero me llevará un rato antes de que hacerlo yo sola-** luego echó un vistazo por todo la capilla, parecía ligeramente aturdida. **-¿Ahora, si yo tuviera un quemador de incienso, donde lo pondría?**

[A menos que ella ni siquiera se hubiera enterado. Los tecno-sacerdotes tienen una inquietante tendencia a concentrarse tanto en sus misterios, olvidando lo que para el resto de nosotros son preocupaciones mucho más apremiantes]

-Tayber- llamé por el vox, tratando de no sonar demasiado impaciente. **-Trae hasta aquí a los ayudantes de Felicia, necesita que la ayuden-** luego mire a la tecno-sacerdote con algo de recelo, preguntándome si habría cruzado algún tipo de línea, pero ella simplemente asintió.

-Eso podría ayudar- fue lo único que dijo.

-Bien- dije, tan calmadamente como pude, lo cual fue todo un logro, dadas las circunstancias, como estoy seguro de que apreciaran. **-Si la ayudan, ¿cuánto tiempo será necesario para vaciar el túnel?**

-Unas dos horas- dijo Felicia, con toda naturalidad. **-Eso, por supuesto, después de que las esclusas se abran. Pero en eso no deberíamos tardar más de una hora, si logramos realizar los rituales de forma limpia e invocar la bendición del Omnissiah en nuestro primer intento.**

-Tienes menos de veinte minutos antes de que estemos de Pieles Verdes hasta el culo- dije, con toda la paciencia posible, esperando que expresarlo con palabras no lo hiciera inevitable. **-Dentro de tres horas, estaremos todos muertos… Probablemente mucho antes que eso.**

-No puedo cambiar las leyes de la teología- respondió Felicia. **-Si queremos abrir las compuertas de forma segura, eso es lo que tardaremos. Tendrás que detenerlos hasta que terminemos.**

-Lo intentaremos- dije, con la mayor determinación posible, intentando ocultar el terror y la desesperación que amenazaban con

abrumarme incluso mientras hablaba. **-¿Estás seguro de que no hay nada que puedas hacer para acelerar las cosas?**

-Totalmente- respondió la joven tecno-sacerdote. Hizo un gesto a uno de los largos paneles de instrumentos, llenos de diales parpadeantes, registrando información, lo que no significaba nada para mí. **-Tenemos que actuar con extremada precaución. Si este lugar ha sido dejado sin atención durante semanas, todo tipo de sistemas serán inestables. Un error ahora podría ser catastrófico.**

-Algo catastrófico sería infinitamente preferible a muertos seguros- dije, un pensamiento a medio formar comenzó a enredarse en mi mente. **-¿Cuál es exactamente el problema?**

-¿En términos que puedas entender?

La voz de Felicia estaba adquiriendo un inconfundible tono de irritación, evidentemente molesta por mi atrevimiento al entrometerme en asuntos que deberían dejarse a los ungidos por el Omnissiah. Señaló una hilera de indicadores, todos brillando con un infernal color rojo.

-Toda la energía necesaria para el funcionamiento de este lugar, y de las ciudades circundantes, es generada por las turbinas en la base de la presa. Cuando la energía no está fluyendo, se almacena en los condensadores, y nadie ha estado descargándola desde que la invasión de los orkos. Eso significa que están completamente cargados, de hecho sobrecargados, y son extremadamente inestables. Si abrimos las compuertas de golpe, sin apagar los generadores, y

drenamos primero el exceso de carga, pueden estallar como una bomba. ¿Está lo suficientemente claro para ti?

-Muy claro, gracias- me volví, y salí de la capilla de control, con Jurgen tras mis pasos, como siempre, activé mi comunicador mientras andaba. **-Sautine, ¿cuánto tardarías en redirigir el Basilisk?**

-Tardará unos minutos- dijo la hermosa tanquista, algo desconcertada, pero confiando en mi buen juicio. **-¿Cuál es el nuevo objetivo?**

-Las compuertas de la esclusa en la base de la presa- dije. **-¿Pueden bajar tanto el cañón?**

-Si no pueden, haremos una rampa para el vehículo- me aseguró Sautine, comprendiendo claramente lo que pretendía. **-¿Planea dar un baño a los Pieles Verdes?**

-Algo más que eso, espero- la dije, saliendo al aire libre al tiempo que los ayudantes de Felicia corrían en dirección opuesta, como excitados jovenzuelos. El frío de la mañana me golpeó con fuerza cuando salí, recordándome que mi camisa estaba todavía incómodamente húmeda, pero ahora no había tiempo para preocuparse de eso. Me apresuré a dirigirme hacia el borde la plaza, donde Sautine estaba animando con un torrente de blasfemias a la tripulación del Basilisk para que colocaran su torpe pieza de artillería en posición.

-Ya casi esta, comisario- me aseguró, gritando sobre el crujido de las cadenas mientras el conductor trataba, poco a poco, de alinear el largo cañón hacia el pequeño flujo de agua que escapaba por la base de la presa.

-También los orkos- la recordé.

Mientras hablaba, el sonido de los disparos y el rugido de las armas pesadas estalló para saludar a los primeros vehículos de los Pieles Verdes que habían pasado al otro lado de la presa. Eran, en su mayor parte, motocicletas, blancos fáciles, incluso a esta distancia, y su fuego de respuesta era previsiblemente inexacto, acertando a muy pocos de los nuestros. Un par de ellas trataron de correr por la carretera hacia nosotros, la primera estalló en una bola de ardiente fuego cuando uno de los cohetes de Luskins encontró su blanco. El que estaba detrás chocó contra los restos, rebotó y saltó sobre el parapeto, su jinete se aferró con fuerza al manillar durante el vuelo hasta chocar contra el fondo, donde se transformó repentinamente en una antiestética mancha sobre el aliviadero.

-Bloquead la carretera- ordenó la comandante de los carros de combate a sus unidades, los Leman Russ se movieron como uno solo, arrojando llamas y humo por sus cañones de asalto, y con sus armas láser crepitando, de forma que desde donde yo estaba parecían haberse convertido en el centro de una pequeña, pero muy intensa tormenta. La furia de las explosiones estalló entre los Pieles Verdes que se amontonaban en la estrecha carretera, convirtiendo en pedazos a vehículos y pasajeros, que sin duda lamentaban su ansia por alejarse de sus compañeros y lanzarse por la carretera en lugar de atravesar el valle por campo abierto. Eso me les recordó. Miré hacia abajo, encontrándome con que todo el suelo del valle hervía de Pieles Verdes hasta donde me alcanzaba la

vista, como un cuenco con restos de comida al sol y lleno de gusanos.

-¡Abran fuego!- ordenó Piers, con la mayor tranquilidad posible, dadas las circunstancias. Soldados y milicianos abrieron fuego con sus armas portátiles, lanzando tanto fuego ladera abajo como pudieron.

Un ejército compuesto por humanos se lo habría pensado dos veces en ese instante, no tengo la menor duda, pero como era de esperar, los disparos solo parecieron enfurecer aún más a los orkos. Con ese áspero grito “Waaaarrgh”, que ya había llegado a odiar (y ahora que lo pienso, todavía lo odio, incluso después de todos estos años), comenzaron a pulular por la pendiente, abandonando sus vehículos, que finalmente habían llegado a grado de pendiente que no eran capaces de superar. Eso era una buena noticia, ya que las armas pesadas instaladas en ellos podrían habernos hecho mucho daño, de eso no tengo la menor duda. De hecho, podrían habernos causado más bajas si los artilleros se hubieran quedado en sus posiciones, disparando mientras los demás trepaban por la ladera, pero siendo orkos, por supuesto que no lo hicieron, los que manejaban las armas pesadas simplemente saltaron de sus vehículos y se reunieron con sus compañeros uniéndose a esa horrible e imparable carga.

Fila tras fila cayeron bajo nuestros cañones, pero seguían avanzando, pisoteando sus propios heridos en su afán por acercarse, con completo desprecio por su propia seguridad. Ningún ejército humano, aparte de los Astartes, supongo, podría haber continuado ese asalto, corriendo por una pendiente muy empinada, pero los Pieles Verdes cargaban como si estuvieran cruzando un campo deportivo, apenas obstaculizados por la inclinación del terreno.

-¡Sigan disparando!- grité.

Los Leman Russ seguían barriendo la carretera con sus bolters pesado, destrozando a los Pieles Verdes supervivientes, mientras que un par de camiones en llamas evitaban que otros orkos se movieran e intentaran atacarnos desde la parte superior de la presa. Por desgracia, no podíamos poner en posición las armas de las barbetas de los tanques contra las oleadas verdes que se avanzaban tan decididamente hacia nosotros por la cuesta, y estábamos obligados a depender de las armas pesadas portátiles que sí podían ser dirigidas contra ellos. La oleada mortal ya estaba lo suficientemente cerca para que algunos de sus salvajes disparos pasaran sobre el parapeto, yo me agaché detrás del Basilisk cuando unas ráfagas de los que parecían ser una mezcla de bolter y stubber comenzaron a silbar, rasgando el aire a mi alrededor.

-Eso estuvo cerca- observó Sautine, dejándose caer detrás de mí.

No todos los demás tuvieron tanta suerte. Un par de soldados cercanos cayeron al suelo de golpe, y si yo había juzgado correctamente, lo más probable era que no volvieran a levantarse.

Sautine levantó la cabeza con cuidado. **-¿Pero qué diablos se cree que está haciendo ese?**

-Solo el Emperador sabe- dije, tras ver a Ariott casi al mismo tiempo que ella.

El hombrecillo corría hacia adelante, manteniéndose agachado para presentar un blanco más pequeño, con la clara intención de atender a los caídos, a pesar de tener la certeza de que se uniría a ellos si lo hacía. Activé mi comunicador.

-Equipo Tarvil, cubrid al veterinario.

Tarvil hizo una señal de reconocimiento, y su grupo de milicianos cambió de objetivos, concentrándose en aquellos que parecían disparar las ráfagas que seguían silbando alrededor de Ariott. No es que el fuego de supresión tuviera algún efecto sobre los Pieles Verdes, por supuesto, pero podrían tener algo de suerte, y si derribaban a los de primera línea, los otros tropezarían con cuerpos y les harían fallar el blanco.

-Estamos preparados- nos informó el comandante del Basilisk, y de pronto me di cuenta de que el bloque de metal detrás del que me había refugiado había dejado de moverse. El cañón se balanceó hacía abajo, hasta rozar el chasis. **-Esto es lo más que podemos bajar el cañón.**

-Esperemos que sea suficiente- dije.

Ya se veían los primero orkos, avanzando por el borde de la pendiente hacia el muro creado por el fuego de los cañones automáticos y los lásers, cayendo en grupos enteros mientras lo hacían, las filas que corrían detrás simplemente los pisoteaban o saltaban sobre las bajas y seguían avanzando, locos por atacar. Ellos también cayeron, pero demasiados se levantaban de nuevo, su asombrosa resistencia los mantenía en pie, corriendo, a pesar de sus heridas, que habrían matado tres veces a un ser humano.

-¡Granadas!- ordenó Tayber, y montones de vísceras de orko saltaron por los aires, detrás de las filas delanteras, pero ni siquiera esto fue suficiente para detener la marea.

-¡Vamos, dejar de joder y disparar esa cosa de una puta vez!- [*] ordenó Sautine, con notable moderación dadas las circunstancias.

[Frakking en el original. Por lo visto, a la tanquista se le había pegado ese juramento Valhallano durante el viaje, bien por causa de Cain, o de Jurgen]

Los artilleros apenas necesitaron más estímulo, la pieza de artillería de cañón largo hizo honor a su nombre, Earth-shaker (Estremecedor de tierra, nt), el rugido de la descarga resonó a lo largo del estrecho valle, bloqueando, incluso, el ruido de la batalla que nos rodeaba. Paré el golpe de hacha de un orko con mi espada -sierra, le corté el brazo por la muñeca, y deje que Jurgen terminara con él mientras me volvía para mirar atentamente hacia la presa.

El proyectil dio en el blanco, testimonio de la habilidad de los artilleros del Basilisk, y explotó contra la pared, lanzando pedazos por todas direcciones, a solo un centímetro sobre el chorro de agua que manaba del aliviadero. Un surtidor de roca pulverizada saltó a la superficie, y cuando levanté el amplivisor que mi ayudante me acababa de entregar, tras el pisar el cadáver del orko al que había disparado para pasármelos , pensé que podía ver como crecía el flujo saliente del agua.

-¡Otra vez!- pedí, aunque apenas fue necesario, los artilleros ya sudaban introduciendo otro proyectil en la recamara mientras yo hablaba.

-¡Ciaphas!- la voz de Felicia sonó estridente en mi comunicador. **-¿En el nombre del Omnissiah, que crees que estás haciendo?**

-Ahorrar algo de tiempo- repliqué, y cualquier otro comentario pudiéramos haber hecho alguno de los dos fue ahogado por el rugido del Basilik y el agudo silbido del proyectil volando.

Con una trayectoria tan plana, el sonido de la detonación fue casi instantáneo, haciéndose eco del disparo, como un trueno.

Esta vez no cabía menor duda de que el proyectil había encontrado su blanco. La nube de escombros lanzados por la explosión fue seguida de un chorro de agua que duplicó el anterior, de pronto, los orkos que corrían a lo largo de las orillas del rio semiseco se encontraron con que sus pies eran mojados por el agua que estaban bordeando mientras el caudal crecía. Al cabo de unos instantes, el agua los llegaba hasta el pecho, un súbdito torrente de agua que comenzó a arrastrar a los incautos en medio de una confusión de extremidades moviéndose y de equipos sueltos arrastrados por la feroz corriente.

-Esto a algunos les lavara el pelo de la cabezota- comentó con satisfacción Sautine, levantando su pistola para disparar contra un Piel Verde que enarbolaba un hacha según se acercaba al Basilisk, lanzando su monótono grito de guerra y buscando algo a lo que matar. Le corté la cabeza con mi espada-sierra mientras caía, sólo para estar seguro. Por muy duros que fueran, nunca he visto a nadie levantase después de eso.

Para mi asombro, por el rabillo del ojo vi que Ariott todavía no había muerto, estaba arrastrando a uno de los soldados heridos hacia un lugar seguro, con un total desprecio hacia los gritos de los Pieles Verdes que el grupo de milicianos de Tarvil seguían derribando.

-¿No has entendido lo que te he dicho?- exigió Felicia, sonando notablemente emocionada para ser miembro de una secta dedicada a la superación de las simples debilidades como, por ejemplo, excitarse por las cosas. **-Ni siquiera hemos comenzado a desactivar los generadores, por no mencionar que aún tenemos que descargar los condensadores…**

-Vale- dije, cortándola en pleno discurso. **-¿Sabes cómo será la explosión de grande?**

-Lo suficiente como para comprometer la integridad de toda la estructura- dijo con tristeza, como eso fuera algo malo. **-Será mejor que esperes…**

Nunca llegué a descubrir que tenía que esperar, porque en ese mismo momento mis deseos más optimistas se cumplieron a la perfección. Con un ruido sordo que me recordaba a un terremoto dentro de una colmena, cuando el peso de los niveles superiores aplastaba varias de las plantas inferiores, el torrente de agua aumentó como unas mil veces, arrastrando trozos de roca del tamaño de los Chimeras, que se estrellaron valle abajo, aplastando a un gratificante número de Pieles Verdes.

-¡Por la sangre del Emperador!- exclamó Sautine. **-¡Todo la puta presa esta reventando!**

Y sí, tenía razón. El muro de la presa se estaba rompiendo, incapaz de soportar las tensiones a las que le sometían las múltiples fracturas por las que nuevos chorros de agua comenzaban a brotar a toda presión. Con una pesada lentitud, toda la estructura comenzó a desmoronarse, cediendo al deseo de escapar de toda aquella agua tanto tiempo atrapada. De repente, toda una sección completa se colapsó, un muro de agua de decenas de metros de altura ocupó su lugar, que con un enorme rugido se precipitó valle abajo, limpiándolo de los Pieles Verdes que lo infectaban. Los orkos y sus vehículos fueron tragados por la gigantesca ola en unos instantes, incapaces de huir (eso sin contar que la presión de los que tenían detrás lo hubiera hecho imposible). Todos fueron arrastrados lejos, dando vueltas como montoncillos de basura en un torrente.

Algunos de los más inteligentes, si es que ese término pude tener algún significado cuando se aplica a los orkos, trataron de alcanzar la seguridad del terreno más elevado, pero eso significaba caer en el centro del aluvión de fuego que nuestros soldados seguían lanzando contra ladera abajo. Aunque tan sorprendidos como los orkos por el inesperado diluvio, la mayoría de nuestra gente todavía tenía la suficiente presencia de ánimo para seguir disparando, con su moral más elevada por el repentino giro de los acontecimientos a nuestro favor.

-¡Aguantad!- grité, haciendo unas cuantas florituras con espada-sierra de una forma apropiadamente heroica. **-¡Rechazadlos al mismísimo infierno!**

Los perlianos respondieron a esta llamada con todo el entusiasmo posible. Privados de refuerzos, la vanguardia de los Pieles Verdes que había llegado hasta nuestras líneas, de repente se encontraron superados en número, y rápidamente fueron dispersados y aniquilados.

Con un tremendo rugido que hizo que todo lo que había oído hasta ese momento palideciera en comparación, un sonido tan fuerte que pareció sentirlo físicamente más que oírlo, el resto de la presa finalmente cedió, desgarrada por un torrente que se abrió paso a través de las múltiples grietas y de la brecha. Calado por la nube de agua pulverizada que inundó los alrededores, me sentí súbitamente helado por el frío aire de la montaña, pero eso al menos sirvió para lavar y hacer que disminuyera el hedor de los fluidos vitales del servidor que aún empapaban mi camisa, miré asombrado como todo el valle se inundaba de un espumoso torrente de agua grisácea, y como todo el ejército orko desaparecía de golpe, barrido como si nunca hubiera existido. Confiando en que los pocos supervivientes serían aniquilados por nuestras triunfantes tropas, me volví hacia Sautine, con tanta despreocupación como pude reunir.

-Bien- dije, enderezando mi gorra, **-todo ha salido tan bien como se podía esperar.**

Nota Editorial:

La impulsiva acción de Cain tendría consecuencias inesperadas, tanto para el desarrollo de la guerra a corto plazo, como para todo el Segmentum en décadas venideras. Un examen más detenido del papel que estos hechos tendrían en posteriores acontecimientos, necesariamente debe esperar a la finalización de mis trabajos con los siguientes volúmenes del archivo, pero para una breve, y sustancialmente exacta, descripción de los efectos que la destrucción de la presa en el llamado Valle de los Demonios

tendrían en la campaña para limpiar Perlia I, debemos volver una vez más a la popular historia de Kallis sobre la invasión.

Del libro "*Pieles Verdes y Corazones Negros: la invasión orka de Perlia*",

por Hismyonie Kallis, 927 M41

Mientras los Héroes de Cain [*] seguían su imparable marcha hacia la victoria y las líneas imperiales, los analistas de inteligencia que observaban sus progresos a través de los sensores orbitales comenzaron a apreciar toda la enormidad de su logro. Las fuerzas del Libertador se habían convertido en una espina tan clavada en el costado del enemigo que los recursos que hasta entonces habían utilizados para continuar su ataque sobre el istmo de tierra tan ferozmente disputado que une los dos continentes, comenzaron a ser desviados para acabar con ellos. Al principio, fueron muy poco , insuficientes para debilitar materialmente la ofensiva de los orkos, pero si los suficientes para que su ausencia se notara. Todo eso cambiaría después de los importantes acontecimientos del Valle de los Demonios.

[Un apodo perliano de uso muy común para los miembros de la heterogénea fuerza de combate de Cain, usado por primera como título de un popular holograma sobre sus hazañas y que, posteriormente, cuajó. A Cain no le gustaba mucho la producción sobre todo porque había una sub-trama totalmente inventada, en la que una de las reclutas de la milicia tiene un amor clandestino con él, y porque, y esto era casi inevitable, Jurgen no aparece en ninguna parte]

Sólo podemos imaginar la angustia que los asesores del Alto Mando debieron sentir al ver a aquel valeroso grupo aparentemente avanzando hacia una emboscada destinada a destruirlo, y su

decisión suicida de tomar posiciones en aquel desolado valle de tan mala reputación, y su posterior y completa desaparición.

La atrevida e inesperado decisión de Cain de destruir la presa tuvo unas implicaciones estratégicas mucho más grandes de lo que él posiblemente se diera cuenta en aquellos momentos. En la creencia de que todos ellos habían muerto en el mismo acto que los salvó, los comandantes imperiales no perdieron el tiempo y aprovecharon al máximo los estragos causados por esa destrucción entre las fuerzas que ocupaban el continente oriental. Cuando la inundación que el Libertador había provocado disminuyó, después de abrirse paso a través de los valles cercano, más de siete mil Pieles Verdes invasores habían perecido [*].

[Aunque a primera vista puedan parecer demasiados, sin embargo, es muy probable que sea bastante precisa. En la red de valles por la que corrió la riada había varios pueblos donde se sabe que había grandes guarniciones orkas, y debe tenerse en cuenta que también acabó con la fuerza de emboscada que esperaba al convoy más abajo del paso montañoso]

Con la tardía llegada a órbita de tres transportes de tropas de la Guardia Imperial, los comandantes tuvieron su primera oportunidad para contraatacar desde el comienzo de la invasión, y la aferraron con avidez, desplegando las naves de descenso para rodear y aniquilar los restantes baluartes fortificados de la zona ocupada.

Irónicamente, cuando los primeros regimientos de la guardia llegaron al profanado suelo de Perlia oriental, y comenzaron a luchar, lenta y duramente, por ella, matando a los Pieles Verdes, Cain y su gente ya se había embarcado en la siguiente etapa de su viaje, aún completamente ignorantes de que acababan de desequilibrar toda la campaña a favor de las fuerzas del Emperador.



VEINTITRES

-Sólo has tenido suerte- dijo Felicia al poco, vacilante aún entre la justa indignación por mi grosero trato a un santuario del Mechanicus y el normal alivio humano por el hecho de que, gracias a lo que yo había hecho, todavía estaba viva para que eso la molestara.

Yo estaba de pie al borde de la plaza, mirando hacia abajo, a una húmeda rampa cubierta de algas, lo suficientemente ancha como para que entraran tres de nuestros vehículos lado a lado (aunque, afortunadamente, nadie parecía estar dispuesto a hacer ese experimento, y cuando nos movimos, lo hicimos en una sola fila, manteniéndonos tan alejados como pudimos de la empinada caída de nuestra derecha como buenamente pudimos), que terminaba en una plataforma plana junto a un enmarañado, y algo corroído, enredo de chapas de metal que ocultaban el túnel que habíamos venido a buscar.

Felicia ya estaba montada sobre su elevador de cargas, preparándose para quitar las enormes rejillas que tapaban la entrada al túnel y bloqueaban el camino a través de las montañas, aunque todavía no había puesto en marcha el motor y aún podíamos tener una conversación relativamente normal sin tener que utilizar el circuito de vox.

-Si no hubiéramos conseguido encender el incensario antes de que hicieras tu pequeño truco, solo el Omnissiah sabe que podría haber ocurrido.

-Bien, gracias al Emperador, has podido implorar su protección a tiempo- la dije, tan educadamente como pude.

Por mi experiencia sabía que Su Divina Majestad solía estar demasiado ocupado manteniendo a la galaxia girando como para perder su tiempo cuidando de mi bienestar, y sospechaba que lo mismo se podía decir de su homologo *"el engranajes",* así que yo me ocupaba de ello tan concienzudamente como podía. Sin embargo, ningún daño haría el asegurarse estar en el lado correcto.

Señalé la rejilla de metal que había debajo de nosotros, de una docena de metros de ancho y unos seis de alto, con tanta despreocupación como pude reunir.

-¿Realmente crees que podrás con eso?

-No hay el menor problema.

Como esperaba, enfrentarse a un desafío técnico centró tanto su mente en él que se olvidó que se suponía que estaba enfada conmigo.

-Son desmontables. Sólo tenemos que quitarlos por pares.

Encendió el motor de su modificado Sentinel y bajó por la húmeda rampa para inspeccionar el acueducto de cerca.

Yo me aparté, contento de dejarla resolverlo a ella, y todavía tratando de asimilar tanto el repentino cambio de nuestra suerte como el del paisaje que nos rodeaba.

El lago había desaparecido, sustituido por una profunda garganta en la ladera de la montaña. Donde poco antes las plácidas aguas habían corrido casi a nuestros pies, ahora había una escena de una absoluta desolación, el suelo y las pendientes llenas de un espeso y apestoso barro, que cesaba abruptamente en lo que antes era el borde del agua. Por encima de eso, crecían los abigarrados matorrales que ya había visto durante nuestro recorrido por la carretera hasta presa, marcando un tremendo contraste con el hedor a podredumbre que ahora impregnaba todo lo que nos rodeaba.

Un estrecho reguero plateado era lo único que aliviaba la monotonía de aquella tenebrosa cuenca llena de suciedad, el rio, que había sido embalsado para formar el lago, había recuperado su anterior curso. Se movía suavemente hacia el pequeño estanque que se había formado en la base de los destrozados restos de la cimentación de la presa, se derramaba sobre ellos, y luego fluía a través del cauce, paralelo a lo que había sido la carretera antes de que cambiáramos todo el paisaje que nos rodeaba de forma tan salvaje.

No quedaba demasiado del valle por debajo de donde había estado la presa, la brutal inundación había arrancado plantas y arrastrado la tierra casi hasta la roca madre. Los afloramientos de rocas, parecían grises y sombríos, sobre los destrozados restos de la carretera por donde habíamos ascendido. Estaba claro que volver por donde habíamos llegado ya no era una opción, incluso si hubiera pasado por mi cabeza el intentarlo. Sospeché que habríamos disuadido a nuestros perseguidores durante algún

tiempo, pero yo ya había aprendido a no subestimar la tenacidad de los orkos, así que dirigirnos hacia algún lugar por dónde todavía no nos esperaban, me parecía la mejor opción posible.

-Menudo caos- dijo Piers, materializándose a mi lado.

Absorto en la contemplación de la destrucción que habíamos provocado en el pacifico paisaje de valle abajo, no le había oído acercarse. Asentí con sobriedad. **- Era lo único que se podía hacer-** le dije.

El joven capitán se encogió de hombros. **-Supongo que siempre pueden construir otra-** dijo proféticamente, alegremente inconsciente de las horribles consecuencias que ese pequeño proyecto tendrían para mí unos cuantos años después, y me entregó un papel con una lista.

-La lista de bajas, por si quiere echarlas un vistazo.

La cifra de bajas era mejor de lo que me temía, y peores de los que me esperaba, como de costumbre, así que adopté la adecuada expresión sombría y alabé el noble sacrificio que esas muertes suponían. Estaba a punto de devolvérsela cuando uno de los nombres llamó mi atención.

-¿Hemos perdido a Kolfax?- pregunté, sorprendido al descubrir cuánto me afectaba.

No había sido el miembro más agradable de nuestro pequeño grupo, y, honestamente, su utilidad como guía, prácticamente ya había terminado, pero había sido un elemento sólido y fiable, al menos dentro de sus posibilidades.

Piers asintió con la cabeza. **-Recibió el disparo de un stubber en el pecho cuando nos atacaron, Ariott hizo todo lo que pudo, pero…**

-Seguro que si lo hizo- dije, caminando junto a él. Alrededor de una docena de siluetas envueltas por mortajas estaban colocadas junto al Chimera ambulancia, en lo que me pareció un gesto increíblemente insensible, dado que allí era donde se estaba remendando a nuestros heridos, pero Ariott y los sanitarios ya estaban junto a ellos, atendiéndoles. Los muertos tendrían que esperar su turno. Hice un gesto hacia el desolado valle que había debajo de nosotros. **- Al menos, le hemos proporcionado todo un infierno como guardia de honor.**

-Estoy seguro de que el Emperador le está dando ahora mismo unas palmadas en la espalda- dijo Piers, en el tono de un hombre que no pensaba tal cosa. Su sargento de pelotón pasó trotando junto a él, marchando a realizar alguna orden suya, y el joven oficial lo llamó, claramente agradecido por la oportunidad de cambiar de tema. **-Vyner, ¿puede organizar el entierro?**

-No hay problema, capitán.

El robusto sargento hizo un saludo superficial y comenzó a reunir a los soldados que estaban más cerca con la rápida eficiencia tan

común a todos los suboficiales mayores en toda la galaxia. **-Necesito algunos voluntarios. Tuffley, Bel, Hyland…**

Dejándole haciendo su trabajo, nos dirigimos hacia Ariott y su improvisado puesto sanitario.

-Comisario- el hombrecillo alzó la vista cuando nos acercamos, con su habitual amabilidad marcada con por un evidente agotamiento.

Los dos sanitarios que habíamos adquirido junto al Chimera ambulancia seguían haciendo su trabajo, arreglando fracturas y dando puntos de sutura con la seguridad que da la práctica, una cierta atmosfera de un palpable alivio me aseguró que ya había atendido a los casos más difíciles y ahora estaban con los heridos que podían moverse.

-Me temo que en estos momentos estamos muy ocupados- dijo.

-Ya veo.

Miré atentamente el compartimiento para camillas que había dentro del transporte sanitario. Había más de las que había sido diseñado para llevar, así que al menos dos de los heridos menos graves habían sido acostados sobre el suelo. **-Tengo que admitir que, después de verte en acción esta mañana, esperaba verte a ti tumbado en el interior de *Kaeti*.**

-Oh, bien- dijo, y para mi asombró, se ruborizó. **-No podía dejarlos allí.**

Bueno, si podría haberlo hecho, al menos hasta que hubiera cesado el tiroteo, pero tengo que admitir que eso no habría ayudado a la moral de la tropa, así que asentí sombríamente con la cabeza.

-Por supuesto que no- dije. **-Si fueras un guardia, te recomendaría para una mención. Pero la próxima vez, trata de recordar que nos eres indispensable, ¿de acuerdo?**

Esas palabras solo parecieron aumentar su vergüenza, aunque por mi vida que no entiendo el por qué [*]. Para evitar que toda la conversación quedara atascada en una serie de trivialidades, señalé al grupo de soldados e irregulares heridos.

[Según su autobiografía, *“Todas formas de vida, grandes y pequeñas”*, Eriott aclara que actuó por puro instinto, sin darse cuenta del peligro que estaba corriendo. Irónicamente, ninguno de los soldados a los que había apartado de la lucha logró sobrevivir]

- ¿Tienes alguna idea de cuánto tiempo pasara antes de que podamos ponernos en movimiento?

-Una hora, poco más o menos- dijo Ariott, evidentemente agradecido por cambiar de tema. Señaló la cola de heridos en proceso de selección, y se encogió de hombros. **-Ahora estamos con los casos leves. La mayoría de estos podrán luchar después de una comida caliente y algo de descanso-** indicó con la cabeza hacia el transporte sanitario **-Tenemos veinte heridos graves, cuatro de ellos en estado crítico. Voy a hablar con Norbert para transferir antes de salir a los que están más estables a otros vehículos, así podremos atender mejor a los que están peor.**

-Eres un buen hombre- dije, sumando los números que me había dado en mi cabeza. Añadiendo los doce muertos, eso significaba que habíamos tenido un total de treinta y dos bajas. No era demasiado a cambio de todo un ejército de Pieles Verdes, sin embargo, era una cantidad notable, vistos nuestros efectivos. Afortunadamente, como de costumbre, la mayor parte de las bajas las habían sufrido los milicianos, por lo que no habíamos perdido a muchos soldados entrenados. Tenía la sospecha de que necesitaríamos a todos los soldados que pudiéramos conseguir antes de que todo esto terminara.

Aunque, por supuesto, no me servirían de mucho si no tenían suficiente munición para pelear. Esa idea me resultó tan tremendamente desalentadora que me dispuse a buscar a Norbert para aclarar el asunto en cuanto salí del improvisado puesto sanitario, después de decir unas cuantas palabras de aliento a nuestros médicos. El escriba estaba justo donde esperaba encontrarlo, en medio de nuestro tren logístico, discutiendo con Sautine precisamente sobre ese asunto.

-Tendrás que redistribuir los restantes proyectiles entre los tanques- decía Norbert. **-Tenemos un palet más en el transporte de municiones, y podemos repartirlo, pero entonces ya no tendríamos reserva alguna. Si te sirve de consuelo, te diré que las cargas para el Earthshaker del Basilisk se han terminado, solo quedan las que ellos lleven en el vehículo.**

Escuchar eso hizo que mi sangre se helara. Durante mi tiempo de servicio en el 12º de Artillería de Campaña me había familiarizado con los detalles de esas armas [*], y sabía que los artilleros no llevarían con ellos más que un puñado de proyectiles. Si mi apuesta

para romper la presa hubiera necesitado más disparos, podríamos no haberlos tenido.

[Presumiblemente, Cain se refiera a los mismos Earthshakers que desplegaba el 12º en plataformas estáticas, dependiendo de los vehículos tractores Troyan para moverlos cuando era necesario, en lugar de la variante autopropulsada Basilisk, que nunca estuvo en dotación en ese regimiento. En cualquier caso, las dotaciones artilleras normalmente confían en vehículos auxiliares para que les suministren municiones, dado que la santabárbara del Basilik es demasiado pequeña para llevar suficientes proyectiles para una batalla prolongada]

-Vale, vale- dijo Sautine, que sonaba claramente disgustada. **-Parece que tendremos que volver a ahorrar municiones hasta que volvamos a encontrar suministros.**

-No debería ser demasiado tiempo- le aseguró Norbert. **-Si este túnel sale donde la tecno-sacerdote piensa, estaremos solo a unos veinte kilómetros de otro depósito de suministros.**

-Es una región repleta de Pieles Verdes- dijo Sautine. **-¿Qué te apuestas a que ha sido saqueado?**

Hasta el momento habíamos tenido suerte, y solo dos de los depósitos que habíamos visitado habían sido saqueados antes de que llegáramos allí, y las habilidades de Norbert habían conseguido que nuestras menguadas reservas aguantaran hasta el siguiente almacén. Pero una vez que atravesáramos las montañas, entraríamos en un región en la que estaban concentradas la mayor parte de las fuerzas orkas, y se reducirían en gran medida las posibilidades que esos tan necesarios suministros hubieran pasado desapercibidos a esas turbas de monstruos.

-Entonces tendremos que robárselo- dije, tratando de irradiar el aire de tranquila seguridad que un comisario debe proyectar en todo momento.

-Ah, bueno, lo haremos- dijo Sautine, **-total, ya hemos llegado hasta aquí…-** ella se encogió de hombros y se volvió hacia Norbert. **-Enviaré a alguien a por lo que tengas.**

-¿Y el combustible?- pregunté, mientras la tanquista desaparecía. Si no conseguíamos llevar los tanques hasta el enemigo, entonces la falta de municiones sería la menor de nuestras preocupaciones.

El burócrata sonrió débilmente. **-Tenemos suficiente-** dijo, en un tono que me advertía que mejor no preguntará cuan ajustado era el margen. Cogí la indirecta. Después de todo, él era el experto. **-¿Supongo que ha oído lo del armamento pesado?**

Asentí. **-La voz de Sautine tiende a adquirir un tono muy alto, sobre todo cuando se excita-** dije secamente. Un fuerte ruido metálico resonó a través del aire, que incluso hizo vibrar mis botas. Era evidente que Felicia acababa de sacar la primera de las tapas de los filtros.

-Es cierto, lo hace- asintió Norbert. **-La buena noticia es que todavía tenemos un montón de municiones para las armas portátiles y para las armas de apoyo. Si eso falla, siempre podremos volveré a utilizar las armas de los orkos.**

Los montajes de armas de nuestros vehículos capturados habían sido modificados para poder utilizar armas imperiales, mucho más

familiares, fiables y seguras, pero, de todas formas, seguíamos guardando la mayoría de las originales. Esto fue en parte porque Felicia estaba fascinada por ellas, decía que la mitad de ellas no podían funcionar, y en parte como seguro para el futuro, si teníamos que recurrir a las municiones capturadas a los orkos para luchar, lo mejor sería que tuviéramos algo a mano con que dispararlas.

Sabiendo todo esto, solamente asentí con la cabeza.

-¿Comida?- pregunté.

-Sin problemas- dijo Norbert, aunque ya esperaba que no los hubiera. Desde que salimos del desierto, habíamos sido capaces de vivir hasta cierto punto de la propia tierra, completándolo muy bien con nuestras raciones, y todavía nos quedaba mucha almacenada. El escriba sonrió, con un gesto de buen humor. -Podrías haber repostado de agua fresca antes de dársela toda a los Pieles Verdes.

-*“Un corazón generosos es un don del Emperador”*- cité [*], y él se echó a reír.

[De *“Los Preceptos de Santa Emilia”*, un libro aparentemente bastante inesperado en alguien como Cain, dada su sarcástica actitud hacia las personas piadosas, algo que no dudaba en expresar en cuanto tenía la menor oportunidad, pero el profundo conocimiento de la fragilidad humana que muestra esta autora parece que había impactado en él, y varias citas de este libro aparecen su trivial auto-biografía]

-Bueno, hay mucha más donde vamos a ir- dijo.



Esa fue una predicción que debía corroborarse notablemente rápida. Después de nuestro cuidadoso avance de las últimas semanas, el recorrido por el acueducto fue asombrosamente tranquilo. Las pocas decenas de kilómetros que recorrimos bajo la cordillera pasaron en cuestión de horas, en vez de los días que nos habría llevado abrirnos paso a través del paso montañoso, incluso sin las interferencias de los orkos, y empecé a sentirme tan relajado como era posible en esas circunstancias. El túnel corría suavemente bajo las orugas y ruedas de nuestros vehículos, los rayos luminosos de nuestros focos se difuminaban entre los zarcillos de niebla que brotaban del húmedo hormigón, y los ecos de nuestro movimiento quedaban atrás mientras nosotros avanzábamos.

De vez en cuando vislumbraba brevemente tuberías auxiliares y otros equipos que no significaban nada para mí, construidos junto a las paredes, junto a escotillas que me recordaron de forma inquietante a las que Karrie me había conducido a bordo del *Mano de la Venganza*, luego, el frío y la monotonía de los alrededores, (por no mencionar el incesante ruido) me llevaron de vuelta al interior del Chimera. Me saludaron los olores mezclados de Jurgen y el recafeinado, y tomé una taza con gratitud, sintiendo el calor extendiéndose por mis dedos. Aunque yo solía ser feliz en los ambientes subterráneos, al menos cuando nadie disparaba contra mí, estaba empezando a encontrar esa experiencia algo aburrida.

-Gracias, Jurgen- dije, y fui a echar un vistazo a la pantalla del auspex. Orilly se apartó la taza de líquido caliente, como es normal, dado que el Chimera no se caracteriza precisamente por la suavidad de su movimiento, lo que me permitió una clara visión de nuestro progreso. **-¿Cómo vamos?**

-Ya hemos recorrido casi la mitad, señor.

El operador del auspex con gafas señaló nuestra posición en la pantalla táctica, los iconos encendidos se extendían como las cuentas de un rosario, el Chimera de mando estaba cómodamente próximo al centro de la formación. Felicia, y eso no me sorprendió en absoluto, estaba casi al frente, sólo los Salamanders iban por delante de ella. Las posibilidades de que hubiera orkos en el túnel eran, por decirlo de alguna manera, remotas, pero mi vena paranoica estaba haciendo horas extras. Cuanto más nos acercábamos a la seguridad, más preocupado me parecía estar por si, después de todo, no consiguiéramos lograrlo, se me acaba mi racha de suerte, y el desastre nos estaba esperando a la vuelta de la esquina (un estado de ánimo que los siguientes cien años, o así, no hicieron nada por aliviar, ahora que lo pienso. Al menos, en estos días lo peor por lo que tengo que preocuparme es por mis cadetes hasta que se gradúen, y por la idiotez mental de algunos de mis colegas [*]).

[Esto es algo irónico, teniendo en cuenta, como ya he dicho en observaciones anteriores, que esta parte de sus memorias se escribió poco antes de que Cain fuera arrastrado por críticos acontecimientos de la Cruzada Negra]

-Quizá deberíamos descansar antes de ir más lejos- me sugirió Piers, yo asentí, pensando lo mismo. **-Si enviamos a un grupo de exploradores para despejar el camino, deberíamos salir de aquí antes de que los Pieles Verdes se den cuenta de que estamos llegando.**

-Me parece bien- estuve de acuerdo, dejándole a él emitir las órdenes oportunas. **-De todas formas, la tecno-sacerdote necesitara algún tiempo para retirar las rejillas.**

Por lo que al principio me había explicado Felicia, yo esperaba que el acueducto terminara directamente alimentando las palas de las turbinas del generador, que yo creía que serían mucho más grandes e impresionantes que las que habíamos hecho pedazos cuando entramos por el otro extremo. Pero Felicia se rió de esta idea.

-Hay una compuerta de acceso por encima de la turbina- me explicó, **-para que los equipos de mantenimiento pueden entrar desde ese extremo. Todo lo que tenemos que hacer es estar atentos para verla, y abrirla cuando lleguemos allí.**

-¿Y si los Pieles Verdes la han encontrado primero?- pregunté. Felicia simplemente se encogió de hombros.

-Sera entonces cuando nos enteremos, de una u otra forma- me aseguró.

Bueno, no estábamos siendo asaltados por sólidas oleada de rugientes orkos, lo que tome por una buena señal, y el auspex de Orilly estaba reconfortantemente libre de contactos, así que, por lo general, pensé que lo estábamos haciendo bastante bien. Por supuesto, si yo hubiera sabido lo que nos esperaba al otro lado de la montaña, me habría buscado una agradable y pequeña hendidura en las rocas, y no hubiera salido de allí, por mucho que me lo pidieran.



VEINTICUATRO

Continuamos rodando hasta poco antes del amanecer, la débil luz grisácea de la moribunda noche se filtraba a través de las elaboradas filigranas de forjado que adornaban la puerta que cubría la rampa de acceso que Felicia había mencionado. Como la mayor parte de los integrantes del convoy, yo había pasado tantas horas como pude de nuestros viaje a través de las montañas descansado con un sueño agitado, como el soldado experimentado que ya era, podía dormir casi en cualquier lugar, pero todavía me sentía entumecido y cansado cuando me arrastre fuera del Chimera y fui a reunirme con la tecno-sacerdote. Para mi vaga sorpresa, ella estaba también en pie, con el elevador de cargas parado unos cuantos pasos más allá.

-Eso es todo- confirmó, mientras yo me acercaba a ella, inclinando la cabeza para mirar hacia las puertas. Eran mucho menos impresionantes que las rejillas de admisión en el extremo opuesto, y la rampa era considerablemente más estrecha, pero parecía lo suficientemente alta y amplia como para que los tanques y la pieza de artillería autopropulsada pasaran sin problemas, por lo que esa era una preocupación de la que me podía despedir [*]. **-Abrir eso y estaremos en casa.**

[Presumiblemente había sido diseñada para permitir el fácil acceso a cualquier tipo de maquinaria pesada que pudiera ser necesaria para efectuar reparaciones dentro del acueducto]

Eso sin contar con el ejército de Pieles Verdes que había entre nosotros y la seguridad, por supuesto, pero prefería no pensar en ello.

-Bien- dije, esperando que ella saltara de nuevo al elevador de cargas y sencillamente nos abriera camino con las garras manipuladores, pero en vez de eso, hizo señas a sus ayudantes, y comenzó a preparar un pequeño plato de latón sobre un trípode. Uno de ellos (nunca supe realmente quien era Aldiman y quien era Lyddi), vertió un poco de un polvo con olor muy desagradable en el cuenco, y lo prendió fuego (lo que hizo que oliera aun peor), mientras que el otro la daba un pequeño frasco de aceite. Felicia hizo la señal del engranaje sobre su pecho y comenzó a esparcirlo sobre la puerta con la punta de su cola mecánica, en lugares que a mí me parecieron completamente al azar, pero que sin duda tenían algún significado arcano para la tecno-sacerdote, ya que mientras lo hacía murmuraba algo en voz baja continuamente. Al cabo de uno momento me miró.

-Esto va a llevar un tiempo- dijo.

Combatiendo contra el impulso de simplemente ordenar que pusieran un par de cargas de demolición, ya que supuse que lo mínimo que podía hacer después de reventar su preciosa presa era dejarla seguir haciendo esto a su manera y sin interferencia, asentí seriamente y regresé al vehículo de mando.

-El depósito de suministros debería estar aquí- dijo Piers, indicándome la posición en el mapa.

Incluso a la máxima resolución, el depósito estaba en la misma pantalla que nuestra actual situación, solo que al borde. **-Deberíamos poder estar allí en una hora, más o menos. Tal vez menos, si las cosas van bien.**

-Y si los Pieles Verdes nos dejan en paz- añadí. El joven capitán asintió con la cabeza.

-Tal vez deberíamos enviar primero a los exploradores. Si no hay actividad enemiga podemos seguir adelante. Si están por todas partes, podemos quedarnos tranquilamente aquí, y examinar nuestras opciones.

-Atrapados como ratas en una alcantarilla- dije. La idea no me gustaba nada. Atrapados aquí, si los orkos nos descubrían, estaríamos muertos. Si teníamos que combatir, nuestra única oportunidad era extendernos, así podríamos desplegar todo nuestro poder de fuego combinado.

Piers asintió con la cabeza. **-Entiendo su razonamiento, pero si ellos no saben que estamos aquí…**

-Si ven a los exploradores, sabrán que hay alguien cerca- señalé. **-Creo que deberíamos estar preparados para marcharnos tan pronto como los exploradores nos informen. Si está despejado, nos dirigiremos hacia el depósito. Si no…-** me encogí de hombros. **-Ya lo iremos pensando mientras avanzamos.**

-Bueno, eso parece haber funcionado hasta ahora- concedió Piers.

A final, a Felicia no le llevó tanto tiempo abrir las puertas como yo me temía. Después de una media hora, se deslizaron suavemente hacia atrás, abriéndonos el camino hacia la superficie, y nuestros tres Salamanders salieron disparados por la rampa como ratas asuntados desde una alcantarilla. Un fino sol amarillo se filtró en el túnel mientras ellos salían, elevando la moral de todos, yo comencé a sentir una desconocida sensación de claustrofobia. Con Jurgen detrás de mí, con su arma preparada para usarla, como de costumbre, subí la pendiente, y parpadeé cuando finalmente salí al aire libre. Como no habíamos escuchado ningún disparo mientras los exploradores salían, asumí que el lugar era seguro, una impresión confirmada un momento después por el líder de la patrulla.

-Aquí explorador uno- dijo secamente una voz por mi comunicador. **-No hay contactos con el enemigo. Ponemos rumbo al objetivo.**

Dejé a Piers ocuparse del resto del mensaje, escuchándolos con la mitad de mi mente mientras el resto saboreaba la sensación de calidez y el aire limpio. En el borde la llanura costera, la temperatura era considerablemente más cálida, sin duda para el bien oculto disgusto de Jurgen, y el contrate con la humedad del túnel era revitalizante.

-Que salgan todos- ordené, poniéndome a un lado para permitir la corriente constante de vehículos saliera de las entrañas de la montaña, mientras, por primera vez, hacia un balance completo de todo lo que me rodeaba.

Habíamos salido sobre el tejado de un inmenso edificio, del tamaño de una catedral modesta, desde el cual descendía un camino, extrañamente similar al que nos había conducido al embalse, cortado en los flancos de la montaña hasta que alcanzaba una carretera más ancha que conducía a la entrada principal, unas cuantas decenas de metros más abajo. Desde allí, se unía a una calzada bien pavimentada, claramente una importante arteria de transporte en tiempos más felices. Después de unos momentos de reflexión, pude identificarla como una de las principales rutas terrestres que convergían hacia la península, a lo largo de la cual había fluido el comercio entre ambos continentes.

En lugar de los valles y picos montañosos que nos rodeaban antes de que comenzáramos nuestro descenso y viaje a través de las entrañas de la tierra, este paisaje se mostraba ante nosotros como una serie de colinas bajas y ondulantes, que, a su vez, daban paso a la planicie de las llanuras costeras. Alzando el amplivisor que me había entregado mi ayudante, me di cuenta de que podía incluso ver más allá, hasta una enorme y brillante extensión de agua.

-Hemos llegado al mar- dije, casi sin poder creerlo.

Por supuesto, aún quedaban unos cuantos kilómetros antes de que pudiéramos remojar nuestros pies, eso por no hablar de península que teníamos que cruzar, pero yo nunca había esperado llegar tan lejos, y la visión del mar abierto me dejó con una cierta sensación de irrealidad y desorientación. Jurgen asintió con la cabeza, aparentemente tan contento como yo por estar cerca de nuestro objetivo.

-Estaremos allí dentro de poco- dijo.



Bueno, eso fue una declaración un poco precipitada, pero para cuando nuestros exploradores enviaron su informe, ya había salido toda la columna, y Norbert había enviado a algunos civiles para reponer nuestro suministro de agua de un depósito que había debajo de las turbinas. Dado que ahora estábamos en territorio hostil, habíamos adoptado una formación defensiva, pero vista toda la actividad enemiga que vimos, podríamos habernos ahorrado la molestia. Durante unos segundo pensé ordenar a Tayber que colocara algunas cargas de demolición y volara el túnel tras nosotros, sólo para asegurarnos de que estábamos a salvo, pero las posibilidades de que los Pieles Verdes nos siguieran eran tan remotas como siempre, y una gran explosión podría atraer precisamente el tipo de atención que estábamos intentando evitar. Además, no veía que podía ganar haciendo enfadar de nuevo a Felicia. Estaba de pie fuera del Chimera de mando, disfrutando de otro recafeinado y de un bocadillo de grox caliente que de alguna manera Jurgen me había logrado preparar, cuando llegó la comunicación.

-Aquí explorador uno- dijo su líder. **-Tenemos visual sobre el objetivo. El enemigo lo ha ocupado, pero, desde esta dirección, sus defensas parecen muy débiles.**

-¿Puede ser un poco más específico?- pregunté, moviéndome hasta la pantalla táctica, donde Orilly ya estaba ocupado superponiendo las posiciones enemigas en el mapa a la mayor resolución posible que podíamos proyectar.

El comandante de los exploradores carraspeó para aclararse la garganta.

-Estamos transmitiendo las coordenadas de todas las unidades enemigas que hemos podido ver. Las trincheras están excavadas hacia el oeste, mirando al exterior.

En otras palabras, estaban enfrentadas a las líneas imperiales, evidentemente preparadas contra una gran ofensiva sobre la península. Si duda, nuestras fuerzas tendrían la misma disposición en el otro lado; intentar un asalto por la fuerza a través de ese estrecho istmo de tierra apenas serviría para un tiro al traki [*]. Dado que ninguna de las partes parecía haber conseguido fuerzas suficientes para realizar operaciones exitosas a través de ese corredor mortal, ambos ejércitos se habían estancado allí desde que los defensores se habían retirado a través de él [**] (aunque dado que los orkos eran orkos, lo habían intentado un par de veces antes de darse por enterados, y ahora estaban esperando a acumular las fuerzas suficientes para poder absorber las pérdidas de su siguiente intento).

[* Una frase coloquial valhallana, una de las muchas que Cain había adoptado durante su prolongada asociación con los nativos de ese mundo. Hace referencia a una especie animal generalmente demasiado torpe para que un cazador fallara el tiro, incluso a larga distancia, y por lo tanto, es considerado sinónimo de presa fácil]

[** Seguramente Cain escribe esto basándose en información obtenida mucho mas tarde, porque en esos momentos, no podía tener ningún conocimiento de la situación estratégica en el planeta]

Como íbamos a manejar nosotros ese asunto era un tema que prefería dejar para pensarlo más tarde. Tal vez en estos momentos ya nos habríamos acercado lo suficiente a las líneas imperiales para

advertir por el vox que estábamos aproximándonos. Marquony estaba escuchando en todas las frecuencias habituales, pero hasta ahora no había sido capaz de captar nada inteligible, y ninguno de nosotros quería correr el riesgo de lanzar una transmisión de largo alcance desde tan al interior del territorio ocupado por el enemigo.

-En esta dirección sólo hay unos cuantos centinelas por la periferia.

-Podríamos superarlos fácilmente- reflexionó Piers, mirando a la pantalla, y yo tuve que estar de acuerdo.

No podían habérnoslo puesto más fácil si lo hubieran hecho a posta. El depósito de suministros estaba apartado de la carretera, en una pequeña depresión junto a la ladera del último valle que tendríamos que atravesar para llegar a la llanura costera. La boca del valle había sido cerrada por los defensores con obras de atrincheramiento, con todas las armas pesadas apuntando en la otra dirección, hacia el oeste, mientras que sólo unos pocos grupos de centinelas dispersos mantenían la línea en la dirección en la que les íbamos a atacar. Obviamente, la idea de que una unidad imperial pudiera estar detrás de ellos y que les atacaría desde el este, simplemente no se les había ocurrido a los orkos (para ser justos, no había ninguna razón por lo que debieran temer eso, sabían que todo el continente estaba completamente bajo su control).

-Podríamos…

Seguí la línea de la carretera con mi mirada. Si nos movíamos lo suficientemente rápido estaríamos atravesando esas frágiles defensas y entre ellos antes de que supiéramos que estábamos allí.

Asumiendo que los suministros no hubieran saqueados, podríamos separar parte de nuestra fuerza para tomar el depósito, mientras que el grueso de la formación atacaba al cuerpo principal de los defensores por detrás. Cuando fueran destruidos, podríamos ser capaces de llegar hasta el istmo sin demasiados disparos contra nuestra retaguardia. Era una perspectiva embriagadora, y me obligué a mantener la calma, buscando cuando cualquier fallo evidente en el plan. Señalé una cadena de fortificaciones que cortaban la entrada del valle.

-Esto podría ser más difícil de atravesar de lo que parecen a primera vista.

-Nada de lo que Sautine y los equipos de morteros no puedan ocuparse- dijo alegremente Piers. -**Todavía tienen la suficiente munición para eso. Y si los Pieles Verdes todavía no están sentados sobre el depósito, ¿por qué tanta gente para protegerlo?**

Las palmas de mis manos comenzaron a picarme mientras pensaba en ello. Parecían demasiadas fortificaciones solamente para proteger unos cuantos almacenes llenos de municiones.

-Me parece que están fortificando la entrada del valle porque les es útil hacerlo- replicó Tayber. Redujo la escala del mapa. **-Si un contraataque desde el lado occidental llega hasta aquí, cruzando la llanura, desde este valle podrían correr hacia el paso de montaña, flanqueando las posiciones que seguro que hay a lo largo de las rutas principales.**

-Tiene sentido para mí- concedí aliviado, y mis dudas retrocedieron. Visto en el mapa, todo eso parecía razonable, sin embargo, cuan catastróficamente nos habíamos equivocado, todavía tendríamos que esperar para descubrirlo. Tranquilice mi respiración, tratando de proyectar una sensación de deliberada calma. **-Bien, caballero, creo que tenemos un plan.**



No fue tan sencillo como eso, por supuesto, todo el proceso de organizar las columnas, y el detallado análisis de todos los detalles, nos llevó algún tiempo, pero, por una vez, el Emperador parecía estar con nosotros. El tráfico de Pieles Verdes por la carretera parecía muy ligero, incluso comparándolo con el que nos habíamos encontrado en el desierto (supongo que eso debería haberme advertido de en qué estábamos a punto de meternos, o al menos darme una pequeña pista, pero yo estaba tan emocionado que ni siquiera se me ocurrió cuestionar nuestra aparente buena fortuna), y los pocos aviones orkos que volaban sobre nosotros, lo hacían demasiado alto para distinguirnos o estaban ocupados librando combates aéreos cerrados con nuestros propios pilotos.

La primera vez que vimos un escuadrón de Thunderbolts cruzando los cielos sobre nuestras cabeza, brotó un espontaneo coro de alegres gritos entre nuestras filas, la idea de que ya casi estábamos en casa recorrió todo lo largo del convoy, y animó aún más nuestros espíritus que la perspectiva de victoria. Nadie pensaba que nuestro éxito fuera algo seguro, por supuesto, y yo menos que el resto, pero entre nosotros crecía la idea de que esta batalla en la que estábamos a punto de embarcarnos, si no la última, si sería la más decisiva de todas las que habíamos peleado en nuestro camino

hacia la seguridad. Esto último, por supuesto, era cierto, pero de una forma que ninguno de nosotros podría haber previsto.

Pese a todos los retrasos, justo antes del mediodía estábamos listos para avanzar, con las unidades acorazadas al frente, formando una punta de lanza, nuestra infantería mecanizada siguiéndola y la heterogénea colección de chatarra orka tripulada por los aullantes milicianos situados en nuestros flancos y retaguardia, formando la mayor pantalla protectora alrededor de *Kaeti*, los vehículos con los suministros y los de los no combatientes. Después de pensarlo bien, había abandonado el Chimera de mando, dejando a Piers dirigir el asalto a las defensas principales, y me uní a Tayber y los restos de la escuadra Bravo sobre un vehículo de guerra más convencional. El depósito de suministros estaría menos defendido, o al menos eso pensaba, y yo había elegido dirigir su asalto personalmente.

-Ya no necesitas que te lleve de la mano- le dije al joven capitán, que se llenó visiblemente de orgullo ante esa expresión de confianza (en honor a la verdad, hay que decir que era un buen comandante, para ser de las FDP). **-Llevas haciendo esto desde antes de que yo llegara aquí, y el depósito puede proporcionarnos algún tipo de información que nos sea útil.**

Piers asintió con la cabeza. **-Entonces allí es donde debe estar-** estuvo de acuerdo, con una prisa casi indecente, disfrutando claramente de la posibilidad de acaparar toda la gloria.

Por lo que a mí respecta, eso era estupendo. Todo lo que yo necesitaba era una pequeña operación secundaria donde pudiera mantener agachada mi cabeza, nada más.

Había comenzado nuestro viaje con la cabeza fuera de la escotilla superior, disfrutando del aire fresco (sobre todo porque Jurgen había montado con nosotros, como de costumbre), sólo me agaché para discutir los detalles finales con Tayber cuando nos acercamos a nuestro objetivo. El resto de nuestro improvisado grupo de ataque se agrupaba a nuestro alrededor: uno de los camiones orkos casi completamente vacío, excepto por su conductor y la dotación del arma pesada (que para mi clara falta de sorpresa resultaron ser Demara y Tamworth, tan ansiosos como de costumbre por ofrecerse voluntarios para disfrutar de su juguete favorito), un buggy en el que viajaba lo que quedaba del equipo Grenbow [*] y el elevador de cargas de Felicia, que trotaba junto a nosotros como un fiel sabueso, con su túnica blanca agitándose al viento, y saludándome alegremente cada vez que la miraba. Había intentado disuadirla de que se uniera a nosotros, diciéndola que esto era un asunto para luchadores experimentado, pero ella había sido tan obstinada como de costumbre, insistiendo en que lo más probable era que lograra llegar a los suministros antes de cualquier otro, que localizaría antes lo que necesitábamos, y que luego podría cargarlos mucho más rápido con el elevador. Al no ser capaz de encontrar argumentos contra esos puntos, incluso tengo que reconocer que me convenció, finalmente tuve que acceder con tanta elegancia como pude reunir.

[Parece claro que esos momentos ya se había establecido la costumbre de nombrar a los grupos de milicianos por el nombre de los soldados regulares que estaban al mando]

-¿Todo el mundo tiene claro el plan?- pregunté, mirando las tensas caras que me rodeaban en el compartimiento de tropas del Chimera.

Tayber asintió con la cabeza. **-Entramos tan pronto como comience el tiroteo, acabamos con la resistencia, y agarramos**

todo lo que podamos antes de que se reagrupen y contraataquen- dijo.

-A mi me suena bien- la voz de Felicia por vox sonaba tan alegre como de costumbre.

Grenbow, intervino para decir que su gente estaba preparada y había entendió. Yo respiré profundamente, a pesar de la proximidad de Jurgen.

-Bien- dije. **-Hagámoslo.**



VEINTICINCO

Al principio, nuestro plan funcionó de maravilla, los piquetes orkos fueron barridos por la velocidad y furia de nuestro avance casi con la misma rapidez como habían desaparecido sus compañeros que el día anterior habían recibido unas clases de natación. Mientras pasábamos junto al abrasado carro de combate de los Pieles Verdes, los milicianos de los vehículos que nos rodeaban aplaudieron y gritaron tan alto que incluso se les escuchó sobre el estruendo de los motores mal ajustados, que prácticamente ahogaba el resto de los sonidos [*].

[Ese factor probablemente contribuyera en gran medida a que lograran sorprenderlos, ya que los defensores no se dieron cuenta de que el convoy que se acercaba no era parte del rutinario trafico orko hasta que ya fue demasiado tarde]

-Que se prepare el grupo de asalto- ordené por el comunicador mientras volvía a sacar la cabeza por la escotilla superior del Chimera.

Me había acostumbrado a seguir los acontecimientos a través de los sistemas C3 [*] del vehículo de mando, y me sentía desvalido sin ellos, así que, a pesar del ligero riesgo de recibir un proyectil perdido, había sido incapaz de resistir el impulso de completar los informes que me pasaban a través del comunicador individual que llevaba en mi oído con lo que mis propios ojos pudieran ver.

[Command, Control and Communication. Mando, Control y Comunicaciones]

Nuestro conductor frenó algo la marcha, preparándose para desplegarnos por la carretera mientras nos acercábamos a nuestro objetivo, Felicia me sonrió, manteniéndose fácilmente a nuestra altura a bordo de su caballo mecánico.

-Después de ti, oh intrépido líder- dijo alegremente, con una indiferencia total hacia los apropiados protocolos de uso del vox que debería conocer perfectamente, y manifestando más allá de cualquier duda posible que los tecno-sacerdotes son unos pésimos jueces del carácter humano.

-Recibido- dijo Grenbow, su tono sonó como un reproche a Felicia por su mala conducta.

-Desconecto- informé a Piers, o al menos, a su operador de vox. Marquony me reconoció inmediatamente.

-Confirmado, comisario.

Cambié de frecuencia, coordinando el ataque principal a las posiciones defensivas con Sautine y algunos otros comandantes de unidad. El Basilisk se había detenido, listo para lanzar algo de apoyo de artillería de largo alcance sobre los blancos para desviar su atención antes de que la cuña blindada comenzara a dividirlos, mientras los equipos de morteros, que habían sido instalados sobre los Salamanders, sin duda incómodamente al límite de su capacidad, subían a terreno elevado para flanquearlos y bombardear a la infantería enemiga [*].

[Parece que, como era su costumbre, Cain seguía usando su acceso de comisario para seguir todas las operaciones en curso sobre el campo de batalla, obteniendo así una visión general de lo que estaba sucediendo; esto hace que sea aún más frustrante su hábito de narrar en sus escritos solo su propias experiencias en detrimento de una visión más global de todo lo que está ocurriendo a su alrededor]

Un momento más tarde, comenzó la batalla principal, y las paredes del complejo se alzaron delante de nosotros. El resto de nuestro convoy de desharrapados pasó por delante de las fortificaciones, sobresaltado a los Pieles Verdes que iban apareciendo sobre las murallas mientras pasaban, y di la orden de atacar. Mientras lo hacía, vi que una grasienta columna de humo negro se elevaba a lo lejos. Parecía que nuestro primer golpe había sido un éxito.

Al igual que la instalación del desierto que habíamos descubierto primero, el depósito de suministros se había construido teniendo en cuenta las condiciones locales. En lugar de un grupo de almacenes prefabricados, nos encontramos frente a un reciento amurallado construido con piedras de la zona, de una altura de unos dos metros. Eso por si solo ya habría parecido intimidante, pero los Pieles Verdes la habían reforzado, amontonando una desordenada colección de chatarra y detritus sobre lo alto de la sólida construcción, buena parte de él tallado con forma de barbaros tótems que me recordaron los glifos del mapa que habíamos encontrado poco después de estrellarnos en el desierto. Supongo que Jurgen habría podido arriesgarse a interpretar su significado si hubiera tenido la oportunidad de verlos, y no hubiera tenido tantos problemas, pero, por supuesto, sólo había espacio para mí en la escotilla de la torreta. Las puertas originales del complejo habían sido remendadas con trozos de chatarra, sin duda para reparar los daños producidos durante el asalto de los orkos al tomar el lugar, pero eso tampoco iba a frenarnos demasiado.

-Apunta a las puertas- ordené a nuestro artillero, el multi-láser de la torreta crepitó furiosamente, haciendo que los pelos de la nuca se me erizaban mientras los rayos ionizaban el aire que me rodeaban.

El bolter pesado montado en el casco ladró a continuación, los proyectiles explosivos machacaron la puerta, enviando fragmentos fundidos a los lejos, triturando a los Pieles Verdes que había tras ella.

-¡Contra las paredes!- dije, Demara abrió fuego con su amado cañón automático, segando a los orkos que trataban desesperadamente de disparar sus propias armas.

Algunos lo lograron, una ráfaga de proyectiles silbó tras rebotar contra nuestro blindaje, yo me agaché rápidamente por debajo de la escotilla, pero no tuvieron tiempo para mejorar su puntería. Felicia descargó su lanzallamas, barriendo las murallas de un extremo a otro con chorros de promethium ardiente. Buena parte de la obra de refuerzo que habían hecho los orkos estaba hecha en madera, que ardió alegremente junto a sus defensores mientras nosotros avanzábamos para llevar la lucha directamente contra ellos.

Con un choque que resonó a través del robusto casco blindado de nuestro vehículo, arrancamos los restos de las puertas de sus bisagras y nos movimos en busca de objetivos. Los fusiles láser montados en los laterales del casco también comenzaron a crepitar, haciendo eco del sonido y el llamear de la torreta superior, pero sin el mismo aullido, era evidente que Taybeer y sus hombres no pensaban perderse toda la diversión sólo por estar en el interior. Miré a mi alrededor, tratando de orientarme, y al hacerlo, el aliento abandonó mi cuerpo en solo jadeo de horror. Algo había salido muy mal.

El trazado del complejo era tal como se describía en la placa de datos de Tayber: hileras paralelas de edificios bajos, con techo de pizarra, construidos con la misma piedra gris que las murallas, se extendían alrededor de un patio cuadrado central. Sin embargo, no había nada en la documentación sobre que todo ese espacio abierto estuviera lleno de buggies orkos, al menos un par de docenas de ellos, eso por no mencionar los montones de Pieles Verdes que pululaban por los alrededores, saliendo de los edificios, para responder a nuestro inesperado ataque.

-Oh, mierda- dije.

Felicia nos compró algo de tiempo colocando otra barrera de fuego ardiente frente a la primera fila de los aullantes barbaros, plantando una barrera de combustible ardiendo, que incluso los más agresivos dudaron antes de cruzar, pero los orkos parecían no tener fin. Incluso mientras miraba, otra turba de Pieles Verdes surgió en nuestra retaguardia.

-¡Retrocede! ¡Sácanos fuera de aquí!- grité.

Nuestro conductor trató de obedecer, pero mientras lo intentaba, un cohete impactó contra nuestra oruga, destrozándola. Con un estremecimiento de terror, oí el sonido del metal mientras las ruedas de rodadura se salían de la oruga, clavándose en la tierra polvorienta, haciendo que nos detuviéramos.

El buggy fue el último vehículo de nuestro destacamento que entró en el recinto, y estuvo casi a punto de salir de nuevo antes que el conductor cayera víctima de una autentica granizada de proyectiles de armas ligeras disparadas al azar. En esta ocasión, la tormenta de

disparos fue tan densa que los Pieles Verdes no pudieron evitar encontrar un objetivo. El vehículo giró fuera de control, aplastando a varios de sus atacantes mientras lo hacía, antes de estrellarse con la pared de piedra gris de uno de los edificios. Grenbow y su equipo sólo tuvieron el tiempo necesario para salir de entre los restos antes de que una horda de rugientes Pieles Verdes armados con hachas cayera sobre ellos.

Los milicianos demostraron ser dignos combatientes, tal como estaban las cosas, logrando lanzar algunas ráfagas al enemigo que se acercaba, pero no tuvieron ni la menor oportunidad contra tantos. Un par de Pieles Verdes se aproximó tambaleándose, los proyectiles láser impactaban contra las burdas armaduras que llevaban, pero eso fue todo lo que el equipo de la milicia logró hacer antes de ser superados. En una frenética exhibición bestial salvajismo, mis hombres fueron literalmente destrozados ante mis horrorizados ojos.

-¡Piers, necesitamos una extracción ya!- grité por el vox.

-Lo siento, comisario, aquí estamos algo atascados- respondió Piers al cabo de un momento. **-Le mandaremos a alguien tan pronto como podamos salir de la pelea.**

Y para entonces, muy posiblemente, yo ya solo sería otra colección de pedazos ensangrentados. Los orkos se estaban volviendo, listos para lanzarse contra nosotros, y nos hubieran machado si de alguna manera uno de los moribundos milicianos de Grenbow no hubiera conseguido lanzar una granada en un último y desesperado acto de venganza póstuma [*]. La repentina explosión tomó por sorpresa a los orkos, lanzando a unos cuantos por los suelos (aunque ya tenía el suficiente respeto por su resistencia para no dar por sentado que

no volverían de levantarse de nuevo) y obligando a los demás a volverse a la velocidad de una serpiente para hacer frente a esa aparente súbita e inesperada amenaza.

[Lo más probable es que hubiera armado la granada antes de ser golpeado, y que el temporizador estallara cuando paso el tiempo]

Ese breve momento de distracción fue mi salvación, o eso me pareció en aquellos momentos. Antes de que me diera tiempo de que me estaba moviendo, salté de la escotilla y corrí, manteniéndome detrás de la barrera de prometihum ardiendo, dirigiéndome hacia el edificio más cercano a la pared. Fue solo entonces cuando me di cuenta de que me había colocado entre el Chimera averiado, un furioso infierno y con la mayor parte de mis anfitriones orkos entre yo y la puerta.

Sin embargo, eso al menos me proporcionó algo de cobertura. Mientras los orkos se concentraban en los blancos visibles, yo podría escabullirme sin ser observado. Evidentemente, Tayber había decidido quedarse detrás del blindaje del Chimera, disparando con las armas montadas en el casco, mientras el artillero hacía tanto daño como podía con las armas pesadas. A mi juicio, eso no era suficiente, sólo podría ser cuestión de tiempo antes de que el vehículo inmovilizado fuera destruido. Incluso mientras observaba, un grupo de orkos corrió hacia adelante, llevando unas cargas de demolición solo un poco más pequeñas que la tapa de la escotilla desde la que ya había saltado tan recientemente. Justo cuando parecía que iban a fijarlas al casco cayeron, el rugido del cañón automático de Demara era audible incluso sobre los aullidos de los Pieles Verdes y el crujido del combustible ardiendo.

Entre los lamentos de su motor, el desgarbado vehículos orko que habíamos capturado hacia ya tantas semanas cargó contra el

inutilizado Chimera, los dos artilleros lanzaron una cortina de fuego a su alrededor, claramente con la intención de llegar hasta los supervivientes del blindado. Por un momento me sentí enfermo. Parecía que mis reflejos me habían traicionado, y que, impulsivamente, me había puesto fuera del alcance de los rescatadores.

Sin embargo, esa impresión mía no duró más allá de unos segundos. Dos cohetes más impactaron contra el camión lanzado a toda velocidad, y una tormenta de fuego de bolter y stubber chocó contra sus placas de blindaje tan toscamente soldadas. Demara cayó hacia atrás, con un ensangrentado cráter sustituyendo al tatuaje de su mejilla, y la mayor de parte de su cerebro siguiendo al proyectil cuando salió por la parte posterior de su cráneo. Tanworth se apoderó de arma cuando la tiradora cayó, tratando de mantener el ritmo de fuego, sólo para ser derribado por lo que parecía un proyectil explosivo de bolter que le arrancó buena parte de su caja torácica. No tengo ni idea de lo que le pasó al conductor, pero sospecho que no fue nada bueno. El maltrato vehículo volcó y dio unas cuantas cuentas de campana, aplastando a unos cuantos Pieles Verdes mientras lo hacía, pero no los suficientes para mi gusto.

-Tenga cuidado, señor- escuché el crujido de un fusil láser y me volví, con mi nariz rastreando un aroma familiar. Jurgen estaba allí, con su arma preparada, un Piel Verde con un enorme agujero en la cabeza estaba tumbado boca abajo unos cuantos paso más allá. **-Este casi le sorprende, señor.**

-Gracias, Jurgen- dije, indeciblemente encantado de verlo.

Sin duda, al ver mis pies desaparecer por la escotilla, sencillamente él había decidido seguirme, razonando que su lugar estaba a mi lado, y dadas las circunstancias, no iba a discutir eso. Si se van a encontrar rodeados por una horda de rugientes y sangrientos orkos, acepten mi palabra de que no hay nadie mejor que un Valhallano para cubrir su espalda, y no había ningún Valhallano que pudiera compararse con mi ayudante. Jurgen asintió, mirando la carnicería que lo rodeaba con su usual expresión de bovina placidez.

-De nada, señor. Menudo follón, ¿verdad?

-Me temo que sí- dije, sacando mi espada con tanta determinación como pude reunir.

Noté, casi sin darme cuenta, que tenía mi pistola láser en mi otra mano, sin duda la desenfundé por puro reflejo mientras salía corriendo del VCI condenado (VCI, Vehículo de Combate de Infantería,nt. APC en el original). Miré a mi alrededor, pero no había señales de ayuda. El asediado Chimera seguía actuando como imán para el fuego enemigo, eso era lo único, no tengo la menor duda, que impedía que los Pieles Verdes que lo rodeaban cargaran hacia adelante y lo aplastaran. Tal y como era la puntería de los orkos, parecían estar haciéndose más daño entre ellos que al robusto y averiado blindado, los fallos y los rebotes de sus disparos estaban acabando casi con tantos de los suyos como el constante y disciplinado fuego de los sitiados defensores. No había rastro alguno del Sentinel modificado por lo que al menos tenía la esperanza de que Felicia se hubiera podido poner a salvo.

Como tantas veces me ha pasado cuando la muerte me parecía inevitable, me encontré sintiendo que una curiosa sensación de fatalismo comenzaba a superarme, algo que he notado en muchas ocasiones, y que estoy seguro de que es una de las facetas de un

agudo instinto de supervivencia que, contra todas las probabilidades y expectativas, me ha llevado, casi un siglo después, a estar aquí sentado, en un tranquilo estudio con una copa de amasec y una placa de datos, registrando estas memorias para la posteridad (a pesar de que es muy difícil que alguien los vaya a leer, por supuesto, pero Amberley o alguien como ella sí lo hará, eso seguro, así que sólo el Emperador sabrá porque me molesto en hacer esto, pero ya que no he estado cerca de un confesionario desde que la Schola me soltó a recorrer la galaxia hace ya tantos años, y que si lo hiciera ahora posiblemente le diera una embolia a Nute [*], supongo que se trata darle algún sentido a todo lo que me ha pasado en mi vida [**].

[* El capellán de la Schola de la que Cain fue nombrado tutor de los cadetes del Comisariado]

[** Un pasaje introspectivo muy poco característico en Cain, lo que puede apuntar a una faceta de su carácter rara vez mostrada. O tal vez sólo fuera efecto del amasec]

De todas formas, una y otra vez me he dado cuenta de que cuando las posibilidades de sobrevivir más allá de los siguientes diez minutos parecen problemáticas, y eso en el mejor de los casos, se tienden a acortar las perspectivas, buscando solamente la manera de vivir los próximos segundos, y se funcionaba, pues ya pensaría como seguir en el siguiente y parecido periodo de tiempo. Eso, probablemente, explica que mi siguiente movimiento pudiera parecer contraproducente en el contexto general de donde estábamos, y de todo lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor, pero sin duda nos compró los siguientes segundos de seguridad con los que buscar otra estrategia para prolongar nuestras vidas durante unos pocos instantes más.

-Por aquí- dije, dirigiéndome hacia la dudosa cobertura de un montón de de piezas de maquinaria destripadas, mientras echaba

un vistazo a la desigual y feroz batalla que se estaba librando detrás de nosotros.

Corrimos detrás del edificio más cercano, y salimos a un espacio relativamente tranquilo entre otros dos más, a una zona abierta donde habían sido estacionados algunos vehículos orkos. Algo les hacía parecer diferentes de los habíamos visto (por no mencionar los que habíamos reventado o apropiado) durante las últimas semanas, y los miré más de cerca. Ciertamente no tenían mejor mantenimiento, ni estaban más limpios, pero las placas de blindaje que tenían parecían más pesadas, y la mayoría de ellos habían sido decorados de una u otra forma.

Llamativos estandartes o espeluznantes trofeos colgaban de postes y barras, o adornaban los montajes de las armas. La mayoría de ellos llevaban toscos símbolos como los que había visto antes encima de las murallas. Se les señalé a Jurgen, que, después de todo, era posiblemente lo más parecido que había en las inmediaciones a un experto en estas criaturas y en sus costumbres.

-¿Qué opinas de eso?

Mi ayudante se encogió de hombros.

-Los peces gordos (Nobs en el original)**-** dijo, como si eso lo explicara todo.

Después de un momento reconocí la palabra orka anteriormente él había usado para intentar explicarme su sistema de mando y organización (que básicamente consiste en que el más grande y

fuerte da las órdenes, y los demás obedecen o sirven de aperitivo [*], lo que, si se piensa detenidamente en ello, no es tan diferente de un montón de instituciones humanas).

[En realidad, en la mayoría de los casos solo los matan]

Señaló un par de estandartes.

-Me parece que hay varios por aquí.

Mis tripas comenzaron a estremecerse por las implicaciones que esa observación, aparentemente casual, podrían tener sobre nosotros.

-¿Quieres decir que hemos cometido un error y nos hemos metido en medio de algún tipo de puesto de mando?- pregunté.

Mi ayudante asintió. **-Parece que sí-** aceptó.

Antes de que pudiera seguir explicándose, la puerta del edificio junto a la que estábamos en pie pareció explotar por un golpe e tal violencia que partió la madera, y salió gritando el orko más grande, y más horrible sobre el que hubiera puesto los ojos desde que aterrizamos en Perlia, aullando claramente su intención de acabar con los humanos que habían sido lo suficientemente locos para invadir su cuartel general. Una cabeza más alto que los guardaespaldas que lo rodeaban, y eso que ellos eran igualmente los más grandes y musculosos que yo hubiera visto, avanzó como el cruel depredador que era. Una vaga sensación de reconocimiento

informe parpadeó en mis lóbulos frontales paralizados por el terror, y luego todo tuvo sentido.

-¡Oh, mierda!- dije. **-¡Es el maldito Korbul!**

Tal vez fuera el sonido de mi voz, o tal vez el aroma de Jurgen, pero la enorme cabeza repleta de colmillos se giró en redondo para mirar en nuestra dirección, y con un rugido que hizo que me temblaran hasta los huesos, el orko más grande y más horrible de todo el Sector cargó directamente contra mí.

El tiempo se ralentizó, cada segundo pareció estirarse, como sucede a menudo cuando mis reflejos militares entraban en juego. Si no hubiera tenido mi espada-sierra en mi mano, bien podría haber sido abrumado por la fuerza y la ferocidad de su embestida. Las prácticas que había realizado a bordo de nuestra cápsula salvavidas y todos los combates que había vivido desde que llegamos al planeta acudieron en mi ayuda y esquivé el primer ataque casi milagrosamente. Incluso tuve tiempo de dispararle unas cuantas veces con mi pistola láser, y Jurgen también logró disparar, pero para lo que conseguimos, bien habríamos podido haberle arrojado piezas de fruta podrida. Las cargas láser se estrellaron sin causar daño alguno contra las planchas de metal que encerraban sus extremidades y su torso, y solo tuve tiempo de darme cuenta que, por burda que fuera, la armadura parecía ser innegablemente efectiva. Luego se lanzó contra mí, con una garra mecánica aparentemente injertada en su caparazón metálico.

Sólo cuando lo esquivé y me alejé de él, después de que mi contraataque no consiguiera nada más eficaz que una simple cascada de chispas, fui capaz de entender lo que tenía ante mis ojos. Con un sentimiento de terror aún más agudo que el que

estaba experimentado hasta el momento, me di cuenta de que usaba una servoarmadura, como las que nuestros astartes o sororitas suelen usar, y que el otro brazo llevaba algún tipo de cañón incorporado que miraba directamente a mis ojos llenos de pánico, de un calibre lo bastante grande como para haber podido meter mi cabeza dentro [*].

[Resulta evidente que esto es una exageración, por ejemplo, las "mega-armaduras" que posee el Ordo Xenos, lleva armas de un calibre aproximado equivalente al de bolter Tormenta o al de un cañón automático]

Si Korbul hubiera sido capaz de reunir la inteligencia para dispararme, todo habría terminado en cuestión de segundos, pero tal vez por simple fortuna, estaba tan lleno de rabia y sed de sangre que la idea parecía no habérsele ocurrido. Así que seguí esquivándole, intentando alejarle inútilmente con mi espada-sierra, mientras buscaba desesperadamente un punto vulnerable, mientras el monstruo vestido de metal se lanzaba contra mí con una velocidad y una precisión que estaba totalmente en desacuerdo con su enorme masa, con su garra metálica chasqueando y cortando como las de un Lictor tiránido, mientras bramaba amenazas y maldiciones en su gutural lengua, así que al menos estuve contento por no entender el orko.

-¡Jurgen!- grité. **-¡Por el amor del Emperador! ¡Dispara a este cabrón!**

No es que esperará que le hiciera el menor daño, por supuesto, pero yo podría haber sido capaz de aprovechar la momentánea distracción para encontrar un hueco en su armadura, o una vía de escape.

-No puedo, señor.

Mi ayudante nos tenía a los dos en el punto de mira, y estaba seguro de que podría colocar la masa de Korbul entre nosotros para que pudiera realizar un disparo limpio, pero… algo en su manera de hablar me impidió repetir la orden. Él lo haría si pudiera, estaba más que seguro, pero conocía a esas bestias, y si pensaba que eso era mala idea…

-Los demás nos atacaran si lo hago, señor.

Fue entonces cuando me di cuenta de que todos su sequito y guardaespaldas estaban detrás, mirando el combate como espectadores en torno a una arena de lucha clandestina en algún lugar de las profundidades de una colmena. Evidentemente, eran reacios a interferir, aunque, por mi vida, que no podía entender el por qué [*]. De todas formas, en esos momentos estaba demasiado ocupado para hacerme preguntas, lo único que me importaba era ganar y salir de allí antes de que nuestra audiencia se aburriera de comer nueces de caba y decidieran intervenir.

[Al atacar a Cain, Korbul lo había convertido en un duelo entre los dos, y sus capitanes eran reacios a intervenir. Hacerlo sería interpretado como un insulto al jefe de guerra, además implicaría que era demasiado débil para ganar por su cuenta, lo que a su vez sería tomado como un desafío a su liderazgo. Como normalmente se esperaría que matara fácilmente y en poco tiempo a dos simples humanos, a los que les seguiría cualquier presuntuoso rival que se atreviera a entrometerse, ninguno de ellos estaría dispuesto a arriesgarse]

La única parte de su cuerpo que pude ver que no estuviera acorazada era su rostro, así que lance un golpe, apuntando directamente justo entre sus pequeños ojos inyectados en sangre, y desvié el golpe en el último momento, hacía el punto vulnerable que Jurgen me había enseñado, justo sobre el puente de su nariz. Pero

no importa cuán rápido fuera el golpe, Korbul lo fue aún más, con su inhumana velocidad y ferocidad aumentada por la servoarmadura, y bloqueó el ataque con facilidad, atrapando mi espada-sierra con la garra, rugiendo de risa mientras las chispas volaban a nuestro alrededor al encontrarse los dientes de adamantium con la cualquiera que fuera la aleación de la que estuviera hecha la garra.

Lentamente, a pesar de que yo puse toda la fuerza que pude en mi brazo, comenzó a empujar la hoja hacía mí. Me eché hacia atrás, como si quisiera esquivarlo por simple reflejo, y él presionó aún con más fuerza, disfrutando de su pequeño y sádico juego como el despreciable montón de escoria [*] (scumsucker en el original, literalmente chupapollas, nt) que era.

[Una palabrota muy común en los niveles inferiores de muchos mundos colmena, y extremadamente dura para los estándares habituales en Cain]

Su rostro se aproximó al mío mientras el orko acortaba la distancia, el fétido aliento de su respiración me asfixió, los gruesos hilos de babas que salían por la comisura de sus labios con cada carcajada me provocaron un ataque de nauseas. Todo su sequito reía, aunque no podía saber si era por auténtica diversión o por simple instinto de supervivencia [*].

[Probablemente por ambas causas]

-De acuerdo. ¡Échame una mirada de cerca!- le animé, relajando de pronto el brazo y girándome fuera del camino de la garra que caía sobre mí, como había sido mi intención durante todo ese tiempo.

Con la otra mano, le metí el cañón de mi pistola láser en la cuenca de su ojo tan profundamente como pude, reventándole la órbita y salpicándome de sangre mezclada con un pus pegajoso.

Korbul aulló de rabia y dolor, pero antes de pudiera comenzar a reaccionar, apreté el gatillo varias veces. Los proyectiles láser desgarraron su cerebro, lo poco que hubiera, y estallaron contra el grueso metal destinado a blindar la parte posterior de su cráneo, purificando todo el contenido de una forma más que satisfactoria. No queriendo ser aplastado hasta la muerte en el momento de la victoria, me aparté de un salto, mientras lo que parecía ser un cuarto de tonelada de carne y chatarra cayó al suelo frente a mí, con la pesada fatalidad de una avalancha.

De pronto reinó el silencio, aparte del traqueteo de los disparos a los lejos, lo que indicaba qué, pese a todas las posibilidades, Tayber seguía peleando. En todo caso, el ruido proveniente de esa dirección parecía haber aumentado. Una veintena de rostros me miraban a través del puñado de metros que nos separaban, todos con idénticas expresiones de imbecilidad, incluso para los estándares de los Pieles Verdes. Comencé a caminar hacia atrás.

-Manténgase firme, señor- me aconsejo Jurgen.

Seguí su consejo. Recupere mi pistola, que hizo un sonido de succión húmedo, y mi espada-sierra. Mi ayudante sabía más de Pieles Verdes que yo, y todavía no me había ido mal haciéndole caso.

-Si ahora intentamos correr, saltaran sobre nosotros como pulgas sobre un perro.

-¿Y si nos quedamos aquí?- dije.

No tuve que esperar demasiado para averiguar la respuesta. Uno de los espectadores, el más grande y de aspecto más malvado, pero aún así muchísimo menos impresionante que Korbul, gritó algo que sonaba como una orden, y señaló en nuestra dirección. Sin embargo, mi ayudante no se movió, así que yo tampoco lo hice, mientras hacía unos cuantos floreos con espada para sacudir los restos incrustados entre los dientes , mientras los apuntaba con mi pistola láser, confiando en que no estuviera atascada con trozos de señor de la guerra y pudiera disparar correctamente.

-No estoy muy seguro- dijo Jurgen, lo cual no era nada alentador. **-Pero mi padre siempre decía…**

La voz de mi ayudante fue ahogada por otro rugido, de un orko diferente, que claramente no estaba interesado en recibir órdenes del primer advenedizo que surgiera. En cuestión de segundos, todo el grupo estaba discutiendo como un grupo de adolescentes en una sala de juegos, y siendo Pieles Verdes, no tardó demasiado tiempo antes de que la discusión se convirtiera en algo físico. El primer disparo llego un momento o dos después, y es cuestión de segundos, la pelea se había convertido en una cruel gresca de todos contra todos.

-Ciaphas, ¡Aquí!- una voz familiar me llamó, y de repente me di cuenta de que el elevador de cargas de Felicia estaba rodeando la esquina del edificio. Una de las garras manipuladores del aparato había desaparecido, la otra estaba torcida, y la tecno-sacerdote reía salvajemente. Tras rociar a los Pieles Verdes con el lanzallamas, sólo por si acaso, se acercó a nosotros, y se agitó alegremente

dentro de la cabina. -**Un buen truco el de la pistola. Creí que te había pillado.**

-También él- dije, tratando de no pensar lo cerca que estaba de la muerte. -Esa era la cuestión.

-Luego te enseño las picto- dijo, la primera indicación de que había preparado una grabadora de datos en la cabina, junto al vox, aunque supongo que, siendo tecno-sacerdote, eso era algo inevitable.

Y muy práctico también para confirmar nuestra historia, aunque si yo hubiera sabido lo mucho que se difundirían esas pictografías, y cuanta indeseable atención me atraería en el futuro, posiblemente las hubiera borrado [*].

[Las imágenes pictográficas capturadas por Felicia del duelo entre Cain y Korbul tuvieron un doble efecto: a corto plazo, proporcionaron una evidencia inequívoca de la muerte del señor de la guerra, facilitando el desarrollo de la estrategia de las fuerzas imperiales, aprovechando la posterior confusión entre los Pieles Verdes; a largo plazo, convirtió a Cain en un popular héroe en todo el sector, sobre todo después de que el Comisariado decidiera publicar las imágenes de la pelea en los programas de picto-noticias]

A Felicia pareció ocurrírsela otra idea. **-Esas llamas están demasiado cerca de los vehículos. Tal vez deberíamos movernos.**

-Quizás si deberíamos- accedí, cuando el primero de los buggys estacionado estalló detrás de nosotros. Hice un gesto hacia la puerta, donde el tableteo que escuchaba por mi comunicador me sugirió que Piers finalmente había llegado con refuerzos y rescatado a Tayber del transporte. A pesar de esta bienvenida intervención,

todavía había unos cuantos Pieles Verdes vagabundeando por allí, y el Sentinel era mucho más a prueba de balas que yo. **-Las mujeres primero.**

Nota Editorial:

Como suele ocurrir a menudo con estás anécdotas, el relato de Cain sobre sus aventuras en Perlia concluye algo bruscamente. Por lo tanto, he insertado un extracto del final del libro de Kallis para proporcionar una visión más satisfactoria de todos los acontecimientos, que confió llenen la mayor parte de los espacios en blanco.

Del libro *“Pieles Verde y Corazones Negros: la invasión orka de Perlia”*

por Hismyonie Kallis, 927 M41

La audaz incursión de Cain en la guarida del monstruo que tanta destrucción y sufrimiento había traído al pueblo de Perlia fue el último clavo en el ataúd de la invasión orka. Con la muerte de Korbul, la coalición de tribus orkas que con tanto éxito lideró, se desintegró casi inmediatamente en el habitual torbellino de luchas intestinas, convirtiéndoles en presa fácil para las fuerzas de la Guardia Imperial que comenzaban a llegar a órbita en un número cada vez mayor. En ese mismo año, Perlia había sido completamente limpiada de la mancha verde, y sólo unas pocas naves espaciales dispersas permanecían en el sistema para continuar con sus depredaciones [*]. Los otros mundos infectados por su dañina presencia fueron liberados de manera similar de sus repugnantes garras.

[Se cree que los últimos incursores que quedaban fueron rastreados hasta su base en el borde del sistema y finalmente erradicados a principios de los años noventa, aunque, como en tantas otras cosas referidas a los Pieles Verdes, es difícil estar completamente seguros de que los hayamos eliminado para siempre]

Ni que decir tiene que el paradero de Korbul siempre fue un asunto de gran interés para el Alto Mando imperial, y que la vigilancia orbital de su cuartel general había sido muy intensa, por lo que el ataque del Libertador no pasó desapercibido durante mucho tiempo. Sólo podemos imaginar el asombro con el que se recibió la noticia de su intervención, asombro que sólo pudo acrecentarse por la comprensión de que había sido realizado por la misteriosa fuerza de combate que se creía destruida al otro lado de las montañas hacia solamente un día. Las especulaciones acerca de quiénes eran esos excepcionales guerreros, y quien los dirigía, seguramente fueron muy muchas. Pero ambas preguntas serían contestadas rápidamente.

Con las fuerzas orkas ahora completamente confundidas, el Alto Mando no perdió tiempo para movilizar todas las fuerzas disponibles para lanzar la ofensiva tan largamente esperada a través de la península. Ahora que los Pieles Verdes no eran capaces de montar una defensa eficaz, las tropas de la Guardia Imperial y las FDP cayeron sobre los invasores bárbaros con la fuerza de un mazo, pasando de victoria a victoria mientras avanzaban, y finalmente llegando al alcance de vox de los héroes que regresaban. Y fue entonces, finalmente, cuando el pueblo de Perlia conoció el nombre del hombre al que debían agradecer su liberación, Ciaphas Cain, el Libertador.



VEINTISEIS

Pero no todo fue un camino de rosas después de eso, por supuesto, todavía teníamos que atravesar el grueso del ejército orko para llegar a un lugar seguro, pero a medida que la noticia de la muerte de su líder comenzó a extenderse, los orkos parecieron comenzar a perder el ánimo. Individualmente seguían siendo tan duros y feroces como antes, después de todo seguían siendo orkos, pero las grietas en la frágil alianza que Korbul había sido capaz de mantener unida con la fuerza de su personalidad (o lo que un señor de la guerra orko tuviera en su lugar), comenzaron a mostrarse y agrandarse casi inmediatamente [*]. En varias ocasiones durante la última etapa de nuestro viaje nos encontramos acercándonos a los que pensábamos que era un zona de batalla, sólo para encontrarnos con que los combatientes eran todos orkos, resolviendo sus diferencias de la forma que su especie parecía haber consagrado, sin la más mínima consideración a todo el daño que estaba causando a lo que anteriormente había sido su objetivo principal.

[La pérdida de muchos de sus comandantes subordinados, los que normalmente solían ser los líderes de las tribus por derecho propio, probablemente aceleró ese proceso de desintegración, ya que los aspirantes a herederos se lanzaron los unos contra los otros de la forma que Cain describe después de la muerte de Korbul]

No es que nos quejáramos por ello. Cuantos más se mataran entre ellos, menos quedaban en nuestro camino. Los grupos más organizados, que no pudimos rodear, tuvimos que atravesarles directamente y barrerles fuera de nuestro paso, ayudados en gran medida por los informes tácticos que comenzábamos a recibir a

través de la red de mando imperial, lo que nos dio una mejor visión de lo que nos íbamos a encontrar delante de nosotros. Mientras accedía a la red de comunicaciones, Marquony finalmente había conseguido hablar con alguien de las fuerzas imperiales, que le pasó, a una gratificante velocidad, por toda la cadena de mando, hasta que el encargado de las comunicaciones me informó con incredulidad que alguien llamado Alcas, el cual resultó ser el comandante divisionario de la Tierras Occidentales, estaba esperando para hablar conmigo.

-Aquí Cain- dije, alzando ligeramente sobre el rugido del motor del Chimera, proyectando en mi voz lo que pensaba que era la adecuada cantidad de dignidad de un comisario. **-¿En qué puedo ayudarlo, general?**

-Un resumen completo sería un comienzo- dijo la voz del otro extremo, con un ligero toque de humor. Como yo nunca antes había hablado con alguien de un rango tan elevado, excepto en alguna recepción ocasional, esto me sorprendió gratamente. **-Pero eso tendrá que esperar. ¿Puede confirmarme la muerte de Korbul?**

-Así estaba cuando lo dejé- dije, dándome cuenta de que cuantos menos detalles y más seco fuera ahora, más tiempo tendría para elaborar una bonita historia para explicar por qué había salido corriendo, dejando a mis hombres, y me encontré con el señor de la guerra orko. La voz en el otro extremo pareció desaparecer por unos breves instantes, escuché lo suficiente para darme cuenta de que le estaba comunicando la información a alguien que tuviera cerca. Cuando volvió, parecía aún más amigable que antes.

-El informe de su sargento dice que usted abandonó una posición con buena cobertura para enfrentarse personalmente

al señor de la guerra.

Bien por el bueno de Tayber, debía haber supuesto que salí del Chimera porque había visto al señor de la guerra. Como no podía encontrar una excusa menor, reforcé esa idea.

-Cuando lo vi ya no tuve tiempo para pensar- dije sinceramente. -**Pero supongo que si hubiera podido pensarlo, hubiera sido muchos más sensato permanecer quieto y esperar a que llegaran los refuerzos.**

-Ha sido una suerte que no lo hiciera- dijo Alcas, sonando gratamente impresionado. **-Estoy deseando que me cuente toda la historia en cuanto le vea. Nuestras unidades de avanzada deben contactar con usted en cualquier momento a partir de ahora.**

-Sólo si los Pieles Verdes son tan amables de apartarse de nuestro camino- respondí. Miré a la pantalla táctica actualizada con los últimos datos. La primera oleada de tropas imperiales ya estaba atravesando la península, con las defensas orkas barridas por los ataques aéreos y un audaz avance de las fuerzas acorazadas. Habían perdido muy poco tiempo en avanzar, y tengo que admitir que me impresionó la rapidez con la que habían roto las líneas enemigas [*].

[Un posterior análisis de la defensas Pieles Verdes demostraron que eran bastante menos formidables que lo que las observaciones de Cain indican, y que sólo estaban preparadas para disuadir cualquier ataque mientras acumulaban fuerzas para montar una invasión exitosa del oeste. Las fuerzas imperiales habían adoptado una disposición defensiva en el otro extremo de la península, en gran parte porque con todo el continente oriental bajo control de los orkos, el esfuerzo necesario para cruzar el istmo con los fuerzas que tenían que tenían, habría sido inútil. Una vez que la retaguardia de los orkos fue quebrada, y los

regimientos imperiales recién llegados hubieron establecido cabezas de puente en el este, el panorama estratégico cambió completamente, permitiendo que se produjera un avance relativamente rápido y sin obstáculos serios]

En cuanto me familiarice con los últimos datos que ofrecía la pantalla, las palmas de mis manos comenzaron a picarme de una familiar e indeseada forma. Parecía que muchos de los orkos se retiraban hacia donde estábamos nosotros. No todos, por supuesto, al menos todavía, pero todos lo que lo hacían, parecían estar corriendo hacia nosotros.

-Estoy seguro de que después de todo con lo que ha tenido que lidiar, algo como eso no será un gran problema- dijo alegremente Alcas. Yo obligué a mi voz a permanecer neutra mientras lo contestaba.

-Pensaré en algo- dije, consciente de que cualquier otra reacción socavaría gravemente mi credibilidad, aunque por dentro estaba maldiciendo tanto como ustedes podrán imaginar. Levanté la mirada hacia Piers, que todavía estaba disfrutando del éxito de nuestra incursión en el cuartel general de Korbul, y parecía creerse desde entonces que era el mayor genio táctico desde Macharius. El joven capitán asintió con la cabeza.

-Podemos hacerlo- estuvo de acuerdo.

Al final, el plan que se nos ocurrió no era ni mucho menos perfecto, pero fue lo mejor que pudimos idear dadas las circunstancias. Ya estábamos sobre la llanura costera, dirigiéndonos tan deprisa como podíamos hacia el saliente ocupado por nuestras fuerzas, que continuaban extendiéndose mientras ocupaban la península.

Afortunadamente, ya habíamos pasado los terrenos agrarios y habíamos llegado a una zona de paramos relativamente despejados que bordeaban la costa, sobre la que nuestros vehículos podían mantener una velocidad relativamente alta mientras mantenían una sólida formación defensiva (conmigo tan próximo al centro de la formación como pude conseguir, por supuesto). A medida que el grueso de los Pieles Verdes se retiraban en nuestra dirección, pusimos nuestros blindados en la parte delantera de la formación, preparados para abrirse paso en el punto más débil que pudiéramos encontrar en la formación enemiga.

El auspex me informó que esto último sería, a lo sumo, algo muy relativo. La pantalla se llenó de contactos, como si estuviera reflejando una ventisca de nieve, yo saqué la cabeza por la escotilla de la torreta, para echar un vistazo con el amplivisor.

Pronto deseé no haberlo hecho. Cuando el frió viento de la costa, salpicado de sal y un fuerte olor a algas marinas, me golpeó en la cara, levanté mi amplivisor, y me encontré con que la larga y vacilante línea del horizonte estaba repleta de oleadas de vehículos orkos, dirigiéndose hacia nosotros a toda la velocidad que podían. Bueno, ya era demasiado tarde para cambiar de opinión, tratar de huir delante de aquella avalancha sería algo inútil, y en el terreno ondulado y lleno de helechos que nos rodeaba no había lugar alguno donde poder montar una defensa efectiva. Velocidad y fuerza serían nuestros únicos aliados, junto a la esperanza de que el miedo a las fuerzas que les perseguían superara su impulso de quedarse y matarnos.

-¡Romped la línea enemiga!- ordene.

Nuestros tanques abrieron fuego en el alcance óptimo, abriendo brechas en las formaciones más grandes, mientras nuestras armas antipersonal barrían las filas, tratando de evitar que los grupos dispersos volvieran a reunirse. Detrás de los vehículos, llegaba una segunda oleada corriendo a pie, orkos que habían sido incapaces de subirse a un transporte, marchando a toda velocidad detrás de sus compañeros más afortunados. Los proyectiles de nuestros morteros, montados inestablemente sobre la parte trasera de los vehículos abiertos, comenzaron a estallar entre ellos, provocando una carga mucho más furiosa de lo que yo esperaba, mientras que toda su heterogénea mezcla de camiones y buggies comenzaron a acelerar a su vez, disparando en nuestra dirección con su habitual falta de precisión.

-¡No permitáis que se reagrupen!- insistí, con la esperanza de que pudiéramos superar el instinto de agruparse para la acción, como lo habíamos hecho anterior mente en el desierto semanas antes.

Si podíamos hacer eso, puede que siguieran corriendo hacia adelante…

Uno de nuestros buggies capturado explotó a solo unos metros de distancia del Chimera lanzado a toda velocidad, víctima de un impacto fortuito, yo volví a meterme en el interior del vehículo de mando mientras restos de chatarra y trozos de su desafortunada tripulación caía a mí alrededor. Me apresure a volver a la pantalla de auspex.

-¿Está funcionando?

-Hasta cierto punto- dijo Piers, indicando las señales en la pantalla.

Nuestro ataque había desorganizado a los Pieles Verdes, no había la menor duda de eso, pero parecían estar reagrupándose muy deprisa, pese a todos nuestros esfuerzos, y lo estaban haciendo condenadamente bien. Incluso fueron capaces de acabar con uno de nuestros Leman Russ. En cualquier momento se centrarían sobre el grueso del convoy, y entonces todo habría terminado. Sentí el amargo sabor de la bilis en mi boca. Después de todo lo que habíamos pasado, caer aquí, cuando estábamos tan cerca de la salvación…

-Aviones acercándose- me informó Orilly, apuntando a grupo de contactos que se movían rápidamente, marcados con reconfortantes símbolos imperiales. Unos cuantos contactos amigos se hicieron visibles en el borde de la pantalla, moviéndose más lentamente, presumiblemente unidades terrestres a la caza de los Pieles Verdes. Después de todo, era posible que la situación no fuera tan desesperada. A pesar de mi instintiva cautela, miré otra vez por encima del borde de la escotilla, justo a tiempo para ver llegar el ataque aéreo.

Tres puntos que se movían rápidamente, casi demasiado para que el ojo humano los siguiera, picaron hacia tierra, convertidos en las familiares siluetas de los Thunderbolts que ya habíamos visto otras veces (o a algunos parecidos). Los caza-bombarderos cayeron sobre las líneas orkas como demonios vengativos, con los montajes de sus armas destellando rocío en una fresca mañana de verano, sembrando la muerte y la destrucción a su paso. Una gruesa columna de humo comenzó a elevarse en el centro de la formación enemiga, los aturdidos supervivientes se dispersaron medio de una despreciable confusión.

-¡Directos hacia la brecha!-ordené, y nuestros artilleros dispararon contra los supervivientes, tan plenamente conscientes como de costumbre de la necesidad de evitar que el enemigo recuperara una formación cohesionada (o tan cohesionada como cualquier cosa orka pudiera ser).

Nuestra carga berserker, apenas algo menos desesperada y loca que la de los orkos, comenzó nuevamente a ganar fuerza, dirigiéndose hacia la brecha que los pilotos de la Armada tan consideradamente habían creado para nosotros. En ese mismo instante le di las gracias al Emperador por la feliz coincidencia, sin poder imaginarme cuan estrechamente había sido controlado nuestro progreso durante las últimas semanas y lo ansiosos que estaban los miembros del Alto Mando de recibir un detallado informe.

Seguimos recibiendo fuego mientras nos acercábamos, por supuesto, perdiendo algunos vehículos más de la milicia y un par de Chimeras [*], pero la mayoría de nuestros vehículos siguió adelante, haciendo, como mínimo, tanto daño como el que recibimos, si no más. Vi como un dreadnought orko recibía el impacto directo en su pecho de un proyectil disparado desde el *Vixens*, luego la maquina enemiga explotó violentamente, llevándose consigo varias motocicletas cuando toda su munición reventó y saltó por los aires.

[La dotación de uno de ellos logró resistir el tiempo suficiente para luego ser rescatados por las fuerzas imperiales que se acercaban]

Entonces, de repente, estuvimos entre ellos, yo agarré el bolter pesado montado sobre la torreta, disparando contra cualquier cosa verde que se cruzara en mi camino. Era demasiado tarde para volver a entrar al interior del vehículo y dejar que Jurgen se hiciera cargo del arma, los pocos segundos que pasarían tal vez les diera a

los Pieles Verdes el respiro necesario para retomar lo que tuvieran en lugar de inteligencia y comenzaran de nuevo a disparar contra nosotros. No tengo ni la menor idea de si logré acertar alguno, pero verme así pareció animar a nuestra gente, que logró mantener a los supervivientes dispersos, y, poco a poco, me di cuenta de que los esporádicos grupos de Pieles Verdes contra los que había estado disparando eran cada vez menores, y que ya no había más de sus destartalados vehículos cruzando ante mis ojos. Nuestro artillero liquidó a un grupo final con una ráfaga de multi-láser, y pronto, me di cuenta de que nos habíamos librado de ellos.

-Unidades amigas acercándose por el oeste- informó Orilly, con un ligero aire de incredulidad. **- Ya no hay más unidades enemigas entre nosotros.**

-Lo conseguimos- Piers me dio unas palmaditas en la espalda cuando entré de nuevo al interior, una oleada de espontanea alegría comenzó a recorrer todo lo largo de nuestro maltrecho convoy.

Más de la mitad de los soldados, y la mayoría de los irregulares parecían haber sobrevivido [*], cuando nos detuvimos, y cuando Piers bajó por la rampa, todos parecían estar gritando mi nombre.

[En total, alrededor del setenta por ciento del grupo superó esa escaramuza final, un logro bastante notable]

-Bien hecho, Ciaphas- dijo Felicia, bajándose de su Sentinel, que ahora parecía todavía en peores condiciones que antes, y me lanzó una familiar y pícara sonrisa. **-Finalmente te has quedado sin orkos.**

-Y justo a tiempo- dije, bastante aliviado. Un olor familiar se materializó justo detrás de mí.

-¿Un recafeinado, señor?- preguntó Jurgen, como siempre impecable para elegir el momento adecuado.

Cogí la taza con gratitud, y entrecerré los ojos viendo como un escuadrón de Sentinels se acercaba a toda velocidad hacia nosotros. Algo en sus enseñas me parecía familiar, y cuando se acercaron, suspiré dando las gracias al Emperador. Estaban aún lejos y podía equivocarme, pero…

-¿Comisario Cain?- preguntó el comandante del escuadrón, bajando de su vehículo para unirse a nosotros, su acento confirmó mi anterior conclusión.

Asentí con la cabeza, devolviéndole el saludo.

-Soy el Capitán Renkyn, del 362º Valhallano. Hemos sido enviados para escoltarles- hizo un gesto hacia el oeste, donde los rugidos de los motores de los Chimeras se hacía cada vez más fuerte. **-¿Necesita algo?**

-Qué atiendan a los heridos- dije inmediatamente, jugando con mi audiencia con la facilidad que da toda una vida de práctica.

El capitán se relajó un poco, sin duda tranquilizado por mi preocupación por los soldados. Él asintió.

-No hay problema. ¿Algo más?

Yo repetí su gesto, mientras asentía con la cabeza.

-¿No tendrán algo de tanna?

[*Y con esta anotación típicamente egocéntrica, Cain termina bruscamente esta parte de su archivo*]

FIN